

Zawi

La figura de Almanzor y su mercenario, Zawi, fundador del reino de Granada, son las protagonistas de esta extraordinaria novela.

Lectulandia

La extraordinaria aventura de Almanzor, fundador del reino de Granada, y su mercenario, Zawi.

En el año 1009 comenzó una guerra civil que duró veinte años y fue la más desquiciada que se había vivido hasta entonces en Hispania o al-Ándalus. En Córdoba se decidió, de alguna manera, lo que somos hoy. La figura incomparable de Almanzor; la vida de Zawi Zirí —mercenario bereber—, la fundación del reino de Granada y la guerra civil de principios del siglo XI son los cuatro ejes narrativos de este libro, así como la recreación de una sociedad compleja, refinada y exquisita en la que las mujeres gobernaban de puertas para adentro y aún existían hombres tan extraordinarios que sus hazañas daban paso a las leyendas. Una novela histórica rigurosa e implacable.

José Luis Serrano Moreno

Zawi

ePub r1.0
Titivillus 23.10.2020

José Luis Serrano Moreno, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A Tina, *laetitia vitae*

Prólogo

1. *Nosotros*. De los cien personajes que viven en las páginas de este libro, hay uno llamado Nosotros que no es el más inverosímil. *Zawi* es un libro sobre la historia de nuestras verdades y no tanto sobre nuestra verdadera historia. Sus ejes narrativos son la inconmensurable figura de Almanzor y la biografía de Zawi Ziri, mercenario beréber en Al Ándalus, pero lo que le da fundamento y motivo es la guerra civil que comenzó en el año 1009, que duró veinte más, y que fue la más desquiciada que se había vivido hasta entonces en Hispania o Al Ándalus. Hubieron de pasar seis siglos antes de que viéramos otra guerra civil tan larga, aunque algo menos despiadada, y nueve antes de otra más corta pero no menos cruel. En Córdoba se decidió lo que somos hoy y es por eso por lo que intentaremos contar sin pasión lo que ocurrió en aquella primavera. Lo haremos con la prosodia de nuestras más antiguas epopeyas redentoras, como dicen que los argonautas nos enseñaron a los hijos de Medea; como por Sevilla aún se cuentan y como por la inmemorial Cádiz se cantaban milenios antes de que los mercenarios desembarcaran en el puerto de luz de Almería. Y, tras siglos de guerra, nos atreveremos a hablar en el nombre de todos nuestros muertos de cualquier época, condición, estamento o creencia. En todo caso, en la historia aprendimos que ellos, los muertos, somos nosotros los encarnados, y que nosotros seremos vosotros, los por nacer libres e iguales, y que vosotros seréis pronto ellos, los muertos, es decir, nosotros.

2. *Nota metódica*. Este libro se deja leer de varias maneras y el autor solo puede enseñar los cuatro itinerarios que se imagina. Cabe y es legítimo, en primer lugar, que alguien no quiera tanto leer literatura cuanto aprender historia. Para este improbable lector he confeccionado al final de la novela un detallado índice histórico en el que cada acontecimiento remite a un parágrafo del texto. He construido ese índice para que este lector pueda seguir con

facilidad el orden cronológico en la lectura, pero también para no tener que responder a la incómoda pregunta de qué es verdad y qué es fantasía: todo lo que está en el índice ocurrió de verdad. Lo que pasa es que no todo lo demás es fantasía.

Se sabe también de lectores a los que no les interesa ni la literatura ni la historia, pero sí el ensayo o la política. Para ese probable lector he confeccionado un glosario que también puede ahorrarle la lectura de lo demás. Los términos se transcriben en negrita la primera vez que aparecen en el texto y, por una vez, el primer término por orden alfabético, Al Ándalus, es el primer término en orden de importancia. Imagino que este hipotético lector quiere ver bibliografía, no tanto para leerla cuanto para supervisarla. De nuevo en atención a él citaré dos obras, pero me apresuro a declinar cualquier responsabilidad por la catarata de consecuencias que pueden derivarse de su lectura: *Esplendor de Al Ándalus*, de Henri Pérès (1937) y *La revolución islámica en Occidente*, de Ignacio Olagüe, editado en Francia con el sugerente título *Los árabes nunca invadieron España*.

He dejado, en tercer lugar, muchas pistas para una lectura esotérica de esta novela. Son las siguientes: el reino judío de Tuat, el espejo de Urlilit, Lilith, la reina Kahina, la devoción jacobea de Almanzor y el Libro de la Sabiduría de los drusos. Para más detalles se puede rastrear mi página **www.joseluisserrano.net**

Y no en último lugar cabe un lector que comience a leer por la primera página y termine por la última sin preocuparse demasiado de itinerarios, índices o glosarios. No es preciso decir que este cuarto es el camino que debe seguir todo el que se fíe del autor.

3. *Nota ortográfica*. Las escrituras semitas no transcriben todas las vocales y eso genera varios problemas ortográficos, sobre todo cuando se trata de gentilicios y de términos geográficos. Existe, claro está, un sistema consolidado por los filólogos arabistas que probablemente indique la más correcta y exacta transcripción, pero que también puede resultar arduo para los lectores en lengua española porque utiliza caracteres y tildes no frecuentes entre nosotros. Es por esto por lo que, en su lugar, hemos preferido adoptar un sistema propio: si el gentilicio o nombre geográfico tiene tradición en la literatura en lengua española, optamos por esta transcripción. Así, Almanzor en lugar de al-Mansur, Abdalá en lugar de Abd-Allah, Abdelmalic en lugar de Abd al-Malik, Qairuán en lugar de Kairouan o Kairwan, Tremencén en lugar de Tlemcen, etcétera. Solo hemos hecho una excepción a esta regla: para

referirnos al Profeta no usamos el término Mahoma, considerado despectivo por los musulmanes españoles, sino el de Muhammad.

Si el término no tiene tradición en español, pero tiene transcripción francesa —cosa frecuente en la toponimia del Sahara, sobre todo—, la usamos, pero la aligeramos de acentos y otras marcas fonéticas del francés. Así por ejemplo Tuat, en lugar de Touat.

El artículo árabe «al» no tiene género ni número y se utiliza para los nombres propios y, por otro lado, la lengua árabe no distingue entre mayúsculas y minúsculas, de manera que la transcripción correcta sería, por ejemplo, alMuizz. Sin embargo, hemos preferido Almúizz, por simple comodidad del lector.

Lo que nosotros llamamos apellido o nombre paterno se enlaza en árabe con el nombre propio con la partícula 'ibn'. Con la misma idea de aligerar la lectura hemos preferido enlazar nombre y apellidos como hacemos en nuestra lengua: así escribimos Zawi Ziri, en lugar de Zawi ibn Ziri. Como mucho, a veces, usamos el 'ben'. También hemos evitado en lo posible las «kunyas» o títulos que conforman los nombres árabes: las más frecuentes son 'abú', «padre de» y 'umm'«madre de»; 'Galib' también es una cuña o título que, sin embargo, no hemos podido evitar, porque no sabemos cuál era el verdadero nombre del suegro de Almanzor.

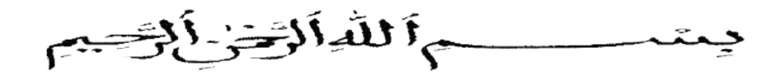
Otras transcripciones particulares se explican en el glosario.

4. *Agradecimientos*. Cuenta Hegel que mientras escribía su *Filosofía del Derecho* escuchaba retumbar los cañones de Napoleón. Lo que yo oí mientras escribía esta obra fueron las bombas del 11 de marzo de 2004 en Madrid. Los ciento noventa y un muertos están presentes en esta obra, porque *nosotros* íbamos en aquellos trenes.

Entre los encarnados, creo que puedo mencionar a todas las personas a las que esta novela debe algo, aunque no puedo explicar qué le debo a cada una, porque alargaría demasiado este prólogo y daría demasiadas explicaciones sobre lo que ha sido mi vida en estos años. Así que ahí van, sin expresión de motivo, los nombres de las personas a las que debo agradecimiento: Mustafá Akalay, Lola Boloix, Manuela Cobo, Eduardo Díaz Lobón, Miguel Fernández, José Manuel García Marín, Manolo González de Molina, Enrique Iniesta, María Elena López Díaz, Ángeles Martín, Ildefonso Martínez Casado, Antonio Martínez Jiménez, Maritina Martínez Lara, Joaquín Molero, Miguel Pasquau, Blanca Rosa Roca, Plácido Romero, José Antonio Ruiz de Almodóvar, Alfonso Salazar, Andrés Sopeña e Isidro Toro.

Granada,
jeshvan de 5766, noviembre de 2005, shawal de 1426.

Exordio/Fatiha



Bismilá, alrajmán, alrajim, en el nombre de Dios, el Clemente, el Compasivo, he aquí la legendaria historia del africano Zawi, hijo de Ziri, hijo de Manad, quien durante su estancia en Al Ándalus nos causó incontables dolores, arrasó Medina Azahara, fundó el reino de Granada y de quien Córdoba todavía recuerda su cólera maldita. Aun así, en la hora de los balances, durante su última cena Zawi ni siquiera nos mencionó. No habló de su paso por nuestra imaginación legendaria, ni por nuestra historia verdadera y, cuando le preguntaron, vino a decir que el día más importante de su vida fue aquel en el que a su padre Ziri Manad le cortaron la cabeza. Dicen que todos los que lo escuchaban aquella noche creyeron en la sinceridad de esta respuesta por la simple razón de que no era la esperada: su padre murió cuando él apenas había cumplido los trece años pero, a los veinte, ya era comandante del ejército que conquistó Fez, fundó Argel y extendió los dominios del califa **fatimí** desde Fez hasta Damasco. Además, por aquellos años de su juventud, hubo de renunciar dos veces al **emirato** de Ifriquiya y después, alcanzados los cuarenta, se trasladó a Al Ándalus como general mercenario de un formidable ejército beréber. Sirvió bajo las banderas del califa Hisham II, vio morir al gran Jacobo Almanzor y a su hijo Abdelmalic Amir y, durante los incontables años de la guerra civil que nos asoló después, se convirtió en el más poderoso de los gobernantes, hasta el punto de deponer a un califa y proclamar a tres. Fundó el reino de Granada con el título bizantino de dominator y, cumplidos ya los sesenta, contra todo análisis y augurio, descuidó la corona y decidió retornar a Ifriquiya con el pretexto público de negociar una **anfictionía** africana y andalusí. Dijeron entonces algunos de los nuestros que, en lo más íntimo, lo que quería era conseguir el Libro de la Sabiduría de los drusos y aprender en él las cautelas que garantizan la transmigración de las almas. Más

tarde supimos todos que, en verdad, se había ido de entre nosotros con la intención de morirse según sus sueños, esto es: de puro viejo, en una mañana soleada, cuidando los rosales del patio de armas de la alcazaba donde nació, sin tener que darse cuenta y con la esperanza puesta en la apoteosis de los héroes.

I. 1009

1

[año 4762 «del calendario hebreo» - 1002 «del gregoriano» - 392 «del islámico»]

La noticia de la muerte de **Almanzor** llegó a Córdoba acompañada por el mismo calor vidrioso con que lo habíamos enterrado en Medinaceli. Sus edecanes se vistieron con telas de saco y desde los alminares se entonaron cánticos de duelo que llenaron de quejidos el aire terrible de las cinco de la tarde. Toda aquella sensación repentina e insólita de agosto lúgubre se acabó con el atardecer: a esa hora, una tormenta ligera refrescó la atmósfera y alguien nos trajo la noticia de que en Medinaceli seiscientos soldados andalusíes habían objetado la autoridad de los hijos de Almanzor y se habían puesto a las órdenes directas del califa Hisham II. Con alegría, nos concentramos en el patio de la mezquita mayor y exigimos a gritos el gobierno directo del califa o, en su defecto, la entrega inmediata de los poderes a la comunidad de los musulmanes.

Abdelmalic, hijo de Almanzor, mandó entonces doblar la guardia de Medina Azahara sin caer en la cuenta de que su empeño en impedirnos la entrada en la ciudadela alentaba nuestra rebelión, pues difuminaba la sospecha generalizada entre nosotros de que el califa yacía en un letargo peor que el de la muerte. Fue por esto por lo que algunos de los nuestros burlaron el cerco de la guardia mercenaria y se pasaron la noche emboscados por las avenidas de palmeras de Medina Azahara. Y al volver nos contaron que vieron al califa paseando entre los naranjos y las jaulas de los pájaros grandes traídos del Sudán. Nos dijeron que no lo vieron ensimismado ante la pecera gigante, como solía quedarse; que no habló con las tortugas nadadoras, como decían sus efebos desplantados que hacía con frecuencia en su locura; y que no se le vio ahogarse en sus propios sudores y ronquidos como en otras noches de verano. Nos contaron que lo vieron despierto y sereno hasta la fresca del amanecer, que por los senderos del laberinto que formaban los

naranjos lo orientaban los médicos judíos, que se le veía ágil y mayestático, que parecía libre y bien asesorado por jóvenes nobles que vestían túnicas inmaculadas al modo de los árabes. Pero de tantas informaciones, hubo una especial que nos estremeció: Hisham estaba alimentando con sus propias manos a los leones. Era una pareja que sabíamos traída por el mismo Hércules en los lejanos tiempos del **Edén**, se decía que eran testigos del parto de Gerión junto a las fuentes de Tartessos y símbolos, por lo tanto, del poder inmemorial de los reyes antiguos.

Con aquellas noticias, ya todos dábamos por depuestos a los hijos de Almanzor y creíamos que bastaría con esperar a que llegasen los soldados de Medinaceli para echar a los mercenarios, a los **eslavos** hacia el norte y a los **beréberes** hacia el sur. Pero toda esta alegría inquieta debió de llegarle a Abdelmalic Amir porque, al clarear el tercer día de la rebelión, mandó que vistieran de mujer al califa, mandó que cerraran con el dispositivo habitual las calles por las que circularía hasta la mezquita mayor y mandó que le permitieran subir al **mimbar** para dirigirse a nosotros. El primogénito de Almanzor comprendió que llevar al califa hasta el corazón de nuestro motín no significaba ningún riesgo para sus poderes: Hisham no era un oso obligado a hibernar por sus ministros, como algunos de los nuestros se empeñaban todavía en creer, sino un eunuco conformado y feliz en su castración y en su secuestro, un animal crecido en cautividad.

* * *

Las calles laterales, el patio y las naves de la mezquita estaban abarrotados de gentes. Sin protegerlo de nuestra curiosidad, introdujeron al califa por una puerta lateral, y en una sala discreta sus efebos cubrieron las sedas femeninas con un pesado manto califal y le tocaron la cabeza con el turbante grande de Abderramán III. Así vestido, lo vimos caminar de manera pesada y lenta hasta el mimbar. De la misma forma que una viuda se recogería las faldas, él se alzó la túnica para ascender por los escalones. Con la voz tomada por el esfuerzo, las mejillas congestionadas por el calor y el pelo rojizo ensopado por el sudor, murmuró algo sobre la lumbre de agosto que parecía desprenderse de los muros del templo.

Hubo intentos de aclamarlo, pero lo vimos tan dúctil y congestionado, tan redondo y torpe que, apenas alzó su mano deshuesada para pedir silencio, los vítores cesaron y muchos hombres decidieron abandonar ya el templo y la rebelión, seguros de que aquel muñeco desarticulado no tendría nada que decir por muy califa que fuera. Tras unas reflexiones teológicas

incomprensibles, el califa Hisham II nos advirtió sin ganas de que solo quería llevar una vida libre de los cuidados del gobierno. Dijo que su altísima misión consistía en actuar como puente entre Dios y los pueblos de **Al Ándalus**, y explicó que para todo esto necesitaba ratificar con solemnidad el nombramiento de Abdelmalic Amir como su **hayib** único y predilecto. Su discurso no recibió ninguna aclamación. Solo los ayudas de cámara de Almanzor repetían, al final de cada frase, la letanía del ojalá, ojalá, ojalá.

Y así, con la misma decepción que acompañaba al califa Hisham II, fuimos saliendo de la mezquita casi todos sus ocupantes. Los que se quedaron dentro se enfrascaron en una secuencia de discursos que duró todo aquel día. Dicen que ya tomaba la palabra un **imán**, ya un anciano, ya un intrépido militar. Uno hablaba durante un cuarto de hora sobre las herejías de los más jóvenes, el otro advertía de la llegada masiva a Córdoba de beréberes y eslavos mercenarios. Uno denunciaba las injusticias que cometiera Almanzor, el otro defendía sus incontables victorias. Alguno habló de la importancia de la educación coránica y otro tardó un cuarto de hora en manifestar la necesidad de poner orden y brevedad en las intervenciones de los presentes allí congregados.

En la ciudadela de Al-Zahira, Abdelmalic Amir iba siendo informado del nombre y filiación de cada uno de los que intervenían y de todo lo que en la mezquita mayor se decía. Sabía bien que aquella no era una asamblea preocupante para él, sino la convención inocua de todos los hombres que necesitaban hablar para escucharse a sí mismos.

—Que los dejen hablar toda la noche —dijo cuando el jefe de la policía le ofreció la intervención—. A ver si así les revienta la cabeza.

Antes de retirarse, le ordenó a Zawi que esperase hasta la mañana siguiente para entrar en la mezquita y disolver el grupo que allí quedara. El general cumplió la orden acompañado solo por un escuadrón de **sudaneses**. Eran doce lanceros que andaban descalzos y que expelían un sudor tan pastoso que a la vista parecía resina, aunque olía a puro estiércol. Años antes habían llegado a Córdoba con Zawi y sus **ziríes**, y durante los meses de la agonía fueron los encargados de llevar la silla en la que viajaba el gran Almanzor. Aquella mañana realizaron la dispersión y la detención de los últimos amotinados de manera tan silenciosa y brutal que, sin haber muerto nadie, a mediodía el silencio fúnebre ya se había apoderado de nuevo de toda la ciudad. A la hora de la siesta, volvimos a oír las canciones hondas de los edecanes de Jacobo Almanzor.

2

[4762-4768/1002-1008/392-398]

Y así comenzó el gobierno de Abdelmalic. Muy pronto ordenó el traslado del califa desde Medina Azahara hasta Al Zahira y enseguida cundieron los rumores de que la ciudadela resplandeciente de Almanzor parecía un campamento de cabreros. Abdelmalic se sentía fortalecido por un sistema político bien trabado por su padre y se escudaba tras un califa vivo que, en realidad, estaba muerto. Pero nunca alcanzó nuestro reconocimiento en vida, porque no había llegado aún el tiempo de la guerra civil interminable en que aprendimos a apreciar la prudencia de sus maneras de gobierno. Por aquellos años éramos tenaces y nos creíamos indestructibles, y era por eso por lo que nadie esperaba nada de aquel hombre sin escenario. No era tanto por mandar en nombre del califa Hisham II, sino por haber puesto a la ciudad de Córdoba bajo el mando real y directo del **moro** Zawi. Y no era tanto por seguir gobernándonos desde la inaccesible ciudadela de Al Zahira, sino por haber confiado su defensa a generales recién bajados de las montañas neblinosas del Cantábrico que convirtieron la casa del poder, donde vivía el califa como santo en una hornacina, en una cuadra con un fuerte olor a grasa hervida de puerco.

Pronto nos llegaron informes fidedignos según los cuales el nuevo hayib de Al Ándalus no quería saber nada del gobierno cotidiano del país y se preocupaba tan solo de acrecentar su patrimonio familiar vendiendo por lotes los fragmentos de su soberanía. Se decía que un general eslavo había comprado el puerto de Almería y que el general Zawi había comprado los gobiernos de Lucena y Garnata, las ciudades judías, para que reinase en ellas su esposa **Kahina**. Se decía que se estaban comprando comarcas y reinos como quien compra carretas de leña y que los visiratos de la corte de Córdoba, las alcaldías de las ciudades y los puestos de gobernador de las

fronteras de Al Ándalus no se adquirían ya por mérito militar o por nobleza de sangre, sino en subasta.

Y después supimos que todo esto era cierto: el canciller Abdelmalic Amir solo se ocupaba de la contabilidad de su patrimonio. El resto de los asuntos del poder prefería delegarlos en jeques, generales y visires, y siempre a cambio de dinero. Al Zahira, la ciudad resplandeciente e inaccesible de otros tiempos, se fue convirtiendo en una feria donde por las mañanas se trataban las compraventas de los nuevos dignatarios y donde, apenas caía la noche, comenzaban las parrandas de los ganaderos del poder. Abderramán Sanchuelo, que conservaba su nombramiento como comandante en jefe de todos los ejércitos, parecía secundar con entusiasmo a su hermano en esta política. Solo Asma, la madre de Abdelmalic, parecía oponerse a esta espléndida subasta.

—Esto no puede terminar bien —le decía a su hijo—. Estás llegando muy lejos y provocarás la ira de Alá.

A los cuatro años del gobierno de Abdelmalic uno de aquellos visires que le había comprado el cargo comenzó a quejarse de que las rentas de su puesto público, una vez descontados los gastos, no le permitirían amortizar el dinero que había pagado. Cansado de que en las audiencias oficiales no se tratase nunca su pretensión de recobrar parte del dinero entregado, aquel hombre se dio a los gritos en una de las interminables parrandas de Al Zahira. Ebrio, se atrevió a quejarse ante el mismo Abdelmalic Amir. Lo acusó de ladrón. Le dijo que no era digno de llevar el apellido de su padre, y volvió a exigirle la restitución de la suma que le había pagado por el visirato. Zawi Ziri, jefe de la policía, creyó que era su obligación intervenir. Estaba allí porque participaba de la fiesta y también había bebido en exceso. Se levantó, derribó al visir de un fuerte revés en la boca, desenvainó, le puso la punta de la espada en el cuello y miró a Abdelmalic Amir en busca de instrucciones. Antes de que se las diera, Abderramán Sanchuelo había abandonado el diván en el que yacía y, sin dejar de reír, regaba con sus orines la cabeza de aquel hombre. Después mandó que lo pusieran de pie y que lo sujetaran para golpearlo sin piedad ni consideración hasta que reconociera que participaba de una conjura para el envenenamiento del camarlengo Abdelmalic Amir y el derrocamiento del califa Hisham II.

Ensopado por las lágrimas, el sudor y los orines, el visir hubiese declarado cualquier cosa, pero lo cierto es que para sorpresa de todos los presentes dijo que, en efecto, se preparaba una revuelta para deponer a

Abdelmalic. Dio los nombres de un poeta, de un edecán de Almanzor y de un príncipe **omeya** que se preparaba para ocupar el trono del califa. Arrodillado y humillado, llorando como un niño en el centro de la sala, tardó más en terminar de confesar que en recibir desde atrás el golpe certero de cimitarra que le cortó la cabeza.

El edecán y el poeta Yaziri, autor del epitafio de Almanzor, fueron ejecutados al amanecer, pero el príncipe omeya que encabezaba la conjura logró suicidarse antes. Apenas se produjo la delación, el general Zawi se dirigió a prenderlo con un destacamento de la guardia zirí, pero lo encontró en los baños de su casa: flotaba ya en sangre. Dicen que se cortó las venas apenas le advirtieron de que uno de los conjurados había desvelado los secretos del complot. Solo se tomó el tiempo preciso para esconder a su hijo, al que apenas tres años después y para nuestra desventura, proclamaríamos califa con el título de Mahdí.

3

[jeshvan de 4769/noviembre de 1008/safar de 399]

Durante los años que duró el gobierno de Abdelmalic, su hermano Abderramán Sanchuelo fue mostrando de forma paulatina una disponibilidad, una capacidad de esfuerzo y sacrificio y unas generosidades inesperadas. Cortesanos y visires lo interpretaron como un retorno del cordero extraviado o como una señal de la maduración de un joven licencioso. Era lo mismo que pensaba su padre Almanzor: siempre que le venían con quejas por los excesos de su hijo, él lo justificaba diciendo que aquellos desmanes pasarían tan rápido como pasa la juventud. Todos nos equivocábamos: Abderramán Sanchuelo no fue nunca un joven alegre, superficial e indisciplinado, sino un niño incapaz de reconocer los límites de las cosas. Abderramán había crecido en medio de la hostilidad hacia su madre Aurora, de la raza eslava. Era hija de Sancho, régulo de los vascones, y fue entregada a Almanzor como botín de guerra a cambio del cadáver íntegro de su hermano Ramiro. Para sorpresa de todos y para emular a los califas, el gran camarlengo la llevó al harén de Al Zahira como esposa y no como concubina o esclava, y reconoció a Abderramán como su hijo legítimo. Su educación fue confiada al poeta Yaziri, y nadie podría creer que lloró en secreto cuando su hermano ordenó ejecutarlo por conjurarse contra su poder.

* * *

Una mañana de otoño, terminadas las campañas militares del verano, el canciller Abdelmalic Amir convocó una cacería con halcones recién traídos del Yemen. Abderramán Sanchuelo no logró presentarse antes del mediodía, cuando en la alquería de la sierra ya estaban preparando la mesa para el almuerzo. Llegó con la cara demacrada por el humo de la grifa y con un

fuerte dolor de cabeza por el aguardiente de anís. Cuando lo vio, Abdelmalic se dio a las bromas.

—¡Ya era hora, hermano! —le dijo sonriendo—. ¿Se podrá contar lo que hiciste anoche?

Su hermanastro Abdelmalic lo trataba siempre con un afecto poco elegante que a él le dolía. Desde niños, Abdelmalic le regalaba sus armas usadas, sus caballos viejos y sus uniformes gastados. Abderramán sufría esos regalos como humillaciones y los escondía, sin atreverse a rehusarlos, con la educación cortesana que le transmitiera el poeta Yaziri. Pero aquella mañana no podía disimular su profundo dolor de cabeza ni el malestar de su estómago. Tenía los ojos nublados como si le pesaran los párpados y se movía despacio como si le pesaran las piernas.

Lo vimos acercarse a la mesa que tendían los edecanes. Frotó con su túnica una manzana verde y grande hasta dejarla brillante, desenvainó el alfanje y, de un tajo exacto e inesperado, la partió en dos mitades.

—Cómete esto —le dijo a su hermano ofreciéndole media manzana— y cállate un rato, por favor, porque siento como si me hubiesen clavado agujas en las sienes.

Fue al decir esto cuando Abderramán recordó un poema de Yaziri que se repitió en voz baja: «¿Quién es? / El otoño otra vez / ¿Qué quiere el otoño? / El frescor de tu sien». En ese momento el tiempo debió de detenerse porque, sin que nadie dijera nada, vimos a Abdelmalic que volvía a reír y que mordía la manzana que le daba su hermano.

Ninguno de nosotros ha sabido jamás si el alfanje de Abderramán estaba untado con veneno por una de sus caras, o si Abdelmalic sucumbió por la pulmonía que le provocó el agua helada que nos sirvieron después los neveros. Los más clementes dicen que Abderramán era un matón capaz de asesinar por una palabra, pero incapaz de envenenar. En cambio, las mujeres viejas de los pueblos blancos cuentan todavía que Abderramán Sanchuelo nació para vengar la muerte de Ramiro el navarro según las directrices de su madre Aurora y con todas las malas artes de las brujas várdulas. El caso es que, aquella misma tarde, Abdelmalic comenzó a vomitar sangre. Los médicos judíos empezaron a administrarle las sales de la curación, a todos nos invadieron los malos presagios y por la noche se murió entre cantos desgarrados, para cambiar así nuestra historia tal como quiso nuestro destino de infortunio.

4

[shevat de 4769/enero de 1009/jumada I de 399]

Después de las exequias solemnes que presidió Hisham II, Abderramán Sanchuelo recibió el nombramiento y cargo de hayib del califa con el título de Espada de la Dinastía. Pero, antes de que terminara aquel otoño, se atrevió a hacer lo que nunca habría hecho su padre: se hizo nombrar príncipe heredero del califato. Consultó su pretensión con el **caíd** de la ciudad y con el secretario de estado y, solo cuando estuvo seguro de su concurso, dirigió por escrito su petición a Hisham II. Por una vez, nuestro califa pareció retraerse ante una petición y pidió la asesoría de los **ulemas** de Córdoba. Según la común opinión, el Profeta había dicho que el poder delegado del califa legítimo solo podía recaer en la raza genuina de los árabes. Abderramán era eslavo por parte de la madre. Hubiera atravesado con la espada a quien se atreviera a recordárselo o a pronunciar el apodo de Sanchuelo en su presencia, sin embargo era de la misma raza que Subh, la madre del califa Hisham II, aquella que cometió adulterio con Almanzor para escándalo de clérigos y cortesanos. Pero nuestros teólogos obedecían a las inspiraciones del poder civil y pronto emitieron dictamen de conformidad con las demandas de Abderramán Sanchuelo. Tranquilizado por aquel dictamen de conveniencia, Hisham II dejó que le volviera la indolencia al espíritu y sin demora lo declaró heredero del trono, como podía haberlo declarado cualquier otra cosa.

* * *

Durante el invierno, engañado por la aparente tranquilidad que reinaba entre nosotros, Abderramán Sanchuelo anunció que iba a hacer una campaña contra el reino de León. Con la misma decisión impulsiva con la que había ordenado la muerte de tantos cristianos trinitarios para demostrar que él no lo era,

decidió ahora que se enfrentaría al rey de los astures. Sin esperar a la primavera, celebró el alarde y volvió a escandalizarnos. Había llegado tan lejos con sus ínfulas de califa que para el desfile añadió al uniforme de sus tropas mercenarias un turbante verde y una banda dorada que en Al Ándalus solo llevaban los juristas y los teólogos. Así los vimos, eslavos y beréberes, con uniformes arrugados y sin prestancia, sin insignias de ninguna clase pero con el turbante de nuestros mejores **alfaquíes**, y la banda dorada de los más santos ulemas. Él cabalgaba sobre el más alto de los caballos, con guantes de cuero y una mitra de califa cuajada por los hilos de oro puro. Los más intransigentes de los nuestros lo señalaron como provocador y como agente de una conspiración contra la religión y sus ministros. Todos comprendimos que aquel hombre irreal era el menos consciente de su falta de poder y también el más digno de compasión, porque todo en él parecía estridente y atravesado por un ridículo irreparable.

Cuando ya había pasado la frontera del río Duero comenzó a nevar y no paró en una semana. Detenido con su ejército, Abderramán Sanchuelo escapó del puñal que le arrojó un oficial eslavo sobornado por el régulo de León. Los pocos que lo querían siempre lamentaron que no le hubiera acertado en el corazón. Y los más avergonzados de los nuestros dijeron entonces que no podía morir así, porque la muerte que lo perseguía no era la de los guerreros, ni la serena de los ancianos, sino la estentórea y ridícula de los sátiros.

El astur se negaba a bajar de las montañas donde se había hecho fuerte, y hacía tal frío y los caminos estaban tan impracticables que hasta el general Habús Maksán, beréber de las montañas, le aconsejó la retirada. Cuando llegó a Toledo le dieron el recado del general Zawi Ziri, que le pedía que tomara providencias urgentes porque una revolución había estallado en Córdoba.

5

[adar I de 4769/febrero de 1009/jumada II de 399]

Bisnieto de Abderramán III e hijo de aquel príncipe omeya que se suicidó antes de que el temible Zawi lo capturase, Muhammad Omeya, llamado más tarde el Mahdí, se había mantenido oculto en Córdoba para escapar a la suerte del poeta Yaziri y a la de su propio padre. Un día, a través de intermediarios, recibió una oferta inesperada: Asma, madre de Abdelmalic, le ofreció una gran suma de dinero para la sublevación. Nunca se había dolido de nada, pero la convicción de que a su hijo lo había envenenado Abderramán la estaba devorando por dentro. Recluida en el harén de Al Zahira, durante el día bordaba en bastidor con su madre anciana. Durante la noche, solo el ánimo de su venganza la ayudaba a dormir. Las mujeres que convivían con ella no habrían creído que estaba ciega por el odio. Solo su madre lo percibía. Se daba cuenta de que las sábanas donde dormía amanecían roídas por la ansiedad de sus dientes, de que con las uñas se arañaba los muslos y el vientre, y de que se mordía la lengua cuando coincidía en cualquier rincón del palacio con Aurora, la madre de Abderramán. Su espíritu solo encontró el sosiego cuando oyó que un príncipe de la casa omeya andaba reclutando partidarios para la sublevación contra los amiríes.

Al principio, Muhammad Omeya declinó la oferta: no podía olvidar que fue Abdelmalic Amir, hijo de Asma, quien había provocado el suicidio de su padre. Además, la pérdida de legitimidad de Abderramán Sanchuelo era tan vertiginosa que no parecían necesarias especiales ayudas para que triunfara su revuelta. Pero pronto, Muhammad Omeya cambió de parecer: el oro de Asma era más versátil que cualquier otro y, sobre todo, tenía una alta carga simbólica, porque era la dotación especial que Jacobo Almanzor había

reservado en su testamento para que Abdelmalic tuviera siempre un último recurso.

—El dinero que tu madre guarda —le dijo en los últimos días de Medinaceli— es el bastión de tu poder y la munición frente a cualquier contingencia. Que sea para ti como un brazo al cual nunca renunciarías a menos que un aprieto te hiciera temer por el resto del cuerpo.

Por la mañana, el martes fijado para la ejecución de su plan, Muhammad Omeya reunió a sus cuatrocientos seguidores y les dio órdenes para la tarde. Por separado y con las armas ocultas bajo la túnica, los treinta más determinados debían dirigirse al terraplén que había cerca del antiguo alcázar real, dispersarse entre los paseantes y esperar la señal. Nadie reparó en ellos porque el terraplén de palacio que daba vista al arrecife y al río era un paseo muy frecuentado. Una hora antes del atardecer, el príncipe omeya dio la primera muestra de extravagancia porque se empeñó en montar una mula torda, impropia de quien iba a ser califa. Llegó al terraplén y dio a sus hombres la señal convenida. Se precipitaron sobre la puerta de palacio y desarmaron de improviso a la guardia beréber. Entonces Muhammad, con parsimonia y sonrisas, se bajó de la mula en el patio y subió al departamento del caíd, que a esas horas charlaba y bebía con dos jóvenes de su harén. Lo saludó de manera cordial, le deseó la paz y lo degolló con un alfanje de puño dorado. Mientras tanto, sus hombres recorrían las calles gritando a las armas y nuestra respuesta excedía a sus esperanzas: en un rato, ocupamos la mezquita mayor con banderas de júbilo y gritos de alegría.

El general Zawi se encontraba en el barrio de los ziríes. Aquella tarde era la señalada para firmar las capitulaciones matrimoniales de su hija menor con un príncipe judío de Garnata llamado Joaquín. Alarmado por los vítores de la población, se asomó a la calle y vio un río humano que se dirigía hacia la mezquita mayor. Congregó entonces a los oficiales. A dos de ellos les ordenó que saliesen de forma inmediata hacia Toledo y que volviesen con las órdenes precisas del canciller Abderramán Sanchuelo. Él se dirigió a Al Zahira.

En la ciudad resplandeciente, los altos funcionarios y los generales eslavos medían con calma el alcance de la rebelión, y cuando el general Zawi Ziri llegó con sus hombres, solo el califa Hisham II había perdido la serenidad y sufría un temblor incontenible en las mandíbulas. Sin embargo, a medida que fueron llegando las noticias fidedignas, fue cundiendo el pánico entre casi todos porque comprendieron el carácter general, popular e imparable de

nuestra revolución. Primero supieron que habían asesinado al caíd de Córdoba. Después que la rebelión se había extendido por alquerías y poblaciones próximas; que judíos, beréberes y eslavos se habían sumado al delirio emancipador de los andalusíes y que, en toda Córdoba, no se encontraba un solo hombre dispuesto a defender a Abderramán Sanchuelo. Asaltamos cada una de las casas de Almanzor en la ciudad. Decapitamos y quemamos ante la mezquita mayor un muñeco engordado con serrín que no necesitaba el turbante verde con borde dorado para que todo el mundo supiera que era Abderramán Sanchuelo. Antes de hacerlo, escenificamos un proceso judicial. Un actor ataviado como los ulemas lo acusaba con voz grave de infiel, por haber forzado al califa de la dinastía legítima a nombrarlo heredero de un trono que provenía del Profeta. Otro actor con voz amanerada lo defendía, exculpando su sodomía y suavizando los tonos de su blasfemia. Ambos terminaban acusándolo de traidor por haber vendido Hispania, la casa del Islam, a los reinos eslavos. Decían que fingía la guerra contra León y que, en realidad, Abderramán Sanchuelo había ido hasta la frontera del Duero para reclutar un ejército de astures, cántabros y vascones que invadiría Córdoba y convertiría en reina a su madre, la navarra.

A medianoche se presentó en Al Zahira el emisario de Muhammad Omeya. Pidió que lo recibiera el califa Hisham II en persona y, sin preámbulos ni mediación, le comunicó la oferta de su señor: si de forma inmediata abdicaba en su favor le perdonaría la vida. El general eslavo de la guarnición y Zawi Ziri se apresuraron a informar de que el destacamento de Al Zahira era lo bastante nutrido como para resistir cualquier intento de ocupación popular hasta que volviesen las tropas de Abderramán Sanchuelo. Afirmaron que incluso podían recuperar Córdoba, pero hasta los miembros de la familia amirí juzgaron inoportuna la intervención de los generales mercenarios. Los teólogos redactaron el acta de la abdicación y Hisham II la firmó sentado, sosteniéndose el pulso con la otra mano.

A la mañana siguiente proclamamos califa a Muhammad Omeya con el título de Mahdí. Nombró hayib a uno de sus parientes, confirió a otro de sus primos el gobierno de la capital y encargó a ambos que abrieran oficinas de reclutamiento e inscribieran en el ejército a cuantos hombres lo pidieran. En pocas horas, siete mil de cualquier raza y de toda clase y condición se habían alistado en el ejército.

A mediodía, cuando el califa Mahdí supo que una muchedumbre se dirigía hacia Al Zahira, dio la orden precipitada de transportar a Córdoba todos los objetos preciosos que allí hubiera. Pero nosotros llegamos antes. Durante todo el día, las recuas de mulos transportaron baúles de joyas y monedas, cubiertos de oro, armas con empuñaduras preciosas, libros, muebles, cofres, lámparas y todos los objetos de la astronomía, la física y la alquimia. Nos llevamos de palacio hasta las puertas y las ensambladuras, y un sinfín de objetos inauditos que nadie supo adivinar para qué servían. Con todo, aquello solo era la riqueza superficial de Al Zahira.

Cuando lograron expulsarnos, y en apenas dos días más de exploraciones y excavaciones, al nuevo califa le llevaron millón y medio de monedas de oro y dos millones y cien mil monedas de plata. Y durante semanas, tras los azulejos, bajo las lozas y en los falsos techos, estuvieron apareciendo cajitas en las que llegaron a contarse doscientas mil monedas de oro. Cuando del palacio solo quedaban las estructuras y se hubo completado la excavación de todos los huertos y jardines, se le prendió fuego. La devastación fue tan grande que mil años después hemos olvidado dónde estaba y nuestros arqueólogos aún no conocen la ubicación exacta de Al Zahira, la ciudad resplandeciente.

6

[adar II de 4769/marzo de 1009/rajab de 399]

El viernes, después de la oración, el nuevo califa bajó del mimbar entre aclamaciones y mandó que se nos leyeran sus primeras disposiciones generales. En virtud de la primera, quedaban abolidos muchos tributos de nuevo cuño implantados por los amiríes. La segunda contenía la enumeración de los delitos de Sanchuelo, la orden de maldecirlo en las oraciones públicas y la proclama de guerra contra él y sus seguidores allá donde se encontrasen.

Ese mismo día volvieron a Córdoba los emisarios que el general Zawi Ziri había enviado en busca de las instrucciones de Abderramán. Habían hecho en cuatro días el viaje de ida y vuelta. Cuando partieron solo había un motín popular no más grave que el que redujeron dos docenas de sudaneses al comienzo del gobierno de Abdelmalic, pero cuando volvieron, Al Zahira, la ciudad resplandeciente, no existía. Fue por esto por lo que el general Zawi Ziri no pudo contener la risa cuando los mensajeros le transmitieron las instrucciones del gran camarlengo y príncipe heredero de Al Ándalus: Abderramán Sanchuelo le contestaba que no había prisa, que no era preciso disolver con sangre las concentraciones de los insurgentes, que si el califa Hisham II seguía vivo, entonces la situación no era alarmante, y que ya se pensaría en algo cuando pasaran los fríos y él derrotase al rey de León.

El general Zawi Ziri mandó de vuelta a los mismos emisarios con informaciones más precisas y actuales para el canciller: que había un nuevo califa en Córdoba, que todas las casas de los amiríes en la ciudad habían sido arrasadas, que el califa Hisham II había abdicado y estaba en cautividad, que habíamos asaltado Medina Al Zahira antes de calcinarla, que aún se oían nuestras aclamaciones a la ley que lo declaraba traidor y sodomita, y que le declaraba la guerra, sin tregua ni perdón, y hasta la muerte.

—Entonces todo está perdido, salvo el ejército —contestó Abderramán Sanchuelo cuando oyó en Toledo a los nuevos emisarios del general Zawi Ziri —. Es decir, que nada está perdido.

Ordenó a su ejército marchar hacia Calatrava. Estaba seguro de poder reunir allí a más de veinte mil hombres de todas las **coras** de la península para dirigirse después hacia Córdoba y reprimir la rebelión con la fuerza. Solo comenzó a notar el error de su razonamiento, acompañado de nudos en la garganta, una pasta ácida en el paladar y punzadas de presagio en las sienes cuando, a medida que avanzaba por las llanuras manchegas, comprobó que su ejército, en lugar de crecer, menguaba.

Apenas alcanzaron Calatrava, convocó en el alcázar a todos sus generales. Faltaron varios que ni siquiera excusaron su ausencia. Masticaba la rabia, no tanto por la desobediencia de los que se habían ido, sino porque intuía la traición de los que le quedaban. Fue por esto por lo que quiso que le prestasen juramento de fidelidad. Andalusíes, eslavos o beréberes, todos los jefes militares, uno a uno, le fueron respondiendo que no hacía falta, puesto que ya se lo habían prestado en una ocasión. Bramó Abderramán y les advirtió que estaban contrariando la voluntad del príncipe heredero del califa único del mundo. Mientras les gritaba, escudriñaba sus miradas en busca de intenciones secretas. Los generales comenzaron a salir de la sala, mientras que Abderramán los increpaba por su propio nombre:

—Tú, a quien saqué de la mazmorra —gritaba—. Tú, que eras porquero cuando mi padre te reclutó. Tú, por quien pagué más que por ningún otro…

Se quedó solo con Habús, el beréber que años después sería rey de Granada, y con un general eslavo, de la familia de los Gómez, **conde** de Carrión, uno de los mejores amigos que nunca tuvo y a quien estaba empeñado en convertir en gobernador de la marca franca. Más tranquilo, les pidió su parecer.

—Yo no voy a engañarte —le explicó Habús—: nadie se batirá por ti. Las tropas que aún te siguen lo hacen por la simple razón de que te diriges hacia Córdoba. Si dieras media vuelta, verías cómo ni un solo general te acompaña.

Iluminado por su propia alma de niño, Abderramán Sanchuelo no podía ser sensible a la clarividencia del beréber.

—Vente conmigo —le dijo entonces Gómez—. Te ofrezco el asilo de mi castillo y te garantizo que mis gentes verterán hasta la última gota de sangre, si es preciso, para defenderte.

—¡No seas trágico! —rio Abderramán Sanchuelo—. Aún no me ha llegado la hora de retirarme a tus montañas de vacas.

Sumergido en las turbulencias de su mente infantil, añadió que no podía abandonar a sus partidarios de Córdoba, que el pueblo se levantaría como un solo hombre a su favor apenas supiera que se acercaba a la capital y que muchos de los partidarios del Mahdí le restituirían de inmediato la lealtad.

—¡Bastará con cortar unas cuantas cabezas! —se reía—. ¡Y ya veréis cómo brotan las lealtades de debajo de las piedras!

—¡Príncipe! —lo interrumpió el conde de Carrión con un tono más paternal que amistoso—. Cree a Habús Maksán y créeme a mí: todo está perdido.

—Ya lo veremos —replicó Abderramán Sanchuelo—. Que os quede claro que he resuelto ir a Córdoba, e iré.

—No apruebo tu designio —le dijo entonces el conde leonés— y estoy persuadido de que te dejas guiar por una ilusión que ha de serte fatal, pero suceda lo que quiera, no te abandonaré.

Por un instante, Abderramán Sanchuelo escrutó los ojos del general Habús Maksán. Buscaba unas palabras de lealtad similares a las que acababa de oír del leonés. No las obtuvo. Habús ni siquiera le devolvió la mirada. Se retiró y no volvió a mirarlo hasta la tarde del día siguiente, cuando Abderramán Sanchuelo ordenó detenerse en una posada y él dio a los suyos la contraorden de continuar la marcha hacia Córdoba. Los jinetes beréberes pasaron ante Abderramán Sanchuelo como quien pasa ante una piedra. Solo los comandantes que cerraban la marcha, Buluguin y Osiris, hijos de Zawi, y el propio Habús Maksán, se dignaron mirarlo y musitaron una despedida que sabían definitiva.

Cuando acampó en las inmediaciones de un convento de la vertiente sur de Sierra Morena, el mayor ejército del mundo se había reducido a las setenta mujeres del harén de Abderramán, a otros tantos criados y eunucos de su servicio personal y a un regimiento de leoneses hambrientos. El conde de Carrión le pidió que reconsiderase la oferta que le había hecho, pero de nuevo fue inútil su lucidez.

—He enviado ya a Córdoba a un visir —dijo—. Pedirá mi perdón, y estoy seguro de obtenerlo.

En dos días llegó la respuesta del Mahdí. La traía su primer ministro en persona con un destacamento de apenas veinte jinetes: el califa disponía el traslado del harén a Córdoba, iría escoltado por el regimiento del conde de Carrión, y nada más. Todos esperaban alguna disposición sobre Abderramán. No la había. El visir ni siquiera lo miró, dijo las órdenes de corrido y se encerró a conversar y a beber con el conde de Carrión.

De madrugada ya, Abderramán Sanchuelo los oía reír. Paseaba nervioso por el patio de la rábida. A veces provocaba el ladrido de los perros y otras veces la mirada despectiva de la guardia, que se entretenía por los soportales en juegos de barajas. Tenía el aliento tan descompuesto que él mismo se lo olía. Pidió una manta para frenar los escalofríos y los soldados le dieron una grisácea y roída por las ratas de la guerra. Envuelto por el olor a mugre de cuartel que desprendía aquella manta, por primera y única vez en su vida, Abderramán Sanchuelo cayó en la cuenta de que su enorme debilidad provenía de su incapacidad para reconocerse débil.

Antes del amanecer ya se había rendido a la evidencia. Aún no había terminado el invierno en el que salió de Córdoba seguido por diez mil guerreros uniformados y aclamado por las multitudes, y ahora había pasado una noche de fiebres, tirado en un rincón y cubierto por una manta áspera y deshilachada.

—¡Padre! —exclamó en voz baja—. Vuelve del paraíso y haz que yo despierte de esta pesadilla.

Comenzó a rezar y solo se interrumpió cuando vio al visir que cruzaba el patio. El oficial que lo seguía iba dejando un rastro oscuro de sangre porque llevaba agarrada por los pelos la cabeza del conde de Carrión. A Abderramán Sanchuelo se le desmoronó el alma. Se arrojó a los pies del primer ministro y comenzó a besarle los botines. Cuando se cansó de hacerlo, miró hacia arriba y le vio una fresca expresión de desprecio. Oyó la orden de que lo ataran de pies y manos, y mientras que los soldados cumplían sin contemplaciones esta orden, buscó en sus entrañas los últimos restos de coraje y dignidad que le quedaban.

—¡Me estáis lastimando! —les gritó.

Sorprendidos por la inesperada voz de mando, los soldados se quedaron quietos por un momento. El mismo que bastó a Abderramán Sanchuelo para sacar un puñal de su botina e intentar clavárselo en el corazón. No lo logró.

—¡Yo te ahorraré ese trabajo! —le gritó el primer visir mientras le clavaba la espada en el punto justo donde él pretendía clavarse el cuchillo.

Lo vimos pasar por la Puerta del Hierro. Lo traían desnudo y boca abajo, atravesado sobre un asno. Los campesinos le escupían en el trasero, los niños le arrojaban basuras y nadie mostraba el menor signo de piedad. Cuando le mostraron el cadáver al califa Mahdí empezó a pisotearlo. Reía, daba pasos de baile sobre el cadáver y a todos los que lo vimos hacerlo nos asaltó por primera vez la sospecha de que aquel nuevo califa era un loco. Lo supimos no

tanto por verlo danzar sobre un muerto, sino porque lo hacía con unos ojos amarillentos de lagarto y sin mostrar la menor emoción. Cuando se cansó de pisotearlo, ordenó que lo destriparan, que lo rellenaran con plantas aromáticas para conservarlo, que lo vistieran con túnica y pantalones y que lo clavaran en una cruz colocada cerca de la puerta de palacio. Allí se quedó olvidado durante meses, hasta que otro califa le concedió la discreción de pudrirse bajo tierra. Para entonces, el turbante azul con banda dorada había adquirido ya el olor seco de la muerte por olvido, la piel el color de la mojama y todo el conjunto el inconfundible aspecto de la grandeza podrida.

7

Días después, el Mahdí recibió una carta del general Wahdid, gobernador de Medinaceli. Le decía que la ejecución de Abderramán Sanchuelo le había causado gran alegría y aseguraba su obediencia al nuevo califa único del mundo. El viernes la carta fue leída en todas las mezquitas, porque nadie esperaba una sumisión tan rápida de alguien tan terrible. La crueldad inverosímil de aquel general había sido nuestro asombro y el de los militares, incluso en épocas más plácidas. Era eslavo y debía toda su fortuna al canciller Almanzor, que fue quien lo convirtió en gobernador de las fronteras y quien lo instaló en Medinaceli. Todas las primaveras, antes de cada expedición, se les veía juntos en juegos de barajas o en conciliábulos interminables de guerra. Se trataban de compadre y en su lecho de muerte Almanzor le encomendó la alta tarea de velar por el buen gobierno de su hijo Abdelmalic Amir.

Poco tiempo después, y como prueba adicional de lealtad, el general Wahdid le mandó al califa Mahdí cincuenta cabezas cortadas que habían pertenecido a otros tantos jeques de las fronteras empeñados en no reconocer la nueva autoridad. El califa Mahdí mandó que las ahuecaran, que las rellenaran con tierra de aluvión y que plantaran en ellas geranios y rosales. Alineadas, las colocaron a la orilla del río, en el jardín exterior del palacio antiguo y así las vimos durante toda aquella primavera tenaz que nos cambió la vida y el sentido del gozo y que terminó para siempre con los tiempos de la gloria. En aquel jardín de calaveras celebramos la fiesta del equinoccio. Tocaron un centenar de laúdes y otro de flautas, y apenas comenzó la noche prendimos una antorcha junto a cada tiesto. Algunos de los nuestros vieron en aquella iluminación macabra otra señal de la locura del Mahdí y del comienzo de nuestra desdicha, pero nuestros poetas creyeron con entusiasmo que volvíamos a los tiempos remotos y organizaron un certamen cuyo tema fue el

de las hogueras del Edén. Arrojamos flores al padre Betis. Llamamos Argantonio al Mahdí y cambiamos nuestros nombres por los de los gigantes. Los más jóvenes se desnudaron sin pudor para buscar el éxtasis en la danza. Las mujeres entonaron sus propias composiciones y la propia hija del califa danzó sin pausa hasta el amanecer para demostrar a todos que, aun desnudos, los cuerpos omeyas se distinguían de los demás.

Seducido por aquella noche inolvidable, el califa Mahdí hizo saber a sus visires que no tenía ninguna intención de trasladarse a Medina Azahara. Mandó que le instalaran un diván de piedra en el centro del jardín de las calaveras y allí celebró audiencias y consejos de gobierno. Recostado en su diván, abanicándose con la mitra de califa, rodeado por aquellos tiestos forrados de piel humana, escuchaba a sus innumerables primos omeyas que aspiraban a visiratos, tierras o delegaciones de poder.

—¡Concedido! —gritaba cuando se cansaba de oírles pretensiones—. ¡Concedido! —gritaba, al final, apenas los veía entrar por la puerta, para no tener ni que escucharlos siquiera.

Escuchaba a los generales mercenarios beréberes y eslavos que iban desfilando de uno en uno para ratificar las condiciones de sus acuerdos con los amiríes.

—¡Concedido! —gritaba cuando se hartaba de oír reivindicaciones salariales o relativas al equipamiento de las tropas.

Cuando los comandantes de su nuevo ejército popular le pidieron que mantuviese el salario que pagaba a cada uno de los siete mil obreros que lo integraban, el califa dijo:

—¡Concedido!

Cuando el visir encargado de las finanzas del califato vino a verlo con la queja de que estaban vaciándose las arcas del estado y le propuso que rebajase el sueldo a los siete mil obreros que al fin y al cabo estaban inactivos, él dijo:

—¡Concedido!

Cuando los generales andalusíes se quejaron de la indisciplina de aquel ejército de herreros y carpinteros, de pastores y ladronzuelos de arrabal y le pidieron que los licenciara a todos, el califa Mahdí, desde el diván del jardín de las calaveras, gritó:

—¡Concedido! Y que no vuelvan a molestarme más con asuntos de cocina.

Un día le informaron de que había muerto un obispo cristiano cuyo parecido con el depuesto califa Hisham II era asombroso.

—¡Que me los traigan! —gritó él.

—¿A quiénes, majestad? —se atrevió a preguntarle su visir.

—A los dos —rio—, al cristiano muerto y al vivo de Hisham.

Llegó primero el ataúd con el obispo, porque la guardia califal solo tuvo que desplazarse un par de calles hasta la iglesia tapizada de mirto en la que lo velaban con salmos y sahumerios. Al anterior califa, en cambio, hubo que buscarlo por las galerías más recónditas de Medina Azahara. Después tuvieron que acicalarlo y vestirlo de mujer, trasladarlo hasta Córdoba en palafrén como en los tiempos de su máximo poder, y desvestirlo y volverlo a vestir para que no se presentara de manera impropia ante el Mahdí. Cuando Hisham II llegó al jardín de las calaveras, con el aire rígido e indiferente y el andar torpe de los muertos vivientes, el califa Mahdí ni siquiera se levantó del diván.

—¡Que le enseñen el muerto a mi primo! —gritó.

Atardecía y ya se habían prendido las antorchas que alumbraban cada uno de los tiestos de calavera. Era primavera y ya olían los geranios de muerte que nacían de las macetas. Cuando destaparon el ataúd, Hisham II miró al obispo muerto sin inclinar la cabeza. Vio que tenía la barba rapada desde la raíz como a él se la cortaban y que tenía el cuello duplicado por una papada que era como la suya. Comprobó que estaba vestido con alba y estola del mismo lienzo blanco que él llevaba puesto, con una capa púrpura que a él no le hubiera importado ponerse, y que tenía una mitra sobre el pecho que se parecía a su gorro de califa con el que ahora se abanicaba su primo Mahdí. Pero el chorro de sudor frío que le recorrió la espalda de arriba abajo provino de la observación de las manos del muerto, que parecían deshuesadas, como las suyas.

Hisham II se sintió entonces muerto y alumbrado por velas de muerto. Se le exaltó la memoria y se supo aborrecido por quienes llorarían su muerte. Oyó su nombre de califa muerto invocado para prevenir la sequía, y se vio enterrado de nuevo por los mismos que ya lo habían sacado del regazo de su madre Subh cuando era un niño, los mismos que ahora le mostraban de verdad lo que siempre había sido: un muerto.

Iba a cerrarle por caridad los ojos al obispo, cuando Mahdí le sacudió la espalda con familiaridad:

—¿Se parece a ti o no? —le preguntó.

Hisham asintió sin hablar.

—Pues entonces, primo, prepárate, porque vas a asistir a tu propio entierro.

El califa Mahdí mandó que vinieran a reconocer el cadáver gentes de los tres estamentos, las tres razas y las tres religiones. Obligó a Hisham II a vestirse de nuevo de mujer y lo sentó a su lado en el diván del jardín de las calaveras. Le dio a beber vino añejo en copas de oro para entretenerlo mientras pasaba la procesión interminable de los ulemas y los rabinos, los parientes omeyas y las pasiegas que lo habían amamantado, los edecanes y los efebos que lo vestían y lo desnudaban, los generales y los hombres buenos del pueblo. Cuando veíamos los ojos taciturnos del obispo, sus labios tristes, su cara redonda y duplicada, todos nos dirigíamos al califa Mahdí y le decíamos:

—Sí, es Hisham.

Pasaron en grupo las esclavas vasconas que su madre Subh trajo de las montañas. Al ver el cadáver, comenzaron a llorar y a clamar en su lengua bárbara porque dijeron que no solo era el califa, sino que después de muerto se parecía más que nunca a su madre por la época en que Jacobo Almanzor le ordenó que se quitase la vida. Y pasó el nuevo obispo, sucesor del muerto en la diócesis, miró el cadáver y se volvió hacia el Mahdí.

—Sí, es Hisham —dijo—, pero ahora haga el favor de devolvernos el cadáver de nuestro obispo amado.

—Concedido —le respondió el Mahdí—. Pero espérese a que lo vea todo el mundo.

A los tres días enterraron un ataúd vacío. Lo hicieron con las preceptivas oraciones fúnebres, con la cabeza orientada hacia La Meca, con todos los honores reales y con el llanto ficticio de las mujeres y el desconsolado de una de ellas que tenía las manos grandes y amorfas, que formaba tras el califa y a la que nadie quiso reconocer.

Cuando los generales andalusíes y eslavos le pidieron que desarticulara los regimientos beréberes, el califa Mahdí respondió:

—¡Concedido!

Cuando los visires le hicieron ver que no había dinero para retornarlos a África, anuló su anterior orden. Volvieron entonces los generales y le dijeron que si los beréberes tenían que quedarse, que se quedaran, pero que al menos les quitase poder, les frenase la arrogancia y les mostrara la autoridad califal. Recostado en su diván, con los ojos cerrados y los primeros dolores de cabeza, el califa Mahdí les preguntó que cómo debía hacerlo.

—Prohíbeles que exhiban sus armas en público, que organicen desfiles y que monten a caballo por las calles de la ciudad.

—¡Concedido! —respondió el califa.

Seguros de que el califa no leería la ordenanza antes de firmarla, los escribanos añadieron de su propia iniciativa que los beréberes no podrían entrar en el palacio del califa. No lo prohibieron tanto porque quisieran agravarle la sanción, sino más bien porque temían que una simple visita petitoria de los beréberes llevase a Mahdí a abrogar su iniciativa y los obligase a ellos a redactar otra norma.

Al general Zawi Ziri le comunicaron esta ordenanza cuando asistía a la fiesta de circuncisión de Badis, hijo de Habús Maksán. Ni se inmutó.

—El califa está loco de atar —dijo—. Lo supe desde que lo vi bailar sobre el cadáver de Sanchuelo.

Mandó que continuara la fiesta con toda tranquilidad y se propuso dictar una carta para el califa de El Cairo pidiéndole la invasión de Al Ándalus. Tardó más de un año en hacerlo, porque aquella misma noche llegó la noticia de que una banda armada había asaltado y saqueado un palacio que su hijo Osiris tenía en el centro de la ciudad. Con la misma calma que mostró cuando le comunicaron las sanciones, al día siguiente el general Zawi Ziri ordenó a sus hijos y a los de Maksán que se vistieran de gala, como si participaran en un torneo. Vimos a media docena de caballos enjaezados con telas bordadas y vimos a los ziríes armados, con las galas del desierto y con el escudo azul del claro de luna. Descalzos y armados con lanzas, los infantes sudaneses caminaban por delante apartándonos a empujones, y un tambor sobre mula seguía a la comitiva redoblando el trote de los caballos. Cuando llegaron al palacio, el jefe de la guardia se atrevió a increpar a los sudaneses, pero cuando los comandantes ziríes pasaron sin descabalgar ni mirarlo por la puerta principal, les inclinó la cabeza en señal de respeto.

Al verlos irrumpir en el jardín de las calaveras, el califa Mahdí se atrevió a preguntarles que para qué lo visitaban. Sin preocuparse mucho de lo que decía, el general Zawi Ziri comenzó a gritar. Los ziríes más jóvenes se quedaron un paso atrás, mirando al Mahdí con atención y confirmando la opinión de Zawi de que aquel califa era un loco de atar. Siempre a voces, el general exigió la detención inmediata y el castigo ejemplar de la banda de maleantes que habían asaltado el palacio de su hijo.

—Concedido —le dijo Mahdí mirando al primer visir con sonrisa de loco —. Que les corten la cabeza a todos.

Aquella misma noche los guardias del califa llevaron al palacio del general Zawi Ziri un carro cargado con todos los objetos preciosos que se habían llevado los asaltantes y coronado por doce cabezas cortadas de hombres con bigote. Los detractores de Mahdí, que a esas alturas de la primavera ya se contaban por miles, hicieron correr el rumor en virtud del cual los objetos robados habían salido de los sótanos del palacio real para ser devueltos, pues allí los habían guardado los asaltantes por orden del califa. Más tarde supimos que las cabezas cortadas pertenecían a doce mercaderes bizantinos recién llegados a Córdoba.

8

[sivan 4769/junio de 1009/shawal de 399]

En las grandes fiestas de la ruptura del ayuno, el califa Mahdí había nombrado como príncipe heredero a un primo suyo que era hijo del gran Abderramán III. Dos días después de la proclamación del sucesor, otros parientes, desairados por la designación, le vinieron con el infundio de que este príncipe omeya estaba reunido en ese momento con diez generales beréberes para preparar su derrocamiento.

—¡Que encarcelen a mi primo —dijo borracho el califa Mahdí— y que me traigan en bandejas las cabezas de diez moros!

La guardia califal detuvo en los baños de su palacio al príncipe heredero, pero ni siquiera se tomó la molestia de intentarlo con los generales beréberes. Muy pronto un hijo del príncipe encarcelado comenzó a visitar a unos y otros y en tres días de reuniones continuas obtuvo el apoyo del general Zawi Ziri, el de seis generales de regimientos **zenetes** y el de los siete mil soldados del ejército popular disuelto por Mahdí. Más allá de lo que él le pedía —que era tan solo la liberación de su padre— el general Zawi Ziri lo proclamó califa con el nombre de Hisham III.

A la hora de la siesta, tumbado en su diván del jardín de las calaveras, el califa Mahdí oyó el tumulto que provenía de la mezquita mayor y preguntó qué era lo que querían ahora aquellas multitudes.

—Exigen la liberación de tu primo, al que tú nombraste príncipe heredero —le dijeron.

—Concedido —respondió el califa—. Que lo liberen.

—También exigen que abdiques a favor del hijo.

—Concedido —contestó el califa Mahdí sin inmutarse—, que los traigan a mi presencia y comenzaremos las negociaciones.

Por la tarde, los negociadores se sentaron en las alfombras extendidas alrededor del diván. De un lado, el califa Mahdí, su camarlengo y ocho visires de la familia de los omeyas con diverso rango y condición. Del otro, el anticalifa Hisham III, su padre liberado de la prisión, seis generales zenetes, los generales Zawi Ziri y Habús Maksán, y dos médicos que habían alcanzado la condición de comandantes del ejército popular que derrocó a los amiríes. Más castrenses que palaciegos, más militares que políticos, al anochecer, zenetes y ziríes ya estaban hartos de aquella reunión. Agobiados por el calor y por los mosquitos del río, tuvieron que atender durante horas los discursos preliminares de los presentes. A modo de preámbulo de sus intervenciones, todos los andalusíes detallaron interminables genealogías, que por vía paterna y materna los emparentaban con el mismo Profeta. Por momentos, el general Zawi Ziri se acordó de las interminables genealogías de su abuela Urlilit de Tuat, que pasaban siempre por el rey David y el sacerdote Moisés y terminaban en Abraham. Y cuando se cansó de escuchar tanto delirio de sangre se dedicó a observar al califa Mahdí. Asentía a todo, sonreía como un anfitrión y solo parecía preocuparle que las antorchas pudieran apagarse o que en las copas de los negociadores faltase el vino. El general Zawi Ziri lo miraba con atención y no conseguía reafirmarse en su primera intuición de que aquel hombre estaba loco de atar. A lo largo de aquella noche llegó a pensar que era la persona más sibilina y lista que había conocido nunca y que era un enviado del demonio para acabar con el califato. Se sorprendió cuando, en el calor de la discusión, un visir omeya le dirigió a él exactamente la misma acusación, por haberse atrevido a proclamar a un califa.

Avanzada la noche, comenzó a oírse un ritmo monótono de tambores beréberes que se iba fusionando con los cantes hondos de los hombres del ejército popular. Habían encendido hogueras en las explanadas adyacentes al palacio y esperaban tranquilos los resultados de la negociación. El califa Mahdí les había enviado veinte toneles de vino de sus bodegas.

Antes del alba, cuando comenzaron a oírse las primeras trifulcas de borrachos, los reunidos en el jardín de las calaveras habían comenzado un turno cerrado de intervenciones, que abordarían la posibilidad de proceder a la elección de un nuevo califa. Se discutía ya la relación minuciosa de los jeques de Al Ándalus que deberían ser convocados como electores cuando tuvieron que sacudir al general Habús Maksán para que despertase del profundo sueño en el que había caído. Poco después, el anticalifa comenzó a

discutir a gritos con su propio padre. La ventosidad sonora de un general de los zenetes descompuso por única vez la sonrisa perpetua del califa Mahdí, que intervino para poner en relación el sueño de Habús, la agresividad de padre e hijo y la ventosidad del general de los zenetes con el tipo de vino servido. Según justificó, después de fermentado aquel vino se alambicó con bayas de enebro en un convento cristiano. Al califa Mahdí no le había agradado mucho el resultado y por eso aquella noche nos había regalado los veinte toneles que le quedaban en sus bodegas.

Hasta el jardín de las calaveras llegaba el olor a carne quemada y los reunidos tardaron en comprender que no provenía de los jirones de piel que cubrían aún los tiestos de calavera. A esas horas, muy borrachos, beréberes y andalusíes habían comenzado el saqueo de las tiendas del mercado de los guarnicioneros. Apenas supieron esto, los generales Zawi Ziri y Habús Maksán se levantaron sin permiso ni excusas y abandonaron la reunión laberíntica de los príncipes omeyas. La población de Córdoba se despertó con el olor del incendio y nadie dudó en tomar las armas, no para defender el califato loco de Mahdí, sino para evitar que el saqueo de los borrachos se extendiera a sus propias casas.

Amanecía un día rotundo y caluroso, cuando todos comprendimos que ya no cabía el apaciguamiento. Había comenzado una guerra civil que duró veintiún años.

A los dos días de combate callejero aún no habíamos conseguido saber qué era lo que nos había convertido en niños enloquecidos. Solo las mujeres tuvieron la lucidez de relacionar aquel desorden de espanto con los veinte toneles de vino envenenado salidos de las bodegas del califa Mahdí. A media mañana asaltamos la judería. Las familias salvaron lo que pudieron y se encaminaron al barrio de los ziríes. Buscaban la protección del general Zawi, que parecía el único ser sensato de la ciudad, o, tal vez, la dirección de Kahina, a la que todos los judíos daban tratamiento de alta señora, no solo por llevar nombre de reina, sino por reconocimiento a un sacrificio que todos conocíamos.

Cuando vio llegar a los judíos, el general Zawi Ziri se apresuró a reconocer ante ellos que era incapaz de controlar a sus propios soldados. Había agotado ya todos los recursos del mando militar y de la legitimidad patriarcal. Llegó a ponerse delante de mujeres para que la soldadesca no las violara. Llegó a gemir de impotencia en el regazo de Kahina, que hubiera

dado cualquier cosa por serenarlo. Importunó a Utman de Borja, su médico **espagirista**, le exigió que compusiera el imposible antídoto contra el veneno que había vuelto locos a sus muchachos, y no quiso preguntarle a Habús Maksán dónde habían pasado el día sus hijos porque temía la respuesta de que participaban en la orgía de sangre.

Antes de que anocheciera, el general tomó una decisión: ordenó a Kahina que recogiera las riquezas del palacio, que preparara a las mujeres y a los niños y que, de forma inmediata, se pusiera en marcha con los refugiados judíos hacia la ciudad de Garnata. Sentados en la ribera, entonando sus canciones de verano, los lanceros sudaneses eran los únicos que a esa hora parecían tranquilos. Zawi le pidió a Habús que los levantara y que comandara la expedición a Garnata. Él solo temía por sus hijos y no pensaba moverse de Córdoba hasta que no aparecieran. Consultados los astros y los cristales, Utman de Borja le confirmó la intuición de que su arrabal estaba condenado a la devastación.

Las calles del centro de la ciudad ya estaban llenas de cuerpos jóvenes demolidos o acuchillados, reventados por el vino envenenado o atravesados por cualquier adarga o azadón. Pero seguíamos insensibles a esta evidencia, comprometidos por una lucha que ya no sabíamos de quién era, ni contra quién, ni por qué. Cuando terminamos de arrasar los mercados principales, los talleres de los plateros y los palacios más ricos, fuimos capaces de componer dos bandos para el tumulto: andalusíes y beréberes comenzamos a pelear entre nosotros. En la mañana del viernes, los echamos de la ciudad. Algunos de los nuestros los persiguieron hasta las orillas del Guadalmeyato, otros se quedaron en Córdoba para saquear sus barrios, y el de los ziríes fue el último de los que incendiamos.

Mientras tanto, en el jardín de las calaveras el califa Mahdí continuaba la reunión interminable de los príncipes omeyas. En su trifulca, el anticalifa Hisham III y su padre habían llegado a los puños. El primer visir tuvo que interponerse entre ellos y los llamó a la concordia. Después propuso a todos que de las fortunas personales de cada uno de los presentes se pagase una recompensa a todo el que trajese cortada una cabeza de beréber, ya de los regimientos ziríes, ya de los zenetes.

—Concedido —afirmó el califa Mahdí—. Son los culpables de todas nuestras desgracias y de nuestras disputas familiares.

Intervino de nuevo el primer visir para recordar que era viernes, que llevaban tres días reunidos y que era hora de asistir a los oficios en la mezquita. El más borracho de los visires omeyas se levantó entonces y dijo:

—Muy bien, vayámonos a la mezquita. Pero, para no terminar esta reunión sin acuerdos, propongo que le cortemos la cabeza ahora mismo al anticalifa Hisham, que ha osado levantarle la mano a su noble padre.

—Concedido —dijo el califa Mahdí con ojos de hiena—, pero le concedo al padre la gracia de perdonarle la vida a su hijo. ¿Perdonas a tu hijo?

No dijo ni que sí ni que no.

—Perdón denegado —dijo entonces el califa Mahdí—. Que le corten la cabeza a Hisham y después a su padre, porque es impropio de un omeya no perdonar a su hijo. Terminad pronto y vayámonos a rezar.

9

Apenas recogió a sus hijos, el general Zawi Ziri y los hombres que sobrevivieron a la matanza del Guadalmeyato marcharon a Guadalajara. Tomaron la ciudad y enseguida se llamó a deliberación a todos los generales beréberes de Al Ándalus. La noche en que comenzó la guerra civil, Osiris Zawi estaba en compañía de su mejor amigo. Era un muchacho instruido y dócil llamado Solimán Omeya, sobrino del anticalifa Hisham. Juntos tomaron parte en los acontecimientos que habían de poner el punto final al califato y juntos se vieron obligados a huir hasta Guadalajara. Convencido por su hijo, el general Zawi Ziri propuso a sus camaradas que reconociesen a Solimán Omeya como califa. La reunión se celebraba según los más estrictos ritos de los beréberes del desierto. Solo tenían opinión relevante los jefes de tribu, solo podían tomar la palabra los jefes de familia y, en silencio, de pie y en tercera fila, debían permanecer todos los guerreros que hubieran obtenido ya el **litham**. Habús Maksán fue el primero que expresó su oposición a la propuesta del general Zawi Ziri.

—Después de lo que nos han hecho, me niego a apoyar a un andaluz —dijo.

—Soy árabe —exclamó Solimán desde la tercera fila—. Soy un Omeya.

—No tienes la palabra —dijo Zawi Ziri.

—Eres como todos los andalusíes —lo corrigió Hubasa Maksán, desde la segunda fila—: un godo que habla latín y se cree árabe.

Los seis jeques zenetes intervinieron en apoyo de la tesis de Hubasa. Más tranquilo, Habús Maksán dijo que Solimán Omeya era un buen hombre pero no tenía ni bastante energía para ser jefe de un partido ni bastante experiencia para mandar un ejército. Solo Osiris Zawi, sentado en la segunda fila y, como siempre, en voz baja y mirando al suelo, apoyó la proclamación de Solimán Omeya. Los generales zenetes se cansaron pronto de las palabras y pidieron cualquier acuerdo, pero rápido. Entonces el general Zawi Ziri tomó cinco

lanzas e hizo con ellas un haz. Anudadas, se las dio a Hubasa, que pasaba por ser él más fuerte de todos los héroes beréberes.

—Intenta romper esto —le dijo.

Hubasa Maksán no pudo hacerlo.

—Desata ahora la cuerda —dijo Zawi Ziri— y rompe las lanzas una a una.

Apenas sin esfuerzo, Hubasa Maksán partió el asta de la primera.

—Que os sirva de ejemplo, beréberes —dijo entonces Zawi Ziri—. Unidos sois invencibles; desunidos, vais a perecer, porque estáis rodeados de enemigos implacables. Pensad, pues, en el peligro y decidme pronto lo que pensáis.

Se reabrió el debate, hubo más risas que tensiones. Por momentos, Habús y Hubasa tuvieron la sensación de que el tiempo daba vueltas porque se repetía la reunión que mantuvieron diez años antes, cuando recibieron la oferta de alistamiento de Almanzor. Por fin, se tomó el acuerdo de proclamar a Solimán Omeya como califa de Al Ándalus.

El general Zawi Ziri se había salido con la suya una vez más. Era consciente de que en realidad el proclamado era él, pero tomó la mano de Solimán y lo sentó en el lugar que él había ocupado hasta entonces.

—¿Juráis lealtad a este hombre? —gritó.

—Sí, juramos —dijeron todos a coro y sin ganas, al tiempo que se levantaban para comenzar una fiesta que se prolongó hasta el amanecer.

Convertido en hayib de un califa, la primera iniciativa que adoptó el general Zawi Ziri consistió en proponerle una alianza al gobernador eslavo de Medinaceli. El general Wahdid declinó la oferta de paz. Era un aliado de corazón del califa Mahdí, porque le agradecía el derrocamiento y la ejecución de Sanchuelo. Estaba convencido de que Abderramán había envenenado a Abdelmalic y pensaba que la muerte que tuvo era justa y le permitía a él cumplir la palabra dada a Almanzor en su lecho de agonía. De manera que el general Wahdid no escuchó las proposiciones del general Zawi Ziri y sitió Guadalajara. El cerco fue tan estrecho que los beréberes tuvieron que aprender a comer las hierbas que Utman de Borja elegía como aptas para el consumo humano.

A los quince días de asedio los hijos de Zawi, Osiris y Buluguin, y Hubasa Maksán cruzaron camuflados las líneas enemigas y se encaminaron hacia el norte con la misión de solicitar la ayuda del conde de Castilla. Lo

encontraron en las breñas de Amaya, sentado en un banco de piedra junto a una fuente de agua clara en la que se refrescaban sin pudor sus hombres. Vestido y afeitado como un obispo de Córdoba en verano, el conde Sancho había recibido por aquellos días una embajada del califa Mahdí. Le habían entregado una partida de caballos y mulas como regalo y le habían prometido muchas ciudades y fortalezas a cambio de una alianza militar.

Estragados por el sitio de Guadalajara y por el viaje sin pausa, los ziríes se presentaron ante él sin compostura ni presentes. Dijeron ser enviados del califa legítimo Solimán y el conde sonrió. Le pidieron alianza y el conde empezó a reír con franqueza. Se reía con la boca tan abierta y tenía la dentadura tan deteriorada que los beréberes tuvieron que retroceder un paso para no percibir el olor de su aliento. Vestidas como las monjas cristianas que habían visto en Córdoba, unas mujeres le acercaban en cántaros el agua de la fuente. El conde se sentía feliz: en pocos días había sido agasajado por dos califas de la dinastía omeya. Desde las guerras entre arrianos y trinitarios en el reino godo de Toledo, ningún cristiano de los astures, ningún duque de Cantabria o régulo de los vascones había recibido dos solicitudes de colaboración de los reyes de Hispania. Por eso, a la tercera intervención de Buluguin Zawi que respondió el conde con una risa estentórea y contagiosa, Hubasa Maksán creyó llegada la hora de marcharse.

—Vayámonos antes de que nos coman —le dijo a sus primos en lengua beréber.

Buluguin Zawi se negó. Sabía que aquellas risas eran más de alegría franca que de desprecio a su petición. Pidió un receso para descansar del viaje y el conde le prometió que por la tarde tendría una respuesta a su demanda. Ese mediodía hizo tanto calor que antes de la siesta los ziríes aceptaron remojarse vestidos en la fuente. Después los alojaron en una cabaña de piedras y les sirvieron un caldo frío y grasiento que ninguno se atrevió a probar. Olía a gallina vieja, pero estaba cubierto por una capa de nata cuarteada que se parecía al tocino de puerco aunque, según les explicaron, era grasa de osezno. Ambos despertaron por unos golpes fuertes en la puerta de la cabaña. Era el conde Sancho, que les traía unos trozos de queso. Allí mismo les dio su respuesta. Contra el pronóstico de Habús Maksán, había decidido apoyar al partido de Solimán y a su ejército de beréberes. Quería a cambio ciento treinta y dos fortalezas y villas. En nombre del califa Solimán, prometieron entregárselas. Años después, lo hicieron y esa entrega cambió nuestro destino por entonces y el curso histórico de las Españas para siempre.

10

[kislev de 4770/noviembre de 1009/rabí al-awal de 400]

Mediado el otoño, los castellanos llegaron a Guadalajara y rompieron el cerco con la simple exhibición de su fuerza militar. Después, en una ceremonia lenta presidida por el califa Solimán, el conde Sancho y el general Zawi, fueron llegando mil bueyes, cinco mil carneros y mil carros cargados de víveres.

Cuando se supo que aquel ejército beréber y castellano se había puesto en marcha hacia Córdoba, el califa Mahdí decretó la movilización popular y, sin estrategia ni criterio militar alguno, salió a su encuentro. Se encontraron en Cantich, y bastó la incursión de un destacamento de treinta beréberes al mando de Hubasa Maksán para provocar la desbandada del ejército **andalusí**. En su fuga precipitada hacia Córdoba, los civiles iban dejando un reguero de lanzas, cimitarras y cuchillos que simplemente no sabían utilizar. Beréberes y castellanos los degollaron por centenares. El general Wahdid ni siquiera entró en combate; con sus seiscientos caballos escapó hacia el norte. Tranquilo y cínico, el califa Mahdí propuso negociaciones de paz a su primo Solimán Omeya. En la carta en la que lo hizo sostuvo con toda naturalidad que él no era el califa, sino solo el hayib de Hisham II que seguía vivo en Medina Azahara. Tardó más el general Zawi Ziri en terminar de reírse y negarse a la negociación que sus tropas en desfilar por Córdoba entre nuestras aclamaciones a Solimán Omeya como nuestro nuevo califa.

Con la buena suerte de los locos y en la confusión de la llegada del nuevo califa, Mahdí logró escapar de Córdoba. Se refugió en Toledo y no solo logró el apoyo de esta ciudad, sino el de todas las fronteras desde Lisboa hasta Tortosa. Fue por esto por lo que el hayib Zawi Ziri no pudo pagarle entonces al conde Sancho las ciento treinta y dos fortalezas y villas de frontera que le

había prometido. Compensó la demora permitiendo que su soldadesca saqueara Córdoba.

Durante siete meses el general Zawi Ziri gobernó Al Ándalus. Había cumplido los cincuenta, pero parecía resuelto como un toro. En los comienzos de su gobierno, creíamos que la matanza de Cantich y el saqueo de Córdoba le habrían calmado las ansias de perdición, porque mandó que se desclavara el espantapájaros de Abderramán Sanchuelo y que se lo enterrara con honores de príncipe heredero del califato.

Mandó que sacaran a Hisham II de Medina Azahara y que lo trajeran para presidir las exequias. Todos creíamos que ese era el final del califato de Solimán Omeya y el retorno de la línea legítima al califato. Pero no eran esos los designios de Zawi: apenas terminaron los funerales, el general le puso delante el documento de abdicación a favor de Solimán para que lo firmara y Hisham II lo rubricó con la misma melancolía inmensa con la que hubiera firmado cualquier otra cosa.

Por la mañana lo vimos llegar desde Medina Azahara, vestido de mujer y a lomos de una mula. Y cuando sus efebos lo vistieron de califa en las dependencias del alcázar antiguo lo vimos aparecer como un espectro. Aparentaba ser más viejo de lo que era y estar más inflamado de lo que estaba; le habían crecido el vientre y la papada; se le habían desarrollado unos pechos de mujer; tenía la piel traslúcida más que blanca, tanto que podíamos verle las desembocaduras de las arterias y los cruces arbóreos de las venas; y se había convertido en un ser de una paciencia infinita que se había propuesto vencer su vida de prisionero perpetuo por el recurso al tedio sacramental.

Víctimas de su inexperiencia política, tanto el califa Solimán como Osiris Zawi se apiadaron de él. A ambos les parecía tan perverso el destino de Hisham II que se atrevieron a proponerle a Zawi que lo liberara o que, al menos, lo matara. El hayib de Al Ándalus se burló de la debilidad de los jóvenes, les recordó que la situación del califa Hisham era herencia política del gran Jacobo Almanzor y les pidió que se abstuvieran de consideraciones teológicas. No se le había ocurrido pensar que en su respuesta estaba dando las claves de su propio modelo de gobierno, que pasaba también por la reclusión dorada del califa Solimán.

11

[sivan de 4770/abril de 1010/shawal de 400]

Mientras que el beréber Zawi gobernaba una Córdoba devastada y arruinada, el eslavo Wahdid se había aliado con dos condes catalanes: Raimundo de Barcelona y Armengol de Urgel. Con su propio ejército y con el de ellos marchó a Toledo y se reunió allí con las tropas del califa Mahdí. En la primavera treinta mil soldados musulmanes y nueve mil cristianos bajaban por las llanuras manchegas camino de Córdoba.

La batalla comenzó a cuatro leguas de Córdoba y duró seis días. De conformidad con sus convicciones políticas, aprendidas de Jacobo Almanzor, el hayib Zawi Ziri impidió que el califa Solimán tomara el mando de las tropas. Lo colocó como un icono en un punto seguro de la retaguardia, lo rodeó de los más insolventes generales andalusíes y le ordenó que no abandonara ese puesto aunque los enemigos le pisaran los pies. Pero en la incertidumbre militar que generaba el tamaño del ejército enemigo, nadie se acordó de instruir al califa Solimán acerca de las tácticas de guerra de los beréberes.

Seis regimientos zenetes y dos ziríes atacaron a las tropas catalanas y, conforme a las reglas de la estrategia oriental, volvieron enseguida la espalda al enemigo, para volver con ímpetu a la carga. El califa Solimán Omeya no comprendió su táctica y los generales andalusíes que lo rodeaban tampoco. Cuando vieron a la vanguardia de Zawi Ziri volverse atrás, pensaron en la derrota. Perdieron el coraje, cundió el pánico y huyeron en desbandada. Los beréberes, sin embargo, volvieron a la carga y atacaron con tanta furia que mataron a sesenta jefes catalanes, entre los que se encontraba el conde Armengol de Urgel.

Pero la huida del califa Solimán fue determinante para el resultado de la batalla. Zawi Ziri sabía de la insolvencia militar de los generales andalusíes, pero no podía imaginar que llegara hasta el punto de no conocer la vieja táctica oriental del combate. Pensó que si el califa había huido era porque disponía de informaciones militares que se lo aconsejaban y ordenó la retirada de todas las tropas. Con su ejército de catalanes, el califa Mahdí tomó de nuevo posesión de su diván de mando en el jardín de las calaveras.

Sin saber muy bien cuáles habían sido las causas de su derrota, Zawi se refugió en Alcalá de Guadaira y hasta allí llegaron persiguiéndolo las tropas del ejército aliado. La sangre de tres mil catalanes, dos mil vascones y mil andalusíes tiñó de rojo el Guadalquivir en el punto donde se mezcla con los últimos flujos del mar. En la retirada, a su paso por Córdoba, los catalanes se condujeron con una crueldad inaudita, pero era tan grande ya la devastación de la ciudad que a todos nos pareció peor lo que quedaba por llegar.

Antes de un mes, los generales eslavos decidieron reponer en el trono a Hisham II. Lo trajeron de Medina Azahara, lo vistieron como un rey y lo colocaron en el trono del alcázar antiguo. Sin perder la calma, apenas supo que los generales lo habían depuesto, el califa Mahdí se dirigió al salón del trono. Besó la mano blanda de Hisham, se sentó a su lado y, con una naturalidad que provocó risas, dijo que él no era califa, sino solo el hayib de su amado primo. Sin dejar de reír, y allí mismo, el general Jairan le cortó la cabeza.

Aquella misma tarde hubo una fuerte tormenta que no dejó ni una sola gota de agua, y los soldados eslavos pasearon la cabeza de Mahdí por las calles de Córdoba, pero estaban desiertas. No era solo por el miedo a los rayos, sino porque la desesperación melancólica de Hisham se había extendido entre nosotros. Todos vivíamos convencidos de que habría sido mejor morir como tantos en la matanza de Cantich o en el saqueo de los castellanos; o como tantos otros en la batalla contra Wahdid o en la desembocadura del Guadaira o en el último saqueo de los catalanes. Habían sucedido tantas calamidades en tan poco tiempo que los supervivientes ni siquiera nos quejábamos del dolor del hambre o del olor a ratas muertas, pues sabíamos que ambas cosas eran parte del inconfundible aspecto de la grandeza podrida.

12

[años 4771-4773/1011-1013/401-403]

El general eslavo Jairan, gobernador de Almería, mandó la cabeza cortada del Mahdí a la alcazaba de Guadaira como símbolo de su disposición a la negociación. Cuando Solimán la recibió, derramó lágrimas, la hizo limpiar y se la envió a un hijo del muerto que se encontraba en Toledo. Cuando lo vio llorar, Zawi Ziri se rio de él, como se rio de su hijo Osiris cuando le vino escandalizado porque había sabido que Wahdid andaba vendiendo la biblioteca de Alhakam para frenar la ruina del estado. No sabía en qué momento de la guerra civil se le había podrido el alma, pero ya solo soñaba con retornar a la alcazaba de Achir, donde nació. No se inmutó cuando el general Wahdid le envió embajadas de paz. Y tal vez para acallar el rencor que sentía contra sí mismo mantuvo durante años el asedio a Córdoba, permitió que la consumieran los jinetes del hambre y de la peste, y no le concedió la piedad de un asalto rápido y definitivo que la borrara de la faz de la tierra. Se alegró de saber que los generales eslavos se mataban entre sí y que Jairan había decapitado a Wahdid.

No frenó a sus tropas cuando asaltaron Medina Azahara, y les permitió que violaran la santidad de la mezquita y que degollaran a mujeres y niños sin distinción, pero cuando sus soldados quisieron recorrer la legua que los separaba de Córdoba, los frenó y les ordenó que no pusieran un pie en aquella ciudad. Insensible a las súplicas del califa Solimán y a las de su propio hijo, autorizó que desmantelaran los palacios uno por uno antes de quemarlos. Mandó que lo dejaran solo y subió a una colina para ver mejor el incendio de Medina Azahara. Oyó el graznido de los pájaros que ardían en sus jaulas gigantes, mientras él pensaba en qué rincón del patio de armas de Achir

podría instalarse una pajarera gigante como la de los califas de Córdoba. Vio a los extraños animales del parque zoológico salir en todas direcciones con las colas ardiendo, pero él pensó que había sido una lástima no ordenar que salvaran a las gacelas, emblema de todas las naciones del desierto. Imaginó la cocción lenta de los peces de colores y se preguntó si le cabrían en Achir peceras tan grandes. No tuvo escrúpulos en cobrar él mismo indemnizaciones desmesuradas, y con ellas restituyó con mucho el valor de sus propiedades de Córdoba. Mandó a Lucena, para que los administrara Kahina, capiteles romanos y azulejos godos, veletas de oro y cuencos de mercurio, columnas de mármol y arcos de herradura con los que años más tarde construiría su palacio de Granada. Para él conservó como único botín los dos leones africanos del zoológico de Medina Azahara. Ya no se separaron de él hasta su muerte, y mil años después la leyenda aún lo representa entre ellos, como el escudo lo representa entre las columnas del Estrecho.

A esas alturas de la guerra civil, la desolación de Al Ándalus era tan grande que los caminos podían transitarse durante semanas sin encontrar a nadie vivo. Desesperados, saltábamos a veces las murallas de la ciudad y nos atrevíamos a atacar a las tropas beréberes. En realidad, solo pretendíamos molestar a la bestia para que de una vez nos diera el zarpazo definitivo. En una de estas salidas, unos militares eslavos capturaron a Hubasa Maksán. Se aflojó la cincha de su caballo en lo más recio de la pelea y, cuando se bajaba para apretársela, un cristiano lo desmontó de un lanzazo vigoroso. Lo rematamos en el suelo. Su hermano, el general Habús Maksán, trató de disputar su cadáver, pero lo rechazamos. Nos llevamos en triunfo la cabeza de Hubasa Maksán, mutilamos su cuerpo, lo arrastramos por las calles de Córdoba y lo entregamos a las llamas.

Solo entonces, Zawi Ziri tuvo que ceder a las presiones de sus hombres, aflojarle la tortura a la ciudad agonizante y ordenar la toma. Un domingo, los beréberes entraron en la ciudad por la puerta del arrabal de Secunda.

Apenas si quedaba algo que saquear. La furia por la muerte de Hubasa Maksán tuvo que calmarse con el asesinato de los hombres más inofensivos. Degollaron al anciano Mondhir, que había sido prior de los imanes de la mezquita mayor desde los tiempos de Alhakam II; decapitaron al desdichado Merwan, de la noble familia de los Beni-Hodair, que había perdido la razón como consecuencia de un amor desgraciado; más allá, yacía el cuerpo del

sabio Alfaradhi, autor de un precioso diccionario biográfico. Las víctimas fueron tan numerosas que ni siquiera tratamos de contarlas.

Con una calma que ya no era de este mundo y con un placer casi religioso, el hayib Zawi Ziri tomó de la mano a Badis, hijo de Habús, y subió con él al minarete de la mezquita de Al Mugira. Quería divisar desde allí el incendio de Córdoba y señalarle al niño los últimos paisajes de aquella ciudad a la que había decidido matar. Recordó el día en que llegó a la capital del mundo y buscó con el dedo el puente romano que atravesó entonces. Evocó cada una de las frases que le dirigió Almanzor cuando se entrevistaron por primera vez, y volvió la vista hacia la mancha oscura donde había estado la ciudad resplandeciente de Al Zahira. Recordó los días de cálculos, cuando planificaron el barrio de los ziríes y comprobó sin pena que aún era apreciable el trazado rectilíneo de las calles, bordeadas por palmeras polvorientas.

Con su voz de guerrero le fue relatando a Badis Habús todas estas evocaciones, pero no le expresó el único sentimiento que experimentaba ante la ciudad en llamas. No era un sentimiento de desprecio hacia las viejas ciudades, sino una simple nostalgia creciente de **Ifriquiya**. Badis ben Habús —o Betis Habis como lo recordamos en nuestras leyendas redentoras— había cumplido por entonces los doce años y fue más tarde rey de Granada por más de treinta. Sofocado por el calor sorprendente del incendio de Córdoba, había de recordar a su tío por el resto de su vida como lo vio aquella tarde: con chorros de sudor azul y con el brazo de ángel exterminador extendido hacia la claridad malva del atardecer.

Dos días después, el hayib Zawi Ziri acompañó al califa Solimán en su entrada a Córdoba. Quedábamos tan pocos vivos que tuvieron que acortar el recorrido triunfal hasta el alcázar y colocar entre nosotros a cientos de soldados beréberes, a tullidos y leprosos, a campesinos traídos de aldeas próximas y a los inconfundibles sudaneses. Zaheridos hasta el fondo del corazón y aterrados por la profundidad de la devastación, aclamamos como pudimos al califa Solimán. En su rostro pudimos ver un gesto de aprecio hacia este entusiasmo fingido. Sin embargo, en el rostro azulado del general Zawi Ziri nadie fue capaz de desentrañar un solo sentimiento que no fuera el del placer de la perdición.

II. Urlilit de Tuat

13

[±4670/909/297]

El sábado en que leía el **Talmud** por vez primera, Urlilit volvió a ver a Manad. Se acercaba a caballo por el camino del norte, acompañado por un destacamento de guerreros de ojos claros. Llevaba una capa de tafetán blanco y el litham desatado y caído sobre los hombros en señal de paz. A Urlilit le molestó saber por su madre que venía con la intención de llevársela, como quien pasa a recoger una cabra, pero no solo aceptó el matrimonio, sino que se casó con entusiasmo. Nacida y crecida en la ciudad de Tamentit, en el reino judío de Tuat, Urlilit era hija de una sacerdotisa descendiente de la Kahina. Al contrario de su madre, que solo practicaba los saberes del Libro Uno, Urlilit de Tuat conocía bien la flora de la comarca y las técnicas de la alquimia y la **espagírica**. Fue por esto por lo que, meses antes, Manad había reparado en ella: aquel llegó al oasis para reponer fuerzas en medio de una larga travesía militar y al atardecer, como le ocurría desde que comenzó aquella campaña, sintió que le crecía el malestar de la fiebre. Sus hombres le montaron la tienda y avisaron a la sacerdotisa, pero fue la niña que la acompañaba quien acertó con el diagnóstico: la causa de la calentura era el raigón de una muela perdida que se le estaba pudriendo dentro de la encía. Maceró unos pétalos de rosa con lavanda y espliego, aplicó la pasta verdosa resultante en la hendidura de la muela y le durmió la boca a Manad. Después, con un cuchillo afilado cuya punta estaba al rojo vivo, rajó la encía y extrajo la raíz podrida.

Esto sucedió por la época en que en la cercana capital del reino de los Siyilmasa se proclamó califa al primer fatimí. Por entonces, Urlilit de Tuat acababa de alcanzar la pubertad y todavía se asqueaba por el sudor añejo de los hombres. Así que le sobró el agradecimiento de Manad y no se acordó de

él hasta el día en que vino para llevársela. Sin embargo, ochenta años más tarde, recordó que por la noche se acercó a la tienda del guerrero convaleciente para ver si persistía la fiebre. Este recuerdo inesperado fue fruto de la lucidez enorme que la invadió en la vejez y fue tan grande que le pareció volver a ver el rostro azulado, los rizos, el tatuaje del brazo derecho a la altura del corazón y los dedos de arquero de Manad.

El primer hijo de Urlilit y Manad se llamó Ziri. Apenas alcanzó la pubertad, Urlilit de Tuat mandó buscar en Tamentit a dos hermanas judías llamadas Awina y Tamayrut y las casó con él. Quería asegurarse de que se prolongara la alianza de sangre entre los **sinhayas**, ganaderos nómadas del desierto, y los hebreos, agricultores de los oasis. Según sus creencias, esa era la alianza entre los hijos de Caín y las hijas de Abel, de la que tarde o temprano volvería a nacer el rey David.

Ziri Manad se convirtió pronto en un guerrero temible. Tenía la piel del rostro tintada por el añil del litham, ademanes bárbaros y una masculinidad descomunal que le impedía toda continencia. Cuando los puritanos y marciales **jariyíes**, bajo el mando de Abu Yazid, el hombre del asno, sitiaron la ciudad de Mahdia para destronar a los fatimíes e instaurar la democracia, fue él quien rompió el cerco con una violencia feroz. Salvó así al califa Almúizz de una muerte segura y a la dinastía fatimí de la extinción sin gloria.

Fue por aquellos años cuando Ziri Manad mandó construir la fortaleza de Achir en las montañas del Titteri. En ella nacieron sus hijos Yusuf Buluguin, Zawi y Maksán. Y para los tres, durante toda su vida, aquella alcazaba había de ser su recuerdo mayor. Por razones militares, tenía una única puerta que daba entrada a un patio empedrado y rectangular, destinado a organizar las expediciones y a exhibir los trofeos de guerra. Pero desde los tiempos de la fundación y por indicación de su madre, Ziri Manad permitió cultivar por dentro, al pie de las murallas, los rosales, la hierbabuena, la madreselva, el tomillo, el espliego, la albahaca y otras muchas hierbas para la curación, el perfume o el rito. El olor de los aceites esenciales de aquellas plantas, mezclado en el taller de espagírica con aceite de almendras dulces, llegó a ser tan intenso que en poco tiempo identificó no solo a la propia alcazaba, sino a toda la aldea que surgió a su alrededor. Utman de Borja, el alquimista que fuera durante muchos años el maestro sufí de Zawi, contó que se había instalado en Achir alentado por el olor de las rosas, porque pensó que un alcázar que así oliera debería de ser una protección segura contra la violencia que asolaba al mundo. Cuando en Al Ándalus el ya rey Zawi tomó la

determinación de mover dos leguas hacia el este nuestra vieja ciudad de **Castilia**, eligió una colina soleada, repleta de geranios silvestres y con un intenso olor a madreselva y a celindas en las noches del verano. Y durante los años de pesadumbre de la guerra civil que asoló Córdoba, siempre soñó despierto con una atmósfera tan saturada de rosales y albahacas que tuviera la propiedad terapéutica de desincrustarle de la piel el hedor de tantas guerras acumuladas.

14

[av de 4729/agosto de 969/ramadán de 358]

A la hora de la siesta, la ciudad santa de Qairuán se estremeció por gritos militares, cánticos religiosos y la resonancia de los cascos de los caballos. Abriéndose paso entre los niños, despertando a los perros y apartando a los tullidos, los emisarios alcanzaron a postrarse ante el califa Almúizz, que aprovechaba la hora del bochorno para orar en la gran mezquita. Le dieron la noticia grande de su reinado: el general Jawhar, el siciliano, había conquistado Egipto.

Años antes, el califa detuvo la expedición de conquista porque se lo pidió su madre. Estragada por una dolencia, quería cumplir sin sobresaltos su deber de peregrinar. Y, cuando regresó de La Meca, estaba tan agradecida por las atenciones para con ella del monarca egipcio que su hijo volvió a aplazar la ocupación hasta que muriese aquel soberano. A comienzos de aquel verano se supo que el ejército cruzaba ya la Tripolitania, pero nadie le prestó atención a estas noticias porque pensaron que los jinetes galopaban todavía por casa. Por eso, cuando aquella tarde los habitantes de Qairuán supieron que la tierra conquistada era la inmemorial ciudad de Alejandría, comprendieron el desconcierto de los primeros cánticos religiosos y del griterío de los militares. Desbordados por el tamaño histórico de la noticia, los cien guardias de la escolta califal saltaron a sus caballos y empezaron a galopar por las calles, sin saber qué hacer, ni adónde ir, ni qué cantar. Espantaron gallinas, persiguieron ganados, derribaron tenderetes en el mercado y acabaron bregando con niños y bañándose en los abrevaderos. En el interior de la mezquita mayor, el califa Almúizz sentía las vibraciones del júbilo, se inquietaba si disminuían y se preguntaba a qué hora debería asomarse para recibir las ovaciones de la muchedumbre. Era mes de ramadán y obligado, por lo tanto, contener la

euforia hasta la noche. Se preguntaba también, y sobre todo, cuándo podría marcharse de aquella ciudad santa y hostil, de clérigos y montañas, y retornar a la marítima y pagana Mahdia, la sede de su flota, de su mejor palacio, de sus alegrías y de su poder.

A lo largo de aquella tarde, los carros de los campesinos fueron llegando cargados de tambores, panderetas, redoblantes, víveres y corderos, y apenas no se pudo distinguir un hilo blanco de un hilo negro comenzó la celebración. Se encendieron las antorchas, los músicos se alinearon con laúdes para acompañar la salida del califa por la puerta principal de la mezquita, y hasta los ulemas y los estudiantes escuálidos de la **madrasa** comenzaron a danzar. Cuando llegó el día de la ruptura del ayuno, se reinició la gran fiesta. Esta vez se prolongó una semana y se extendió a muchas ciudades. En Mahdia, los pescadores cargaron imágenes de Isis en sus barcas e iluminaron el mar con sus antorchas.

Envuelto por el aire de la noche de verano, el califa Almúizz miraba el espectáculo desde el bastión de la alcazaba. Apenas había cumplido los cuarenta años y desde los veintidós era el califa, cuarto de los fatimíes. Con la mirada perdida en el oriente, se preguntaba si sus dominios alcanzarían un día a Bagdad. Solo en la terraza, con la barba descuidada, quería interpretar la iluminación prodigiosa del mar por las antorchas de los pescadores como un signo más en aquel presentimiento de que con su dinastía volvería a relucir la más antigua gloria de los faraones de Egipto.

* * *

Durante meses, el califa Almúizz siguió recibiendo los despachos del general Jawhar, el siciliano, que contenían los relatos pormenorizados de sus conquistas. Apenas se los leían, mandaba que se proclamasen con bandos de júbilo por las mezquitas y que se leyeran en alto por los imanes para general conocimiento de la población. El general siciliano había conquistado también Siria, Egipto estaba en orden y la plegaria de los viernes se rezaba en su nombre en todos los territorios de esos países. Pero, con tanto respeto como insistencia, al final de cada una de sus misivas, el general Jawhar le pedía que se trasladase por el camino más corto hasta Alejandría y que asentase allí su corte.

El califa Almúizz y sus visires de Mahdia, con ulemas venidos de Qairuán y con la ayuda imprescindible de los astrónomos, medían en los mapas el alcance de la conquista, e iban entendiendo las razones de Jawhar. No solo se estaban conquistando territorios, sino que se estaba recomponiendo el mundo

y, en verdad, como se atrevió a decir el siciliano por escrito, el centro del califato se trasladaba sin remedio hacia el viejísimo Egipto, cuna de toda civilización. Fue por esto por lo que, meses después, tras muchos debates, consultados augures y astrónomos, considerados los informes de jeques, alfaquíes y generales, y no sin zozobra, el califa tomó la determinación de partir para instalar su corte y su gloria junto al Nilo.

Comenzaron entonces tres años de intenso trabajo. Hubo que encargar galeras y naves menores en los astilleros genoveses. Había que talar los árboles de la costa para construir dos mil cofres, arcas y baúles; había que tallar setenta y dos ataúdes con maderas nobles y desenterrar a los antepasados del califa que los ocuparían; había que esperar a que las burras parieran para formar una recua de más de mil setecientos animales; había que recaudar una ingente suma de dinero, constituir el virreinato de Ifriquiya con corte propia y repartir la jurisdicción y el territorio entre más de noventa jeques de las tres grandes tribus; y había que esperar, en fin, a que terminase la construcción de una nueva ciudad, sede de la magnificencia del califa Almúizz, descendiente de Fátima, hija del Profeta.

En Egipto, a pesar de las urgencias, el general Jawhar no perdonó los ritos. Encargó a los astrónomos la planificación minuciosa de una ciudad; de acuerdo con las conclusiones de su estudio, se esperó a la primera luz del sol posterior a la noche más larga. Entonces se soltó un cuervo de auspicio desde la base de la pirámide más septentrional. Su vuelo determinó el lado mayor de un rectángulo, cuyo lado más corto, medido en centenas de **codos piramidales**, se hizo coincidir con la constante π potenciada al cubo. Después, la décima parte de esta área se destinó a un gran palacio, dos tercios se repartieron entre los comandantes para construir acuartelamientos y viviendas militares y el cuarto restante se reservó para la **aljama** y el zoco.

La población cercana, los prisioneros de guerra y esclavos traídos desde todos los países de los negros comenzaron la construcción en el momento justo en que el planeta **Al-Qahir** comenzaba a gobernar los cielos. Fue por esto por lo que la nueva ciudad recibió el nombre que aún lleva: El Cairo.

15

[4730/970/360]

De todos estos sucesos nos iban llegando noticias. Preocupado por la extensión que adquirían los dominios de su rival fatimí, el califa omeya Alhakam II tomó la determinación de enviar a Tánger al mejor de nuestros generales. Se llamaba Yafar y era un hombre desproporcionado. Tenía el rostro escuálido, en contraste con unos labios prominentes y rojos, y era de una vitalidad arrolladora en contraste con una veneración enfermiza por lo funerario. Se contaba que en los sótanos de la alcazaba de Alcalá había mandado construir una cripta para sus padres, cuya tapa de azulejos se retiraba con toda facilidad para poder ver los cadáveres embalsamados. Tenía los títulos de príncipe de Zsar y señor de Masilia, usaba veintidós apellidos y retaba a duelo a todo el que se atreviera a negar que tenía por ascendiente directo al primer yemení que pisó la península Ibérica. Cuando llegó a Tánger, los jeques del clan de los zenetes lo recibieron con entusiasmo y, en dos semanas, pusieron bajo su mando un ejército de mil doscientos caballos considerados los mejores de África. Los montaban unos hombres tan diestros en las artes ecuestres que su gentilicio se convirtió en nuestra lengua en el nombre común para designar a los que cabalgan.

En lugar de caminar con ese ejército en dirección a Fez, Yafar observó la estrategia que le aconsejaban los jinetes del desierto. Puso a la mitad de los hombres bajo el mando de su hermano Yahyá y les ordenó que fingiesen adentrarse hasta los límites del desierto, e instruyó a su hermano para que, a medida que avanzara, fuera dividiendo sus tropas en destacamentos, y para que cada uno de ellos caminara después en zigzag hacia el este, uniéndose en puntos concertados y separándose otra vez. Con la otra mitad de los jinetes, él

hizo lo mismo. Comenzó a bordear la costa, pero en cada puerto desviaba un destacamento hacia el sur.

Fue así como lograron el primer objetivo estratégico de la guerra: el estado mayor fatimí recibió informaciones contradictorias que declaraban al general Yafar internándose en el desierto, reembarcando en Tánger para volver a Al Ándalus y evitar la derrota, acampando en el litoral, o acercándose a Fez para plantear batalla. A pesar de que todas estas informaciones no podían ser ciertas a la vez, los visires del califa Almúizz y sus jeques adeptos de toda Ifriquiya se apresuraron en señalar al general Yafar y a su ejército de zenetes como el mayor peligro del califato fatimí desde su instauración. Por aquellos meses, los jeques beréberes negociaban una reducción de su contribución financiera al traslado de la corte a Egipto. En realidad, lo que pretendieron al elegir la noticia más inquietante de entre las muchas verosímiles era demorar la marcha del califa y, con ello, el pago de sus tributos. Lo lograron. Convencido de que el general Yafar se disponía a avanzar hasta el mismo corazón de su imperio, el califa Almúizz movilizó a su mejor general y le ordenó que se pusiese al mando de todos sus ejércitos. Era Ziri Manad, el padre de Zawi.

En lo más duro de aquel invierno, el califa Almúizz se puso en marcha hacia las montañas del Titteri. Quería reunirse con el general Ziri en la alcazaba de Achir para, desde ahí, iniciar las maniobras militares contra el general Yafar. Pero, sin anunciársela a nadie, ni discutirla siquiera con sus visires, llevaba una segunda intención: tenía el firme propósito de delegar en Ziri Manad su jurisdicción califal y sus potestades soberanas. Quería nombrarlo **virrey** de Ifriquiya con el alto título honorífico de Espada de la Dinastía. Lo consideraba su mejor comandante y tenía con él una deuda de gratitud por haberlo librado del cerco de los jariyíes.

Retenida por las lluvias, la comitiva del califa apenas lograba alejarse de Qairuán. Y, al cabo de veintiocho días, el general Ziri Manad decidió por su cuenta no esperar más. Había sabido por espías que los destacamentos del general Yafar se movían por las costas y, para no perderles el rastro, tomó la determinación de salir de Achir con doscientos hombres bien armados. En menos de tres jornadas desplegaron sus tiendas en el litoral. Por la mañana, el general Ziri Manad salió del campamento con su hijo mayor y una patrulla de doce jinetes. Yusuf Buluguin ben Ziri había cumplido por entonces los veinte. Tenía el pelo rizado de color azabache, la textura fuerte, la piel débil, la voz grave y el carácter violento de su padre, pero era evidente que había sustituido

la imaginación de patriarca que siempre caracterizó a Ziri Manad por la proverbial memoria de su madre Awina de Tamentit. Podía recitar sin olvidos el Libro que no había vuelto a leer desde que alcanzó la pubertad. Concebido durante el asedio de los jariyíes a Mahdia, fue el primer príncipe nacido en la alcazaba de Achir. Tanto su madre como su abuela Urlilit de Tuat dieron gracias al cielo cuando Ziri Manad reconoció que le había nacido un rey y aceptó imponerle el nombre de José, de la estirpe de David, delante del nombre beréber por el que siempre lo conocieron.

Aquella mañana, desde un promontorio, Yusuf Buluguin vio unos islotes cuajados de gaviotas y alcaravanes. A la derecha, el delta de un río formaba planicies amplias. Donde terminaba la arena y comenzaban los acantilados vio unas murallas de fortaleza en ruinas que siglos antes habían pertenecido a la ciudad romana de Icosium. Llamó a su padre para que comprobara las buenas condiciones del lugar: el resguardo de los vientos, la cascada de agua dulce que descendía por las rocas para mezclarse con el río unos metros antes de la desembocadura, la abundancia de pastos en las colinas y la tierra de cultivo depositada por aluvión.

—Cuando esta guerra termine —le dijo entonces Ziri Manad—, volverás aquí y fundarás una ciudad.

—Esta guerra no terminará nunca, padre —respondió triste Yusuf Buluguin—, pero haré lo que me pides.

Con orgullo de padre y sonrisa de abuelo, Ziri le dijo entonces que se iba a morir tranquilo, porque estaba claro que su heredero tenía alma de rey fundador, y añadió distraído que se acercaba la primavera porque había una nube de mariposas revoloteando por las murallas agujereadas. Buluguin las miró y el corazón le dio un vuelco: en ese momento dos hombres salían de entre las rocas arrastrando una barquichuela y comenzaban a remar hacia el mayor de los islotes. Se escondieron y les bastó una hora de vigilancia para saber que un destacamento de apenas diez hombres estaba acampado entre los muros de la ciudad arruinada. Habían escondido sus provisiones en el mayor de los islotes de la costa y su comandante era el general Yafar en persona.

Antes de mediodía, sin esperar refuerzos, Ziri Manad tomó la decisión de atacar el puesto. Les bastó una acometida para ponerlos en desbandada. Después los persiguieron hasta otro campamento mejor defendido, pero que también arrasaron sin dificultad. Mataron a siete zenetes, apresaron a dieciséis

y se proveyeron de caballos y adargas. Ganaron así esa batalla, pero Ziri Manad perdió en ella la cabeza, como su madre había presentido.

16

La vieja Urlilit oyó la llamada del presagio el mismo día en que Ziri salió de Achir. Acompañada por sus nueras y sus nietos, se había instalado en la terraza del salón del trono para despedir a las tropas. Pero no había terminado de cruzar el último caballo la puerta de la alcazaba, cuando dio media vuelta y se encerró en su alcoba. Muchos años antes, inspirado en las cosas que había visto en sus visitas al califa, Manad le había regalado una aleación de estaño y cobre que tenía la virtud de devolver la imagen. Era un espejo. Ante él, Urlilit de Tuat solía permanecer de pie, pensativa, recitando oraciones o pensando en la familia. Después, si había notado la llamada de algún augurio, se tumbaba en la cama boca arriba, con los ojos abiertos y los brazos extendidos. Desde su juventud, cada vez que veía a los hombres de la familia partir para la guerra, repetía ese ritual de espejos y posturas. Creía que el espejo multiplicaba los buenos y los malos pensamientos, y que reclinándose le penetraban también mejor en el corazón los buenos y los malos vaticinios. Aquella mañana se le repitió el presentimiento de un mal grande, pero no logró determinarlo. Le echó la culpa al tropel de los niños por la galería, dio la orden de que los callasen y repitió sin resultados el ritual.

En los días siguientes, se lamentaba de que se le fuera tanto tiempo en encontrar cosas extraviadas. Se perdía el candil de latón que dejaba en la repisa al acostarse, y aparecía después en la hornacina que había a la entrada del dormitorio; y el jarro de agua perfumada que ponía a la derecha amanecía a la izquierda del lecho. Echaba en falta un vestido de ceremonia y se lo encontraban en los baños del pabellón de los hombres. Al principio, creyó que eran cosas de la edad y se resignó a hablar sola sin preocuparse ya de que la escucharan.

—¡Un día voy a perder la cabeza! —exclamaba.

Y, en efecto, cualquiera que la hubiera visto tumbada en la cama con los brazos en cruz, los ojos abiertos y sin dejar de hablar, habría podido pensar

que estaba loca. Una mañana de viernes, después de la oración, buscó por todo el palacio un cinturón de plata trenzada cuyo broche eran dos cabezas de serpiente que estaba segura de haber puesto en una arqueta de marfil. Después de gritarle a todas las mujeres, lo encontraron entre los almohadones del diván en el que solían sentarse sus nueras. Urlilit de Tuat buscaba este cinturón de plata trenzada porque en sus visiones se le confundía con el de oro de baja ley que acababa con dos cabezas de leones persas. Siempre andaba con la preocupación de haber unido por despiste la boca del león con la cabeza de la serpiente, como en efecto le ocurrió el día en que se le determinó el presagio: el mismo en que vio a su nieto Yusuf Buluguin entrar al galope en la alcazaba de Achir para anunciar que a Ziri Manad le habían cortado la cabeza.

También Zawi y Maksán, los dos hijos menores que Ziri había tenido con Tamayrut de Tamentit, recibieron el augurio de la muerte de su padre. Aquella mañana habían logrado salir de la alcazaba y bajar a la medina de Achir para visitar a un maestro sufí. Los dos niños trataron de conseguir el permiso a través de su madre pero, como ocurría siempre que los hombres partían para la guerra, Tamayrut ya había perdido toda autoridad frente a la omnipotencia de la abuela Urlilit. Ante la imposibilidad de conseguir intermediarios con la abuela, los niños salieron acompañados solo por la esclava negra que los amamantó y que los seguía de cerca por las cuatro callejuelas que por entonces tenía la medina. La esclava sudanesa caminaba unos pasos por detrás y no paraba de rezar y de murmurar, porque estaba convencida de que la abuela Urlilit la mataría si llegaba a enterarse de la escapada. Zawi era un niño extraño: alto, fuerte y bien formado, pero retraído y misterioso. Su mirada era inquisitiva y parecía agrandarle los ojos oscuros. Era de palabras escasas y de opiniones firmes para su edad. Apenas un año menor, Maksán era más alegre, emprendedor y travieso, y sus rasgos afilados se correspondían más a los de la estirpe de David, pero sus ojos de un verde melifluo confirmaban su pertenencia indudable a los sinhaya del desierto.

Cuando alcanzaron la placeta de la medina, subieron por unas escaleras estrechas y se presentaron ante el maestro Utman, un andalusí de Borja que cultivaba la espagírica y leía el porvenir insaculando cristales azules, rojos y amarillos. Como en todas las ciudades de Ifriquiya, en Achir había ya médicos, farmacéuticos, astrónomos y alquimistas llegados de cualquier parte y que viajaban de un sitio a otro para eludir las violencias de una era de guerras que no había hecho más que comenzar. Sin explicar sus verdaderas razones, alegando tan solo que lo había atraído el olor medicinal de la

alcazaba, el alquimista Utman de Borja había llegado el año anterior. Había recibido todas sus enseñanzas de un maestro sufí de Toledo que, a su vez, las había recibido de otro, siguiendo una línea que se remontaba a la escuela bagdadí de Abel Nuri, el persa. A su llegada a Achir, Utman se refugió en un estrecho cuarto que atiborró de clepsidras y relojes de sol. Se dedicó a vender sus medicinas y a los augurios remunerados, pero también a hacer mediciones de calendarios para prevenir los eclipses y para regular el tiempo natural de conformidad con el teológico. De paso, sus aplicaciones algebraicas servían para la agrimensura y para la valoración tributaria de los inmuebles urbanos.

Aquella mañana, cuando recibió a los hijos de Ziri, sacó por orden las piedras de color zafiro, granate y ámbar, y pareció preocuparse con lo que vio. Ordenó a los niños que volviesen de inmediato a la alcazaba, porque intuyó que allí les darían noticias grandes de las que cambian el destino, y que él no podía ver en el juego de colores de los cristales. Cuando se quedó solo y para confirmar lo peor de lo que había visto en las piedras, el alquimista sufí extendió unas barajas de la India: a la izquierda estaba Lucifer, y a la derecha la muerte con su guadaña, patinando por aguas y arenas, degustando la amarga frescura de su milenaria saliva, previendo la decapitación de Ziri.

Hasta el atardecer, el príncipe Zawi Ziri no se acordó de las palabras de su maestro. Salió del cuarto donde había dormitado, recorrió la galería alta que rodeaba el patio de la alcazaba, perfumada a esa hora por los olores de primavera de los rosales, y oyó el tumulto de los caballos y los engranajes del portón que se abría. Se asomó al patio de armas y allí vio a su hermano mayor Yusuf Buluguin, que había entrado al galope en el patio de la alcazaba y que se había arrodillado ante su madre Awina de Tamentit para comunicarle que el patriarca Ziri había muerto. Acabó de decirlo, cuando Awina se arrancó el vestido y se arañó los pechos. Tamayrut, la segunda esposa de Ziri, inició un grito gutural de dolor.

Ya casi tranquila por la confirmación de sus peores presentimientos, la abuela Urlilit de Tuat fue la única que tuvo autoridad para rodearse de los nietos y exigirle más explicaciones a Yusuf Buluguin. Las obtuvo: creyeron que el enemigo había huido y Ziri Manad ordenó el traslado de todos los jinetes al interior de la ciudad en ruinas. Transportaron a la playa todas las provisiones abandonadas por los zenetes en el islote grande y Ziri dio entonces las órdenes para los días siguientes: que se restablecieran las calles empedradas, que se removieran las arenas, que se limpiaran de las paredes los musgos de siglos acumulados, que se cubrieran con ladrillos de adobe los

boquetes mayores de la muralla, que se contuviera el agua del mar que comenzaba a lamer las columnas de mármol verde, que se limpiaran de telarañas las bóvedas de los baños, que se limpiaran con agua dulce los azulejos verdosos donde se representaban escenas de cacería de leopardos y de tigres con dientes de sable, y que se encendieran hogueras para espantar a las sierpes, las tarántulas y los alacranes.

Cuando terminaron de reparar lo imprescindible, el general Ziri Manad convocó a sus comandantes y declaró ante ellos con una solemnidad inaudita que su hijo Yusuf Buluguin debía ser reconocido como fundador de aquella ciudad por encomienda suya. Yusuf Buluguin aceptó el título de fundador y bautizó a la ciudad con el nombre de Al-Djazair, en recuerdo de los islotes de los alcaravanes. Nadie pudo imaginar entonces que mil años más tarde aquellas ruinas se convertirían en una gran ciudad, mantendrían el nombre de Argel que Yusuf Buluguin le había puesto y lo extenderían a una república de inmenso territorio.

Durante la fiesta de militares solitarios que siguió a la fundación, envuelto en la manta del desierto y sin quitarse las botas de montar, Ziri Manad permaneció sentado en lo más alto del anfiteatro derruido, mirando hacia fuera, viendo las olas, pensando en lo perpetuo del movimiento del mar. Cuando lo vio así, Yusuf Buluguin comprendió que lo que había hecho aquella noche era retirarse del mundo e investirlo a él como heredero, y que ya no lo tendría consigo por mucho tiempo. Fue un presagio tan nítido que se le repitió en sueños durante toda la noche. Contra el consejo de un imán que había visto en las imágenes de tigres con dientes de sable una señal inequívoca del paganismo del lugar, el general Ziri Manad se había empeñado en dormir solo en el *frigidiarium* de las termas. Cuando despertaron, ya con el sol alto, yacía envuelto en su manta, sin cabeza. La guardia no había oído nada. Yusuf Buluguin, que dormía en la antesala abovedada de los baños, tampoco, pero unos guerreros zenetes debieron de entrar por una ventana abierta en la bóveda, cortarle la cabeza a Ziri Manad y llevársela a Córdoba como trofeo de una batalla que, en realidad, habían perdido.

17

La noticia de la muerte de Ziri le llegó al califa Almúizz cuando ya divisaba la alcazaba de Achir. Había esperado durante una hora a que bajasen los jinetes de gala de la bienvenida, a que se oyeran los gritos del pueblo y a que se formaran los remolinos de niños que lo acompañaran en el ascenso, cuando por fin sus pajes le dijeron que Ziri había muerto con honra y en combate. En ese momento, presa de un golpe de miedo, el califa pensó en dar media vuelta. Pero cuando vio la silueta solitaria de Yusuf Buluguin que bajaba hacia su comitiva con el escudo del claro de luna y la lanza invertida en señal de duelo, y cuando lo oyó informarle acerca de los detalles de la que había sido la batalla final de Ziri y fundacional de Argel, creyó saber que así se morían los príncipes de la era antigua y que era su obligación de califa omnipotente recibir la pleitesía de los ziríes y dejarse acomodar en las mejores dependencias del palacio de Achir. Allí se encerró y pasó varios días como hechizado, sin recibir a nadie, ni impartir justicia, ni atender a sus propios cortesanos. Preocupado por el ensimismamiento del califa y pensando que tal vez le hiciera falta una mujer, Yusuf Buluguin ordenó a los jeques de las aldeas más próximas que enviasen vírgenes a la alcazaba.

Acompañadas por sus hermanos, las muchachas fueron llegando de una en una al palacio, pero la vieja Urlilit se negó a acogerlas en el harén.

—Mientras el califa esté en Achir —le dijo a gritos a su nieto Yusuf Buluguin—, aquí manda el califa, pero en el harén sigo mandando yo. Y el día en que se marche el califa ya veremos en donde mandas tú.

Yusuf Buluguin iba a reaccionar con gran violencia cuando se dio cuenta de que la abuela Urlilit de Tuat tenía todo el respaldo de Awina. Incapaz de rebelarse contra su madre, humillado y desautorizado, se marchó de la alcazaba con un destacamento de diez hombres. Llamado por el califa, volvió días después para las exequias de su padre. Pero cuando esa otra vez salió por el portón de la alcazaba, no miró atrás. Y no volvió a entrar en Achir en todos

los años que le restaban de vida, ni jamás se interesó por la salud, ni preguntó por el bienestar de su abuela Urlilit y de su madre Awina.

Con el paso de los días, encerrado en el palacio de Ziri, el califa Almúizz, en lugar de serenarse, iba perdiendo el dominio de sí mismo. Se le oía llorar sin pudor, casi al borde de la desesperación. Le daba vueltas a una idea obsesiva: le debía el califato a Ziri, que lo libró de los jariyíes, y Ziri había muerto. Había planificado el futuro del califato con Ziri como virrey de los territorios del oeste, y ya no había ni virrey, ni futuro. Los omeyas invadirían Ifriquiya, los jariyíes volverían a Qairuán y el general Jawhar perdería los dominios de Egipto y Siria. La cabeza de Ziri era la cabeza de su poder occidental y ahora estaba en Córdoba. Sus propios designios como heredero del Profeta se le desvanecían en océanos de miedo. Se le vio merodear por las dependencias del palacio con una túnica de seda y algunas mujeres sostuvieron que caminaba con los andares de los muertos resucitados, sin embargo nunca fue más carismático, ni estuvo más elevado que en esos días. Su apostura religiosa de heredero del Profeta adquirió un extraño aire adicional de emperador bizantino. Se afeitó su barba oscura de Arabia y ya no cubrió nunca más su semblante helénico y atormentado.

Una noche, cuando salía de sus aposentos más íntimos, chocó con el príncipe Zawi Ziri, que jugaba a patinar sobre el polvo de albahaca seca por los pasillos de la galería. La guardia apartó al niño a empujones, pero el califa lo llamó a su presencia. Le preguntó quién era y el niño se lo dijo sin levantar la mirada. Le alzó la barbilla para comprobar el parentesco en los rasgos de la cara y Zawi cerró los ojos y se quiso arrodillar. Gracias a esta pleitesía excesiva, el califa Almúizz rio por primera vez en mucho tiempo. Mandó a su edecán a buscar un cofre para darle al niño unas cuantas monedas de oro, pero Zawi no quiso aceptar el donativo. El califa insistió.

—El dinero —le dijo entonces el niño— puede cambiar la nada por todo, y eso es un atributo exclusivo de Dios.

—¿Quién te ha mostrado esa verdad? —le preguntó Almúizz.

—Mi maestro —respondió Zawi, sin vacilar— Utman de Borja, el sufí.

Se sentaron en la galería. El edecán les sirvió el té que Urlilit había preceptuado para el estreñimiento del califa y ambos lo bebieron con complicidad. Ante el niño y con confianza, Almúizz desató su lengua anudada durante días. Zawi no solo pudo entender, sino que llegó a vivir como cosa propia la preocupación política del califa. Iba a cumplir los trece años, seguía

taciturno y retraído como en su primera infancia, pero ya le afloraba la predisposición para la política y la teología que siempre tuvo. Conversaron durante mucho tiempo y al día siguiente, otro viernes de primavera, después de la plegaria, el califa llamó a su presencia al maestro Utman de Borja. Fueron precisos cuatro hombres para reducirlo y subirlo hasta la alcazaba, porque sus convicciones le impedían postrarse ante ningún poderoso. Para que consintiera en hablar, el califa Almúizz tuvo que garantizarle su clemencia, respetarle la postura erguida y ordenar el completo desalojo de la sala. Por fin, sin guardias ni cortesanos, Utman de Borja le confirmó que había presagiado ante Zawi la decapitación de Ziri; le auguró al califa fortuna en su viaje y gloria en su determinación de partir para Egipto; le reveló la existencia de la estirpe de David, rey de reyes, y le aconsejó que emparentara con ella, tomando por esposa a una mujer judía de los oasis de Tuat; le vaticinó a su dinastía más duración que a la Omeya de Córdoba; y le aseguró que no sería traicionada por el virrey Yusuf Buluguin, ni por su hijo que por entonces tenía un año de edad, ni por el hijo de este que lo sucedería mediante una guerra civil atroz. Después, se dieron a desentrañar durante horas el significado astrológico de la decapitación y, antes del amanecer, cuando Utman retornó íntegro y libre a su cochambre de artilugios en la medina, el califa dispuso que se enterrara sin reparos teológicos el cuerpo sin cabeza del general Ziri Manad.

Para poder formar junto al ataúd, Zawi y Maksán recibieron el litham. Era un pañuelo tintado de añil que ataviaba a los hombres del desierto. Tenía la función de protegerlos de las arenas y del sol, pero era también símbolo iniciático de pubertad masculina. Les teñía la piel con un tono azulado tan indeleble y característico que permitía nominar a la nación como la de los hombres azules. Separado de su madre por primera vez en un acto público, Yusuf Buluguin los armó con alfanjes de empuñadura de zafiro y adargas de hierro pulido con rocas volcánicas. Los dos niños habían de recordar por el resto de su vida la augusta solemnidad con que Almúizz puso su sello califal en el índice del cadáver, y después en el de Yusuf Buluguin. Presidió la ceremonia, celebró las exequias y recitó las oraciones con toda la majestad faraónica a pesar de la fiebre del miedo que todavía padecía.

Seguro de que la realidad no derrotaría a ninguna de sus profecías, Utman de Borja no se tomó siquiera el trabajo de asistir a los funerales por el **emir** muerto. Desde el momento en que el califa se lo permitió, volvió a su taller de

la medina, se dio a la meditación en ayuno y abstinencia y gastó las horas en reflexionar sobre la multiplicidad de estados del ser. Solo recibió al príncipe Zawi Ziri cuando lo visitó por tercera vez. El califa ya se había marchado de Achir y en la alcazaba reinaba de nuevo el orden rápido e infatigable de la abuela Urlilit de Tuat. Utman de Borja se sentó en la alfombra y cruzó las piernas en la postura del loto. Cerró los ojos y eligió su tono más grave de voz. Sin valorar la iluminación diáfana e infantil de los ojos de Zawi, le dijo que el califa Almúizz recordaba y apreciaba la conversación que mantuvo con él en la galería de la alcazaba, y que había lamentado que a Zawi le faltara edad para suceder a Ziri Manad. Creyendo que Zawi merecía también esa información, le dijo que, sin embargo, era él y no su hermano Yusuf Buluguin quien estaba llamado a rescatar de Córdoba y traer de vuelta la cabeza del padre. Lo sabía tanto por los astros como por las líneas de su mano derecha, que examinaba con atención cada cuatro meses.

El príncipe Zawi Ziri rompió todo el encanto de estas revelaciones. Excitado por el respeto y las reverencias insólitas que Utman de Borja le había mostrado, ignoró el designio que acababa de recibir y le expresó lo único que de verdad le ocupaba la mente en aquellos días.

—Ya soy un hombre —le dijo.

Y como Utman no entendió lo que quería decirle, se lo describió de manera gráfica:

—Que en las exequias de mi padre he formado junto al ataúd, que he recibido las armas de mi hermano Yusuf Buluguin, que me han puesto el litham, y que ya pronto se me pondrá la cara de color azul.

El verano posterior al entierro de Ziri Manad, el califa fatimí partió de Ifriquiya acompañado por sus hijos y sus deudos, con una inmensa fortuna y con los ataúdes alineados por rango y antigüedad de todos sus ancestros. Zarparon del puerto de Mahdia en dirección a Cerdeña y no entraron en el de Alejandría hasta finales de la siguiente primavera.

18

Antes de partir, el califa Almúizz dejó sellados los papiros que proclamaban virrey de Ifriquiya a Yusuf Buluguin I ben Ziri ben Manad, con el nombre de Padre de las Victorias y el título de Espada de la Dinastía. Los visires que permanecieron en Mahdia, los jeques de la confederación sinhaya, los ulemas de las madrasas, los caídes de las principales ciudades y los alfaquíes se reunieron en la ciudad santa de Qairuán para expresarle su lealtad a Yusuf Buluguin I. Formaron por edad y jerarquía en el patio de la mezquita mayor. Frente a ellos, tras la fuente de las abluciones, se instaló un trono de sedas con un estandarte verde que pendía desde lo más alto del minarete. Yusuf Buluguin I llegó a caballo escoltado por sus dos hermanos y por una comitiva de siete lanceros. Vestía una túnica heredada de Ziri, blanca y con ribetes damasquinados del color del cielo nocturno de verano. Era la misma que llevaba Manad el día en que volvió al oasis de Tuat para llevarse a Urlilit. Llevaba el rostro cubierto por el litham y, en el brazo izquierdo, un escudo de metal, pulido en azul marino y con un claro de luna representado en el centro. Ziri, el nombre de su padre y de su dinastía, provenía de Osiris, dios de la noche y, en la vieja lengua **amazigh**, designaba también la resurrección de la luna en noche oscura.

De acuerdo con lo dispuesto por el propio Yusuf Buluguin y para restarle solemnidad, la ceremonia de su investidura se hizo coincidir con la primera salida de su ejército. Después del besamanos interminable de los jeques, se puso a sí mismo la condición de no considerarse monarca de Ifriquiya hasta que no recuperara la cabeza de Ziri. Como Padre de las Victorias hizo un llamamiento altisonante pero muy breve a todos los hombres de las tribus de los sinhaya, la mayor de la nación beréber. Los llamó a la venganza de la sangre, prometió un despiadado castigo para todos los beréberes que se alistaran en el ejército de Alhakam II, califa omeya de Al Ándalus, y ordenó que desfilaran por las calles dos mil cien hombres a caballo. Aquel día en

Qairuán solo resonaron sus cascos. No hubo tambores, ni cánticos, ni vítores, ni ninguna otra manifestación que pudiera alterar el luto y la rabia por la muerte traicionera de Ziri.

Comenzó así un reinado cuajado de victorias militares y de fabulosos botines de guerra que, sin embargo, no incluyeron nunca la recuperación de la cabeza del patriarca: los guerreros zenetes que la habían cortado la disecaron, la rellenaron de algodón, se la llevaron a Córdoba y la clavaron entre banderas enemigas y otros trofeos de guerra en el arco de la puerta del alcázar omeya frente a la gran mezquita donde, como había sido vaticinado por Utman de Borja, permaneció expuesta más de treinta años, hasta que Zawi Ziri la recuperó.

Durante la ceremonia, Yusuf Buluguin había tenido la impresión de que el pergamino con letras de calígrafo de Bagdad —algunas ilustradas con tintas de varios colores y rúbrica, firma y sello del califa fatimí— lo empeñaba en un compromiso que, en realidad, solo su padre había aceptado. Llegó a pensar que toda su vida estaba planificada por su madre, Awina de Tamentit, en complicidad con su abuela Urlilit y su tía Tamayrut. Se sentía inerme ante esta evidencia, comprometido con una vida que nunca le había pertenecido y anegado por la intuición de que su padre se había dejado matar por unos zenetes furtivos, no tanto por descuido como por la comodidad de no convivir más con aquellas mujeres omnipotentes. Lo veía en sueños: en ellos Ziri siempre galopaba feliz entre atardeceres y vientos, por arenas interminables en las que no dejaba huellas, liberado, sin nadie a quien mandar, ni califa a quien obedecer, ni hijos a los que instruir, ni madre ni esposas a quienes complacer.

Meses después, cuando sufrió una importante derrota militar, Yusuf Buluguin llegó a creer que todos estos cálculos e intuiciones habían sido fruto del sol de mediodía en el verano interior de Qairuán porque, contra todos los pronósticos de Urlilit de Tuat, en los primeros meses de su reinado ya era un perdedor. Pero cuando en primavera conquistó Fez y logró extender los dominios del califa fatimí hasta el borde occidental del mundo, se dio a pensar que todo era como él había intuido en la mañana de su investidura: que su existencia era tan solo el eslabón de una cadena de poder inmemorial y que, como el día de su boda le habían dicho, en las líneas de la mano llevaba indicado el peso y la condena de la sangre de los reyes.

La memoria de su padre se lo confirmaba. Aunque cada vez más lejos, como si no quisiera esperarlo, Yusuf Buluguin siempre siguió entreviéndolo,

siempre montado sobre un caballo hecho de remolinos de viento y arena, y siempre esquivo y brillante. Y en la época en la que el insomnio de las noches le hacía dormir en cualquier momento y en cualquier lugar, llegó a decir que le había hablado para explicarle que no era él quien se iba de los recovecos de sus pesadillas, sino que era Urlilit quien lo alejaba con malas artes para recuperar la soberanía completa sobre todos los territorios de su mente.

19

Después de la investidura, los jinetes del virrey cabalgaron con desánimo y orden hacia el litoral. Cuando llegaron a la muy reciente ciudad de Argel, el virrey Yusuf Buluguin I supo que el ejército omeya, compuesto por mercenarios zenetes y mandado esta vez por Yahyá, hermano del general Yafar, había cambiado su estrategia de emboscadas y movimientos continuos, y que le daría la batalla en campo abierto. No llovió en toda la noche, pero el día amaneció con un cielo del mismo color que el suelo embarrado. Al alba, los comandantes le advirtieron de unos nubarrones negros que se acercaban por el poniente, pero el virrey no estaba en condiciones de considerar detalles climáticos en sus reflexiones previas a la batalla. Aquella era la primera que libraría sin su padre y se sentía aturdido por su ausencia. Se había pasado la noche invocándolo, porque quería que le diese en sueños las instrucciones precisas para superar la soledad del mando. Y fue para facilitar la comunicación por lo que había decidido pasar la noche en el *frigidiarium* de los baños romanos, en la misma sala donde decapitaron al patriarca la noche de la fundación. Estaba convencido de que por aquellas dependencias, que seguían decoradas con las pinturas de gladiadores y tigres de dientes de sable e iluminadas de forma sobrenatural, vagaría el espíritu militar de Ziri Manad. Sin embargo, en todo el tiempo que permaneció allí, solo percibió un lejano rumor de leopardos nocturnos.

El caíd de Argel le había mandado al aposento a una esclava de piel dura y manos expertas que se quedó observándole el sueño hasta que no pudo impedir con sus caricias que lo despertaran las pesadillas. Con el pretexto de que quería concentrarse en las cabalgaduras, en la secuencia de los toques del mando y en los últimos planes de la batalla, Yusuf Buluguin la despidió antes del alba sin oír lo que la mujer tenía que decirle acerca de lo observado en sus sueños. El Espada de la Dinastía tenía por entonces veintitrés años y, sin contar las escaramuzas, había participado ya en una docena de batallas

considerables. Sin embargo, aquella mañana estaba nervioso e incómodo, porque sentía como si la mujer cuya piel olía a selva, de mano suave pero firme, le estuviese sosteniendo todavía los testículos. Ese atoramiento imprevisto de los canales del miedo le amargó la mañana, porque se le transformó en un presentimiento de derrota apenas le anunciaron que el ejército estaba formado y listo para salir de la ciudad.

Los dos ejércitos se encontraron bajo la lluvia en una llanura abierta y cenagosa, muy cerca de las playas, en la desembocadura de un río caudaloso. Parecía que ningún humano hubiera surcado aquel delta desde los días de la creación. Aunque los dos bandos sumaban más de cuatro mil hombres y otros tantos caballos, y aunque sonaron gritos de mando, de ánimo, de victoria y de agonía, los generales experimentaron por separado la misma sensación de oír mejor el estruendo de la tormenta que el ruido de la guerra. Desde sus puestos de mando, a los dos les parecía asistir a un combate del que nadie vivo se enteraría jamás porque se libraba por parejas y entre muertos solitarios.

Y, en efecto, aunque nunca se respaldó de manera oficial en los dominios fatimíes, la noticia de la derrota del virrey Yusuf Buluguin I se extendió por Ifriquiya como un rumor lento e incierto. De los dos mil cien jinetes del ejército de Buluguin, mil cuatrocientos murieron en combate, seiscientos estaban heridos y solo cien galopaban de vuelta con él. Esta noticia era tan tenue e imprecisa que, cuando llegó a Achir, la vieja Urlilit tuvo que mirarse en el espejo y tenderse en la cama con los brazos en cruz y los ojos abiertos para verificarla y percibir sus detalles. Después reunió a sus nueras y nietos:

—Está vivo —les informó—. Roguemos a Dios para que vuelva pronto a casa.

No lo hizo. Ni esa vez ni nunca. El virrey Yusuf Buluguin I prefirió instalar su Estado Mayor y corte en otro lugar. Dejó que en la ciudad santa de Qairuán mandaran los ulemas y que en la vieja capital de los ziríes mandara la abuela Urlilit. A pesar de la edad, de su carácter cada vez más desequilibrado por el recurso a los espejos premonitorios y del luto por un hijo muerto, Urlilit de Tuat no se sintió desbordada, sino que parecía dispuesta a ejercer sus potestades.

En todos los años de su reinado, Yusuf Buluguin I mantuvo la práctica de enviar a la alcazaba no solo a los prisioneros esclavizados, sino también cada excedente de los tributos recaudados y cada uno de los objetos valiosos capturados en sus expediciones. Fue por esto por lo que, en pocos años, la alcazaba se convirtió en una suerte de enorme depósito de riquezas

administradas por la vieja Urlilit. Incansable, calculadora y clarividente, no solo recuperó la fortuna que su nieto había entregado al califa para cubrir los costes de su traslado a Egipto, sino que atiborró de monedas, metales preciosos y joyas los cofres encerrados en los sótanos. Por si fuera poco, convirtió el mercado de Achir en referencia del comercio de cosméticos, perfumes y fármacos. La medina, su alcazaba y su zoco vivieron así años de esplendor. Achir era destino ineludible de las caravanas que quisieran proveerse de carmín, polvos de khol o remedios contra enfermedades mayores.

Sin embargo, el virrey Yusuf Buluguin I nunca quiso regresar al lugar donde había nacido. Nadie parecía darse cuenta de esta determinación íntima, en parte porque se pensaba que la visita de un gran emir a su patria podía demorarse siempre por asuntos de guerra y, en parte, porque él nunca se atrevió a expresar su resentimiento para con Urlilit de Tuat. Solo Zawi se preocupó de sondear estos laberintos del alma de su hermano mayor, determinó el origen y alcance de la ausencia del virrey y se dio cuenta con gran preocupación de la enorme carga de odio familiar que envolvía los botines que enviaba a la alcazaba. A los trece años, desalojado ya del harén por vestir el litham de los hombres, el príncipe Zawi Ziri era de forma nominal el jefe de una alcazaba que no aparecía dibujada en los mapas del virrey y en la que de hecho mandaba la anciana Urlilit de Tuat. Y muy pronto lo atormentó la misma certidumbre que asfixiaba a su hermano mayor: que la dinastía de los ziríes era en realidad un artificio de poder, en el que cada eslabón masculino representaba sin remisión el papel asignado por una estirpe paralela de reinas de reyes.

Por aquellos días de pujanza económica y siempre asediado por Zawi, Utman de Borja aplacó su convicción ética y religiosa de mantenerse alejado de todo poder terrenal y aceptó trasladarse a vivir al palacio. Desmontó el cuartucho de la medina, se cargó las espaldas con un saco de tela que contenía sus enseres más personales y subió caminando hasta la parte más alta de la torre principal de la alcazaba. En un rincón del patio de armas se le había habilitado un taller de alquimia y espagírica. Por encima de la sala del trono, se le había preparado una habitación con vistas a la montaña para que pudiera refugiarse en la observación astronómica. Tardó tres días de ayuno en recorrer una distancia que se podía cubrir en media hora a buen paso. Solo dijo que quería experimentar así la mística del ascenso. A medida que subía, fue librándose de astrolabios, ábacos y clepsidras, y antes de entrar en la

habitación que le habían asignado se quitó la túnica, que era lo último que llevaba adherido al cuerpo, para pasar desnudo a su nueva vida de visir palatino. Aparentaba una edad muy inferior a la que en verdad tenía, porque exhibía una dentadura blanca y refulgente que no parecía mancharse jamás. Se alimentaba con sumo cuidado, practicaba tanto la contención ascética como los ejercicios de su orden militar, y compensaba la ocasional ebriedad iniciática con la danza permanente que conducía al éxtasis por repetición. Se quedaba hasta muy tarde, abrigado siempre por el manto oscuro y raído que había heredado de su maestro y que expresaba su condición de tal, según las reglas de su orden sufí. Profundizaba en la determinación de las vías del bien, y como pertenecía a una escuela de sufismo mixto, a veces lo hacía reflexionando en ayuno absoluto, casi sin respirar, y a veces danzando para alcanzar el éxtasis por la repetición. Se resignó a ser el educador del príncipe Zawi Ziri. Tuvo que soportar durante varios años la insistencia delirante de un adolescente atormentado que un día quería marcharse a una rábida para proseguir sus estudios del Corán y la cábala, y que otro día se entrenaba hasta desfallecer para ser un jinete digno de su hermano el virrey; que un día le pedía un veneno eficiente para acabar con su abuela Urlilit y su asfixiante ordenamiento, y que al día siguiente le hablaba con candor de las virtudes silenciosas de su madre como si no supiera que era el pilar indispensable de ese orden disciplinario de la abuela; y que una vez le arrebataba los instrumentos ópticos para buscar a Dios en el firmamento, y otra vez lo acusaba a gritos de ser un ateo encubierto y de no querer revelarle las claves de su inexistencia.

Fue por este acoso insistente del joven príncipe por lo que Utman de Borja no pudo evitar la sensación de alivio cuando supo que el virrey Yusuf Buluguin I había dispuesto que Zawi y Maksán se incorporaran como comandantes a su ejército y como príncipes a su séquito de cortesanos. Los dos eran todavía demasiado jóvenes para comprender la fascinación de los objetivos políticos de su hermano, pero experimentaron con toda intensidad la embriaguez que provoca la guerra en sus comienzos. Por entonces, el califa fatimí decidió extender el virreinato de los ziríes incluyendo en él los territorios de la Tripolitania. De conformidad con todos los análisis militares y con todos los vaticinios de Urlilit, los dominios ziríes alcanzaban así la extensión de un reino considerable. Por su parte, el virrey Yusuf Buluguin I estaba decidido a extender los dominios del califa fatimí hasta Tánger por el

norte y hasta el país de los negros por el sur, sin descartar el salto del Estrecho.

Al principio, reducidos a comandantes sin mando y exhibidos como príncipes cadetes, Zawi y Maksán aguardaban durante días el retorno del Padre de las Victorias y, cuando llegaba, se hacían contar con todo detalle las operaciones en las que no habían participado. Fantaseaban con la posibilidad de tomar Córdoba para acabar con el califato de los omeyas, recuperar la cabeza del padre y proclamar a Yusuf Buluguin I virrey en Al Ándalus del califa fatimí. Cuando Yusuf Buluguin retornaba solía conducir las conversaciones por caminos más estratégicos. Dibujaba en el suelo mapas con tizones y diseñaba estrategias de asalto. Muchas veces el alba los alcanzaba en la discusión, de forma que pronto los tres hermanos compartieron los hábitos de los militares insomnes, que consistían sobre todo en quedarse dormidos en cualquier parte, a cualquier hora del día y durante unos minutos. Se afirmaba que los tres hijos habían heredado del patriarca Ziri la habilidad de dormir mientras cabalgaban. Fue por entonces cuando Zawi Ziri aprendió a dormir apenas media hora, cada tres o cuatro, pero con un sueño tan profundo que al despertar ni recordaba los sueños ni podía asegurar que no hubiera muerto.

20

[av de 4739/agosto de 979/muharram de 369]

Desde la Hégira, los reyes musulmanes se habían caracterizado por un afán fundador y Yusuf Buluguin I heredó ese espíritu de la época. Ya había fundado la ciudad de Argel, pero lo había hecho por mandato del padre, con el llanto por su muerte y como un homenaje a su memoria. Y ahora quería fundar una ciudad viva, de hombres y mujeres jóvenes que se entendiesen en muchas lenguas, con cementerio pequeño y encalado y sin ningún espíritu de mausoleo. Fue por esto por lo que dispuso que Medea comenzara a existir con una gran fiesta. Y para desmentir la idea de que toda fundación implica la violencia, no permitió que se incluyeran entre los festejos los torneos a caballo, las luchas entre hombres ni el sacrificio público de animales.

Había concebido aquel propósito el día que recorrió con sus hermanos las ruinas de una ciudad romana. Aquella tarde no quiso eludir las trampas de la nostalgia y les abrió el corazón. Les contó con detalle todo lo que había pasado durante el largo día en que vio por primera vez las ruinas de Icosium, les expresó los sentimientos que vivió al conversar con su padre por la mañana, se puso de pie para explicarles con rayas en el suelo los términos del combate fundacional de Argel, revivió la verbena nocturna de la victoria, les describió los frescos de gladiadores que había en la sala donde durmió el patriarca, detalló cómo estaban pintados los tigres: sus rayas del color del albero, el tamaño de sus dientes de sable y, sobre todo, su mirada que solo ahora podía entenderse como un vaticinio de calamidad. Su relato fue tan emotivo y convincente, y el atardecer tan real y sereno, que los adolescentes creyeron estar reviviendo todos los episodios a medida que Yusuf Buluguin los contaba. La intensidad de la vivencia fue tal que, muchas noches a lo largo de sus vidas, ambos soñaron con tigres de dientes de sable, como si los

estuvieran viendo y, cincuenta años más tarde, cuando al viejo rey Zawi Ziri le preguntaron cuál había sido el día más importante de su vida, respondió con sinceridad que había sido el día de la fundación de Argel aunque, en realidad y sin saberlo, se estaba refiriendo a aquella otra tarde lejana en que su hermano el virrey Yusuf Buluguin I se la contó sobre las piedras milenarias de una ciudad sin mar.

Para que nada restara esplendor a su propósito de fundación festiva, el virrey Yusuf Buluguin trasladó a las ruinas del asentamiento romano a dos de sus mejores destacamentos de soldados y los convirtió en obreros. Comenzaron por plantar viñedos en los mejores terrenos de los alrededores, para que no faltara el vino en el momento de la fundación. Sobre las ruinas del templo de Diana elevaron una mezquita sin apliques ni estucos, blanca y sencilla como una ermita, y fría como una sinagoga de mármoles. Restauraron el foro y las murallas, respetaron el trazado recto de las calles romanas y las bordearon con arbustos de jazmín y lavanda traídos de Achir. Apenas comenzadas las obras, Buluguin ya había mandado cartas al califa Almúizz para que dispusiera el traslado a su nueva ciudad de varias familias de agricultores sicilianos que conocieran los secretos de la vid. Por su propia iniciativa, había dispuesto también el asentamiento en Medea de una tribu nómada y el traslado de varias familias de comerciantes judíos de Tiaret y Tremencén. Cuando los judíos de Tiaret se negaron al traslado argumentando que perderían sus enclaves de negocio, Yusuf Buluguin I les arrasó la ciudad casa por casa y forzó el traslado de los que sobrevivieron, sin reparar en que acababa de contradecir su propósito de fundación sin violencia. Y cuando supo que los judíos de Tremencén también se resistían, les envió a Zawi en calidad de comandante delegado. Le dio instrucciones precisas para que respetara las vidas y haciendas de algunos parientes judíos de Urlilit, y de Awina y Tamayrut, y para que esclavizara y mandara a Achir al resto de la población.

Terminada la construcción de las casas familiares se celebró la fiesta, que coincidió con las primeras nieves del invierno. Se encendieron hogueras, se exprimieron las naranjas grandes que crecían por doquier y sin cultivo, se danzó sobre las piedras del antiguo foro y se escucharon los cánticos del desierto. Apenas anocheció comenzó una saturnal de vino nuevo en la que se obligó a participar hasta a los ancianos más tristes de las comunidades judías deportadas. A la mañana siguiente, dos muchachos aparecieron despeñados por los barrancos de los alrededores y, durante días, muchos otros tuvieron

que permanecer en sus casas, con cataplasmas de sales para vencer los dolores de la ebriedad y los pinchazos agudos del mosto en las sienes.

Nombrado gobernador de la nueva ciudad, Maksán Ziri mandó construir un acuartelamiento estable en la cima, comenzó el adiestramiento ecuestre de los niños varones para convertirlos en militares, hizo respetar las leyes inmemoriales de los pastores e intentó conciliarlas con las comerciales de los judíos. Aprovechó el calor de la fiesta fundacional para casarse dos veces. Estipuladas antes en capitulaciones formales, la primera boda fue con Qura, hija del jeque beréber, con la que un año más tarde tuvo dos hijos varones y mellizos a los que llamó Muhsin y Badis. La segunda fue con Sarah, una judía de ojos azules, que era la elegida por la abuela Urlilit de Tuat y con la que, en menos de un año también, tuvo a su primer hijo varón. Se llamó Habús y cuarenta años más tarde, con el nombre mítico de Habis, fue proclamado rey de Granada. Meses después, cuando los viticultores sicilianos llegaron a Medea, Maksán pensó que era su obligación emparentar también con ellos y se casó por tercera vez con una muchacha de mirada asustada que murió en el parto de su cuarto hijo varón, llamado Hubasa.

Instalado en un palacete de dinteles azules, rodeado siempre por los niños de la aldea, Maksán comenzó a comportarse, sin saberlo, como un patriarca hebreo de los tiempos de la llegada a Canaán. Durante años logró aislar a Medea de las guerras perpetuas que dirigía su hermano el virrey y, sin eximirlos del entrenamiento militar, libró a los jóvenes del alistamiento forzoso y de la batalla. Administró justicia, resolvió pleitos de comerciantes, de pastores y de agricultores y creó un clima de confianza entre las tres razas que condujo a la paz civil y que duró hasta los años del pronunciamiento y de la guerra contra el tercer virrey de los ziríes de Ifriquiya.

21

En las temporadas que pasaba en Achir, el príncipe Zawi Ziri tenía que comportarse como una especie de Salomón juvenil y resolver todos aquellos pleitos en los que la mediación de Urlilit resultara insoportable para los hombres de la comarca. Leía bien el árabe coránico pero, a diferencia de Yusuf Buluguin, que recitaba de memoria el Libro, él apenas podía recordar los versículos más conocidos. Para compensar su mala memoria se dio a inventar preceptos y reglas para fundamentar en derecho sus decisiones judiciales. Solo cuando ya estaba convencido de su validez se las consultaba a Utman de Borja. En las pausas de la guerra, el príncipe Zawi acudía a Achir en busca de la dirección espiritual de su maestro. Con la tolerancia de Urlilit, que nunca vio en él obstáculo para sus aspiraciones imperiales, el maestro sufí se había conformado con vivir en aquella esquina del mundo primitivo donde todavía mandaban las matriarcas. Además de su lengua materna, que era el **romance** andalusí, y del árabe coránico, Utman de Borja había aprendido el amazigh para vivir en Ifriquiya, el latín y algo del griego para leer a los filósofos, y un arameo rudimentario para descifrar los textos herméticos. Repudiado al parecer en su ciudad natal como castigo por sus errores de predicción astrológica, el único tributo que pagaba a cambio de su alojamiento en el torreón de la alcazaba era la educación del príncipe, y su único martirio era el interrogatorio continuo al que Zawi lo sometía cuando lo visitaba. En verdad, el príncipe Zawi veía en Utman a una suerte de dios menor que se resistía a enseñarle sus poderes sobrenaturales. El astrónomo, por su parte, siempre quiso pensar que aquella divinización era un defecto de juventud que se corregiría con los años. Pero fue comprendiendo que se equivocaba, porque vio a Zawi madurar en todos los ámbitos del carácter y, sin embargo, jamás logró que cambiara la relación inquisitoria, sumisa y rebelde a la vez que mantenía con él.

Por los tiempos de la fundación de Medea, el príncipe Zawi Ziri apareció en la alcazaba al frente de un ciento de agricultores que cargaban niños y aperos de labranza. Eran los desterrados de Tremencén. Encargado de aquella operación por su hermano el virrey, Zawi Ziri llevaba la determinación de aprovechar la estancia en Achir para casarse y para hacerlo con quien decidiera la abuela Urlilit. Con veinte años cumplidos, era un hombre alto, delgado y fuerte, pero con las piernas combadas por haber crecido sin bajarse apenas de la grupa de un caballo. Su presencia era militar, pero su mirada perdida y difusa delataba sus malos hábitos de sueño. Sus ademanes intranquilos eran los de su madre Tamayrut. Solo la abuela Urlilit percibió que la fisonomía de los rostros de madre e hijo era tan similar que un cambio de atuendo los hubiese confundido ante cualquiera.

A las dos semanas de llegar, sentado bajo la línea que partía del cierre de la bóveda, con Utman a su derecha y el visir judío encargado de la recaudación a su izquierda, el comandante Zawi dio audiencia en el nombre del califa a un jeque de Achir. Sobre la túnica blanca llevaba la capa de tafetán bordado que había pertenecido al patriarca Manad. Con el litham caído sobre los hombros, esforzándose por mantener un ademán castrense, el príncipe Zawi Ziri parecía menos interesado en las razones del jeque que en agradar a Urlilit y a su madre, ocultas tras la celosía de madera que cerraba el pabellón de las mujeres. Mirando a los ojos del príncipe, aquel jeque beréber relataba de forma pormenorizada cómo se habían asignado los pastos y repartido las aguas en los tiempos de la fundación de Achir.

—Fuimos tan generosos entre nosotros —dijo— y tan respetuosos con la tradición de los sinhaya y con las reglas sabias del Corán que nunca tuvimos que molestar a tu padre Ziri Manad, a quien Dios tenga en su gloria.

Era aquella la primera vez en treinta años que el jeque subía a la alcazaba en demanda de justicia, actuaba en representación de todas las familias de los fundadores y no quería romper la sabia separación de poderes establecida por Ziri, en virtud de la cual la familia de la alcazaba no intervenía en asuntos de aguas, lindes y pastos, y el poder municipal no intervenía en asuntos militares o de tributos. Al contrario, cuidaban la tumba de Ziri y se complacían en demostrar su afecto a Urlilit llevándole como presentes las mejores crías de sus ganados y las mejores frutas de sus árboles. Pero aquellos fundadores no habían abandonado el nomadismo, el pastoreo errante y el comercio de la sal en el desierto para que ahora una tribu de judíos deportados les fuera a decir lo que debían hacer.

—De modo que si la decisión del emir Yusuf Buluguin es firme, y los agricultores y los comerciantes de Tremencén se tienen que quedar aquí, que se queden de conformidad con nuestras tradiciones —concluyó el jeque—. Pero si vienen a desviar los ríos para regar sus campos y nos obligan a que llevemos los ganados por los caminos para que no pisen sus cultivos, entonces se tendrán que ir o, con el debido respeto, nos iremos nosotros.

Cuando el jeque se retiró de la sala del trono, el visir judío informó al príncipe Zawi Ziri de forma pormenorizada. Entre otras cosas, le contó que aquel jeque solo tenía hijas y que la abuela Urlilit llegó a interesarse en la mayor de ellas como probable esposa de su hermano Maksán. Emancipado por un momento del control sutil de Urlilit de Tuat, el príncipe Zawi Ziri se dejó llevar por las corazonadas. Ordenó a Utman que se presentara ante el jeque y le transmitiera de su parte un mensaje: se accedía a sus demandas y se revisarían uno a uno los títulos del reparto de tierras para la agricultura que habían hecho los deportados de Tremencén pero, a cambio, esa misma tarde se comenzarían a redactar las capitulaciones matrimoniales. Sin ojos, a fuerza de corazón, había elegido por esposa a la hija mayor desde el momento en que el visir judío pronunció su nombre: se llamaba Kahina, como la reina legendaria de los judíos amazigh.

Cuando conoció la elección de Zawi, Urlilit no protestó pero, en su interior, se sintió molesta porque, contra lo que indicaba su nombre, la Kahina no era judía; porque Zawi no le había preguntado; porque se perjudicó a los judíos de Tremencén y, sobre todo, porque un príncipe de su propia estirpe se había dejado influir por los golpes del corazón. Hubiera preferido para el príncipe Zawi a la hija de un militar, porque siempre presagió que tendría una vida corta, y sabía que las hijas de los pastores llevaban peor la viudez prematura. Pero, con todo, Urlilit de Tuat entendió que la decisión impulsiva del nieto tal vez fuera su forma de evadir los augurios y de prolongarse la vida.

Así que, para cumplir con la tradición, mandó a su nuera que encargase un amuleto, pero no cayó en la cuenta de que en el cementerio de Achir no había aún ninguna tumba de santo cuya lápida pudiera servir para los conjuros. Tamayrut repuso que para eso estaba Utman, que conocería las fórmulas y que ahorraba salir de la alcazaba. El alquimista protestó, pero seguro de que el celibato desequilibraría aún más al príncipe, no quiso hacer nada que demorara el remedio de madurez del matrimonio. Aquella noche la madre de Ziri Manad acudió al taller y vio cómo Utman de Borja bañaba en azogue una torta de hierro rojizo, la limpiaba, la pulía y al mismo tiempo la

dividía en dos. Después forjó un anillo y le grabó con un punzón de puño dorado una espiral que representaba el centro del mundo. Seguidamente forjó otro anillo y le grabó el símbolo egipcio de la larga y compleja vida. Con polvos de cadmio pintó el primero de rojo y, con polvo de lapislázuli mezclado con albero, pintó el segundo de verde. No podía imaginar que aquellos dos anillos estarían en los dedos de Zawi cuando, cuarenta años más tarde, lo encontraron muerto en las playas de Mahdia.

Antes del alba, el príncipe Zawi Ziri bajó a la medina con dos soldados y sacrificó un cordero a las puertas de la casa de Kahina. Después golpeó la puerta, entregó el amuleto y le pidió al jeque la mano de su hija. La vio por primera vez cuando, recién levantada, se asomó por la esquina del patio entre las risas de las hermanas. Fue un instante, pero suficiente para desear la mirada de unos ojos grandes y hondos. Se fijó el fin del verano para la boda.

Ayudada por Awina y Tamayrut, Urlilit de Tuat dirigió por entonces la remodelación de la alcazaba y, con el auxilio del maestro Utman, ordenó las calles de la medina y planificó su crecimiento. Se encalaron las murallas para que la alcazaba pareciese una nave deslumbrante, varada en la más alta montaña después del diluvio universal, y se respetó la estructura antigua del palacio. Pero Urlilit se dejó aconsejar por Utman y mandó modificar la sala principal que se usaba tanto para deliberar sobre asuntos civiles y militares como para impartir justicia. El alquimista le propuso que en el centro, justo debajo de la línea imaginaria que partía del punto más alto de la cúpula, se instalase el trono y se derribase el muro de poniente para que la sala entera se extendiera en una terraza desde la que se dominara el paisaje de la medina y las siluetas de las montañas. Utman de Borja ordenó también los itinerarios que conducían al trono. Si bien nunca en línea recta, porque la teología política del Islam aborrece de los accesos directos al poder, se podía llegar por tres lados: desde el patio de la alcazaba a través de un vistoso pórtico que era el acceso público, y desde los dos edificios residenciales: uno de ellos utilizado solo por los hombres de la familia y sus escuderos, y el otro por las mujeres y sus esclavas.

Terminadas las reformas, comenzaron los preparativos de las bodas del príncipe. Según la costumbre, la fiesta duró siete días. Apenas amaneció el primero, se encendieron en los baños del palacio las velas de la buena suerte y, en el agua fría, se pusieron las ortigas estimulantes de la vigilia de la esposa

y los dos huevos de la fertilidad del hombre. La Kahina subió a la alcazaba a lomos de una mula, rodeada por todas las mujeres de su familia. Con la abuela Urlilit al frente, las mujeres ziríes las recibieron y todas se encerraron en los baños. Cuando comenzaron a desvestirla, las ziríes se sobresaltaron al comprobar que la piel de la Kahina estaba oscurecida por el sol y sus piernas arqueadas por las cabalgaduras, y que tenía los hombros anchos y fortalecidos y los pechos pequeños y duros. Su madre tuvo que dar garantías, pero a pesar de ellas, Urlilit comprobó con un pañuelo blanco su virginidad. Aun así, la madre de Zawi no quiso darse por satisfecha y declinó la invitación a participar en las ceremonias con risas del baño de la novia. Prometió ir más tarde, cuando hablara con su hijo. Apenas lo encontró en el patio, rodeado de hombres, le echó en cara que su futura esposa tenía un cuerpo de zagal, que se bañaba desnuda en los ríos de la comarca y que nunca lograría parir porque tenía piernas finas de cabrito y vientre plano de jinete. Fue la primera vez en toda su vida que Tamayrut se permitió ante hombres una expresión tan dura de sus peores sentimientos. Casada con el marido de su hermana mayor y con el único fin de garantizar la descendencia sin salir de los retorcidos designios de parentesco de Urlilit, Tamayrut fue siempre la sombra taciturna y discreta de su suegra y la madre diligente de los hijos menores de Ziri. Aplastada por el desprecio cariñoso de su hermana Awina, la madre del primogénito Yusuf Buluguin, Tamayrut nunca había expuesto una contrariedad, ni expresado un dolor, como nunca maldijo su destino, ni nunca pretendió intervenir en un asunto que no fuera doméstico.

Aquella mañana, Zawi la escuchó con entereza y, sin responder, exigió la presencia inmediata de la abuela Urlilit, que tardó más en llegar que en desautorizar a su nuera. Desde el momento en que tuvo que bendecir a su hijo, Tamayrut volvió al pabellón de las mujeres y no se le volvió a oír un reproche ni una opinión en los siete días que, de conformidad con las tradiciones, durarían las bodas.

El baño ocupó completa la primera mañana. Entre risas continuas, pero siempre según el orden establecido por una costumbre inmemorial, las mujeres lavaron a la novia de derecha a izquierda y de arriba abajo. Al terminar, cada una de ellas se llevó una jarra del agua usada para verterla a la noche siguiente en la olla del cuscús que se le serviría al marido junto con los huevos de la fertilidad cocidos. Al mediodía la vistieron y la llevaron al salón principal del palacio donde los hombres habían comenzado ya los festejos. Después de la comida, las más jóvenes de la aldea se tumbaron boca arriba formando un círculo alrededor del patio de armas de la alcazaba y, en esa

postura, comenzaron a cantar. A la caída de la tarde, de manera ceremoniosa, Zawi le puso el anillo a Kahina, le entregó una joya de plata, tres dátiles, tres huevos y siete granos de trigo.

A la tercera noche, el príncipe Zawi Ziri esperó a Kahina sin dormir. Tumbado boca abajo, con la cabeza apoyada sobre el brazo derecho, no lograba salir del aturdimiento que le había provocado su madre. Intentaba no dedicarle sus reflexiones de insomne, se esforzaba por oler las madreselvas, por oír el agua de las acequias, los grillos de la madrugada y el galope lejano de los caballos de la guerra. Cuando logró concentrarse en los movimientos nocturnos de los tigres con dientes de sable, las cortinas se movieron, se oyeron unos pies descalzos y una respiración cauta, y Kahina llegó hasta el lecho con un perfume nuevo que nunca nadie había olido antes. Dotadas de conocimientos recogidos por todo el Mediterráneo a lo largo de un peregrinar de siglos, las mujeres de la estirpe de Urlilit sabían componer perfumes con alcoholes destilados en alambiques revesados, aceite de almendras, agua de lluvia, plantas recolectadas en momentos precisos de su ciclo, maderas negras, polvo de piedras volcánicas o sangre de alcatraces. A Kahina le habían preparado un destilado de color azul, sobre la base de cereales fermentados y arenas negras de fecundidad sacadas de lo más hondo de los pozos. El objetivo de aquel perfume especial no era tanto el estímulo del deseo de Zawi, como disipar los miedos a la esterilidad que la suegra había expresado de manera tan inoportuna.

La novia entró en la alcoba con los brazos extendidos para evitar los tropiezos en la oscuridad. Llevaba esclavas de oro en los tobillos, una cruz tuareg sobre el pecho y una túnica celeste de seda. No dijo nada. De espaldas, como le habían enseñado, dejó caer la túnica y esperó el zarpazo del hombre. El príncipe Zawi Ziri se levantó de la cama, se colocó detrás de ella, le puso las manos en las mejillas y fue entonces cuando palpó el conjuro de falsedad de aquel perfume mezclado ya con la sal de las primeras lágrimas de la Kahina, y cuando comprendió todos los temores de su madre, porque era cierto que aquella mujer tenía la piel soleada de un guerrero, los pechos pequeños y metálicos de una niña, las nalgas duras de un jinete y los gestos de la ternura ensayados ante y corregidos por la abuela Urlilit de Tuat. A pesar de todo, desde aquella noche y hasta que más de treinta años después se casó a la vez con una judía y con una cristiana, la Kahina fue la única esposa de su harén y, hasta el final de sus días, la única mujer que lo comprendió.

Las celebraciones de la boda terminaron con el equinoccio del otoño y diez lunas justas después, la Kahina alumbró a un niño en la alcazaba de Achir. Cuando le dieron la noticia, el comandante Zawi Ziri asistía a la decapitación pública del gobernador omeya de la ciudad de Fez, pero apenas obtuvo el permiso del virrey Yusuf Buluguin, salió a galope para ver al niño. Cuando se lo pusieron en los brazos, reconoció en su hijo el rostro de su esposa y se precipitó al decir que se llamaría Balidir, por Baal, el dios fenicio, y por Idir, el dios tuareg cuya estatuilla veneraba la familia de la Kahina. Después agarró la mano del recién nacido con la enorme fuerza dulce de un afecto que no había sentido nunca antes pero que pronto identificó en lo más hondo de su memoria: era el mismo cariño que él había recibido en los brazos de su padre Ziri. Cambió de opinión y dijo que su primer hijo llevaría la forma antigua del nombre de su padre: Osiris.

22

En aquella ocasión, el joven comandante Zawi Ziri pudo permanecer muy poco tiempo en Achir, porque recibió la orden de incorporarse a un formidable ejército, el mayor de los articulados nunca por los ziríes. Excitado por las últimas conquistas, el virrey Yusuf Buluguin I fue insensible a los requerimientos de descanso para las tropas que le hicieron sus generales y marchaba ya desde Fez dispuesto a retomar el reino de Siyilmasa. Quería satisfacer al nuevo califa, Nizar hijo de Almúizz, devolviéndole la jurisdicción sobre aquella ciudad de importancia estratégica por estar a las puertas del desierto y de importancia simbólica para el poder fatimí porque fue allí donde, setenta años antes, el primero de la dinastía se proclamó imam con el atributo de Príncipe de los Creyentes. Y quería también acabar con el general Yafar, al que culpaba de la decapitación de Ziri.

Después de presenciar la ejecución del gobernador andalusí de Fez, el virrey Yusuf Buluguin I acudió a la mezquita mayor. Llegó con tiempo, aseado y perfumado, con ropa blanca y capa de emperador, y se dedicó a la recitación silenciosa del Corán. Cuando el sol comenzaba a decaer, se sentó en el almimbar que él mismo había mandado construir y esperó a que el almuecín terminase la llamada a la oración. Investido de una rara solemnidad, se incorporó entonces y saludó a los asistentes, invocó las bendiciones sobre los mártires caídos en la conquista de la ciudad y después dijo:

—Hay un enemigo de entre los enemigos del califa que es peor que las sierpes y los alacranes. —Sus ojos amarilleaban por la ira, pero contuvo el tono de la voz antes de añadir—: El hombre más maléfico para mí, para mi estirpe y para los estados del único califa se llama Yafar, príncipe de Zsar, y gobierna el reino de los Siyilmasa en nombre del Omeya ilegítimo de Al Ándalus. Es por esto por lo que os llamo a la guerra sin tregua en nombre del califa Nizar.

Antes de sentarse en el púlpito, sin esperar las aclamaciones ni los gritos guerreros, en voz más baja y con una serenidad que produjo espanto, concluyó:

—Juro por los huesos de mis antepasados, por la memoria de Ziri, juro ante Dios que lo he de sacar de donde se meta y que lo mataré con mis propias manos.

Entre resonancias de tambores, un número indefinido de jinetes que parecía crecer con la marcha emprendió el camino hacia el reino de los Siyilmasa. Su victoria fue tan rápida que ni siquiera fue preciso que llegaran. Los espías del general Yafar se habían instalado en Medea para medir las fuerzas del ejército del virrey, y pronto mandaron informes a Siyilmasa según los cuales se habían contado tres mil caballos que tardaron horas en entrar a la ciudad y cuyo paso pautado por timbales hacía trepidar los muros flamantes de las casas. Dijeron que jinetes, caballos y tambores marchaban y respiraban a la vez, y que su resuello uniforme recordaba a la hidra de las mil cabezas, porque parecía que cortada una, brotarían tres.

A diez leguas de Medea, tumbada en su alcoba del palacio de Achir, Urlilit de Tuat avisó a sus nueras por si alcanzaban a percibir las vibraciones del ejército del virrey como ella las percibía. No oyeron nada, pero Awina musitó una jaculatoria y Tamayrut, inclinada sobre la túnica de rey que había empezado a tejer para el día de la circuncisión de Osiris, la secundó en una lengua ignorada por ellas mismas. Kahina, que en ese momento supervisaba a la esclava que amamantaba a su hijo, pensó en Zawi, quien, formado en una calle lateral de Medea, al frente de su destacamento, esperó sin inmutarse hasta que vio pasar a su hermano el virrey y se colocó tras él.

En un segundo informe, los oteadores del general Yafar contaron que en la explanada donde acamparon las tropas, horas después de su partida, se sentía aún el calor de los rescoldos, y de que solo con el reguero de desperdicios se podría avituallar a todo el reino de Siyilmasa. Oídas estas informaciones demoledoras, el general Yafar ordenó a sus soldados la salida inmediata de la ciudad. Entendió que estaban perdidas no solo la batalla estratégica del reino de Siyilmasa sino, sobre todo y peor, la solitaria partida por la fama guerrera que libraba consigo mismo.

23

[sivan de 4744/mayo de 984/dhul-hijab de 373]

El virrey Yusuf Buluguin I murió a causa de una herida infectada en la ciudad de Ouarekcen. Volvían de una larga expedición que los había adentrado por las tierras de los negros, cuando dejaron el camino directo porque les llamó la atención el buen olor de un horno de pan. Guiados por el humo, llegaron hasta una aldea de casas de adobe. Estaba desierta. Al parecer, advertidos de la llegada de los guerreros, los habitantes habían buscado refugio en las montañas próximas. Un tanto elevada sobre las demás, había una choza con chimenea de barro de la que procedía el humo y el olor del pan. Sin descabalgar, un jinete de los ziríes golpeó las cañas que servían de puerta y entonces el silencio de la aldea abandonada se agitó con la estampa de un hombre descomunal: era tan ancho como la puerta de la choza, tenía cuello de caballo y joroba de dromedario, llevaba un collar de cuentas violáceas y la inconfundible mirada de los locos. Suspicaz por supersticioso, el virrey Yusuf Buluguin I no permitió que sus hombres lo ensartaran, porque conocía la creencia extendida según la cual de las jorobas manaban unos flujos verdosos que eran líquidos de la mala suerte. Mandó que lo ataran para castrarlo y que después lo enviaran como botín al palacio de Achir. Pero el gigante derribó a cuatro jinetes, espantó varios caballos y volteó sobre su cabeza al hombre que llevaba las cuerdas para atarlo. El virrey Yusuf Buluguin pidió entonces una lanza jineta y lo embistió al galope. Ni siquiera alcanzó a tocarlo, porque el gigante detuvo al caballo con el pecho, partió el asta de la lanza con la rodilla y después le clavó en el muslo la punta de hierro dorado. Desde atrás, Zawi saltó sobre la joroba del gigante como quien salta sobre un caballo. Con el brazo izquierdo se aferró al cuello de hipopótamo y con la cimitarra lo rebanó a la altura de la vena yugular. Once soldados

vencieron el pánico que le produjo el torrente de sangre oscura y los alaridos de la bestia herida y lo remataron a puñaladas. Después de muerto, todos los hombres del destacamento fueron clavándole las armas en la joroba para que la mala suerte no recayese solo sobre el príncipe Zawi Ziri. Dos caballos arrastraron el cuerpo hasta el horno y, durante varios días, de la chimenea emanó un humo verdoso que seguía oliendo a pan de alforfón.

Al principio, lograron contener la hemorragia y creyeron que la herida del muslo no pondría en peligro la vida del virrey pero, por precaución, aceleraron el retorno. Al día siguiente, en la mezquita de Ouarekcen, durante la oración del viernes, el príncipe Zawi Ziri, que oraba a su derecha, le apreció un tono ceniciento en el rostro y, asustado, le preguntó qué le pasaba. Con serenidad, Buluguin le contestó:

—Júrale lealtad a mi hijo, porque me voy a morir.

Tardó tres días en hacerlo, porque para frenar la infección se le aplicaron a la herida todas las hierbas en cataplasma y todos los tópicos, emulsiones y sinapismos que en ese momento conocía la civilización de los hombres azules.

En el mismo momento en que Yusuf Buluguin I expiró, los guerreros y los jeques de Ouarekcen proclamaron emir a Zawi Ziri. Asumió el mando con serenidad. Se dejó besar la mano derecha por los principales comandantes del ejército y se dejó saludar por los jeques de la comarca. Pero, a continuación, con la mano sobre el cadáver de su hermano, dio la primera y única orden de su virreinato efímero: que partieran los mensajeros de inmediato en busca de Mansur, hijo del virrey muerto, y que le comunicaran su condición de heredero indiscutible. Mansur Buluguin debía ponerse en camino hacia la ciudad santa de Qairuán. Allí, a la llegada del cadáver, se celebrarían los funerales y, en el nombre del califa, se le proclamaría Padre de las Victorias y Espada de la Dinastía.

La comitiva militar que llevaba en parihuelas cubiertas el cuerpo embalsamado del virrey Yusuf Buluguin I tardó sesenta y dos días en llegar a la ciudad santa de Qairuán. Por donde pasaron, Zawi Ziri iba imponiendo un duelo mayor del que encontraban. Ordenaba el cierre de puertas y ventanas, medía los rezos y cánticos de cada funeral y templaba a las procesiones de plañideras cuando los esperaban a las entradas de las aldeas. En los lugares donde se velaba el cadáver, mandaba que se encendieran los velones y las lámparas de aceites perfumados, y disponía la posición y postura de cuatro guardias armados. Siempre corregía la orientación de la caja para que la

cabeza del muerto reposase hacia La Meca. A veces, extendía sobre el cuerpo la espada que simbolizaba el poder delegado del califa y, otras veces, a los pies del ataúd, apoyaba la adarga de cuero azulado que tenía grabada en su centro la silueta de la cabeza de Osiris en forma de claro de luna.

A la entrada de la ciudad de Medea, los aguardaba Maksán con sus cuatro hijos y una formación de lanceros de tres razas sobre caballos impecables. En el interior de la aljama aguardaban en oración Urlilit, Awina, Tamayrut, Kahina y otras tantas mujeres del harén de Achir. Enorme y torpe, Urlilit de Tuat no permitió que Zawi ordenara esta vez la escena del velatorio. Fue ella la que se encargó de volcar sobre la cabeza del virrey muerto un frasco de agua perfumada que durante horas produjo el efecto de cambiar el color ceniza de la muerte por el añil del litham. Abrió el Libro y lo depositó en la caja a la altura del pecho, en el lugar que otras veces ocupaba la espada del califa. Y, con la misma voz que siempre usó para dormir a los niños de la familia, entonó un cante que invocaba a una estrella que guiaría al rey hasta la morada del Dios Uno.

A la mañana siguiente, Urlilit intentó que la comitiva mortuoria se detuviera en la cercana alcazaba de Achir. El príncipe Zawi Ziri encontró la suficiente autoridad para negarse, no tanto porque tuviera una ruta precisa hasta Qairuán, sino porque algo le dijo en su interior que había llegado el momento de contradecir a la abuela. Cuando la comitiva se dejaba caer por las laderas de Medea, Urlilit de Tuat, en voz baja, le anunció a las mujeres del harén que ya se tenía que morir.

Se acercaba a los noventa años, había asistido a cinco entierros de emires ziríes, y la vida le pesaba tanto que había tenido que recapitularla de manera minuciosa, para después contársela a quien se la tenía que contar. Al hacerlo, se dio cuenta no solo de que su vida incluía la vida de sus antepasados tal y como a ella se la habían contado, sino que, además, de cada doce episodios vividos, once estaban determinados por la estirpe. Se dio cuenta de que para alcanzar en el futuro los objetivos de una vida era preciso repasarla antes con minucia y hacia atrás, porque todo en el mundo era una cadena circular y, por lo tanto, los eslabones del pasado podían ser los pasos del futuro. Se dio cuenta de que los presagios que siempre había padecido desde niña no eran vaticinios, sino recuerdos. Comprendió que los varones eran la parte débil de las estirpes por la simple razón de que no estaban dotados para el relato.

—Los hombres —aseguraba— cambian la palabra por la guerra, pero al final, la cadena del mundo no está hecha de guerras, sino de cuentos de

guerras que solo las mujeres podemos transmitir.

Vislumbró así el significado del principio, del logos y de la unidad, y llegó a perdonarse a sí misma. Tras someterse a vigilancia las partes más oscuras del alma, sacó la conclusión de que no les había hecho tanto daño a sus hijos y a sus nietos por soberbia gratuita o por la ceguera de los delirios imperiales, como todo el mundo creía, sino por pura determinación de estirpe. Supo que aquel nieto rey a quien habían velado y por quien ella habría dado la vida era el único que se había dado cuenta del inmenso poder de demonio que le habitaba su sangre de sacerdotisa. Comprendió que las razones por las que Yusuf Buluguin se había apartado de ella no eran las del odio, ni las del desdén, como todo el mundo pensaba y, menos aún, la competencia por el poder o el agobio por sus protecciones desmesuradas, como decían sus nueras. Como si el muerto se lo estuviera diciendo, Urlilit de Tuat supo que su nieto Yusuf Buluguin sentía pánico de vivir según las directrices de una abuela que, a su vez, vivía según los dictados de otra abuela, y así por los recovecos de las castas hasta llegar a **Lilith**.

24

Convertido ya en decano de los ziríes, el general Zawi se apresuró a reiterar en público su juramento de lealtad a Mansur Buluguin. No estaba claro en las tradiciones beréberes a quién correspondía la sucesión y al general Zawi Ziri lo habían tratado como emir en su peregrinación funeraria por todo el país. Pero él se dio a comprobar una contradicción: mientras que nadie se inmutaba cuando les contaban que antes de morir Yusuf Buluguin I le había hecho jurar que coronaría a Mansur y que después lo protegería, los jeques y los comerciantes de la sal, los jefes de destacamento y los imanes se estremecían con el episodio del jorobado y murmuraban conjuros contra la mala suerte que esperaba a quienes mataran a un simple, según las leyendas más verosímiles y pertinaces.

De manera que un viernes por la mañana el general Zawi, decano del clan de los ziríes de la confederación sinhaya, juró lealtad a un joven adolescente y se apresuró a proclamarlo como Padre de las Victorias. No lo hizo por ascetismo, no lo hizo por falta de ambición, no lo hizo por fortaleza moral, sino simplemente por superstición. Creyó en serio, y mantuvo esta creencia durante toda su vida, que la mala hora en que mató a un jorobado lo inhabilitaba como rey, y que la mala fortuna lo perseguiría, al menos, hasta que se purificara por la peregrinación.

Resolvió en consecuencia instalar al sobrino en Mahdia, en el palacio abandonado por los califas cuando se trasladaron a Egipto. Utman de Borja le amuebló los espacios del poder siguiendo las directrices de unos comentarios historiados que trajeron los mercaderes catalanes al mercado de Qairuán. Mandó construir una base triangular sobre la que se instaló un asiento también triangular, de forma que si se viera desde arriba, con la mirada de Dios, el conjunto del trono formase la estrella de David. Mandó que el oratorio se decorara con las letras del **alifato** ordenadas según su importancia simbólica, y dispuso que el suelo se cubriese con alfombras geométricas

traídas de Jurasán. No pudo caer en la cuenta de que estaba reproduciendo con fidelidad las cámaras del conde de Urgel, el salón del trono de un rey franco llamado Pipino, y la misma sala del poder infinito del palacio del rey David.

El general Zawi Ziri se preocupó de rodear al emir con visires que no le incrementaran sus temores de adolescente. Lo convenció de que mantuviera el mismo régimen político de Yusuf Buluguin I, que consistía en designar a todos sus visires salvo a uno: el encargado de la recaudación de los tributos que era nombrado por —y respondía solo ante— el califa fatimí. Con la aprobación decidida de la abuela Urlilit de Tuat, lo casó con la hija de este visir que se llamaba Zidane Kazar y era de religión judía.

El general Zawi Ziri fue tan pródigo con el virrey Mansur Buluguin que el palacio de Achir comenzó a empobrecerse. Dejaron de llegar botines y esclavos, salieron cofres y utensilios de guerra, y Urlilit, atareada en los preparativos de su propia muerte, abandonó la administración del patrimonio familiar. Encerrada en el pabellón de las mujeres, absorta en el cumplimiento de la única condición que se había puesto para acabar la vida, y que consistía en contarla a quienes, a su vez, la pudieran contar, Urlilit abandonó las tareas de la supervisión que siempre había realizado. Utman de Borja la visitaba y le llevaba algún pergamino esotérico, dulces de almendra y miel que pudiera tragar sin masticar y, en contadas ocasiones, garrafas del destilado añejo que él mismo usaba para los trances y las danzas sufíes. A pesar de esto, el alquimista andalusí nunca llegó a interesarse por los pormenorizados datos históricos y biográficos que contenía el relato de la vida de Urlilit, pero sí le llamó la atención la rara sabiduría y el inexplicable conocimiento de mundos antiguos que tenía aquella mujer. Supo que era capaz de leer la lengua jeroglífica, que sin titubear era capaz de recitar el nombre de todos los faraones de todas las dinastías, de sus esposas, concubinas y esclavas predilectas, y que describía las dependencias del palacio de David en Jerusalén como si hubiera vivido en él. Al principio atribuyó a la condición nómada de los judíos el hecho de que Urlilit de Tuat pudiera hablar de Alejandría y Jerusalén como si hubiera vivido allí muchos años, pero muy pronto se dio cuenta de que tenía conocimientos que no podían provenir de los viajes de sus antepasados.

—Yo no sabía que lo sabía —le dijo un día Urlilit—. Cuando se lo cuento a usted, es como si se lo estuviera contando mi madre a través de mi voz.

En las semanas anteriores a su muerte eligió a la Kahina como confidente de sus relatos. Con sus manos torpes le ponía pócimas para embellecerle sus ojos de desencanto. La sentaba junto a ella y le tomaba sus manos de muchacho desvalido. Le enseñaba canciones de lástima que hablaban del paraíso perdido y que solo debían cantarse en soledad o, al menos, jamás delante de los niños, los amantes o los muertos de cuerpo presente. Le hablaba de los beneficios del veneno de alacrán que, en muy pequeñas dosis, servía para curar la falta de sales del organismo y la pérdida involuntaria de orines. Un día, sin preámbulos, miró el espejo de roca y, en lugar de verse a ella misma, vio a la Kahina, convertida en reina de un país lejano y mesopotámico.

Cuando dio por terminada la relación pormenorizada de su vida y de la vida de las mujeres de su estirpe de más de tres mil años, mostró por primera vez un bulto crecido en sus tetas de matriarca. Se miró otra vez en el espejo, se tumbó en la cama, extendió los brazos, cerró los ojos y vio, con toda claridad, cómo se le acercaba la barca de Caronte. Como ella había dispuesto, su cuerpo enorme de faraona fue envuelto con su manto de sacerdotisa y quemado después en el patio de armas de la alcazaba de Achir, sobre un lecho de leños y hierbas aromáticas. El humo perduró por días y se extendió por toda la comarca, más allá de las montañas, hasta alcanzar Medea. Todos interpretaron que aquel olor intenso servía para dejar claro que el aire cotidiano de montaña que lo transmitía era tan espiral como el propio tiempo.

25

[4748/988/377]

Cuando ya el general Zawi Ziri preparaba su peregrinación, porque creía estabilizado el trono de Mansur Buluguin, garantizada la lealtad de jeques y militares e innecesaria su permanencia en Mahdia, estalló una sublevación. Instigados por el califa de El Cairo, los Kutama lanzaron a las muchedumbres para destronar a Mansur y acabar con la dinastía de los ziríes de Ifriquiya. En la represión de la revuelta, el joven virrey mostró una energía y una determinación que nadie le hubiera presupuesto. Con el solo apoyo de los hombres del general Zawi Ziri y de la guardia palaciega, aniquiló a los conjurados y marcó con el hierro de la esclavitud a sus mujeres. Después, cuando ya todos esperaban que rompiera el vínculo con el califa fatimí, proclamara la soberanía de Ifriquiya o lanzara una expedición contra El Cairo, hizo lo contrario. Asesorado por su suegro, el visir recaudador Zidane Kazar, se limitó a interrumpir los pagos de tributos y el envío de presentes a los visires de El Cairo, pero mantuvo la unidad formal del califato fatimí y la plegaria del viernes se continuó rezando en el nombre del califa Nizar.

Comenzaron entonces siete años de paz que el general Zawi Ziri había de recordar siempre como los más felices de su vida. Maksán Ziri cuidaba su reino de viñedos inmortales en Medea y el gobierno de Mahdia, en manos de Zidane Kazar, se desenvolvía en un tedio sucio de intrigas y conjuras políticas que, sin embargo, evitaban la guerra.

De vuelta en Achir, Zawi se mostraba entusiasmado con la educación militar y espiritual de sus tres hijos varones: Osiris, Balidir y Buluguin. El general hubiera dicho que al palacio limpio de Urlilit de Tuat había retornado la felicidad rutinaria de los tiempos anteriores a la decapitación del patriarca Ziri, pero ignoraba lo que estaba sucediendo en el pabellón de las mujeres.

Awina de Tamentit, madre de Yusuf Buluguin, siempre con el apoyo silencioso de su hermana Tamayrut, quería ejercer la majestad que tuvo Urlilit. Fue por esto por lo que decidió permanecer en Achir aunque, según las leyes cortesanas de los musulmanes, le hubiera correspondido instalarse en Mahdia, ya que era la abuela paterna del nuevo virrey. Estaba envejecida por el sufrimiento y no le habría importado engordar para alcanzar las desproporciones de Urlilit de Tuat. Había llorado durante trece años a su marido Ziri, y apenas se estaban levantando los lutos cuando enterró a su hijo Yusuf Buluguin. En cambio, nadie la vio llorar la muerte de Urlilit de Tuat. Se negó a responder a su hermana Tamayrut cuando esta le preguntó, en la intimidad de las alcobas, si no lloraba por falta de lágrimas o por resentimiento.

Con las penas más revueltas que nunca, Awina de Tamentit se preguntaba por qué cuando la vieja Urlilit decidió contar su vida y la de los antepasados, no la eligió a ella como interlocutora de su relato, sino a Kahina, una filistea de piel oscurecida y cuerpo de muchacho. Detestaba a aquella pastora, casada, por si fuera poco, con el hijo de su hermana Tamayrut, la simple, la faldera, la nacida para esclava, la colocada en la cama de su esposo Ziri solo para que pariera y garantizara la continuidad de una dinastía. Y se preguntaba quién sino su hijo Yusuf Buluguin había salvado al final la continuidad de la dinastía y quién sino su nieto Mansur acababa de darle un heredero grande y rubio, que lucía como una estrella y se llamaba Badis, como el Sol en la lengua beréber. Con los rencores de la convivencia más vivos que nunca, se preguntaba cuál podría ser la razón de que su suegra no la hubiera elegido a ella, la madre de los reyes de África. Y sin pudor se dolía de que hubiese elegido a la cabrera casada con Zawi, el necio que no supo evitar la muerte de su hijo. Resignada, estaba dispuesta a aceptar el desprecio de la suegra porque, al fin y al cabo, ya estaba muerta y la venganza no era posible. Pero se había propuesto terminar con aquella potranca filistea que había parido tres varones y que inundaría a Ifriquiya de hijos ineptos de Zawi, de nietos serviles de Tamayrut. Así que con diligencia, mejor de lo que lo hubiera hecho la propia Urlilit de Tuat, maceró una buena dosis de veneno de alacrán con cenizas de ortiga. Después moldeó la masa con forma de almendras y las tostó en aceite. Las garapiñó con un molido de piñones, almíbar y miel de abejas, y las dejó en una bandeja de plata sobre una mesita baja de taracea, al alcance de la mano de la joven Kahina.

Se retiró a la alcoba grande para esperar noticias. Después de la siesta, a través del espejo de roca, como si fuese Urlilit quien se la mostrara, vio

aparecer a su hermana Tamayrut. Había descorrido las cortinas de su alcoba y asomaba la cabeza con su sonrisa ingenua y repugnante solo para prevenirla de que eran amargas las almendras que había en la bandeja de plata, en la mesita de taracea, junto al diván de la Kahina.

—¿Tú las has probado? —preguntó Awina.

—Sí —respondió Tamayrut— me comí una. Por eso sé que son almendras locas…

Tal vez Awina de Tamentit hubiera podido salvar a su hermana, provocándole el vómito en ese instante, pero se limitó a sonreír. Con todo el cinismo que pudo reunir, le advirtió de que se iba a morir de manera irremediable y la llamó tonta por haber tomado un veneno que no era para ella. La dejó contorsionarse sobre la cama y expirar entre dolores, sin tocarla siquiera, porque pensó que todo aquello no era un accidente de la fortuna, sino la voluntad de la sangre del alacrán contenida en las almendras.

Arrastrada después por una fuerza serena que ella misma juzgó demoníaca, recogió la bandeja de plata con las almendras de veneno garapiñado y buscó por el palacio al hijo mayor de Zawi. Con tranquilidad, se las ofreció en presencia de su madre. Y ya iba el niño a morder la primera, cuando la Kahina le dio un manotazo a la bandeja. Había tardado unos instantes en percibir el fulgor amarillento de los ojos de Awina y en advertir que aquella era la primera vez que la veía dirigirse al niño con amabilidad. Entonces, con un salto de pantera, la derribó, se sentó a horcajadas sobre su pecho y, con una fuerza de loba herida, con sus propias manos, la estranguló.

Cuando el general Zawi Ziri conoció el atentado, mandó que se arrojara a la pedrera el cuerpo troceado de su tía Awina de Tamentit. Después enterró a su madre junto al cuerpo decapitado del patriarca Ziri Manad y se marchó a practicar la cetrería con sus hijos. Por entonces, Osiris no alcanzó a comprender los detalles de lo ocurrido pero, años después, cuando se los explicaron, recordó con nitidez la mirada amarilla y, sobre todo, la risa de hiena que su tía abuela mantuvo mientras pudo respirar.

26

[elul de 4756/septiembre de 996/shabán de 386]

Antes de que diera comienzo el mes de ramadán, el virrey Mansur quiso celebrar la circuncisión de su primogénito Badis. Al final de la noche, aturdido por el vino joven, sin edecanes ni esclavas, se retiró a los baños. Era su costumbre, se sumergía poco a poco en el *caldarium* y entrecerraba los ojos. Algo del espíritu de los califas debía de quedar en aquellos baños del palacio de Mahdia, porque despertaba del sueño corto y tenue con alguna nueva idea de mando y gobierno. A lo lejos se oían todavía las últimas risas adolescentes y las últimas percusiones de los tambores de la danza. Al amanecer, la luz del día filtrada por las **mawdas** le pareció una lluvia de estrellas de colores. Se deseó a sí mismo un feliz ramadán y volvió a cerrar los ojos. Después de un intervalo indefinido de tiempo, los abrió por última vez porque creyó escuchar ruido de ratas por las cañerías que salían de la estufa del baño.

Eran, en realidad, cuatro guerreros que habían llegado esa misma noche desde El Cairo. Seguían las órdenes superiores del califa fatimí pero, sobre todo, les alentaba la firme determinación de vengar en Mansur la sangre derramada, las tierras quemadas y las mujeres esclavizadas de la tribu de los Kutama. Habían preparado el golpe amparados por el estruendo de la fiesta de la circuncisión, y lo dieron con tal precisión y rapidez que Mansur se murió creyendo que lo mataba un desplome del techo provocado por las ratas. Lo degollaron por la espalda, le partieron el cuello con el borde de la bañera y después lo decapitaron. No pudieron llevarse como trofeo la pálida cabeza del virrey porque, de forma imprevista, la esposa Sarah Kazar entró en el baño y comenzó a dar gritos. Pero huyeron impunes, con la misma diligencia con la que habían actuado, antes de que se oyera el tropel de la guardia por las

galerías y antes de que la cabeza de Mansur hubiese tocado el fondo de las aguas fragantes.

De nuevo se abrió el problema de la sucesión en el virreinato de Ifriquiya. Abierto el testamento de Mansur Buluguin, se supo que designaba como legítimo heredero a su hijo Badis, de ocho años de edad y circuncidado en el mismo día en que mataron a su padre. Alfaquíes y ulemas ponían en duda la legitimidad de esta declaración. Eran varios los ziríes adultos que tenían derecho a reivindicar para sí el poder: Zawi y Maksán, los dos hijos vivos del patriarca Ziri, y también el hermano del emir muerto, llamado Hamud, hijo del gran Yusuf Buluguin I.

Zawi era, sin embargo, quien más partidarios tenía. A sus treinta y seis años, había mostrado su valor en más de veinte batallas y todos sabían que había sostenido el emirato de Mansur Buluguin y que lo había hecho con toda la lealtad debida a la palabra dada en un lecho de muerte.

A favor del niño Badis, los alfaquíes de Mahdia expusieron dos precedentes. Siglos antes, en la corte de Damasco, se proclamó califa a un niño y, en Córdoba, solo dos décadas antes, Hisham II había ascendido al trono por el empeño de su padre Alhakam. Ambos precedentes, sin embargo, eran de menor valor por pertenecer a estirpes omeyas. Pero el virrey Mansur tenía otro argumento que había dejado escrito en su testamento. Según él, por la época en que decapitaron al patriarca Ziri, un maestro sufí le había augurado al califa fatimí Almúizz la lealtad de los ziríes de Ifriquiya, siempre que la transmisión de los poderes del virreinato se realizara de padre a hijo y nunca de forma lateral.

Consultado el califa fatimí de El Cairo no dudó en enviar su opinión favorable a la sucesión del niño Badis, al que se apresuró en nombrar Padre de las Victorias y Espada de la Dinastía. De forma expresa, los alfaquíes del califa de El Cairo habían fundamentado su decisión en la misma profecía de Utman de Borja que invocaba Mansur Buluguin en su testamento. De forma tácita, sin embargo, el califa Nizar prefería una Ifriquiya gobernada por cortesanos dúctiles antes que un Magreb dominado por el brazo militar del general Zawi.

Al final, fueron los cortesanos de Mahdia los que determinaron la solución del conflicto. Coaligados el superintendente encargado de la correspondencia del virrey, el de los talleres de fabricación de las telas, el jefe de los eunucos de palacio, el jefe de los orfebres, el halconero mayor y Zidane Kazar urdieron un plan para garantizar la elección del niño. La única cuestión

que dividía a los conjurados era la forma de actuar con Hamud, Maksán y Zawi, los tres principales pretendientes. Algunos visires sostuvieron que era imprescindible eliminar sin dilación ni contemplaciones a los tres, con sus respectivos hijos. Otros salvaban a Maksán Ziri, quien recluido en Medea parecía un pacífico jeque más preocupado del bienestar municipal que de las grandezas del trono. Otros también salvaban al general Zawi Ziri, no tanto porque lo valoraran, sino porque lo juzgaban disciplinado, pusilánime e incapaz de desobedecer. Zidane Kazar, abuelo materno de Badis, fue quien propuso la solución definitiva: el general Zawi Ziri sería informado de que Hamud ben Buluguin preparaba tropas contra la corte de Mahdia, y se le pediría que atacase al pretendiente y defendiese al emir niño. Según Zidane, de esta forma se despejarían a la vez dos incógnitas: la fuerza real de Hamud y la lealtad de Zawi.

El general Zawi Ziri dio oídos a la información y aceptó la petición. Hizo rodear por cien jinetes la casa de Hamud Buluguin en Qairuán. Irrumpió en ella, con la espada en la mano, y se la colocó a Hamud a la altura del corazón. A la hora de la verdad, le faltó valor para clavársela y se conformó con formular una conminación tajante para que declarase. Entonces, el segundo hijo de Yusuf Buluguin juró que no pretendería el virreinato para sí. Retomó el aliento para añadir que su renuncia no se basaba ni en el respeto a su sobrino, el niño Badis, ni en la condescendencia con la voluntad testamentaria de su hermano Mansur, sino solo en su criterio de que era Zawi quien tenía mejor derecho para aspirar al trono. El general Zawi Ziri se negó a valorar la propuesta de alianza que contenían estas palabras. No quiso oírlo. Le apartó la espada pero lo mantuvo retenido en la casa hasta que llegaron las instrucciones de Zidane Kazar. Llegaron deprisa y fueron claras: había que decapitar a Hamud y a todos sus hijos varones.

Indignado y virulento, Zawi le ordenó a Hamud que desmantelase su casa, que recogiese a sus deudos y que partiese cuanto antes de Qairuán. Después, con el mismo mensajero, le mandó decir a Zidane Kazar que antes de matar a un hijo de su hermano, estaba dispuesto a presentarse en Mahdia y cortarle la cabeza uno por uno a todos los cortesanos palaciegos, empezando por él mismo.

Este mensaje airado de Zawi no fue el último contratiempo del judío Zidane Kazar. En las exequias del virrey Mansur, cuando el féretro ya estaba preparado para la plegaria, tronó una voz de desafío. Era Maksán Ziri, que le clavaba la mirada a su hermano Zawi.

—¿Quién rezará por el emir? —le preguntó.

—¿Quién ha de hacerlo? —respondió el general—. Pronunciará la plegaria su hijo y heredero, el emir Badis.

Con determinación entrenada, un impúber rubio y orondo se acercó al féretro del virrey para iniciar los rezos. Entonces la voz recia del más anciano de los ulemas de Qairuán se lo impidió:

—¡Una oración como esta no servirá de nada al virrey!

El anciano desplazó al muchacho, se colocó junto al féretro y comenzó las exhortaciones. Nadie se atrevió a interrumpir el cántico monocorde de aleyas y augurios indescifrables que el ulema demoró todo lo que pudo.

Después del entierro, aquel viejo teólogo quiso explicar a los notables que de no haber dirigido la plegaria como lo hizo, habrían enterrado sin exequias al virrey Mansur Buluguin. Con la edad en que ya no se teme a las palabras, añadió que esto no habría sido un castigo desmedido para alguien que dejaba a los beréberes de Ifriquiya bajo el mando de un jovenzuelo imberbe. En realidad, al hablar así y al dirigir él la plegaria, el ulema no pretendía restar legitimidad a la proclamación de heredero. Con recursos de viejo, quería ejercer la violencia justa para aplazar una guerra fratricida. No lo consiguió.

27

Maksán Ziri abandonó su ciudad de Medea y sacó por primera vez de allí a sus tropas. Se instaló en Argel y dictó un mensaje terminante para todos los jeques sinhayas. En la misma carta denunciaba la violación de las atávicas leyes beréberes, acusaba a Zidane Kazar y a su hija Sarah, madre de Badis, de haber instaurado un reino de hebreos impíos y amenazaba con proclamar la guerra y con romper el vínculo de lealtad con el califato fatimí de El Cairo si en el término improrrogable de un mes el virrey no abdicaba. Eran tan claras sus argumentaciones teológicas y sus razones políticas que permitían esperar la adhesión de muchos clanes e, inclusive, de algunos ulemas rigurosos de Qairuán. Pero era tan dura su actitud que la única respuesta que obtuvo fue el envío de un ejército para arrasar Medea. Al mismo tiempo, rodearon la alcazaba de Achir con el pretexto de proteger a Zawi Ziri. Los oficiales destinados allí tenían la orden de mantener a Zidane Kazar informado sobre todos sus movimientos. Medidas similares se adoptaron en todo el país, incluso con los jeques más alejados del clan Ziri. Fue una operación tan tajante y efectiva que dos meses después del pronunciamiento de Maksán Ziri nadie lo había secundado de hecho. En toda Ifriquiya, sus seguidores más decididos estaban agazapados, muertos o asimilados por el partido del visir Zidane Kazar y la corte del niño Badis.

Cuando todo hacía vislumbrar ya una derrota honrosa de Maksán Ziri, un centenar de guerreros, en una operación desproporcionada, armados con dagas labradas con piedras preciosas y lanzas del desierto, tomaron Medea por sorpresa. Se apoderaron de los ganados y las monturas, saquearon los puestos de los comerciantes, quemaron las vides y cortaron la cabeza de Maksán Ziri y de dos de sus cuatro hijos.

Zawi fue entonces conminado a realizar las operaciones de la venganza, no solo por Habús y Hubasa, los dos hijos de Maksán que lograron sobrevivir

al asalto de Medea, sino también por sus propios hijos. Se negó. Al contrario de lo que cabía esperar de su edad, justa para el mando de guerra, Zawi Ziri pareció tan atemorizado con la idea de la guerra civil que declinó todo mando, aunque no desautorizó a los príncipes. Solo dijo que se creía marcado por la mala suerte y que toda empresa que iniciara acabaría en catástrofe. Pero lo dijo con tanto cansancio y con tan poca convicción que todos creyeron que solo pedía que le insistieran más. Entonces los tres jóvenes redoblaron sus argumentos; primero arguyeron que Zawi era el decano de la familia Ziri y, por lo tanto, el llamado *per natura* a encabezar la rebelión. Apelaron a la sangre, invocaron a los ancestros y, en especial, al patriarca Noé que dictó las leyes originarias de la tribu de los sinhaya en los tiempos del diluvio, y recurrieron a Kahina, que ya se dejaba entrever como madre del harén, legisladora de alcoba e intérprete única del espejo de Urlilit. Pero, por fin contundente, Zawi Ziri dejó de visitar el pabellón de las mujeres, se encerró en el taller de espagírica y despejó todo rastro de incertidumbre cuando manifestó en público que no soportaba más el olor de tantos crímenes como envolvían a la familia.

* * *

Aquella decisión sin antecedentes no trajo la paz a Ifriquiya ni le confirió sosiego al espíritu del príncipe. Fue solo el preludio de tres años de guerra para el pueblo y de tres años de encierro para Zawi. Con el solo consuelo del maestro alquimista, experimentó la punzada sorda de la impotencia, vio cómo sus hijos, convertidos en comandantes de los rebeldes, ni siquiera tenían la delicadeza de pedirle consejos estratégicos, y vio cómo la sangre entre hermanos iba exterminando sin misericordia el poder que en un tiempo se tuvo como el más sólido de África.

28

El pretexto que Zawi esperaba para romper los hilos que lo vinculaban con el mundo beréber de Ifriquiya se presentó cuando recibió en Achir una carta del gran Almanzor. Temiendo que fuese otra declaración de guerra o que contuviese alguna exigencia militar, Zawi se la arrebató de las manos al alfaquí cuando este se disponía a abrirla. Después de comprobar que estaba dirigida a su persona, a Zawi, hijo de Ziri, hijo de Manad, mandó desalojar la sala y le ordenó a Utman que se la leyese despacio. Remitida desde Córdoba, llevaba el sello del califa Hisham II y la firma y rúbrica del canciller Almanzor. Al contrario de lo que se podía esperar, el gran camarlengo de Al Ándalus y acaso por la época el más poderoso de entre los hombres, le mandaba a Zawi Ziri una carta tranquila, casi paternal. Dedicaba las dos primeras hojas al análisis de la situación militar del mundo, pero terminaba con un largo párrafo consagrado a las salutaciones y a los votos inequívocos de felicidad para toda su estirpe. Entre líneas, Almanzor se daba por enterado de que Maksán, hermano menor de Zawi, se había rebelado contra la dinastía y de que había muerto en la revuelta. Se hacía cargo de la difícil posición de Zawi, mediador entre las estirpes de sus dos hermanos muertos, y le ofrecía un puesto destacado en el ejército de Córdoba. Insistía el canciller en que solo le ofrecía participar como general del **yihad**, y le daba garantías de que jamás tendría que volver sus armas contra musulmanes.

En hoja aparte, le informaba de que aquel mismo verano, en la batalla de Cervera, los cristianos habían sufrido —gracias a la mediación de Alá— una importante derrota. Sin embargo, por primera vez en trescientos años, cántabros, astures y vascones habían articulado su ataque bajo la dirección de un caudillo hispano: el conde Sancho García, descendiente de los cristianos trinitarios que habían abandonado la ciudad de Qastilia, en la cora de Elvira, en los tiempos del emirato. A pesar de aquella victoria sobre el infiel, Almanzor sentía que la batalla de Cervera era presagio de la entrada del

politeísmo trinitario en la casa de Hispania. «Lo invulnerable excluye la enemistad, cuerpo de la envidia —continuaba Almanzor—. He llegado a ser invulnerable, luego pronto dejaré de ser envidiado. Vasallos míos son el rey astur, el de los vascones y el de los aragoneses. Las enemistades extrañas, como grotescas serpientes con garras de tigre, reptarán desde ahora, sin intentar dañarme, liberando, como en un juego para halagarme, sus combates a mis pies. Nadie, por esto, osará ya detener nuestra marcha en triunfo hacia el norte petrificado en llamas de roca».

La de Almanzor era una actitud tan imprevista que, al principio, avivó en Zawi el recuerdo de la cabeza del padre muerto y eso le pareció el límite de la expiación. Se encontró de pronto padeciendo la misma indignación que sintió en la juventud, frente al cadáver decapitado del padre. Miró a Utman y, con su antigua voz estentórea, restaurada por un hondo desprecio contra sí mismo, le echó encima la carga de odio que ya no podía soportar en el corazón.

—¡Un día de estos —gritó— voy a cruzar el Estrecho para acabar con estos andalusíes del demonio!

Pero este era ya el último rescoldo de soberbia que le quedaba en el corazón. Por entonces, el general Zawi Ziri solía pasar las tardes con Utman de Borja. Acomodados en la terraza del salón del trono, a la sombra de los atardeceres interminables del verano, ambos se complacían en evocar las leyendas del Edén, las enseñanzas de los maestros de Utman y los viajes por Alemania de Recemundo, obispo de Elvira. Otras veces Utman exploraba los rincones más profundos del desierto, el continente perdido de los atlantes o la isla frente a las costas de Mauritania de la que procedían los sinhayas. El andalusí hablaba de todos estos países y parajes como si hubiera estado en ellos mucho tiempo. En una ocasión, cuando Zawi Ziri se admiró por la cantidad de libros que debía de haber leído para adquirir esas informaciones geográficas, Utman de Borja le dijo:

—Todo está en los libros, pero todos los libros están en El Corán.

Al general Zawi Ziri la respuesta le pareció suficiente, porque la oyó como un acto de fe. Pero Utman de Borja, que esperaba haber provocado su desconcierto, no se conformó:

—Pero todo El Corán está en la **Fatiha** —continuó—, y todo lo que está en la Fatiha está en su primera frase: en el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso. Y todo lo que está en «*Bismilá alrajmán alrajim*» está en la letra Ba, que a su vez está contenida en el punto que hay debajo de ella.

Esta respuesta cabalística de Utman desconcertó menos a Zawi Ziri que la escueta que le dio cuando él le pidió su opinión sobre la propuesta de

Almanzor.

—Debes aceptar —le dijo Utman, tajante.

Solo por la insistencia del general Zawi Ziri, Utman se prestó a añadir que estaba convencido de que aquel era su destino.

Por aquellos días Zawi reunió en Achir a todos los jeques y comandantes de los ziríes. Cuando Utman, en la lectura de la carta de Almanzor, llegó al punto que contenía la oferta de reclutamiento, comenzó una ensordecedora rechifla de protesta. El general Zawi Ziri se puso de pie y tomó los pliegos de la carta, con la otra mano pidió calma y silencio.

—Hermanos —dijo con una voz baja, lenta, un poco cansada—, he decidido aceptar la oferta de los andalusíes.

Las risas sustituyeron a las protestas. Nadie pensó que hablara en serio.

—He decidido aceptar la oferta en nombre de todos —dijo Zawi en el mismo tono—. Si alguien quiere hablar puede hacerlo ahora.

Habús Maksán fue el primero en tomar la palabra. Se sentía humillado con la idea de haber proporcionado al estado omeya el pretexto que deseaba para comprarlos por dinero. Después hablaron Hubasa Maksán y Buluguin Zawi en términos más bravucones y desafiantes. Después Osiris Zawi, con un hilo de voz mirando al suelo, pero en los mismos términos que su primo Habús Maksán y que todos los jeques que lo sucedieron en el uso de la palabra. Zawi sobrellevó con paciencia el despecho de sus sobrinos y el de sus propios hijos, porque en lo más íntimo ya había tomado la firme determinación de aceptar la oferta del canciller de Al Ándalus.

Se esforzó por demostrarles que las urgencias financieras que los asediaban por causa de la guerra civil terminarían con el paso del Estrecho. Quiso convencerlos de que en Al Ándalus combatirían a infieles y no a hermanos de sangre, y de que, a pesar del vínculo con los fatimíes, la estirpe de los ziríes era por tradición **sunní** como los andalusíes y no **chií** como el califa de El Cairo. Confundió estas razones con un repentino soplo de fuerza que le permitía renunciar a las espirales de la venganza y dejar el reino de Ifriquiya en las manos de su sobrino nieto.

* * *

Más solos que nunca, pero enfervorizados como estaban en su lucha contra el niño usurpador, los jóvenes se resistieron a las razones durante varios meses. Nadie entendía por qué el general Zawi Ziri se empeñaba en alistarse en el ejército omeya de Al Ándalus, ni qué se les había perdido allí a los beréberes

de Ifriquiya, ni por qué alguien tan despreocupado como él para lo económico había empezado a recaudar dinero con tanta ansiedad. Los viejos jeques de las tribus de la confederación sinhaya a quienes acudió en demanda de ayuda, enterraron sus riquezas para no dárselas y alistaron a sus hijos en el ejército del virrey Badis para que él no los reclutara. Los alfaquíes demoraron sus informes fingiendo una complejidad jurídica que el asunto no tenía. Sin embargo, el general Zawi Ziri se tiró a los caminos para visitar todas las aldeas que pudo. Exigió deudas antiguas, perdonó agravios y rencores entrecruzados, recaudó tributos olvidados, vendió cosechas futuras y ganados por nacer. Persistió en su empresa con tal perseverancia, con una contabilidad tan exhaustiva y una planificación tan implacable que en ocho meses logró una fortuna de magnitudes comparables a la que administró en los mejores tiempos Urlilit de Tuat. Con los sudaneses que su hermano Yusuf Buluguin I mandó a Achir y que eran ya la mejor infantería ligera de África, y con unos hombres de aquí y otros de allí articuló un ejército. La mera mención del número de sus efectivos militares causó el estupor de Buluguin, de Osiris y de los hijos de Maksán, porque había conseguido reunir más jinetes e infantes de los que el virrey Badis tenía a su servicio.

Cuando los tres jóvenes rebeldes le hicieron ver que con ese ejército podrían destronar al virrey Badis y reinar en toda Ifriquiya, el general Zawi Ziri recurrió al último argumento que tenía reservado. Hizo que el astrólogo Utman testificara en público, en sesión solemne en la aljama de Medea, que el consejo de los astros era en realidad un nítido mandato de dirigirse a Al Ándalus.

Al mismo tiempo, por indicación de su esposo Zawi Ziri, la Kahina ya había hecho circular por todo el mundo interior de los harenes de Ifriquiya que el espíritu de la abuela Urlilit amparaba la expedición, porque era un viaje para la nueva fundación del Edén por la estirpe de David. Sarah, madre del virrey e hija del camarlengo Kazar Zidane, movilizó todas sus influencias en la corte de Mahdia para que se declarara la tregua en la guerra fratricida y se permitiera el embarque pacífico de los hombres de Zawi Ziri en las galeras genovesas que los esperaban en el puerto.

Al final todos lo siguieron, pero el general Zawi Ziri llegó a Al Ándalus desautorizado por sus sobrinos y por sus propios hijos. Los jeques sinhaya que permanecieron en África lo acusaban de haber abandonado la guerra civil justo en el momento en que podía haberse ganado y solo para venderse con armas y bagajes a Jacobo Almanzor quien, a fin de cuentas, era el responsable último de la decapitación del patriarca Ziri.

29

[4759/999/389]

Zarparon hacia Al Ándalus cuando aconsejaron los astrólogos: al amanecer de un sábado, tras la primera oración, recién terminado el dominio oscuro y sereno de Piscis, y bajo el firme amparo de Aries. A medida que las galeras se alejaban de la costa, los muelles del puerto de Mahdia, las murallas de la alcazaba, los arsenales, el minarete de la mezquita marina, los rumores del mercado y las barcas de los pescadores se iban reduciendo al tamaño de los recuerdos. Y todo el continente primigenio de África se iba concentrando en un horizonte de palmeras lejanas cuyos augurios nadie hubiera querido desentrañar. Eran mil ochocientos veintiséis entre jinetes, infantes, esclavos, niños y mujeres. Beréberes la mayoría, de la tribu de los sinhaya, todos hijos o deudos del clan de Ziri, bien de la rama de Zawi, bien de la rama de Maksán de la cual ahora era príncipe Habús.

En el castillo de proa, asediado por el peso de las propias decisiones, mirando hacia África, sin ningún interés por el mar abierto, se veía a Zawi. Con botinas de caballería y espuelas de oro, una capa de lana tupida, una túnica cerrada al cuello por botones metálicos y el pañuelo añil de tafetán caído sobre los hombros. Cumplidos los cuarenta, ya no tenía la apariencia juvenil del guerrero temible que había sido. Era oscuro de piel, pero con ojos cada vez más verdes. Tenía la nariz grande, pero los labios finos y pálidos. Tenía la piel envejecida por el sol, pero conservaba una mirada de niño atónito. El cabello largo, negro y descuidado, y los brazos y las piernas llenas de cicatrices. Con dos anillos, el rojo del centro del mundo y el verde de la larga vida, tenía unas manos largas que parecían talladas en madera y tenía grabada la nítida representación caligráfica de uno de los noventa y nueve atributos de Alá en la palma de la izquierda. Sin saberlo, estaba sumido en los

abismos de un miedo incurable, porque no estaba construido con anticipaciones, sino tejido con episodios del pasado. Audaz e imaginativo en la guerra, Zawi Ziri no había experimentado nunca el miedo previo y paralizante de los cobardes. Pero, invadido por la culpa de la mala hora en que degolló por la espalda a un simple deforme, sentía cada vez con más frecuencia el miedo posterior e incorregible de los temerarios. Para sobrellevar sus propios miedos y para perdonarse su propio pasado, el general Zawi Ziri tuvo que creerse que quería volver a África. Desde el mismo día en que salió y durante los veinticinco años que permaneció en Al Ándalus, aun en los momentos en que detentó más poder, se sintió obligado a vivir con la conciencia moral de un exiliado y hubo de construir en su mente un mundo feliz demarcado por fragmentos de recuerdos falsos. En su memoria atormentada, Ifriquiya no era un territorio de guerra perpetua que llevara mil años bañado de sangre, sino una Arcadia de hombres velados que pastoreaban en las montañas, galopaban por las arenas y hablaban una lengua de dioses antiguos.

Se empeñó tanto y dedicó tantos esfuerzos a este cultivo de la nostalgia que, sin saber que sucumbía así a la irrevocable llamada de la sangre de la abuela Urlilit, transmitió a toda su estirpe el sentimiento del exilio y el deseo de volver. Hasta tal punto fue así que cuando, noventa años más tarde, el rey destronado Abdalá de Granada marchó a África, no llegó a experimentar la sensación de dirigirse al exilio, sino el grato sentimiento de retornar a la patria. El rey Abdalá nunca supo que ese sentimiento provenía de su tío tatarabuelo Zawi Ziri y que se lo había transmitido por la sangre como se transmiten los recuerdos grandes. Era un sentimiento más fuerte que el huracán del Estrecho que perturbó su viaje y más determinante que el hecho cierto de pertenecer a la tercera generación de sinhayas nacidos en Al Ándalus y a la segunda de los granadinos desde la fundación de la ciudad.

III. Zawi Ziri

30

[4779/1019/409]

Cedía la lluvia, pero soplaba aún el viento triste de poniente y los alcaravanes picoteaban ya las espaldas del rey. Antes de voltearlo, los jóvenes de la guardia supieron que era él porque llevaba puestas las botinas con espuelas de oro de los generales, porque su cabeza estaba envuelta por el pañuelo añil de los hombres del desierto y porque en sus manos se veían el anillo rojo del centro del mundo y el verde de la larga vida. Parecía haberse muerto muy sereno, como dicen que mueren los reyes que esperan la resurrección, y el oficial que lo desveló para identificarlo reconoció de inmediato el perfil de la estirpe de David, los labios pálidos y los ojos claros de los sinhayas, y el indeleble tinte azulado de la piel de los notables del desierto, jinetes de la desgracia. Al verle el rostro, los jóvenes de la guardia palaciega comprendieron en un instante todo lo que habían oído de sus mayores acerca del inconfundible aspecto de la grandeza podrida. Con capa bermeja y orejas de murciélago, rotundo y redondo sobre su yegua mansa, el monarca infantil de Ifriquiya solo se atrevió a acercarse cuando hubo recibido la confirmación de la identidad y la certeza de la muerte. Aquel cuerpo tirado sobre la arena le había exacerbado la amargura adolescente, porque al mirarlo le pareció verse en el espejo de la desgracia y cuando lo vio de cara creyó ver la imagen de su poder sin rumbo. El que allí yacía no era un extranjero derrotado y abatido, sino el hermano de su bisabuelo, decano de todos los sinhayas y jefe natural de su propia familia. Lo estremecía el dominio ceniciento que parecía ejercer después de muerto aquel hombre que le había agriado la soberanía con discursos y propuestas más políticas que militares.

Sin desmontar, consultado el visir Kazar Zidane, con voz rancia e impostada, el virrey niño mandó que le cortaran la cabeza al cadáver del rey

de Granada. Y volvió a consultar con su primer visir, porque se preguntaba si bastaría la decapitación para extinguir la memoria de su nombre. Le pesaba saber que el patriarca Ziri yacía también sin cabeza en las montañas del Titteri y que, sin embargo, aún se veneraba su memoria y su nombre estaba grabado en el escudo de la dinastía en forma de claro de luna. Obtenida la aprobación del visir, mandó que desmembraran el cuerpo y que arrojaran bien adentro del mar sus restos, pero que los quemaran antes para que ni siquiera sirvieran de cebo a los pescadores. Y como aún le persistía el sentimiento de que la desventura del rey muerto era un presagio de la suya propia y un anticipo de su fatalidad, mandó que las tropas regulares se fueran poniendo en marcha sin dilación, que asaltaran la alcazaba de Achir, que arrancaran los rosales del patio de armas, que batieran las torres, que quemaran las alcobas, el taller de espagírica y el trono. Solo dio instrucciones de salvar la cabeza del patriarca Ziri Manad, si es que la encontraban, y que se la entregaran a él en persona, porque esa cabeza era el símbolo de su dinastía y, por lo tanto, de la legitimidad indiscutible de su omnipotencia. Mandó que mataran a los hijos del rey Zawi, y a los hijos de los hijos, y a sus esposas, concubinas y esclavas, exigió que todas estas órdenes se registrasen por los escribas para que permaneciesen por escrito sus motivos: que la estirpe lateral de Zawi Ziri no se reprodujera, que la disidencia no se transmitiera por la sangre y que nunca volviesen a ser perturbadas la legitimidad dinástica de sus herederos, ni su soberanía perpetua de molicie.

31

[4779/1019/410]

Desembarcaron en Argel y esta fue la primera vez que Zawi pisó una ciudad que no había fundado, pero que había determinado toda su vida, porque fue allí donde le cortaron la cabeza a su padre Ziri. A pesar de la advertencia de que no hubiera manifestaciones públicas a su llegada, el pueblo de Argel los recibió con tambores de júbilo. En la noche, el caíd ordenó el sacrificio de seis corderos y se improvisaron danzas en la playa. El rey Zawi no pudo resistir tanto dolor y se retiró enseguida. Lo despertó un ruido seco y creyó que era de nuevo su oído, pero esta vez era el trueno de una tormenta que parecía anticiparse al verano.

Al día siguiente, el rey Zawi Ziri soportó como pudo la bienvenida oficial. Aceptó subir al mimbar después de la oración, pero compuso un discurso torpe en el que no desveló lo que todo el mundo quería saber: si era cierto que volvía a Ifriquiya para arrebatarle el trono de Mahdia al bisnieto de su hermano. Cuando, en privado, su hijo Buluguin volvió a formularle la pregunta, él le respondió con un deje triste y sincero:

—Ni yo mismo lo sé —le dijo.

Mientras Buluguin Zawi dirigía las operaciones del desembarco y preparaba la marcha hacia Achir, se había dado cuenta del enorme respaldo popular que tenía su padre. Casi ninguno de los habitantes de Argel lo había visto antes, pero todos sabían que era el fundador de un reino mitológico en las tierras del Edén, que volvía con la cabeza recuperada de su padre Ziri y con dos leones vivos que aseguraban que habían sido capturados por él mismo. En este clima de leyenda que debía de recorrer todo el Mediterráneo musulmán, Buluguin Zawi comenzó a cambiar su opinión sobre aquel viaje.

Durante días acarició la idea de convertirse en virrey de Mahdia y no cesó de estudiar los pasos militares que habría que dar.

Pero al rey Zawi Ziri le estaba sucediendo justo al revés. Ahora lo llamaban Zawi, *el Andalusí*, y entre nosotros fue durante años Zawi, *el Moro*. Desde la tarde en que su hermano Yusuf Buluguin I le habló de la fundación de Argel, había tenido que dirigir cien batallas, arrasar la mayor ciudad del mundo, proclamar a tres califas y fundar una ciudad; todo para descubrir, treinta y cinco años después, que todo viaje era circular y que se encontraba justo en el único sitio en que se podía encontrar.

Una mañana, después de dos meses de viaje, vieron la vertiente sur de la sierra de Titteri. Frente a ellos, rodeada de palmeras y enredaderas y con la cal apagada, estaba la alcazaba de Achir. A todos los que no la conocían les pareció que era una nave varada en la cumbre de una montaña después de retirarse las aguas del diluvio universal. En su torre más alta ondeaba un pendón añil con la silueta blanca de un claro de luna. Al rey Zawi Ziri todo el conjunto le pareció pequeño, como si el tiempo hubiera encogido la formidable alcazaba de sus sueños.

A diferencia de Argel, ni Medea ni Achir tenían ya fuerzas para organizar fiestas de bienvenida. Los recibió una mujer enlutada y grande como la bisabuela Urlilit. Era Dimya, la única hija de Zawi que permaneció en África cuando partió como mercenario del ejército de Almanzor. Las nietas de Zawi, las viudas de los hijos de Dimya y las esclavas eran ya las únicas habitantes del palacio. Nadie quería saber de ellas y el virrey adolescente de Mahdia menos que nadie. Los hijos de aquellas mujeres habían muerto uno detrás de otro, en cada batalla a lo largo de veinticinco años. Morían con el tiempo justo de dejar un heredero que vivía la soledad del harén hasta que salía a dar una batalla y moría, o con el tiempo justo de dejar una heredera que vivía en el harén hasta que se moría o hasta que salía para casarse e ingresar en otro harén. Estaban solas, vigiladas en sus intenciones más ínfimas por un virrey distante, cautivas de una trampa del destino en la que no tenían valor para enfrentarse a otro harén lejano que desde Mahdia las acechaba. Aquellas mujeres hablaban en susurros, comían en silencio y rezaban cinco veces al día, pero según los ritos drusos instaurados por el nuevo califa de El Cairo. El rey Zawi Ziri se acordó de un convento de monjas cristianas que vio en los años de Córdoba, porque en la alcazaba de Achir hasta las estrellas blancas de las albahacas recién florecidas habían adquirido un olor fúnebre.

En el patio de armas, que los nacidos en Al Ándalus exploraron como si fuese un templo, no había ni un solo trofeo militar, solo nudos enormes de enredaderas mal cuidadas. Al recorrer el pabellón de las mujeres, el viejo rey Zawi creyó percibir en la sala del espejo de Urlilit las fragancias medicinales que Utman de Borja preparaba en el abandonado taller de espagírica. Mandó que instalaran allí mismo el espejo que había venido con él desde Al Ándalus y durante todo el verano estuvo asomándose por si le decía algo del porvenir. Dejó de hacerlo cuando se dio cuenta de que ya no le dolían los oídos y de que aquel había sido el verano más feliz de su vida.

32

Lo que el visir camarlengo Kazar Zidane sabía, y no quiso revelarle al virrey niño de Ifriquiya, era que Zawi Ziri había llegado a África exhausto y enfermo, y que no mostraba intención alguna de salir de Achir. Según los informes que le llegaban al canciller, la anfictionía de los reinos de los dos lados del Estrecho no era tanto una propuesta política para los pueblos beréberes, sino una excusa que le había permitido a Zawi Ziri abandonar a los andalusíes. No solo le ocultó esta información al virrey y a los otros visires sino que, además, se inventó el cuento de que Zawi Ziri había ido reclutando adeptos en su recorrido de Argel a Achir. Filtró la información de que ya había salido de la alcazaba, con la intención de ponerse al frente de la rebelión más sangrienta de cuantas se habían intentado hasta entonces en los dominios de los monarcas ziríes.

Semejante infamia no le impidió a Kazar Zidane dormir en las noches de aquel otoño, sino que por el contrario la siguió manejando con habilidad hasta convertirla en verdadera. Consiguió que la situación volviera a ser tan tensa como en los meses que precedieron a la guerra civil entre Maksán Ziri y el padre del virrey niño. No solo los cortesanos de Mahdia se creyeron la rebelión de Zawi. Muchos ulemas de Qairuán —que consideraban pecado que el título de Espada de la Dinastía hubiese recaído por tres veces consecutivas en un impúbero— se apresuraron a jurarle a Zawi, en su calidad de jefe de la dinastía histórica, una lealtad que él no había pedido. Y cuando, por orden de Kazar Zidane, el caíd de Qairuán asumió en la práctica el poder religioso y militar en la ciudad santa, los clérigos lo señalaron como un provocador y se sublevaron. En la represión murieron veintitantos de los más venerables.

A medida que estas noticias iban llegado a Mahdia, Kazar Zidane comprobaba hasta qué punto sus infamias se iban convirtiendo en regla para medir lealtades y sentía que se estaba cumpliendo su destino de demiurgo, no tanto porque ordenaba la suerte del reino, sino porque había aprendido a

anticiparse a la historia. Cuando consideró que todas las fases previas de su plan se habían cumplido, convenció al virrey y a los cortesanos de la necesidad de asesinar a Zawi Ziri.

En el cónclave que celebraron, los dejó hablar. Unos propusieron la batalla abierta, argumentando que la legitimidad del virrey niño exigía ya que encabezara un ejército y que ganara una batalla. Otros sostuvieron que era mejor asediar la alcazaba de Achir y exterminar así la rebelión en su núcleo. Pero Kazar Zidane ya había urdido la trama definitiva, que pasaba por simular que la corte de Mahdia aceptaba considerar la propuesta del rey de Granada, festejar el retorno del héroe fundador y envenenarlo con discreción. Antes de cursar las invitaciones para el banquete de bienvenida e incluso antes de celebrar este cónclave de conjurados, Kazar Zidane ya había instruido al médico espagirista de la corte para que preparase una poción venenosa. No debería tener efectos instantáneos para evitar que Zawi Ziri muriera en presencia del virrey niño, pero tampoco debía requerir la repetición de la dosis en días sucesivos. Cuando los mensajeros del virrey llevaron las invitaciones a Achir, solo Buluguin Zawi se dio cuenta de la miserable intriga del camarlengo.

—Si vamos nos mata —le dijo a su padre—. Te suplico de rodillas que no vayas porque Kazar Zidane te va a matar.

Eran súplicas tan inútiles como las que la Kahina le hizo en Granada la primavera anterior, cuando lo veía tumbado al fresco, oliendo las celindas y el galán de noche de la alcazaba, y lo oía decir que quería volver a oler la madreselva y el romero de la alcazaba de Achir. Por entonces, Zawi Ziri tan solo se negaba a escuchar a su esposa. Ahora era más violenta la situación porque además de no atenderle los presagios a un hijo, lo acusaba en público de tener excesivos temores. Era como si la edad le hubiese cerrado los ojos al hecho cierto de que sus hijos se acercaban a los cuarenta y eran, en verdad, quienes habían renunciado a los privilegios de un trono, quienes habían prescindido de la gloria y quienes habían hecho posible su retorno efímero a una Arcadia imposible.

Osiris Zawi y sus discípulos ya se habían puesto en marcha hacia El Cairo y el día en que salieron por la puerta de la alcazaba, Buluguin comprendió lo estúpida que era su pretensión de reinar en Mahdia. Pero aún más lo indignaba aquella vocación jardinera y desidiosa que se le había despertado a su padre: era demasiado joven para saber que era el mismo instinto pastoril que se le despertó a Maksán Ziri durante los años felices en que se convirtió en patriarca juvenil de la reciente ciudad de Medea.

Sin embargo, llevado por algo que le debió de parecer sentido del deber, el rey Zawi Ziri ni siquiera se planteó la posibilidad de no acudir al banquete de Mahdia. Ordenó a los sudaneses que prepararan las caballerías y el equipaje. Ordenó una escolta de tres o cuatro hombres para tres o cuatro días de ausencia y siguió su deambular desnortado, podando los rosales, recorriendo las acequias, saqueando los resquicios donde la abuela Urlilit de Tuat hubiera escondido el dinero menor y dictando cartas para Kahina.

Al principio, le contaba que volvería pronto, que había sido recibido con júbilo por la población y que prosperaban las gestiones diplomáticas para la confederación. Sin embargo, mentía ya del todo al añadir que en la alcazaba funcionaba a pleno rendimiento el taller de fármacos y perfumes. No sabía aún que no había vuelto a un lugar real del mundo real, sino a la patria imaginaria de la infancia. Tal vez por eso el rey Zawi Ziri había perdido cualquier olfato para el peligro, hasta el punto de que cuando Buluguin le insistió en que no acudiese al homenaje del virrey, le dio una respuesta violenta. Le dijo que no acudía por gusto, sino por deber y que, si por él fuera, no iría a ninguna parte en todo lo que le quedara de vida. Terminó por acusarlo de no entender que acudía a Mahdia solo para convertirlo a él en líder de una confederación que pronto abarcaría todo el mundo islámico conocido.

—Voy a Mahdia —concluyó— para hacerte califa.

Buluguin Zawi no pudo evitar responderle con una carcajada. En aquel momento, su padre no se la supo disculpar, porque creía haberle hablado con todo convencimiento y propiedad. Pero días más tarde, apenas divisó a lo lejos las torres de la mezquita de Mahdia, recordó la carcajada de su hijo y no solo se la disculpó, sino que él también se rio con ganas.

33

Ahí estaba, sobre su caballo viejo, con el dolor implacable de su oído izquierdo, con toda la elegancia de que era capaz, pero seguido solo por tres sudaneses en mula. Mediado el otoño persistía el calor, un polvo calizo venía del interior y formaba nubes rojas sobre el mar. Y así se veía al dominator Hércules: recorriendo las calles de una ciudad asediada por las ratas, espantando avispas enloquecidas por el retraso de las lluvias del otoño y saludado apenas por comitivas de muchachos que se preguntaban por curiosidad quién sería aquel viejo con pañuelo añil. Ahí estaba el hijo de Osiris entrando a la hora de la siesta en una medina demolida por el calor, acompañado por tres esclavos subidos en mulas gastadas de menor porte que las que llevaría cualquier comerciante genovés.

Cuando entró al palacio que había sido de los califas fatimíes, Zawi ya estaba desorientado por su propio ridículo. Se encomendó a Dios, murmuró bendiciones para sus hijos Osiris y Buluguin, que de pronto se le presentaba como la persona que más lo había querido en este mundo; para su hijo José; para su hija Marta y para sus otras hijas esparcidas por todos los países de la casa del Islam. A las puertas lo esperaba el primer visir Kazar Zidane, con sus ojos enrojecidos, su sonrisa sin franqueza y al frente de una corte de visires de pacotilla con cinturitas estrechas y gestos excesivos de agradecimiento.

A las puertas del harén, Teriel lo midió con una mirada de lástima. Había sido la esposa de Yusuf Buluguin I, era la bisabuela del virrey niño y tenía la misma edad que Zawi. Era hija del califa Almúizz, había sido heredada ya por tres virreyes ziríes y conservaba una gran autoridad que trascendía los límites del harén.

—Aquí no ha pasado nada desde que te fuiste —le dijo a Zawi cuando se repuso de la sorpresa por la decrepitud del cuñado—. Ni siquiera cuando Dios se encarnó en el califa. Desde los tiempos de tu hermano Maksán, no ha pasado nada en Mahdia.

En las salas donde se detuvo antes de llegar a la estancia donde se celebraría el banquete le dijeron lo mismo:

—La vida aquí es muy tranquila.

Sentado, recibió una a una a muchas mujeres por orden de edad. Teriel las iba presentando: hijas de primos, esposas de hermanos y de sobrinos, emparentadas en diverso grado con él o con su esposa Kahina, o con ambos a la vez por distintos caminos, incluso nietas y biznietas. De Achir, de Fez, de Argel, de Qairuán, de Trípoli, de Tremencén, de Medea, de los oasis o de las montañas. Viejas y jóvenes, con nombres beréberes, árabes, judíos o incluso bizantinos. Los ojos se le iban nublando por el cansancio, renunció a seguir las líneas parentales y se conformó con las palabras breves que cada una musitaba ante él como si estuvieran clavando la rodilla ante la tumba de un santón. Le mostraron arcas con viejos vestidos de novia y se dio cuenta de que en aquellas estancias la memoria de la estirpe de Urlilit de Tuat solo estaba barrida de las palabras, pero no de los gestos. Una mujer encinta, a quien nunca había visto, le dijo que el niño que llevaba en su vientre era su biznieto, y cuando Zawi Ziri le preguntó quién era el padre, ella solo dijo:

—Un hijo de tu hija Dimya se fue —y añadió asustada—: se marchó al desierto con Hamud.

* * *

La entrada principal del salón del trono estaba custodiada por dos parejas de guardias que parecían muñecos de fantasía. Jóvenes y afeitados, con caracoles en el pelo descubierto, cinturones ceñidos y unas túnicas encarnadas que al rey Zawi Ziri le parecieron propias de mujeres casaderas. En la sala principal del palacio besó a jeques y a hijos de jeques, a nietos de amigos y a cortesanos imberbes y respondió a las bienvenidas y a los parabienes palatinos con las fórmulas religiosas de cortesía que se le iban ocurriendo. En los balcones que daban a la sala, las jóvenes cantoras templaban sus voces marginales, y un grupo de cuatro guerreros envejecidos cantaron con palmas un viejo canto de salutación al guerrero que tras la batalla retorna al fuego del campamento. Flanqueado por Kazar Zidane, el virrey niño, de baja estatura y un vientre desproporcionado, le dejó las babas de un beso en la mejilla. Sacó una voz estúpida:

—Que seas bienvenido —dijo—. Hace un mes que te espero en esta tu casa.

Durante la cena, de pie y elocuente, en el discurso oficial que pronunció, el rey Zawi Ziri propuso la confederación pero, en su tono sereno, se pudo apreciar que aquel hombre ya no se excitaba con la idea de las victorias militares, ni siquiera con la veleidad imperial de la anfictionía. Cuando terminó solo hubo una breve réplica cortés de Kazar Zidane: anunció que consideraría la ambiciosa propuesta del rey Zawi e invitó a iniciar una conversación distendida y a disfrutar de la noche. Ordenó a los coperos que sirvieran un jarabe especial que contenía vino de Medea y extractos de árboles y frutos de Persia. Él mismo tomó una jarra dorada y llenó con pulso firme las copas del virrey niño y de Zawi Ziri. Después comenzó a sonar la música y, con más cortesía que interés, Kazar Zidane le preguntó al rey de Granada cuál había sido el día más importante de su vida. Para entonces ya habían visto los conjurados cómo el viejo Zawi Ziri apuraba la copa envenenada y fue por eso por lo que, al escuchar la respuesta, algunos sonrieron con malicia.

Sin pensarlo bien, Zawi dijo que ese día era hoy. Sin que ninguna mirada se lo advirtiera, comprendió enseguida el error religioso que contenía esta primera respuesta dictada por el corazón. Los años le habían acrecentado la fe y para un buen musulmán el día más importante de su vida solo podía ser el de su muerte. Recapacitó en consecuencia y corrigió su primera respuesta.

—El día más importante de mi vida —dijo— aún no ha amanecido.

El virrey impúbero de Ifriquiya, que presidía aquel banquete, interpretó esta segunda respuesta como un signo más de que algo funesto le iba a ocurrir pronto. Desde que supo que Zawi Ziri volvía, lo había oprimido un sentimiento de intranquilidad. Tenía once años y Zawi, pasados los sesenta, era el decano de los ziríes, el clan más poderoso de la confederación de tribus sinhaya. El virrey niño era un monarca con potestades pero sin autoridad. Estaba determinado por su madre y cautivo del partido que lo había situado en el trono. Por el contrario, su tío bisabuelo Zawi tenía el carisma de haber renunciado a toda potestad y tenía la autoridad de haber fundado un remoto reino mesopotámico al otro lado del Estrecho. Desde que accedió al trono, el virrey niño no había podido abandonar la ciudad de Mahdia por miedo al desplante de los jeques y al desafecto del pueblo. En cambio, todas las poblaciones por las que pasó desde su desembarco en Argel saludaron con respeto y, a veces, recibieron con júbilo al rey Zawi Ziri.

Todas estas comparaciones habían sido también las razones para la decisión palatina de asesinar al rey de Granada el mismo día en que se le diera audiencia y en la misma cena en que se le daba la bienvenida. Pero sin saberlo

él mismo, al virrey adolescente no le importaba tanto la muerte de Zawi, ni siquiera la conservación de su propio trono de virrey, sino que a todo ello añadía una razón más profunda: la satisfacción de los deseos de su madre. Por eso, lo que experimentó cuando oyó la segunda respuesta del rey no fue el temor a una contrariedad política, sino una sensación de miedo infantil. Y por eso también, en lugar de mantener la conversación, miró hacia la celosía tras la que sabía que su madre veía sin ser vista, no tanto en busca de una explicación, sino más bien para ofrecerle una mirada de excusa.

Por otra parte, los conjurados también sabían que ningún hombre de la estirpe Ziri había muerto de enfermedad o por veneno, y que todos habían caído o en los campos de la guerra, o por accidente o traición. Algunos llegaron a creer que el cuerpo del rey Zawi, de apariencia fuerte a pesar de la edad, iba a resistir el veneno. Otros se tranquilizaron porque la serenidad con la que había hablado durante toda la cena parecía propia de alguien que ya no es de este mundo.

Transpuesto por el miedo a su madre, el emir niño llamó aparte al camarlengo Kazar Zidane quien, al oído, le aseguró que el veneno estaba en la copa en dosis suficiente y que el rey Zawi lo había tomado. Para mayor tranquilidad del virrey, apenas volvió a su asiento, formuló de nuevo la misma pregunta, con más pompa:

—Está bien, honorable Zawi —dijo Kazar Zidane—, no hablemos del presente ni del futuro. Dinos cuál ha sido el día más importante de los hasta ahora vividos por ti.

—Sin duda —respondió entonces Zawi—, aquel en el que a mi padre Ziri le cortaron la cabeza.

34

El primero de los efectos del veneno que mató al rey Zawi Ziri fue la euforia. Durante la cena se le fue despertando tal dinamismo que, al terminar, mandó que le preparasen el caballo porque pensaba salir del palacio. Al oírlo, algunos cortesanos creyeron que no había tomado el jarabe envenenado y que se estaba burlando de todos. Y cuando lo vio salir sin escolta, el virrey niño fue de inmediato a los aposentos de su madre y le pidió explicaciones a gritos, que eran en realidad su manera de justificarse ante ella. Analítica y serena, la madre le confirmó que en la paz o en la guerra los hombres de la estirpe de Osiris se morían sin enfermedad, pero no puso en duda que los aceites esenciales del veneno se combinaron bien, ni que tarde o temprano causarían sus efectos. Como el virrey seguía dado a los gritos, se mandó llamar al médico espagirista de la corte, que no solo confirmó el presagio astronómico de la muerte del rey azul, sino que también aseguró que la dosis del veneno vertido en su copa era bastante.

Al paso, reteniendo al caballo, el rey Zawi Ziri salió del palacio de los fatimíes por el bastión del sudoeste y bajó hacia el puerto interior de Mahdia. Miró las casas dormidas que, al contrario de las de Granada, eran mayores por dentro que por fuera. Dejó a su izquierda el terraplén donde se alzaba el rectángulo perfecto de la mezquita mayor sin alminar. Examinaba el paisaje como examinaba el ámbito de su frustración: montado en la misma silla de cuero desde la que en otro tiempo había evaluado el alcance de su dominio. Vio los navíos anclados en el puerto y los contó: había veintiuno. Recordó el día en que zarpó desde este puerto tallado en la piedra, recordó la última visión del cabo de África y el horizonte de palmeras que eran árboles de un augurio nítido que él nunca quiso desentrañar. Tanto sufrir y tanta sangre para acabar exponiéndole a un niño presuntuoso y obeso un plan de confederación que él mismo no se creía. Tanta mierda, tanto miedo y tantas estrategias para acabar recordando ante cortesanos de la molicie, eunucos de la intriga y

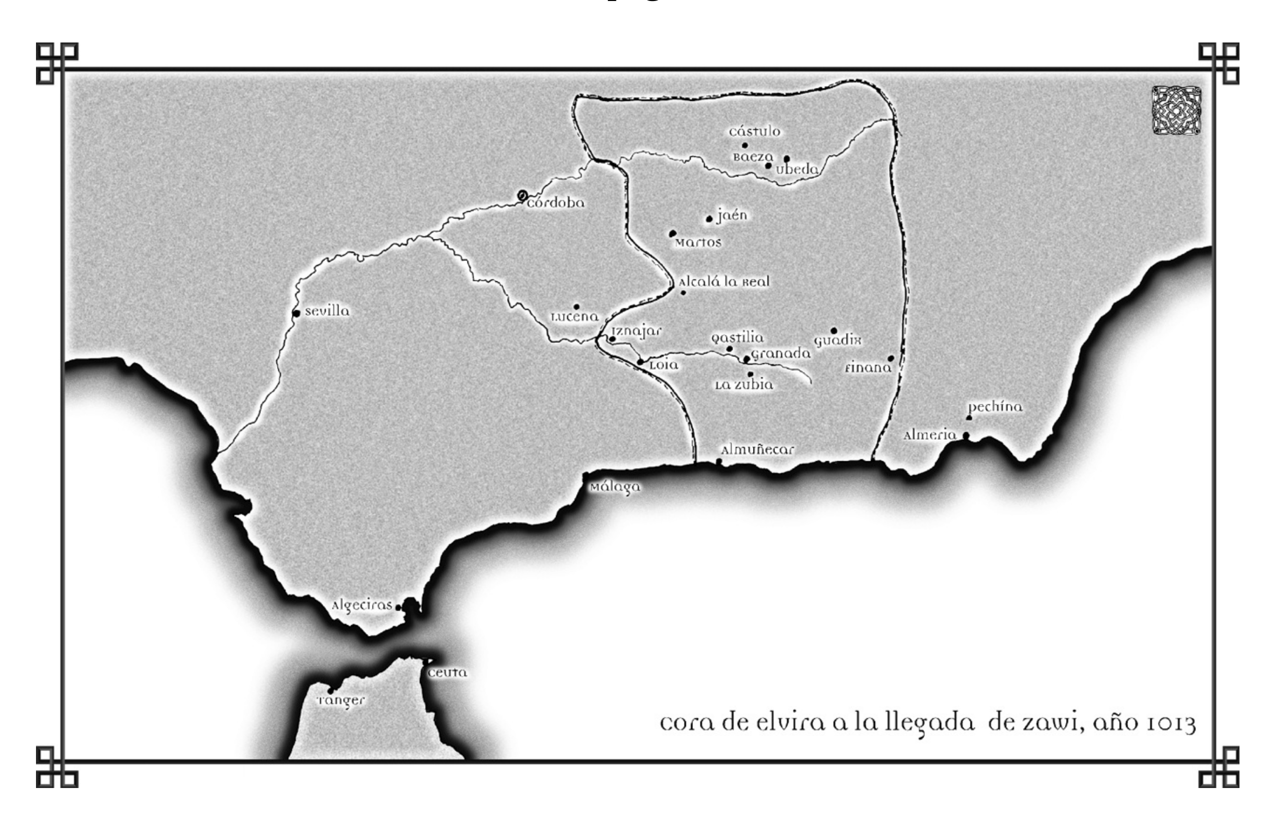
recaudadores de la rapiña la cabeza perdida de su padre Ziri Manad y el pellejo negro que le entregó Jacobo Almanzor en su lugar.

Cruzó las murallas del puerto y dejó que el caballo trotase por las arenas de la playa. Pensó que no debería de estar lejos el amanecer porque algunas barcas ya alcanzaban la orilla, pero unos pescadores a quienes preguntó lo sacaron del error. Según le explicaron, volvían tan pronto porque el poniente y el norte seguían soplando y traería lluvia, y en aquella costa las noches de tormenta no eran propicias para la pesca. Era otoño, pero se prolongaba la sequía, como a él se le prolongaba el sufrimiento por su debilidad. Se preveían las primeras tormentas, como se preveía su final sin gloria. Trotaba en dirección al cabo, pero le hubiera gustado girar hacia el interior e irse al galope en busca de las montañas del Titteri, de donde ahora pensaba que nunca debió salir. Escrutaba en la memoria las orejas de murciélago del virrey niño, que no escucharon ni una sola de las propuestas de su discurso, la nariz de cuervo del primer visir y los ojos mudos de las dos mil sobrinas que lo habían mirado como se mira a un santo.

Donde terminaba la playa, cerca del antiguo cementerio de Mahdia, el rey Zawi Ziri comenzó a toser y vio por primera vez la verdad de la noche: que el ardor pastoso que le quemaba el estómago no provenía de los licores ni de la comida, que la euforia y la clarividencia de la cena estaban dejándole paso al infortunio y a la lástima de sí mismo y que, en efecto, era hoy el día más importante de su vida porque era sin duda el último. Le volvió al aliento el aroma de regaliz del jarabe. Suspiró y llamó con voces interiores a Kahina, que tantas noches le había curado los ardores del insomnio del azahar en Córdoba. Llamó a su madre, que le enjugó tantas veces las supuraciones del oído enfermo. Llamó a Utman de Borja, que lo sacó tantas veces del calabozo de las dudas y los miedos. Y a José y a sus hijas, y bendijo a su primogénito Osiris, y con mucha fuerza a Buluguin Zawi.

Vio la espuma del mar y las olas grandes que se retiraban para siempre a su paso, vio las nubes de tormenta que pasaban a gran velocidad y nunca volverían a pasar sobre él. Miró de frente el mar inmenso y negro, y se sorprendió por saber sin recordarlo que así era la muerte. Espoleó al caballo con furia. Quería saltar desde el acantilado al agua oscura sin fondo. Si no podía morirse según sus sueños, de día, en un jardín y sin darse cuenta, entonces quería morirse como dicen que mueren los guerreros: con un golpe repentino de viento y de sal, sin que les tengan que matar alacranes de ceniza como el que a él le atravesaba las paredes del estómago. Se abrieron los cielos

y lo iluminó una luna creciente de infortunio. Fue una visión tan deslumbrante y oportuna que ni siquiera le quedó fuerza para levantarse sobre los estribos. Aunque fuese nieto de Urlilit de Tuat, de la estirpe de David, él se llamaba Zawi Ziri y en la lengua olvidada de los hombres velados del desierto, el nombre de su padre y el de su familia significaba justo lo que estaba ocurriendo en ese instante: un claro de luna, la resurrección momentánea de Osiris, el intervalo breve de luz en la noche oscura de la eternidad. Como su vida: entre dos oscuridades, un relámpago.



cora de elvira a la llegada de zawi, año 1013

IV. La reina Kahina

35

[4519/759/142]

En medio del tiempo incontable de la guerra, un viernes de verano volvimos derrotados. Habíamos sorteado tantas victorias embriagadoras, tantas amargas derrotas, tantos siglos demoledores desde los años en que llegamos al Edén que parecía ya imposible que alguno de los nuestros pudiera descreer de la predestinación. Por eso mirábamos desde la alcazaba los álamos en la llanura de la vega, buscábamos las nubes de la tormenta, descifrábamos las lágrimas de los manantiales y oíamos la respiración de chicharra de aquel verano de convalecencia. Día tras día, volvería a parecernos el mismo verano de siempre, porque sabíamos que aquella derrota insignificante se iría convirtiendo, poco a poco, con la caída de cada una de las hojas del otoño, en el anuncio de otra guerra interminable.

Mediado el otoño, los vimos llegar. Venían cubiertos de pieles oscuras como si ya fuera invierno, montaban sin arte como si fueran marineros y dijeron ser emisarios de Alfonso, patriarca de la tribu de los astures pero, sobre todo, según subrayaron, rey de los cristianos por unción de obispos. En virtud de este título, se dirigía a los muladíes, hispanos, godos y judíos del antiguo reino bizantino y nos ofrecía tierras de sus dominios. Podríamos trasladarnos con nuestra lengua y nuestros jefes, nuestras creencias y blasones, nuestras derrotas y enseres. Ocuparíamos las comarcas desiertas que antes habitó el extinguido clan de los várdulos, perecidos sin cristianizar por la fuerza de la Divina Providencia que les empantanó las tierras de la ribera y les pudrió las raíces de los cultivos y la médula de los ganados. Reunidos en el templo principal de la cora de Elvira, junto a la Raja Santa, consideramos con detenimiento la oferta de los eslavos, porque aquellos no eran tiempos

mansos y nosotros estábamos recién derrotados por el nuevo emir de Córdoba. Después de muchas deliberaciones alcanzamos la conclusión de que, en realidad, aquellos eslavos nos ofrecían tierras de tinieblas adonde nunca habían llegado ni el derecho de Roma, ni la fe de Toledo, la gótica, ni la esperanza alegre de Córdoba, la llana. Fue por esto por lo que declinamos la invitación de aquel patriarca que no era rey, porque no tenía reino ni ciudades, sino montañas y acantilados, y que tampoco era cristiano porque ni entendía nuestra lengua aljamiada, ni el latín de nuestros monjes, y apenas farfullaba el árabe del Libro, que es la lengua querida por Dios. Solo tenía un título comprado y aunque él lo había hecho pasear por los rincones más ignotos de su estrecho país sin estatuas, nosotros sabíamos que se lo concedió un obispo hereje, exiliado de Zaragoza, al que encontraron un día en las playas verdes de los astures. Dicen que, empapado de agua salada, vestido con un sudario de piltrafa, el obispo se arrodilló aquel día ante el caballo del patriarca y le pidió clemencia. Él se llamaba Pelagio, al patriarca de los astures lo bautizó como Alfonso, que es nombre de cristianos godos, y después lo ungió como emir a cambio de que le diera alimentos, un corral de piedras y la jurisdicción sobre la cueva de la diosa Onga y sobre los milagros que allí sucedieran. Más tarde, con la confianza de los años, Pelagio le explicó a Alfonso, el primero, que había llegado hasta los valles del Cantábrico porque huía de sus propios fieles. Le confesó que querían degollarlo por haber creído la patraña de que los dioses no eran muchos, como creían los gentiles, ni solo uno, como decían los judíos, sino tres, y después tres en uno, como solo una mente engendrada por el demonio podría concebir.

Estas y otras muchas versiones sobre don Pelagio, Alfonso I y Covadonga se iban extendiendo por todo Al Ándalus mientras que nosotros medíamos el grano que nos bastaba para el invierno y nos sobrábamos displicentes de aquellas historias de eslavos crédulos. Pero sucedió que, antes de que partieran los emisarios del régulo extranjero, llegaron los de nuestro rey engrandecido Abderramán I, con túnicas brillantes y capas de seda al vuelo. Elegantes y altivos, subieron al trote hasta el foro donde aún teníamos los bustos de Constantino y de otros dos emperadores de los últimos de Bizancio. A la puerta del templo nos leyeron la carta de **amán** a los patricios, monjes, príncipes y demás cristianos de la ciudad de Castilia y de las comarcas próximas de la cora de Elvira. A cambio de su perdón, el rey victorioso nos exigía que le pagásemos cada año y durante un quinquenio diez mil onzas de

oro, diez mil libras de plata, diez mil cabezas de los mejores caballos y otros tantos mulos, con más de mil armaduras, mil cascos de hierro y otras tantas lanzas.

Eulogio, uno de nuestros **comes**, se agobió por estos fuertes tributos, acudió a los emisarios de Alfonso y les dijo que aceptaba la oferta para repoblar las comarcas desiertas de los várdulos. No pudimos disuadirlo. Envió primero a unas monjas que, por Zaragoza, llegaron hasta los dominios de los Banu Qasi. Allí les advirtieron de que río arriba, por encima del valle de Borja, ya no encontrarían más que una tierra maldita y oscura. Les dijeron que solo encontrarían campamentos de piedra florecida de cuando Roma nos mandó a sus legiones y ninguna ciudad ni estatua, porque donde terminaba el río de los íberos empezaba el Duero, que era la frontera con ninguna parte porque aún faltaban cuarenta años para que se fundara la de Oviedo. Pero nuestras monjas avanzaron entre tinieblas encomendándose a la Santísima Trinidad y se establecieron sobre la colina de una necrópolis por donde, desde siglos, solo pasaba el viento y en donde yacían en vasijas todas las generaciones de los várdulos. Se preguntaron quién habría sido el último que metió en vasija de barro al penúltimo vascón y cómo se enterraría él mismo después, y antes de responderse, por si acaso, le construyeron una tumba en cuya lápida escribieron que ahí yacía el último várdulo, por si fuera preciso para su espíritu en pena reposar en tierra bendita. Inaugurado así el cementerio cristiano, se dedicaron después a reagrupar las piedras sueltas del monasterio de San Miguel de Pedroso, que parecían vistas a través del agua del mar porque estaban empapadas, eran verdes y tenían líquenes. Después enyesaron las juntas y estucaron las paredes para que no se les metiera adentro el olor de los huesos, clasificaron y escondieron los exvotos desparramados de los iberos, construyeron un horno para los ladrillos y, sin dudar, plantaron en la tierra oréganos y legumbres del sur y, en la cueva santa, setas místicas y curativas.

Al año siguiente, llegaron los patricios y sus deudos, muchos de nuestros hidalgos y el propio comes Eulogio, los presbíteros con sus crucifijos y sus representaciones herejes de la Santísima Trinidad, los guarnicioneros y los albañiles con sus técnicas para trazar el arco de herradura y construir sin piedra. A las nuevas tierras, entre el Duero y el Ebro, llegaron así los álamos y los ajos, el nombre de Castilla y dos lenguas: un latín culto que solo se usaba para hablar con Dios y una lengua romance impregnada de arabismos. Ocho siglos más tarde, cuando, presionados por nuestro aislamiento, nosotros ya la habíamos sustituido por el árabe del Libro, aquella nuestra lengua volvió

a las comarcas de sus orígenes. Nos la trajo la modernidad de un estado absoluto e incomprensible, pero venía como se la llevaron: salpicada apenas por la prosodia simple de los vizcaínos de aquella corte. Fue por esto por lo que se introdujo con tanta facilidad en el cofre de nuestros muertos y en la voz de nuestros poetas. Y anidó enseguida en el vientre de las tres carabelas de un genovés, surcó los caminos del mar según las cartas del rey Ismael, el nazarí, y llegó al inmenso continente de la soledad, donde todavía se usa para darle nombres fermosos y antiguos a las cosas más recientes y flamantes.

36

[Iyar de 4773/abril de 1013/shawal de 403]

Llegaron con el aire cálido de la pascua. Habíamos puesto flores en las ventanas y ensayado durante días desfiles con músicas marciales. Dejamos en las fachadas los crespones malvas de la Semana de Pasión, porque nos dijeron que azuleaban como el litham de nuestro nuevo rey. Desde días antes, fueron llegando a la capital todas las dignidades de la cora de Elvira y a todas las recibía nuestro gobernador, el godo Cutillas, comes de Castilia. Se instaló en el arco del decúmeno, escoltado por centuriones envejecidos que vestían a la usanza del antiguo reino bizantino y por una fila de novicias de blanco que cantaban himnos de júbilo en latín. Por el camino del norte vinieron juntos los caídes de Úbeda, Baeza, Cazorla y Martos. Por el del oeste, los de Baena, Cabra, Priego y Estepa. Llegó también el alcaide de la fortaleza de Alcalá que era nieto del general Yafar y el jeque de Fiñana, solitario y taciturno por el camino de la sierra. Vestido de negro, sobre una mula torda y acompañado por unos hombres de barba gris a los que algunas mujeres compasivas quisieron alimentar, llegó el arzobispo: era el varón apostólico Gapio, septuagésimo segundo titular de la silla iliberitana. Y llegó por fin el príncipe Joaquín al frente de todos los macabeos de Garnata. Los judíos habían recorrido en procesión las tres leguas que los separaban de la capital, iluminados por candelabros y entonando cánticos que provenían de la primera destrucción del templo de Jerusalén.

Después los vimos llegar a ellos. Traían el rostro marcado por la guerra, cabalgaban sin marcialidad ni concierto y todos vestían botinas de piel de camello con espuelas embarradas. Sin entrar en la ciudad ni excusarse, instalaron su campamento de tinieblas en las eras de la vega. Por la noche, vimos el resplandor de sus hogueras y oímos el griterío de sus asambleas.

Supimos que estaban sorteando entre clanes las ciudades de la cora de Elvira y que al de Habús Maksán le habían correspondido las de Jaén e Iznájar. Los oímos celebrar el resultado de los dados y alguien quiso convencernos de que en el fragor de la fiesta bailaban como mujeres en torno a las hogueras.

Por la mañana, bajamos a las puertas de la ciudad para recibir a Zawi. Entre los vítores de la población y el estruendo desafinado de las bandas infantiles de tambores, subieron hasta la mezquita por el decúmeno tapizado con ramas de mirto. Zawi Ziri saludaba con la mano y deseaba la paz con una sonrisa a quienes le aclamaban. No podía disimular un gesto de incomodidad que parecía de cansancio, y una mirada perdida que parecía melancólica.

—¡Dios mío! —dijo uno de nosotros en voz baja al verlo pasar—. ¡Qué hombre tan triste!

Vestido de gala, con una túnica ribeteada por bandas azules con letras doradas, el conde Cutillas tenía una palidez tan intensa que a Zawi Ziri le recordó el cadáver del obispo cordobés que mandó enterrar el califa Mahdí. El conde lo llevó hasta el pie del mimbar de la basílica mientras que los hombres de la barba gris y rala entonaban un antifonario. Allí sentado, el hayib Zawi Ziri tomó la palabra y nos contó que no él, sino el vendaval de la historia había arrasado Córdoba. Se trastabillaba al hablar romance y los reflejos azulados del rostro le daban un aire tan extranjero que parecía sobrenatural. Tenía la mirada perdida pero, con todo, nos pareció un hombre de decisión tranquila que conservaba el estilo de autoridad de los príncipes antiguos.

Lo proclamamos dominator, que era el nombre de los reyes en nuestra tradición bizantina, y él pareció estar de acuerdo, porque no mencionó al califa Solimán y nunca nos exigió que lo mencionáramos en la plegaria del viernes. Le besamos el anillo rojo del centro del mundo y el verde de la larga vida y, al hacerlo, pudimos comprobar que tenía las manos largas y leñosas de los crucificados. Nos contaron que tenía grabada la nítida representación caligráfica de uno de los noventa y nueve atributos de Alá en la palma de la izquierda y entre nosotros hubo quienes sostuvieron que nuestro nuevo rey era de la raza de los fénices como nuestros fundadores descendientes de Noé. Algún otro intervino para decir que era de la raza de Hércules Egipcio, como el propio nombre de su padre indicaba. Le preguntamos también a su maestro, el viejo Utman de Borja, que por entonces parecía feliz pensando en la instalación de su taller de espagírica en el foro y visitando las aguas sulfurosas de la cueva que nosotros llamábamos la Raja Santa. Nos dijo que el rey Zawi Ziri era cartaginés y que era por esto por lo que había ordenado

retirar los cuatro bustos de emperadores romanos que aún nos quedaban en el foro. Joaquín, que era su yerno y que se había instalado a vivir en Garnata con el título de príncipe o **nagid** de los judíos, matizó al maestro alquimista: nos dijo que más que de la raza de los antiguos filisteos la estirpe de Zawi Ziri provenía de los iberos o hebreos, expulsados del Edén por los tartesios en los remotos tiempos de los reyes Gárgoris y Habis.

Con toda seguridad solo sabíamos que era el general más poderoso de Al Ándalus, el más aborrecido y el menos previsible. Según todos los escritos que se redactaron por entonces, éramos nosotros los que habíamos suplicado al califa que nos concediera la custodia del temible patriarca Zawi Ziri. No era verdad, pero tampoco falso del todo: cuatro años después de su comienzo en Córdoba, la guerra civil se había metido en lo más íntimo de nuestras almas. Godos, andalusíes y hebreos nos habíamos matado por razas. Arrianos, musulmanes y bizantinos nos habíamos matado por creencias. Esclavos, siervos y patricios nos habíamos matado por clases, por deudas y por tierras, por lindes y ganados, por mujeres y por azar. De manera que no dijimos nada cuando supimos que el califa Solimán nos había asignado a aquel gobernador aborrecido. Sobre todo porque ya no era posible el concierto de las voces para decir cualquier cosa. Según algunos, fue el propio Zawi Ziri quien le pidió nuestro reino al califa Solimán la misma noche en que por fin incendió Córdoba. Según otros, fue iniciativa del califa Solimán, que a pesar de haber permitido que los jinetes de la oscuridad arrasaran su imperio, era un hombre recto, bondadoso, sabio y caballeresco en los amores. Sostenían estos que el califa deseaba a Osiris Zawi como su único hayib y que era por esto por lo que había enviado al patriarca a Elvira. Los bien informados sabíamos que todo había sucedido por disposición de la reina Kahina.

Durante los primeros años comprobamos que las órdenes de nuestro rey Zawi eran leyes de alcoba que ella promulgaba sin consultárselas y que él ratificaba después en público para que no pareciera ante los ojos de nadie que había perdido los oráculos de su autoridad. A cambio, ella adivinaba sus caprichos de rey. Le organizaba los actos públicos, le diseñaba las túnicas y los mantos reales, y lo convenció para que cambiase el litham añil desvaído por un bonete malva de rabino o de cardenal de Roma, que cuando escenificaba su poder cubría con una mitra de obispo o califa. Con la reina Kahina volvieron a abrirse las sinagogas y las iglesias y los conventos. Se reabrieron los cementerios y se asignaron por religiones, se restablecieron los usos de guardar: el ayuno de la cuaresma y el del ramadán, el año nuevo del

otoño, el tiempo del adviento y las fiestas del nacimiento de Osiris, que eran por el solsticio hiemal y que el obispo Gapio había querido denominar de la Natividad. Las mujeres que meses antes lloraban los infiernos de la guerra civil, ahora cantaban arrodilladas para exaltar la gloria del nuevo emir y para celebrar la buena nueva de que el Dios Uno hubiera llegado de nuevo a la cora de Elvira.

Y era también la reina Kahina quien movía los viernes aquellas procesiones de musulmanes vestidos de blanco, la que alineaba a los rabinos al atardecer del sábado con velas y candelabros, y la que los domingos por la mañana llamaba la atención del esposo sobre las voces de novicias y frailes que entonaban lamentaciones. Él contemplaba asombrado todo esto desde las alturas de la alcazaba, y casi nunca acudía al templo del foro al que todos iban y del que nadie había pedido todavía que se retirase la gran estatua de Diana.

Para el rey Zawi Ziri, aquella mujer que siempre consideró y trató como a una niña fue una revelación. Aunque su cuerpo seguía teniendo el tipo de un muchacho, Kahina tenía una rara sensibilidad para apreciar las cosas del mundo, y una ternura secreta. En los primeros meses, Zawi trataba de buscarla en el sabor de la tierra, en los talleres perfumados de Utman de Borja, en la cama impetuosa de su alcazaba de cuartel. Estirada en su diván de mimbres, moviéndose como una lagartija, o mirándolo como si fuese un espectro del pasado, la reina Kahina se dejaba encontrar.

Ajena a las murmuraciones, sorda a las tremendas advertencias de Utman de Borja, Kahina había mantenido durante años sus encuentros de amor secreto con Joaquín, el joven príncipe de Garnata. Después de su primer encuentro en el taller de espagírica, creyó que no quería verlo más. Pasó varios días sin poder comer, con calenturas de culpa por haber yacido con un hombre que tendría la edad de su hijo Osiris. Se desahogó en confesión ante Utman de Borja, le preparó a Zawi baños de lujuria inesperada y se entregó a él con una pasión desconocida desde la época de las bodas. Pero se vio a sí misma a la sombra de las palmeras, desesperada porque él tardaba en llegar a la cita, sin poder apartar la vista del camino por el que había de venir a recogerla, y sin ánimo para dar media vuelta y volver a su casa. Joaquín se la llevó a su casa oscura de la judería de Córdoba, a su cama calenturienta de adolescente, a sus sábanas percudidas de soldado y a su cuerpo de toro joven. Durante años, con la complicidad de las mujeres de las casas vecinas, la buscó cuando quiso y la encontró siempre dispuesta como si fuera una niña

primeriza y, cuando le pidió en matrimonio a su hija, la reina Kahina se la entregó como le hubiera dado la propia vida.

37

[av de 4776/julio de 1016/muharram de 407]

A pesar de su enorme esfuerzo por no mandar, a pesar de su reclusión y de la moderación de sus hábitos de muchacho, Kahina en Elvira se sentía en la cumbre. Cuando decidió trasladar la capital de la cora desde la antiquísima Elvira a Garnata, se asustó del poder de sus determinaciones, porque ni siquiera tuvo que justificarlas. No tuvo que invocar la memoria de Urlilit de Tuat, ni señalar que aquel emplazamiento se parecía en todo a la geografía sagrada de Jerusalén. Ni siquiera tuvo que ocultarle a Zawi que quería estar más cerca del nagid Joaquín.

Un domingo, cuando terminó el desfile de las novicias, le habló a Zawi de la colina llamada de Monaita, dos leguas hacia el oriente, frente a la ciudad de Garnata. El rey no interrumpió su almuerzo. La reina Kahina pensó que había elegido mal el momento para formular su petición, pero en realidad el silencio de Zawi solo se debía a que estaba esperando a que bajara el rubor de su esposa.

—La sinagoga de Garnata es importante, ¿verdad? —preguntó el rey. Y enseguida se respondió a sí mismo—. La abuela Urlilit ya hablaba de esos doce leones que son como los doce toros que sostenían el mar de bronce en el templo de Salomón.

Asintió Kahina.

—Pero tendremos que decir que nos trasladaremos por razones militares —dijo el rey Zawi—, porque ni los musulmanes ni los cristianos van a aceptar sin más que abandonemos Medina Elvira para irnos a un sitio de judíos.

El rey continuó comiendo con la mirada perdida, como si estuviera pensando. Pero en realidad, estaba perdido en el mundo de sus intuiciones.

Aquella noche había soñado que la abuela Urlilit le pedía que construyera un palacio para Kahina y ahora era Kahina quien le pedía que construyera una ciudad para la memoria de Urlilit. Sin saberlo, estaba padeciendo a solas la misma premonición que tuvo su hermano Yusuf Buluguin la mañana en que fue investido virrey de Ifriquiya y sintió que su vida era el resultado del asombroso plan de la abuela y que hiciera lo que hiciera solo acertaría a cumplir ese plan de sangre.

—En la colina de Monaita —dijo Kahina— están construyendo un aljibe enorme que recoge el agua de la Fuente de las Lágrimas.

—Ya lo sé —dijo Zawi sin acabar de despertar y sin dejar de comer—. Esa cisterna se construye por orden mía.

El viernes siguiente después de la oración, el rey Zawi Ziri anunció a jeques, cortesanos y visires su decisión de comenzar las obras de una nueva alcazaba fortificada y de un palacio real, y ofreció la exención tributaria a los que aportasen hombres, materiales o esclavos.

El domingo, después de la misa, el conde Cutillas le pidió audiencia al rey Zawi. Llegó acompañado por el arzobispo Gapio y, contra lo que se podía esperar, aceptó el traslado del palacio real y de las instalaciones militares, le ofreció dinero y brazos para la construcción, y, además, propuso el traslado casa por casa de Medina Elvira. Al final de la entrevista, le ofreció en matrimonio a su hija Liberia, que por aquellos días había abandonado el templo por haber alcanzado la pubertad. Sin consultarlo con Kahina, el rey Zawi Ziri mandó que se redactaran las capitulaciones y que se anunciaran las bodas.

Cuando supo esto, la reina Kahina fingió que no se conmovía.

—Se hará lo que tú dispongas, Zawi —suspiró—: aunque pertenezcas a la estirpe de David siempre creí que eras un descastado, capaz de casarte con una monja politeísta. Y me lo acabas de confirmar.

El sábado siguiente, después de los oficios vespertinos en la sinagoga del foro de Elvira, fue Joaquín de Garnata, nagid de los judíos, quien compareció ante el rey Zawi y le ofreció la mano de su sobrina Sara, llamada la negrilla. Él creyó que este otro matrimonio era de interés político para su reino, pero vaciló porque pensaba que acabaría de atribular a la reina Kahina. Nadie hubiera podido imaginar que aquella tercera esposa era una imposición de Kahina pero, en efecto, había sido ella quien se lo ordenó a Joaquín para que

la cristiana no se apropiase de la mitad, sino como mucho de un tercio del poder del rey Zawi Ziri.

No hubo celebraciones. Los dos convenios con sus capitulaciones patrimoniales y políticas se firmaron a la vez en presencia del conde cristiano y del príncipe judío. En el mismo acto, el rey Zawi Ziri otorgó a ambos el título de hayib. Pero todos interpretamos aquellas bodas y aquellos nombramientos como actos fundacionales de un reino. Los godos y bizantinos ensalzaron al rey otorgándole el sobrenombre de Dominator Fundator. Por orden del obispo Gapio, se volvieron a copiar en los monasterios las viejas leyendas de Noé y de la llegada de su biznieto a la península quinientos años después del diluvio. El conde encargó a los monjes que transcribieran, en honor del rey, hijo de Osiris, las hazañas de Hércules Egipcio. Y el nagid Joaquín promulgó un decreto que condenaba a perder la lengua al judío varón y mayor de edad que tachase de filisteo al rey Zawi Ziri, a la bien amada reina Kahina o a sus hijos y nietos. En ordenanza aparte, sancionó con la muerte al varón que llamara Caín o cainita a cualquier pariente varón de Kahina.

Comenzaron así los años en que agarrábamos la cincha del caballo del rey Zawi Ziri y lo parábamos en cualquier calle o camino para quejarnos de los tributos o para exponerle los pleitos de las lindes, o para pedirle mercedes o solo para sentir de cerca el resplandor de su grandeza. Él se esforzaba por prestar atención a esos reclamos, pero su talante ajeno y distante se le había petrificado con los años. Nunca llegó a adquirir un conocimiento de los problemas generales de sus súbditos, y a todo el que hablaba con él le quedaba la impresión de no haber logrado enterarlo de nada.

Después del matrimonio, Sara, la nagrela o negrilla, ocupó una casa de las afueras de Garnata, cerca de la confluencia del río aurífero con el Genil. Liberia, en cambio, se instaló en una casa discreta que había sido residencia de su padre el conde. Estaba junto al foro de la ciudad vieja y todos la conocían por la casa del laurel, porque había uno enorme en su patio junto a la imagen de mármol de la diosa Isis. A la sombra de aquel árbol, una tarde de finales de verano, Liberia recibió dos malas noticias. La primera era que, con todo el apoyo de Kahina, y tras pocas visitas de Zawi, Sara Nagrela esperaba un hijo, que se llamaría José, de la estirpe de David, si fuera varón. Y una vieja liberta, cristiana bizantina, pero conversa al Islam para liberarse de la esclavitud, la informó de que no habría sitio para ella en el palacio que se

construía dentro de la nueva alcazaba. Añadió que, según había oído, la reina Kahina tenía la determinación de dejarla para siempre en aquella casa, esperando una visita del esposo que nunca iba a recibir.

Liberia se derrumbó. Había cumplido los trece años y, por ella, habría permanecido virgen en el templo el resto de su vida. Pero si había salido era solo para convertirse en reina y en madre de reyes. Por eso, mientras conversaba con las doncellas patricias que todas las tardes iban a bordar o tejer en el patio del laurel, trataba de concebir artimañas que forzaran la visita a su lecho del rey Zawi. Pero criada tras las tapias de un convento que jamás atravesó hasta la llegada de la pubertad, no concebía más estrategias que las de la oración. Un día se despojó de sus ropas ordinarias, se lavó la cabeza y se cubrió con su túnica nupcial de esposa de Jesús. Bajó al jardín y se arrodilló a los pies de la estatua de Isis.

—Diosa de mis padres —rezó— y madre de los dioses de mis antepasados, bendíceme y acoge mi oración como bendijiste las entrañas de la vieja Sara y le diste un hijo de Abraham.

Cuando levantó los ojos al cielo vio un nido de gorriones en el laurel y lanzó un gemido porque era pleno otoño y no sabía interpretar aquel signo de la divinidad. En confesión, el obispo de Elvira interpretó el nido como una gran señal:

—La madre de Dios —le dijo Gapio— te ha hecho saber que el Señor te ha escuchado como escuchó a Santa Ana, esposa de Joaquín. Concebirás y darás a luz y se hablará de tu posteridad en toda la tierra.

Confortada, Liberia volvió a su retiro de costura perpetua, pero al tiempo que llegaban las nieves de aquel invierno, a ella la fue invadiendo el sentimiento de la desolación. Se despertaba a media noche, se daba a la oración y se le demoraban los amaneceres. Más reseca que nunca, con los pechos arrugados, los ojos afilados y la marca nítida de sus costillas, se resignó y maldijo el día en que abandonó el convento para entrar en el harén de Zawi.

Por las fiestas cristianas de la Navidad, el conde le recriminó su aspecto famélico y le exigió que dejara los sacrificios porque ya no era una novicia, sino una reina. Entonces Liberia se sinceró con su padre. Le contó el fenómeno del nido de gorriones que todavía seguía en el laurel. Le explicó la interpretación del obispo Gapio y le dijo que ahora ella pensaba en otra interpretación: que pasados los cincuenta años, el rey Zawi Ziri era un gorrión de otoño, sin fuerzas para yacer con mujer. El conde se negó a considerar la posibilidad de que el hijo que la judía Sara Nagrela esperaba en el pequeño

alcázar del Genil fuese de otro hombre y se negó a dirigirse al rey con estos temas de alcoba. La única medida que aceptó adoptar para ayudar a su hija fue la de demorar las obras de la nueva alcazaba. A veces, excusaba a sus peones diciendo que tenían labores inaplazables en el campo, otras argüía que el acarreo de columnas y materiales había reventado a sus mulas, o que las lluvias frenaban el alzado de las murallas. Pero no fue el rey Zawi Ziri quien se afectó con estas demoras de la construcción. Fue la reina Kahina, la única que estaba impaciente por la demora del traslado.

Cuando comprendió la intención dilatoria del conde, Kahina se vistió de hombre y cabalgó hasta la casa del nagid Joaquín en Garnata. Estuvo a punto de ocasionar una tragedia entre las familias porque su hija la reconoció apenas la vio bajar del caballo y deslizarse hacia las habitaciones de Joaquín. Kahina logró convencerla de que se desplazaba así e irrumpía en la casa sin aviso porque venía a tratar con el nagid asuntos de Estado de los que su padre no podía tomar conocimiento. La hija experimentó una sensación de escándalo por el hecho de que hubiese mujeres en el mundo capaces de preocuparse por asuntos de Estado, pero se convirtió en cómplice de su madre: a raíz de aquella visita, el príncipe de Garnata resolvió darle al rey Zawi el dinero que le hacía falta para terminar el palacio.

Las obras del palacio central de la nueva alcazaba terminaron en el siguiente verano. El arquitecto principal fue de nuevo Utman de Borja. Alineó la ventana geminada del salón de embajadores con la estrella polar, de manera que la entrada pública de este salón coincidiera con el horario máximo del sol y se sometiera a los ciclos de Osiris. La línea que unía el punto más alto del techo con la posición del trono medía diez codos piramidales y, por lo tanto, equivalía a la millonésima parte de la distancia entre el polo norte y el ecuador. En tanto se terminaba la mezquita, mandó construir un oratorio y calculó su **quibla** de manera tan precisa que corrigió el de la basílica arriana de Córdoba en medio cuadrante de circunferencia. Mandó construir una base triangular sobre la que se instaló un asiento de reyes también triangular, de forma tal que si se viera desde arriba, con la mirada de Dios, el conjunto del trono formase la estrella de David. A pesar de los aduladores, el alquimista nos enseñó su obra con modestia y nos explicó que en la piedra tenía que residir el conocimiento y que solo así debía transmitirse a quien lo pudiera entender.

La casa real se inauguró con una fiesta de verano. Habíamos tenido que esperar cinco años para poder celebrar una fiesta sin marcialidades ni

victorias. Hubo músicas de gozo y canciones de júbilo, vinieron las gentes desde todas las ciudades y alquerías del reino y, mientras nos mantuvimos sobrios, respiramos con toda nuestra fuerza para olvidar la guerra civil. Cuando comenzó la lluvia de estrellas, el cielo nos pareció aterido de buenos presagios. Rodeado por sus tres esposas de tres razas, con su hijo Yusuf en las rodillas, aquella noche vimos a Zawi más fundador que Hércules, más rey que nunca. Pronto supimos que aquella noche solo tenía clavada una espina en el corazón: su primogénito y heredero Osiris Zawi había excusado su presencia en la fiesta, ocupado, como dijo estar, en sus tareas como hayib del califa Solimán de Córdoba.

Liberia acudió a la fiesta y, de madrugada, el rey Zawi Ziri liberó los agobios de su corazón. Se acercó a ella por primera vez y le propuso una visita silenciosa a dependencias que no se le habían mostrado a los invitados. En las alcobas, los dos siguieron oyendo los tambores monocordes, pero el rey Zawi reagrupó sus fuerzas de macho viejo y Liberia notó que se desangraba en su túnica de novicia. Para ella habría sido tan irreverente la sola idea de dejar pasar aquella oportunidad de concebir, que absorbió como pudo el mal olor de macho caducado y el resuello de animal herido. Perdida la conciencia por el dolor, completamente destrozado el cuerpo de niña, Liberia logró quedarse embarazada.

38

[4776/1016/407]

Tres años después de la llegada del rey Zawi Ziri, en el reino de Granada se continuaba pronunciando el nombre de Hisham II en la plegaria de los viernes. En varias ocasiones, el califa Solimán Omeya pidió que lo sustituyeran con el suyo y, a través de Osiris, le hizo saber a Zawi que se contentaría con este homenaje, sin exigirle más. El rey Zawi se negó, pero no fue este el peor desprecio hacia el califa al que él mismo había coronado en Guadalajara.

Por aquellos años Jairan, gobernador eslavo de Almería desde los tiempos de Jacobo Almanzor, había previsto el derrocamiento de Solimán y encontró un candidato al trono. Se llamaba Alí Hamud, era un beréber chií y gobernador de la cora de Tingitania. Cruzó el Estrecho, tomó Málaga y, con el permiso del rey Zawi, se encontró con Jairan en Almuñécar. Desde allí los dos subieron hasta Granada para informar de sus pretensiones al rey Zawi Ziri. Encabezaban una formación militar desmejorada y pobre, que ya nadie hubiera igualado con los antiguos ejércitos califales. Le besaron los dos anillos, se quedaron impresionados con la nueva alcazaba resplandeciente y, contra todo pronóstico, obtuvieron las bendiciones del rey Zawi. No les ofreció ayuda militar, ni les exigió tributo, pero les permitió la libre circulación por su reino, les aseguró que reconocería a Alí Hamud como califa y solo les puso una condición: que ocurriese lo que ocurriese durante la batalla, respetaran la vida de su hijo Osiris Zawi, hayib del califa Solimán.

* * *

Fue por esto por lo que a comienzos del verano vimos a Alí Hamud, el moro, y al general Jairan, el navarro, haciendo su entrada en la capital agonizante de

Al Ándalus. No hubo resistencia, nadie desenvainó una espada. Años después del incendio de Zawi y de los saqueos de catalanes y castellanos, Córdoba seguía siendo un pozo de calamidades del que solo brotaba el agua de la peste y el olor de las ratas. Por eso esta vez ni siquiera tuvimos que bajar a las calles. Los vimos desde las ventanas entreabiertas, desde las azoteas y las esquinas: eran una formación sucia, una encarnación del rencor que los andaluces sentíamos contra nosotros mismos.

Instalados en el antiguo alcázar, el primer cuidado del nuevo califa Alí Hamud, el beréber, y de su hayib el general Jairan, el eslavo, fue el de encontrar a Hisham II, el andaluz. Sus pesquisas fueron inútiles, porque ni siquiera había donde buscarlo: Al Zahira, siete años antes, había sido barrida de la faz de la tierra, Medina Azahara era ya aquel verano un erial de alacranes y ruinas, y en la ciudad devastada de Córdoba ninguno de nosotros quería ni recordar el nombre de nuestro antiguo califa, el último de los legítimos. Por no querer, a esas alturas del siglo, ni siquiera queríamos saber quiénes éramos nosotros.

Solimán Omeya, que había sido encerrado en los sótanos del alcázar, declaró en interrogatorio público que Hisham II había muerto. Nadie lo creyó, no tanto por lo que declaraba sino por quién lo declaraba. Solimán era bueno. Solo un hombre bueno y compasivo podría llorar ante la cabeza cortada del Mahdí y amar, como amaba, al imprevisible Osiris, el demasiado hijo de Zawi. Y alguien bueno nunca hubiera dejado sin exequias públicas al califa legítimo de Al Ándalus. Fue por esto por lo que ninguno lo creímos y por lo que el eslavo Jairan le preguntó:

—¿Dónde está su sepulcro?

Solimán le indicó uno. Desenterramos un cadáver, lo expusimos entre velones y Alí Hamud repitió el ritual que en otro tiempo nos hubiera cansado por su duración y nos hubiera espantado por su solemnidad, pero que ahora ni siquiera estimulaba a las plañideras. Un envejecido efebo fue el primero en identificar el cadáver como el de Hisham II. Durante toda su vida, este criado había sido el encargado de limpiar la dentadura del califa con palillos de **Arak**, cinco veces cada día, antes de cada oración. Con aprensión, el efebo viejo abrió la boca del muerto y enseguida hizo notar un diente ennegrecido que según él pertenecía al califa desdichado. Si no hubiera dado tantas pruebas, tal vez alguien hubiera creído en sus adentros que no estaba intimidado por Alí y Jairan, pero se detuvo tanto en la descripción de cada

una de las piezas de la dentadura que todos supimos que asistíamos de nuevo al falso entierro de un califa infortunado.

Y, en efecto, a partir de ahí se reprodujeron las escenas que siguieron a la primera muerte y entierro del califa Hisham II. Desfilaron ante el cadáver, criados y patricios, eslavos y beréberes, y todos fuimos declarando ante el califa Alí Hamud y ante su hayib Jairan que aquel cuerpo pertenecía, sin duda, a Hisham II. Lo llevamos a la **rauda** de los Omeyas y un poeta joven, seguro de gustar, comprobó antes de leer sus versos que nadie se había acordado de sacar de allí el ataúd vacío donde yació el obispo.

El día previsto para la ejecución de Solimán y de su familia, el escribano mayor dio lectura al acta de acusación. Todos estaban serenos y predispuestos para una muerte que en la Córdoba de aquellos tiempos no era el peor de los castigos. Pero cuando el padre de Solimán, un piadoso septuagenario retirado del mundo, oyó que los acusaban, entre otras cosas, de haber matado al califa legítimo, no pudo contenerse.

—¡No! —gritó—. Tan cierto como que Dios me oye: ni yo ni mi hijo hemos matado a Hisham II. El califa legítimo vive todavía.

Sin dejarle tiempo de decir más, el anticalifa beréber Alí Hamud hizo señal al verdugo de cortarle la cabeza.

—El califa legítimo soy yo —fue lo único que dijo para justificar la precipitación.

Mil años después, entre nosotros, aún se cuenta que a Solimán Omeya ni se le ocurrió cometer un crimen ante el que había retrocedido hasta el loco de Mahdí. Declaró que Hisham estaba muerto sin entierro por la simple razón de que Alí Hamud, el beréber, le prometió que respetaría a cambio la vida de su familia. La verdad es que Hisham II salió del alcázar el mismo día en que Alí y Jairan llegaron. Cuentan las mujeres y los eunucos del serrallo que lo sacaron del retrete y lo vistieron de mujer y lo introdujeron deprisa y contra su voluntad en la comitiva del hayib Osiris Zawi, que huía hacia el reino de Granada. Dicen que Hisham fue llorando desde Córdoba hasta las Alpujarras, no por el deshonor de su vida, sino porque se lamentaba por la aridez del camino. En las pausas de su pasión desaforada, Solimán y Osiris eran los únicos que habían alcanzado a entender que lo que le faltó siempre a Hisham no fue respeto, sino amor. Que no era tanto la víctima del diabólico poder de Jacobo Almanzor, su ministro canciller, sino el niño solitario y asustado. Y cuentan que, por eso, le hicieron el mayor regalo que jamás recibió un califa:

la serenidad de una aldea, donde logró salir de la depresión y la desidia. Allí terminó, desconocido y sosegado, una vida llena de tormentos y cuando, seis siglos después, nos sublevamos contra los Austria, coronamos como rey a don Fernando de Válor con el alto nombre de Abén Humeya, es decir, el hijo de los Omeya.

39

[Iyar de 4778/abril de 1018/28 de dhul-qadah de 408]

La noche en que mandó arrasar Medina Azahara, Zawi creyó —y acertó al creer— que había acabado para siempre con el califato de los Omeya. En cambio, cuando aflojó su cólera maldita y le concedió a Córdoba la piedad del gran incendio, creyó —y se equivocó al creer— que la había borrado para siempre de la faz de la tierra. Muchos años después, en los inviernos de la alcazaba de Granada, al viejo rey Badis le gustaba contarnos que aquella noche su tío lo obligó a mirar el gran incendio desde el alminar de la mezquita de Al Mugira. Con la silueta recortada por el resplandor malva de las llamas, Zawi le decía: «Así murió Cartago. Mira y aprende cómo se mata a una ciudad».

Sin embargo, a los diez años de guerra, Córdoba todavía no se había muerto, pero barrios enteros, construidos con tanta urgencia durante todo un siglo de esplendor, estaban abandonados. Por cualquier lado se amontonaban los muebles calcinados, los huesos roídos de los animales y los escombros polvorientos. Calles que en su día habían tenido que someterse a una estricta regulación que permitiera el tránsito, estaban ahora desiertas y, si alguien las recorría, o era sospechoso o era un infeliz. En el estado reinaban el terror, el miedo y la delación: había más agentes de policía, espías e informadores que habitantes. Las cárceles estaban repletas y se generalizó la costumbre de esperar a la noche para comprar la despensa. El inconfundible olor de la grandeza podrida se mezclaba ahora con un único sentimiento vivo: el odio a los beréberes y a los eslavos que, en realidad, escondía el rencor hacia nosotros mismos.

El califa Alí Hamud y el general Jairan respiraron enseguida esta aversión a sus razas. Alí Hamud intentó amortiguarla apostando por nosotros. Decretó

una política de hostilidad militar que impidiera consolidarse a los nuevos reinos eslavos y beréberes que habían surgido por todo Al Ándalus. Dio instrucciones de parcialidad a los jueces para que fallaran siempre a favor de las pretensiones civiles de los andalusíes. Se esforzó por hablar romance y por atender los cantos de poetas que apenas comprendía. Y, como era inevitable, se peleó con Jairan. En poco tiempo, se enredaron en enfrentamientos políticos que ninguno de los dos supo resolver. Formado en la teología política de Jacobo Almanzor, Jairan quiso pronto restablecer aquel sistema que permitía mandar sobre el que manda, pero el califa Alí Hamud carecía de toda formación, estaba mal informado sobre los fundamentos del estado andalusí y se negó a representar el papel de monarca sin potestad. Pretendió gobernarnos según los dictados de su razón de jeque tribual. Y comenzaron los preparativos de algo que ya no sabíamos si era otro golpe de Estado, una nueva contienda civil o el siguiente paso en la ejecución de nuestra condena a la guerra perpetua.

El general Jairan concibió el proyecto de restablecer la antigua dinastía Omeya. Buscó un pretendiente y lo encontró en la persona de un bisnieto de Abderramán II que tenía el mismo nombre que el bisabuelo y que habitaba en Valencia. Recabó el consentimiento de los principales de Al Ándalus y lo obtuvo. Así que el califa Alí Hamud se encontró vendido por el partido de los andalusíes y solo le quedaba el recurso a su compatriota, el rey africano Zawi Ziri. Para entonces, sin embargo, el espíritu del rey Zawi ya había migrado a Ifriquiya.

Por aquellos tiempos llegó a la alcazaba de Granada la noticia de la muerte del virrey de Ifriquiya, Badis Mansur, y el rey Zawi se revolvió en su cólera al saber que se había hecho suceder por un infante impúbero de ocho años. Era como si la historia estuviera dando vueltas y algo importante debió de ocurrirle en los mismos cimientos de la mente, porque desde entonces no encontró descanso hasta que logró embarcar para África. Era por esto por lo que lo vimos oír sin conmoverse la solicitud de ayuda del califa Alí Hamud y por lo que, con manifiesta indiferencia, delegó la respuesta en sus cancilleres. Esta reacción fue solo el primer paso de una práctica política que nos trajo turbados durante tres años. Solo sabíamos que el rey vivía como torturas los estorbos del poder y que se apartó de las disposiciones cotidianas que fueron desde entonces y por medio siglo acuerdos entre el comes y el nagid.

Zawi escondía por los rincones más apartados de su mente los peores recuerdos de las guerras de Ifriquiya y solo permitía que le afloraran los

recuerdos de una infancia feliz en Achir. Se empeñó en afirmar que las plantas no crecían con propiedad, que la albahaca de Achir olía diferente y mejor, y que los rosales de su infancia ganaban en toda comparación con los de Al Ándalus. En una ocasión, pasó tres días gimiendo por un dolor del oído izquierdo y se empeñó en atribuírselo al aire de Jerusalén que bajaba por el río aurífero. Solo era feliz cuando le traían noticias sobre el malestar de la población africana o sobre los contubernios de la corte de Mahdia. Ni siquiera el nacimiento de su última hija le frenó el creciente caudal de su deseo de volver a África. Volvió a vestir el litham de tafetán añil para montar a caballo, se negó a que le afeitaran más la barba y dejó que le creciera una que ya era rala y encanecida.

Kahina lo obligó a mirar su propio reflejo en el espejo de Urlilit para convencerlo de que parecía más viejo que Utman de Borja, pero él solo se dio cuenta de lo perdida que estaba su propia mirada. Se encerraba en el taller de espagírica con el único interés de que Utman lo informase sobre los acontecimientos religiosos de El Cairo. Por el alquimista había sabido que el califa fatimí había arrasado el Santo Sepulcro de Jerusalén, y que un bizantino llamado Darazi había redactado un Libro de la Sabiduría cuya lectura aseguraba la inmortalidad del alma por transmigración. Una tarde se sinceró con Utman, le dijo que había decidido marcharse y le pidió que lo acompañase en el viaje a África. Utman se negó. Con toda firmeza, le comunicó que bajo ningún concepto pensaba acompañarlo, que vivía feliz en su nuevo taller de espagírica y que, para su fortuna, había perdido toda arte adivinatoria y todo poder de augurio. Aun así, se arriesgó a opinar sobre la determinación de Zawi. Juzgó como disparatada la pretensión de establecer una confederación entre Al Ándalus e Ifriquiya, y no se creyó que quisiese conocer de primera mano la religión de los drusos.

—Eso son pretextos —le descubrió—. Si quieres irte, vete con tu corazón atormentado. Pero a mí déjame tranquilo aquí.

Buluguin Zawi, que ya tenía la fama de valer como cien soldados en combate, no solo no lo secundó en su proyecto de viaje, sino que convocó a los visires para informarlos de la pretensión del rey y pedirles que lo convencieran de que se quedara.

Kahina fue la siguiente persona a la que Zawi intentó convencer. Llevaba meses sin permitirle acceder a su alcoba, porque no soportaba que Liberia le hubiese dado una hija bellísima que se llamó Marta, como la hermana de Lázaro. Pero un mediodía de otoño se sentó a conversar con él junto a la

alberca privada del palacio. Lo atendió con elegancia, pero lo obligó a verse a sí mismo con claridad. Como si otra vez le pusiera delante el espejo de Urlilit de Tuat, la reina Kahina le mostró lo descabellado de su pretensión de reinar en Ifriquiya para confederarla después con Al Ándalus.

—Reconócelo —llegó a decirle—. Lo que tú quieres de verdad es volver a tu tierra para morirte. Así que déjate de anfictionías y mira lo envejecido que estás. Esa monja cristiana te ha sorbido el seso y te ha secado el alma.

No era cierto que Liberia tuviera nada que ver en su envejecimiento repentino. La cristiana continuaba su vida aislada y monacal en la casa del laurel de Medina Elvira y, desde la noche en que la desvirgó, solo había recibido dos visitas del rey: una formal y ceremoniosa, acompañado por el obispo Gapio, para bautizar por inmersión a su hija Marta en las aguas termales de la Raja Santa. Y la segunda, cortés y conyugal que, sin embargo, acabó muy pronto, porque ella no supo soportarle el olor a orines de macho viejo y él no pudo encontrar su masculinidad a pesar de la excitación enorme que le produjo el cuerpo blanco de Liberia sobre la cama.

El rey tardó mucho tiempo en reconocer ante sí mismo lo que la clarividencia de Utman y el espejo de la reina Kahina le habían mostrado, y ni se inmutó ni respondió más a los requerimientos de la política, ni a los desahogos continuos de sus esposas enfrentadas. Con las negativas y los reproches acumulados, recabó sin interés el apoyo de su primogénito Osiris y, contra todo pronóstico, lo obtuvo.

Desde que llegó de Córdoba, Osiris Zawi vivía dedicado a la oración y preocupado solo por asuntos relativos a la transmigración de las almas o a los poderes de la piedra negra de Heliópolis. En todo el tiempo en que fue hayib del califa Solimán, su padre no se dignó comunicarse con él. Supo por emisarios de Kahina que Zawi lo esperaba en la fiesta de bendición de la nueva alcazaba, pero no reunió el suficiente valor como para presentarse ante él. Cuando las tropas de Alí Hamud y Jairan estaban a punto de entrar en Córdoba, su amigo y correligionario el califa Solimán le pidió que abandonase la ciudad y que pusiese a salvo a Hisham II.

—Nadie se atreverá —le dijo— a poner una mano encima del hijo de Zawi. En cambio a mí me van a matar, tanto si me voy como si me quedo.

Osiris Zawi aceptó la encomienda y trasladó a Hisham II hasta Válor. Fue allí donde le dijeron que era su propio padre quien en realidad había derrocado a Solimán. Pero él no solo rechazó estas informaciones, sino que se negó a preguntar más por el asunto. No quiso instalarse en la corte de

Granada, ni visitar a su padre, pero fundó un monasterio a una legua de la nueva ciudad y lo llamó Al Zawiya en su honor. Se sintió tan conmovido el día en que su padre lo visitó por primera vez para proponerle que lo acompañara en su retorno a África, que creyó estar recibiendo un mandato de Dios.

Iniciado en el sufismo por Utman de Borja, Osiris Zawi había sabido de las conmociones del Oriente y quería vivirlas en El Cairo. Por aquellos años, después de arrasar el Santo Sepulcro, el califa fatimí había anunciado que Dios se había encarnado en él y con el apoyo doctrinal del bizantino Darazi había fundado la religión hermética de los drusos. Según las informaciones de Osiris Zawi, este bizantino había redactado el Libro de la Sabiduría, cuya lectura garantizaba el conocimiento de las vidas pasadas y de los caminos que había de seguir el alma tras la muerte del cuerpo. Todos los monjes, sabios o guerreros que habitaban el monasterio de La Zubia hubieran dado la vida por conocer este libro. Y fue por esto por lo que creyeron que la propuesta de viajar a África era providencial y que el propio rey Zawi era un enviado de Dios.

Tanto habló el rey Zawi Ziri de la confederación de los reinos de África y Al Ándalus que el califa Alí Hamud cambió de interlocutor y, para tratar los asuntos de su nueva alianza, se dirigía ya a Habús Maksán, gobernador de Jaén. También el nagid Joaquín y el comes visitaron a Habús Maksán, le expusieron la situación y le arrancaron el compromiso de que no acompañaría a su tío Zawi en la expedición africana. E incluso, cuando llegó la hora de la guerra, el general Jairan, en lugar de atacar Granada o Córdoba, puso cerco a la ciudad de Jaén con un ejército de andalusíes y catalanes que le había reclutado el gobernador de Zaragoza.

Durante dos semanas el califa Alí Hamud preparó la expedición militar en socorro de Habús Maksán. El día previsto para el alarde, con las tropas formadas, nos extrañamos por su demora y cuando entramos al palacio para buscarlo lo encontramos despatarrado. Lo habían asesinado tres efebos de palacio que no trabajaban para el general Jairan, ni para nadie. Simplemente, según declararon, en el fragor de una parranda lo habían empalado y, una vez muerto, pensaron que nos habían librado a todos de otro déspota insoportable. Nadie tuvo fuerzas para detenerlos o procesarlos. El ejército califal ni siquiera hizo amago de salir de la ciudad y se desarticuló en media hora. En dos días,

los que tardó en enterarse y en llegar desde Jaén, el general Jairan entró en Córdoba. Y dos semanas después, jeques llegados de todo Al Ándalus se reunieron convocados por Jairan y resolvieron que el califato fuera electivo. Ratificaron la elección de Abderramán IV.

Apenas terminó de hacer los conjuros contra la mala muerte, el califa Abderramán IV dictó una carta para el emir Zawi. En términos muy considerados, casi con delicadeza, le pidió que lo reconociera y le prestara juramento de fidelidad. Cuando se la leyeron, Zawi Ziri solo sintió la molestia de tener que responder y el temor de que aquel enésimo cambio de califa le retrasase su viaje a Ifriquiya. Fue por esto por lo que propuso al comes y al nagid que aceptasen la petición. Los dos le dijeron que hablase de este asunto con su sobrino Habús, gobernador de Jaén. En este momento, Zawi se dio cuenta de que ya no era rey de nada y de que todos lo dábamos por ido, aunque él no se hubiera ido, y se dio cuenta de que ese sentimiento era irreversible y de que incluso la Kahina lo seguiría dando por ido aunque él no acabase de irse jamás.

Habús Maksán se negó a reconocer a Abderramán IV. Estaba crecido porque el ejército de Jairan era tan débil que tuvo que levantar el sitio de Jaén para ocupar la muy rendida ciudad de Córdoba.

El rey Zawi Ziri firmó la carta que le presentó el nagid Joaquín. Contenía el sura 109 del Corán, concebido en estos términos:

«¡Infieles! Yo no adoraré lo que adoráis y vosotros no adoraréis lo que yo adoro; yo no adoro lo que vosotros adoráis y vosotros no adoráis lo que yo adoro. Vosotros tenéis vuestra religión y yo la mía».

Cuando hubo recibido esta respuesta, el califa Abderramán IV le dirigió al rey Zawi Ziri una segunda carta llena de amenazas. Le decía que se pondría en marcha contra Granada, acompañado de una multitud de cristianos y de todos los bravos de Al Ándalus. Terminaba con unos versos:

«Si estás con nosotros, tu suerte será feliz; pero si estás contra nosotros, será deplorable».

El rey Zawi Ziri convocó entonces un amplio consejo y propuso a todos que se ahorraran una guerra a cambio del mero reconocimiento formal de un califa. Nadie lo secundó. Resignado, el rey Zawi firmó la carta que le pusieron delante. Contenía el sura 102:

«El afán de demostrar la superioridad numérica de vuestras tribus os distrae demasiado, hasta el punto de visitar los cementerios para contar a vuestros muertos e incluirlos en el número de los vivos. Dejad de hacerlo,

pronto conoceréis vuestra locura. Dejad de hacerlo, porque si tuvierais la verdadera sabiduría no obraríais así. Habéis de ver el infierno, lo habéis de ver con vuestros propios ojos».

Exasperado con esta respuesta, el califa Abderramán IV resolvió tentar la suerte de las armas, y al general Jairan esta determinación le molestó. No tanto por la guerra en sí, sino porque de nuevo servía a un califa demasiado altivo para resignarse con el papel de monarca simbólico. Fue por eso por lo que, apenas acamparon sus tropas, el general Jairan entabló negociaciones secretas con el rey Zawi Ziri que, esta vez, no informó a sus visires. Obsesionado como estaba con la idea de que nadie impidiera su retorno y a través de emisarios de toda confianza, alcanzó acuerdos rápidos con el general Jairan: en plena batalla, los hombres de Jairan y los del gobernador de Zaragoza abandonaron al califa Abderramán IV. Su guardia más próxima lo defendió con el valor de la desesperación y lograron sacarlo del campo de batalla y llevarlo hasta Guadix, pero no pudieron evitar que allí lo asesinaran los emisarios de Jairan.

40

[sivan de 4779/mayo de 1019/muharram de 410]

Por la primavera todo estuvo listo para el viaje. El rey Zawi Ziri esperaba que hubiera ceremonias de despedida, pero no las hubo. Al contrario, por aquellos días la corte parecía sumida en una suerte de luto oficial y solo se oyeron por la alcazaba los gritos de Buluguin Zawi, que mantenía su fuerte oposición al viaje. Nosotros, para entonces, habíamos cambiado ya la oposición expresa por una hostilidad larvada hacia el rey. Un sábado, cuando empezaba a clarear, salieron de la alcazaba por la puerta de Monaita y recorrieron el camino de Elvira hasta su arranque. Solo se cruzaron con campesinos y burras que ni siquiera se apartaron para verlos pasar.

Osiris, Balidir y Buluguin cabalgaban a su lado. El primogénito con su compostura de imam, vestido como siempre con la túnica blanca y la capa oscura de los iniciados, y unos guantes de arquero que le dejaban libres los dedos espirituales que había heredado de su bisabuelo Manad. Con su gesto violento y sin ningún cuidado en el vestido, Buluguin Zawi llevaba un casco puntiagudo con una malla metálica que le cubría el cuello. Tenía un cuerpo grande y fibroso que solo resultaba imponente sobre el caballo, porque la entrepierna encallecida le había provocado una extraña cojera al caminar. Las guarniciones de su montura eran de plata cordobesa y sus espuelas eran de oro, por lo que parecía el rey. Había hecho un gran esfuerzo por impedir aquel viaje. Sin embargo, al final decidió acompañar a su padre y a su hermano mayor, no tanto por obediencia, sino porque creía que él era la única garantía de retorno. Buluguin Zawi había nacido en Ifriquiya a las pocas semanas de la muerte del virrey y nadie dudó que llevaría su nombre y heredaría su espíritu militar y fundador. Sin embargo, desde niño, desarrolló un paradójico sentido

protector hacia su padre y hacia sus hermanos mayores que se convertía ahora en una diligencia servicial.

Cuando en 1013 Zawi Ziri llegó a la capital de Elvira fue objeto de una recepción espléndida e inesperada. El mismo general que venía de arrasar Córdoba se sintió entonces abrumado por la mayor cantidad de gloria que ningún africano había merecido jamás en Hispania. Seis años después, nadie hubiera creído que fuera el mismo de entonces, ni que aquella ciudad taciturna que abandonaba como un fugitivo le debiera la existencia. A pesar de su obstinación en partir, el rey parecía ser el más sorprendido por aquel silencio desagradecido. Nunca antes se había sentido tan forastero como aquella mañana por aquellas calles yertas con casas encaladas y jardines íntimos a cuya construcción asistió. Como siempre que cabalgaba, Zawi Ziri se sumergió en la reflexión: pensaba que allí dejaba cocinándose una comunidad sin guerreros pero explosiva, con ingredientes iberos y romanos, bizantinos, godos y judíos, llena de sacerdotes y santones de todas las creencias y que hablaba una lengua romance que servía más para ocultar que para decir. Cualquiera hubiera creído que era él, el fundador, quien había escogido como escenario de su gloria y de la gloria de la estirpe de Ziri a aquella ciudad de luz dorada, soplos helados y aromas de madreselva y geranios. Sin embargo, a la hora de partir y bajo el hielo del desagradecimiento, Zawi Ziri se dio a pensar que no era él quien había elegido aquel valle jerosolimitano ni quien había idealizado aquella ciudad como capital de la enorme patria del Estrecho, sino Kahina. Llegó a pensar que toda su vida estaba planificada por su abuela Urlilit de Tuat. Sin saberlo, lo estaba asaltando de nuevo la misma cavilación sombría que embargó a su hermano Yusuf Buluguin el día de verano en que lo proclamaron virrey en la mezquita de Qairuán.

Muy temprano, la comitiva llegó al pequeño alcázar del Genil donde, cinco siglos más tarde, vimos al rey Boabdil entregar las llaves de la ciudad a la sucesora del comes Eulogio, la reina de Castilla. Allí se habían reunido las tres esposas de Zawi, sus hijos menores y sus nietos para despedirlo. El rey se negó a desmontar. Entrevió en la neblina de la vega a Sara Nagrela con el niño José Zawi agarrado a sus faldas, y a Liberia, la cristiana, con la bellísima niña Marta en brazos. La reina Kahina dibujó para Zawi un adiós con la mano de una nieta. Él les devolvió el gesto y prosiguió al trote. Nunca más se vieron.

La neblina de la vega se levantó poco después, el cielo se tornó de un azul radiante y las cumbres de Sierra Nevada permanecieron inmóviles en el horizonte durante el resto de la jornada. Al rey Zawi le zumbaba el oído izquierdo, y no parecía fijarse en los paisajes que atravesaban a trote sostenido, ni en los adioses que los campesinos les hacían al pasar, sin reconocerlos. En varias ocasiones, preocupado por su oído, Buluguin le propuso descansar en alguna alquería de las que cruzaban, pero él prefirió subir sin almorzar hasta el puerto de montaña desde el que se divisaba la entonces flamante ciudad de Granada. Cinco siglos después, cuando los cristianos tomaron la ciudad, crearon la leyenda de que el último nazarí lloró en ese paraje y que fue allí donde recibió la amonestación de su madre. Al rey Zawi Ziri no lo había destronado ningún otro rey y, por eso, desde aquella altura solo vio los destellos de una alcazaba nueva que, como no podía ser de otra forma, le recordó a la de Achir. Estaba seguro de que lo que vislumbraba en su imaginación era el futuro y se apresuró a darle la espalda al pasado. Le gustaba tanto cabalgar que tenía las piernas corvas de los jinetes viejos y el modo de andar de los que duermen con las espuelas puestas. Los alfaquíes de Córdoba siempre le advirtieron de que no era lícito orar sin tocar el suelo, pero él repuso siempre que el caballo era parte de su cuerpo. Desde que empezó a servir como comandante del ejército de Yusuf Buluguin I había galopado dos mil leguas, tres veces la distancia estimada de Córdoba a Bagdad. Solo su hijo Buluguin había heredado sus técnicas para poner en orden los asuntos de la cabeza mientras se cabalgaba, como había heredado los hábitos del insomnio de su tío Yusuf Buluguin y la masculinidad incontenible de su bisabuelo Manad. Osiris, en cambio, se había quedado con el mal de oídos y con la superstición de que matar a un débil acarrea infortunio hasta que se lava con la peregrinación.

Por la tarde, cuando ya empezaban a descender de la planicie por un valle cuajado de limoneros y naranjos, y el clima se atemperaba y la luz se hacía más tersa, se concedieron una pausa para reposar en el claustro de una rábida. Los atendió un clérigo barbudo, discípulo de Utman de Borja y amigo de Osiris, que gritó de alegría cuando supo que iban a África a buscar el Libro de la Sabiduría de los drusos. Se empeñó en que pasaran la noche con él y el rey aceptó la invitación. Descansó a la sombra de los naranjos del claustro, hasta que el dolor del oído se le hizo insoportable. Se acostó en un lecho blando con la cabeza de lado, apretando el oído enfermo contra el almohadón. Se acurrucó bajo la manta y así permaneció, sollozando y sin dormir, oyendo las

exposiciones teológicas de Osiris y, más tarde, las canciones de amor en **aljamía** que los novicios cantaron acompañados con dos laúdes.

Eran veinticinco: sus hijos Osiris, Buluguin y Baladir, siete monjes guerreros de la rábida de La Zubia, tres guerreros beréberes de los Sinhaya nacidos en Al Ándalus y una docena de lanceros de la infantería sudanesa, que ya eran nietos de los apresados por Yusuf Buluguin I e hijos de los que llevaron la litera del gran Jacobo Almanzor. Muy retrasada, viajaba una recua de veintidós mulas, conducidas por arrieros alquilados. En el carro que cerraba la marcha iba la jaula grande y dorada con los dos leones del botín de Medina Azahara. Eran dóciles y viejos, y se habían acostumbrado a ser exhibidos en el patio de armas de la alcazaba de Granada. En las mulas llevaban cuatro baúles de joyas, seis talegos con dinares de la ceca de Córdoba, dieciséis jaulas con los mejores halcones y ocho cajas con cabezas cortadas, una de ellas de cuero con la cabeza embebida del patriarca Ziri Manad.

Viajaron otras dos jornadas antes de llegar a Almuñécar y allí tuvieron que esperar más de una semana para que los recogiera la galera que provenía de Algeciras. Después atracaron en Almería y de nuevo costearon hasta Denia. Una noche, cuando ya surcaban por alta mar, Zawi creyó que se despertaba por causa de un fuerte ruido, pero era su propio oído que había crujido como si fuese un trueno de tormenta marina. Fue entonces cuando comprendió que por mucho que se engañara creyendo que Achir era el futuro, que por mucho que afirmara en público que volvía para establecer una anfictionía entre Al Ándalus y África, la triste verdad era que volvía a su tierra para morirse en un sitio que al menos comprendiera. Atormentado por el temor de que sus hijos lo hicieran regresar a Granada, fingió que su oído mejoraba con la humedad marina. Era justo al contrario. Se le veía recorrer la cubierta de la galera, fingiendo que se movía de un lado a otro para reconocer mejor las estribaciones de la costa africana que bordeaban. En realidad, caminaba de proa a popa, de babor a estribor porque no soportaba la idea de quedarse quieto ante tanto dolor.

Buluguin, Baladir y Osiris lo atendían. Le llevaban los mensajes del capitán de la galera y le hablaban de las noticias que se recogían en cada puerto. Por ellos supo que su sobrino Habús Maksán se trasladó a Granada apenas supo de su partida. Y que aun mientras esperaban para embarcar en Almuñécar, el nagid Joaquín, el comes Cutillas y los jeques de toda la antigua

cora de Elvira le habían jurado lealtad en acto público y le habían otorgado el título de dominator o rey de Granada con el nombre mitológico de Habis.

41

[tevet de 4780/diciembre de 1019/shaban]

La noticia de la muerte del rey Zawi Ziri llegó a Granada durante las fiestas de la noche mayor. Poco antes, habíamos cerrado el círculo de las nuevas murallas y habíamos terminado la construcción de un templo que tenía una sala de abluciones y un alminar sobrio diseñado por el propio Utman de Borja, según los planos de una antigua torre hercúlea gaditana. Romanos y godos, arrianos y musulmanes, beréberes y judíos de todo el reino acudimos a la oración inaugural de aquel templo. Por entonces, los obispos del orbe y el mismo Papa de Roma habían estipulado que se celebrara también el nacimiento del profeta Jesús y no solo su muerte y resurrección como, de manera expresa, mandan las Escrituras, y habían dispuesto que la liturgia de la Natividad se hiciera en el día del solsticio hiemal. Los judíos garnatíes que eran macabeos y los muchos otros que ya iban llegando de todo Al Ándalus en busca de refugio se sumaron a las fiestas de consagración del nuevo templo, a pesar de que por aquellos días agonizaba el nagid Joaquín víctima, al parecer, de un veneno lento. Para la ocasión, su legendaria reina Kahina pidió a todos los judíos del reino que no conmemoraran la muerte de su marido, sino en el día de la resurrección de Osiris. Los poetas que aún recordaban el latín de Ovidio tradujeron al árabe coránico los himnos que celebraban la apoteosis de Hércules Egipcio, el que fuera recogido por la cuadriga de Júpiter durante un claro de luna, y lograron que por los siglos fuera esta la versión definitiva que todos creemos acerca del final del rey Zawi Ziri: que no fue de muerte humana, sino de apoteosis hercúlea. En la misma ceremonia, el obispo Gapio procedió al bautizo solemne de un hijo de Zawi y de Sara, con el nombre de José, de la estirpe de David, y con el apadrinamiento de su abuelo el comes Cutillas; el maestro Utman de Borja

entregó los mantos de iniciados a todos sus discípulos de la rábida de La Zubia que habían cumplido los cuarenta años; se confirmó el enquiblamiento del templo; se comieron los corderos, el pan y el vino; *in articulo mortis* se firmaron las capitulaciones del matrimonio de la reina Kahina con el nagid Joaquín y se le dispensaron a este las unciones extremas.

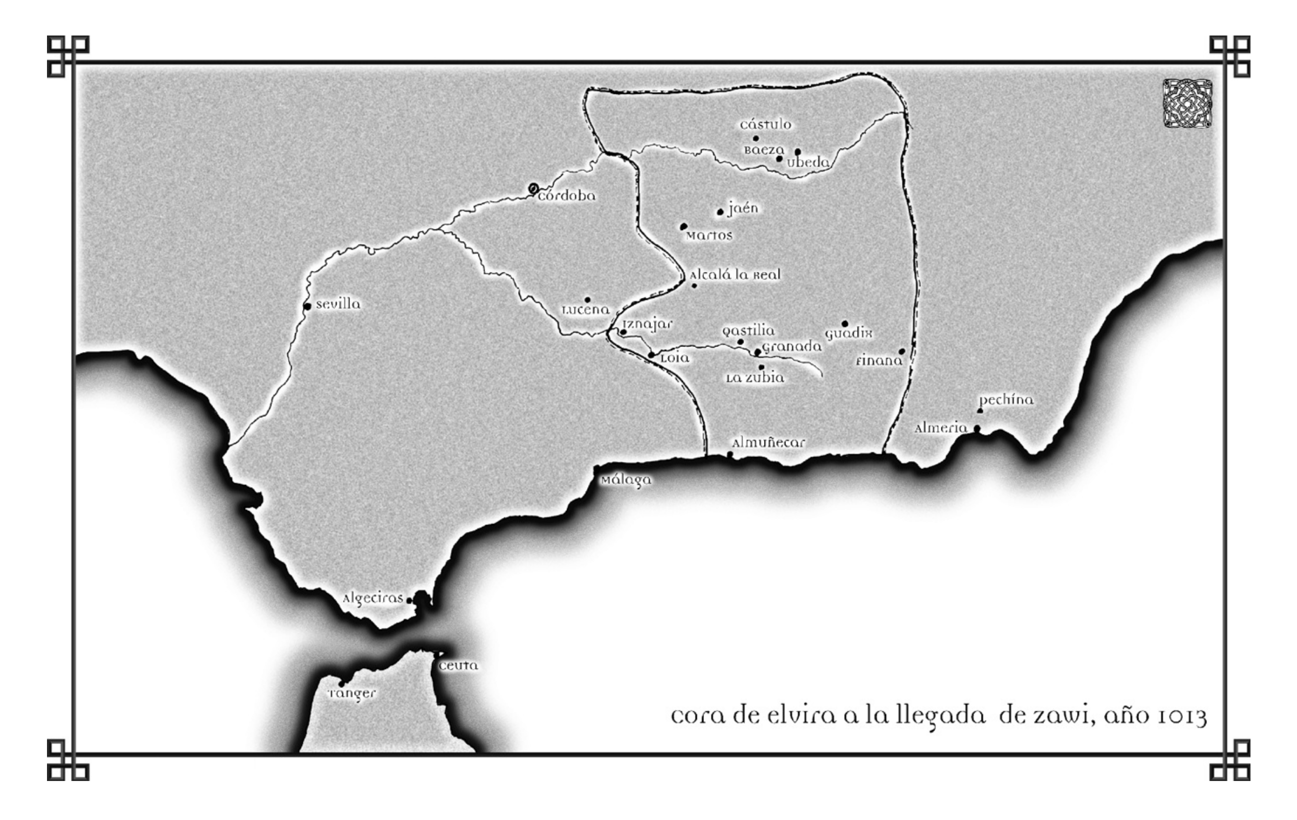
Con todo, lo más memorable de aquella larga noche fue que nuestro nuevo rey Habús Maksán no quiso dirigirse a nosotros en el nombre del califa de Córdoba, sino que lo hizo en romance, y en el nombre de un fundador imaginario, al que llamó el dominator Hércules, hijo de Osiris. Desde aquella alocución de Habús, el rey Zawi ya no es para nosotros el reflejo de su verdadera vida, tal como él mismo nos la contaría, sino solo un eslabón de la historia de nuestras verdades, tal como se reflejan aún en el espejo de Urlilit y tal como aquí las hemos contado. El verdadero rey Zawi Ziri murió envenenado en las playas de Mahdia y sobre su memoria pesará por siempre la destrucción implacable de Medina Azahara; la tortura precisa de Córdoba, sin haberle concedido siquiera la piedad de una demolición rápida; la traición a Solimán, hombre noble que lloró ante la cabeza de su peor enemigo y a quien él mismo nos había impuesto como califa; la traición a su propio hijo Osiris, acaso por celos de patriarca inseguro; el envenenamiento lento del nagid Joaquín, acaso por celos de esposo viejo; y el degollamiento de un simple jorobado que solo pretendía defender su horno y que hubiera estado dispuesto, si se lo pidieran, a repartir su pan. Además de eso, nosotros nunca logramos borrar la sospecha de que el rey Zawi fue también un capricho de la imaginación de delirio de Urlilit de Tuat, la que tanto se parecía a la primera mujer de Adán; ni alcanzamos nunca a comprender la determinación implacable sobre su vida de la reina que llevaba en femenino el nombre de Caín; ni pudimos medir la fuerza del destino del general Yafar, príncipe de Zsar, que un día decapitó a su padre en las ruinas de Icosium para que todo esto fuera posible en el intricado nudo de los tiempos. En la verdadera historia, Zawi se murió sin llegar a saber quién era, nosotros tampoco lo sabemos. En realidad, solo sabemos quiénes somos nosotros: los que hablamos la lengua que dicta el cofre abierto de la muerte, los que compusimos los versos de Yaziri y los de Federico para inscribirlos en la tumba de Jacobo Almanzor, los que hemos aprendido que la arcadia es más cómoda que la duda, más útil que los dioses y más necesaria que la utopía.

Desde que el rey Habis nos habló, y a lo largo de mil años de infortunio, por la pascua de la primavera hemos cubierto de mirto el suelo de aquella basílica, que después fue mezquita y ahora es iglesia, y hemos conmemorado con la voz de Utman y en libros de plomo su legendaria historia. Un siglo después de la llegada de Isabel, heredera del comes Eulogio, nos invadieron inquisidores y guerreros llegados de un oscuro reino que ellos mismos reconocían que no era de este mundo y pensamos que volvían los mismos eslavos que asolaron Córdoba durante veintiún años y que solo habían cambiado las pieles de cabra por sotanas raídas. Pero, a diferencia de aquellos que batieron a Córdoba, y que tanto se esforzaron después por entendernos, estos otros cafres intentaron cambiar nuestra historia de las verdades y sustituirla por su verdadera historia. Fue por entonces cuando algunos de nuestros obispos, los sucesores buenos de Cecilio, Recemundo, Abdelmalic o Gapio, se aliaron con nuestro infortunio. Para serenar a ergotistas y dominicos, a carolingios e inquisidores, recordaron la historia del conde Eulogio y sostuvieron que Castilla, la férrea, no era fundación de vizcaínos, sino de andaluces. Y probaron la verdad de esta leyenda mandando abrir la tumba vacía que las monjas devotas del Dios Uno y Trino le construyeron al último várdulo junto al monasterio de San Miguel de Pedroso. Castillo se llamaba también el hombre sabio que mandó rescatar e inscribir en libros de plomo la vieja leyenda de Zawi, el fundador, hijo de Osiris, de la casta de los fénices, sucesor del gran Jacobo Almanzor y emparentado con Santiago Apóstol, el que yace en la tumba del Finisterre.

En el decimoctavo año de otro siglo del tiempo interminable de la guerra, los reunidos en Ronda creímos llegado el futuro y proclamamos sin titubeos la anfictionía de las ciudades y la junta de los ciudadanos. El mejor de los nuestros sacó otra vez del olvido la leyenda del dominator y, con trazos de niño, la plasmó en los azulejos de su casa de Coria del Río. En 1936 vivimos otra guerra civil que fue tan larga como la que inició en las Alpujarras don Fernando de Válor, descendiente de Hisham II, el Omeya; tan cruel como la que comenzó una noche de junio en Córdoba, en los tiempos en que reinaba el califa Mahdí; y tan parecida a estas dos que algunos sostienen aún que las tres son la misma y que todavía no ha terminado. Los generales que mandaban aquel ejército nos estremecieron, porque en su atuendo, en su gesto y en su crueldad metódica creímos reconocer a los eslavos de Wahdid; y ya con certeza, cuando vimos desfilar a la guardia mora, nos convencimos de que el tiempo de la guerra estaba dando vueltas como una noria: porque aquellos

eran los mismos jinetes del desorden, héroes de la desgracia, notables de la oscuridad, que novecientos años antes comandara Zawi.

Tras siglos de guerra y cuando ya relucían las amapolas, volvimos a las calles como gentes de luz, con músicas de liberación y banderas estampadas con el Dominator Hércules Fundator de nuestras verdades. Y solo ahí sigue representado Zawi hijo de Ziri; no en el sitio donde él mismo hubiera querido estar —en la alcazaba de Achir, podando rosales y aguardando la apoteosis de los héroes— sino justo donde lo puso nuestra imaginación redentora: en el centro de una verde bandera que se ha hecho de la aurora blanca un cinturón, entre las columnas del Estrecho y flanqueado por los dos leones que se llevara de Medina Azahara. Así se quedará usted, majestad, hasta que nosotros queramos, y no como en verdad fue, sino como lo que la historia legendaria de nuestras verdades quiere que usted sea: un claro de luna en la noche incontable de la guerra.



cora de elvira a la llegada de zawi, año 1013

V. Jacobo Almanzor

42

[4700/939/327]

Por los años en que nacía el gran Jacobo Almanzor, un conde de Castilla, sucesor de Eulogio, rompió su vínculo con el rey de los astures y leoneses, y se atrevió a decir que había inclinado de su parte la algarada de Simancas gracias a la ayuda de Santiago y san Millán. El califa Abderramán III perdió el control de los nervios, reunió a los ulemas, convocó al obispo de Córdoba y oró varios días en la mezquita mayor. Desde que ciento cuarenta años antes se fuera el conde Eulogio con sus monjas y su dios de tres cabezas en una, se había divulgado la idea de que aquel condado de la nueva Castilla era marca de nuestra frontera superior y ahora resultaba que se nos convertía en avanzadilla de los francos en la península. Santiago y Millán eran para nosotros Prisciliano y Emiliano, santos del Libro Uno que habían dado su vida por el **tawhid** y nos servían como fábulas ejemplares para entender que por debajo del Dios Uno todo lo que es tiene límites. Para medir el alcance político de la apropiación politeísta de nuestras columnas del fin de la Tierra, enviamos a Rabí Zayd, bautizado como Recemundo, obispo de Elvira, a pedirle explicaciones al conde de Castilla. A la vuelta, Recemundo confirmó nuestros peores presagios: el conde no solo se había independizado del rey de los astures, sino que también daba por roto el vínculo con la diócesis de Elvira y abandonaba su condición de marca fronteriza de la casa del Islam.

Desde entonces y durante medio siglo, nos concentramos en la restitución militar del viejo orden. Y el canciller Jacobo Almanzor sumó a los objetivos propios del yihad la restitución de las fronteras naturales de Hispania. Capturó a García Fernández, conde de Castilla, y lo dejó morir de sus heridas en Córdoba. Saqueó Barcelona, Coimbra, León, Zamora, Carrión y Astorga. Y convencido de que ningún naufragio impediría su homenaje reparador, de

tamaño histórico, se dirigió al Finisterre por mar. Sometió su itinerario al régimen de los vientos como había hecho la barca en la que los discípulos del santo traían su cuerpo y llegó sin percances al templo compostelano en tinieblas que todavía contiene la razón de sus cincuenta y siete guerras victoriosas.

43

[4733/973/363]

Mientras que en Ifriquiya la noticia de la derrota de Yusuf Buluguin I había circulado como un rumor frío y cortante, en Córdoba la victoria fue anunciada, aireada y detallada. La celebramos con gran júbilo y el general Yahyá recibió nuestras aclamaciones por las calles de la capital. A su caballo se le permitió avanzar por sobre una alfombra de flores hasta donde lo esperaba en persona el califa Alhakam II, quien consideró en público que su victoria era la gran derrota del ilegítimo califa Almúizz y que, con ella, se había detenido el avance fatimí.

Solo el general Yafar, hermano mayor de Yahyá, se dejó vencer por la envidia. Durante dos años, convertido en cortesano y dedicado a las intrigas de la política, había utilizado el trofeo de la cabeza del patriarca Ziri para tapar su derrota y la desbandada de su ejército de mercenarios zenetes. Yahyá, por el contrario, se había pasado aquellos dos años por los campamentos de Ceuta y de Tánger. Asimiló las causas de la derrota, recompuso los vínculos con los clanes zenetes, analizó sus costumbres y tradiciones de nómadas recién asentados, reclutó hombres y adiestró tropas que le fueran fieles hasta la victoria final. Llegó a ser el andalusí que mejor conocía las complejas relaciones de sangre y rivalidad entre las tres grandes confederaciones de tribus de la nación beréber. Su victoria sobre las tropas de Buluguin estaba, pues, tan medida y planificada que solo le sorprendió la magnificencia del recibimiento que le preparamos en Córdoba.

Envilecido no tanto por la victoria del hermano como por haber sido puesta en evidencia su anterior derrota, el general Yafar sintió renacer en su corazón el rencor que en otros tiempos había sentido contra su hermano de padre. Rogándole a Dios que ese rencor no lo arrastrara hasta el extremo de

desearle la muerte, le pidió al califa autorización para volver a Ceuta y fondos para rearmar otro ejército, derrotar con él a Yusuf Buluguin y expulsar a los fatimíes de los territorios de Ifriquiya. Nunca obtuvo ni la autorización de la corte, ni el dinero preciso para la empresa, pero prefirió pensar que la respuesta de Alhakam II era solo cuestión de tiempo, y mientras decía esperarla, se dedicó a desacreditar al hermano. Lo acusó de fantasioso, por exagerar una victoria minúscula. Auguró una victoria suya que dejaría pequeña a la de Yahyá. Le imputó el grave delito de no entregar al califa el botín de su victoria. Lo acusó de tantos infundios y de forma tan reiterada que cuando llegaron a oídos de Yahyá, le retiró la palabra y le mandó a decir que, si no se callaba, iba a curarle la envidia a puñaladas.

Jacobo Amir, que era por entonces administrador de los bienes de la sultana Subh, la navarra, y que años más tarde se convertiría en el hombre más poderoso del mundo con el título de al-Mansur al-Billah, el Victorioso de Dios, fue el único que se compadeció del general Yafar. Trató de quebrantarle su perseverancia en el infundio.

—Salga de esa guerra de insultos con su hermano —le dijo en una ocasión— porque, si la pierde, será a usted a quien vilipendien y, si la gana, jamás podrá disfrutar de la victoria porque lo invadirá la culpa de la sangre.

Le ofreció su amistad, lo invitó a participar en saturnales con mujeres astures de cabellos rubios, trató de hacerle entender que el odio hacia hermanos es odio hacia uno mismo, pero no consiguió vulnerar su obstinación: Yafar siguió denigrando sin cálculo a Yahyá. Hasta que un día comprendió que ya se podía callar tranquilo, porque los mensajes del descrédito habían circulado lo bastante, y habían dado tantas vueltas que ya le resultaba más gratificante escuchar a los que acusaban a su hermano, que hacerlo él mismo. Fue tan efectiva la inquina que en juicio sin apelación se dictó condena de muerte contra el general Yahyá.

44

[tishri de 4737/septiembre de 976/safar de 366]

En el mes de las bodas, un meteoro incandescente apareció en el cielo de la parte oriental de Al Ándalus. Los animales más premonitorios se sobrecogieron, los perros aullaron y se vio a las ratas corriendo por los campos como si fuesen liebres perseguidas. Las mujeres y los niños se refugiaron en las mezquitas, los agricultores se reunieron en los zaguanes y dejamos desiertas las calles de Córdoba en el calor del mediodía. Después de la siesta, oímos el reverberar de las plegarias y unos cánticos lastimosos que nos anunciaban la muerte por angina de pecho del califa Alhakam II.

El ejército recibió la orden de salir de los cuarteles para garantizar el orden y ni siquiera el oficial responsable recordó que para esa misma tarde estaba prevista la decapitación pública del general Yahyá en la explanada del río, frente al alcázar califal y como uno de los actos principales de la fiesta tradicional de la vendimia. El caso fue que, al atardecer, el general Yahyá se vio guardado tan solo por cuatro zenetes y aunque no era hombre apegado a la vida, sino más bien ascético y religioso, vivió la noticia de la muerte del califa como el alivio de espíritu que necesitaba desde que su hermano Yafar comenzó su campaña de infamias. Era la primera vez en su vida que sentía la buena suerte, porque hasta entonces todas sus victorias militares habían sido siempre fruto del cálculo escrupuloso y nunca del azar. A pesar de todo, aquella tarde no dejó que el repentino azar favorable alterara su serenidad calculadora. Tardó varias horas en trazar su plan y, hasta entrada la madrugada, no le propuso el soborno a la guardia: un cofre de monedas de oro para cada uno y dos para el comandante, cuya responsabilidad en la fuga sería mayor si los detuviesen. Salieron a caballo por el camino de Elvira, no se

detuvieron hasta una almunia próxima a Alcalá y allí esperaron la noche para desenterrar los cofres del soborno.

A pesar de que ahí terminaba su compromiso, los cuatro zenetes decidieron acompañar al general en su fuga. Era una noche sin luna, el miedo a los meteoros y la muerte del califa habían dejado los caminos solitarios. No obstante, galoparon sin descanso hasta reventar los caballos y embarcaron en Almería. Los zenetes bajaron en el primer puerto africano que tocaron, pero Yahyá continuó un largo periplo. Durante años, circundó África y después se instaló para siempre en la lejana ciudad de El Cairo.

El general Yafar, por su parte, también se aprovechó de la confusión del duelo. Antes de que el nuevo califa asentara sus poderes, sin dinero suficiente ni autorización expresa de ningún mandatario de la corte, embarcó en Algeciras. Trastornados los mismos fundamentos de su mente por la noticia de la fuga de su hermano, comprendió que no tendría un instante de sosiego mientras no le demostrara a Córdoba su propia valía militar y los fundamentos de justicia de su acusación contra Yahyá. Pasó semanas preguntando por el hermano en los puertos de Tánger y de Ceuta. Eran aquellos días de gran confusión, porque Alhakam II dejaba como heredero del califato a un impúber de once años hijo, por si fuera poco, de una princesa eslava. En el fragor de las discusiones teológicas y políticas sobre el heredero, nadie había reparado en la fuga de Yahyá ni en el viaje de Yafar. Incluso en los medios militares de Ceuta y en los recintos habituales de contratación de mercenarios de Tánger, se habían olvidado hasta del nombre del general que años antes venciera a Yusuf Buluguin. Como verdades irremediables, Yafar llegó a admitir que su hermano estaba vivo y que su rastro se había perdido tras la cortina de la discusión política. Sin embargo, su envidia demoledora no se dejó vencer por la resignación.

Ni siquiera la ruina o su propia desmoralización lo hacían desistir. Sobre la base de promesas de botines imaginarios y soldadas impagables, se fue adentrando en el continente africano y consiguió arrastrar consigo a un ejército. Siguió buscando el rastro del hermano durante la travesía a camello que lo adentró por el desierto alucinante. Preguntó por él cuando alcanzó el litoral mauritano, cuando reclutó como infantería a todos los hombres de dos tribus de negros, y cuando remontó desde el sur la cordillera del Titteri, en cuyas estribaciones le esperaba ya el recompuesto ejército de Yusuf Buluguin I.

La noche anterior a la batalla, el ejército de Yafar acampó en una planicie pedregosa. El general Yafar supo que estaban cerca de Achir porque, como si lo hubieran traído los alcaravanes, le llegó el olor de la menta de la alcazaba. Durmieron bajo la inclemencia de unas temperaturas de fin del otoño que los negros solo soportaron abrigándose entre los camellos y las mulas. Al día siguiente, después de la primera oración, vieron aparecer a lo lejos un ejército limpio y disciplinado. Venía hacia ellos mandado por un hombre al que el general Yafar reconoció de inmediato. Llevaba un escudo grande de color azul oscuro, en cuyo centro se dibujaba una silueta en blanco que representaba a la vez el destello de un claro de luna y una cabeza tocada con el litham. Con solo verlo, el general Yafar comprendió que sería derrotado de nuevo por Yusuf Buluguin ben Ziri como era su destino.

La victoria de los ziríes fue, en efecto, fulminante. Las dos tribus sudanesas se entregaron sin combate y con la sola condición de que les diesen comida y abrigo. Se convirtieron en el primero de los muchos botines de guerra que Yusuf Buluguin I había de enviar a Achir. El general Yafar logró huir del campo de batalla y volvió a perderse por las arenas del Sahara con un grupo de mercenarios supervivientes que lo seguían no tanto por lealtad, sino con la esperanza de cobrar las soldadas prometidas.

Convertidos en salteadores de caravanas y bandoleros del desierto, los hombres del general Yafar avistaron un día la capital del reino de los Siyilmasa y, por inercia, la asaltaron sin análisis estratégicos previos, ni mayores contemplaciones. Tuvieron mucha suerte. La guarnición era escasa y, tras pocas horas de resistencia, el caíd se avino a pactar la entrega. Sobre la marcha, Yafar tomó una decisión que cambiaría su vida: exigió la jurisdicción plena en la ciudad, presentó a sus piratas del desierto como si fuesen soldados regulares y tomó la ciudad en el nombre del nuevo califa de Córdoba, Hisham II. Cuando terminaron los trámites de la conquista, Yafar mandó que se recogieran los cadáveres y se alinearan a las puertas de la mezquita. De entre los muertos que le presentaron, se asombró al encontrar cuatro que vestían con distintivos del uniforme califal. Uno de ellos tenía el pelo recogido con un pañuelo de color verde omeya y abrazaba un cofre de marfil vacío que Yafar reconoció enseguida porque llevaba grabada en la cerradura una estrella de ocho puntas: era el anagrama geométrico de su familia. Lo volteó con el pie para verle el rostro y, al hacerlo, dejó que lo invadiera la esperanza de haber matado a su hermano. Pero enseguida experimentó la

sensación de frustración que lo acompañaría hasta el final de su vida: solo era el jefe de la guardia a la que sobornó Yahyá.

Muy lejos de allí, en la ciudad de El Cairo, Yahyá cumpliría con su destino de alcanzar la vejez. Iniciado en el sufismo, compuso en la madurez un compendio de las vías del bien y, cuando supo que el gran Almanzor había mandado asesinar al general Yafar, tradujo y comentó en términos autobiográficos el tratado de Plutarco acerca de cómo sacar provecho de los enemigos. Todavía vivió lo suficiente como para acompañar al califa Alhakim, por los años en que declaró que Dios se había encarnado en él, y se disfrazaba de mercader para recorrer las calles de El Cairo. Su opinión fue relevante cuando se ordenó arrasar y destruir el Santo Sepulcro de Jerusalén y su doctrina hermética sobre la transmigración de las almas se incorporó a la religión de los drusos. Cuentan los escritos que una noche subió con el califa hasta una colina desde la que se divisaba El Cairo y que nadie supo nunca nada más de ellos. Todavía hoy, sus discípulos aseguran que los dos ascendieron al cielo en sus mulas y que regresarán al final de los tiempos.

El gran Almanzor tenía dispuestos para Yafar otros designios. El que por entonces era ya hayib del califa niño había sido años antes **cadí** supremo de las provincias del África y allí se había convencido de que la soberanía sobre aquellas tierras lejanas y pobres era para Al Ándalus más gravosa que útil. De manera que, apenas obtuvo el poder, mantuvo íntegra la guarnición de Ceuta, pero abandonó el resto de África en manos de gobernadores indígenas que, como Yafar en Siyilmasa, huían de sus ciudades aún antes de ser derrotados. La estrechez del confinamiento de los huidos en el puerto de Ceuta era para el gran canciller una ocasión excelente para proveerse de jinetes mercenarios. Además, había mandado cartas a los principales jeques beréberes pidiéndoles servicios militares en la Península y ofreciéndoles a cambio salarios elevados y riquezas de botín. El primero en aceptar este llamamiento fue el general Yafar, príncipe de Zsar, que cruzó el Estrecho con seiscientos guerreros zenetes.

45

[4740-980-369]

De alguna forma lo fue durante toda su larga vida pero, por entonces, el califa Hisham II era tan solo un niño. Almanzor y Galib compartían el altísimo título de hayib y eran las máximas autoridades de Al Ándalus. En los últimos tres años, Jacobo Almanzor había dirigido ocho guerras contra los reinos cristianos y las había ganado todas. Sin embargo, nosotros seguíamos aclamando al viejo Galib como héroe de héroes y a él le atribuíamos las victorias del Dios Uno sobre los politeístas. Se acercaba a los setenta y vivía en Medinaceli, cerca de las fronteras, pero habíamos llegado a creer que duplicaría esos años y que los hijos de nuestros hijos seguirían viéndolo a perpetuidad pasando erguido y digno bajo los arcos florales de la victoria, que le construíamos en las calles de Córdoba. Con aquella voz de trueno, Galib era nuestro sosiego y la garantía última de nuestra seguridad. Por eso, las mujeres hablaban entre risas de su legendaria masculinidad y los hombres, entre bromas, de su longevidad desafiante. Y, por eso, Jacobo Almanzor deseaba de corazón que su suegro muriese de forma natural, porque estaba seguro de que si eso no ocurría pronto, tendría que envenenarlo.

A medida que intentaba defenderse con las palabras, Almanzor fue perdiendo la voz y notó que un hilo de miedo frío bajaba por el cauce de su espalda. Era un mediodía lluvioso, al comienzo de la campaña de primavera y su suegro, el viejo Galib, se había emborrachado durante los agasajos que les ofrecía el caíd de Atienza. Con la clarividencia propia de los ancianos ebrios, Galib acusó a Almanzor de dejarse derrotar en las plazas africanas. Lo llamó traidor. Revuelto por vinos jóvenes, sostuvo que estaba reclutando en Tingitania un formidable ejército de beréberes con el que, en realidad, no

pretendía como decía dañar a los francos, sino apartarlo a él del gobierno de Al Ándalus. Lo acusó de desagradecido. Le exigió que se despojase de cuanto privilegio pudiera provenirle de la impureza y el pecado por yacer con Subh, la vascona, viuda de Alhakam y madre del califa niño Hisham. Lo llamó, en fin, jorobado maldito. Cuando más arreciaba el desahogo de improperios del suegro, Almanzor dijo una palabra de más y eso estuvo a punto de costarle la vida a él y de cambiarnos la historia verdadera a nosotros.

Al principio, desconcertado por la violencia del suegro, Almanzor se mostró conciliador y dispuesto a discutir en otro momento la política africana. Después le ofreció al suegro el perdón de la parte que aún le debía de la dote de Asma. Y esta fue la palabra de más que pronunció. No dote, sino el nombre de la hija de Galib, porque el viejo, como si hubiera oído mentar en vano el nombre de lo más sagrado, desenvainó la espada y se fue con ella directo al corazón de Almanzor. Lo hirió en el esternón y solo la interposición del caíd de Atienza impidió que lo rematara en el suelo. Aturdido por la visión de su propia sangre, pero con un instinto de fuerza fría, Almanzor saltó por la ventana más próxima sin ni siquiera medir antes la altura. Y el único arbusto de rosas que había florecido ya en aquella alcazaba de inviernos perpetuos le salvó la vida a él y mantuvo el decurso previsible de nuestra verdadera historia.

Solo se permitió perder la conciencia cuando entró en el cuarto en el que los miembros de su guardia jugaban a las barajas. Después de socorrerlo y curarlo, le preguntaron qué debían hacer. El canciller miró hacia las montañas con un gesto desorientado, como si no tuviera la menor idea de su ubicación y destino, pero después montó declinando las ayudas y ordenó con firmeza tomar el camino de Medinaceli. A nadie le pareció una determinación razonable. Al anochecer, cuando divisaron las torres de la ciudad, sus hombres le preguntaron que dónde acamparían, y él respondió que pasarían la noche dentro. Tampoco era una decisión razonable: Medinaceli estaba gobernada por el propio Galib y tenía la mejor guarnición militar de Al Ándalus, tras la de Córdoba. Pero con toda frialdad, el gran camarlengo se presentó en la casa de su suegro, y le dijo al edecán que Galib no volvería de Atienza en mucho tiempo. Durante toda la noche sudó la fiebre de la herida del esternón en la alcoba de quien se la había hecho y, a la mañana siguiente, ordenó el saqueo de Medinaceli. A mediodía, presidió el reparto del botín.

En el alcázar de Atienza, tuvieron que despertar a Galib para poder darle los informes detallados de lo que había ocurrido en Medinaceli. Cuando los oyó, gritó desesperado, mandó venir al caíd y, sin mediar palabra, lo atravesó con su espada por haberse interpuesto y haberle impedido matar a Almanzor. Después, con su guardia más cercana, aquel Galib de nuestros himnos de victoria emprendió la huida hacia el norte y allí se transformó en un fugitivo emboscado.

* * *

La guerra comenzó en abril, duró cuatro meses y, contra todo pronóstico, la ganó Almanzor. Después de su huida de Atienza, Galib no tardó mucho tiempo en recibir el apoyo de Sancho Abarca, régulo de los vascones. A lo largo de todo aquel año, varios amigos, viejos como él y asustados por las represalias que Almanzor podría tomar contra ellos, desmantelaron sus casas por toda la península y se instalaron en comarcas cantábricas y pirenaicas. Para el combate final, los ejércitos se encontraron junto a la fortaleza de San Vicente. De un lado, formaban los vascones al mando de Ramiro, hijo de Sancho Garcés Abarca; los trinitarios de Castilla, al mando del conde García Fernández, heredero de nuestro comes Eulogio el bético iliberitano; y Galib, al mando de los restos de su antiguo poderío militar y de los girones de nuestro reconocimiento.

Enfrente, desmoralizadas y desguarnecidas, formaban las tropas de frontera de todo Al Ándalus; las capitalinas, dirigidas por un Almanzor enfermo y desesperado y, entre ambas, los seiscientos zenetes de refuerzo, llegados desde Ceuta al mando del general Yafar. En pocas horas, las tropas de la coalición desmantelaron las dos alas del ejército de Almanzor. Oímos entonces la voz estridente del viejo Galib que desde lo alto de una colina, solo y borracho, pero erguido y elegante, se daba a la oración.

—¡Al centro! —gritaba cuando vio desarticuladas las alas—. ¡Atacad el centro, porque el maldito jorobado sigue vivo!

Desde su atalaya podía ver en efecto la silueta desencajada de Almanzor que se movía de un lado a otro, que gesticulaba y gritaba, pidiéndole a los zenetes la resistencia hasta la muerte en cumplimiento de los preceptos del yihad. Galib le respondía con cánticos hondos, porque estaba dotado desde los albores de otro siglo de una voz que parecía tener la virtud de disolver a los fantasmas. Seguro de su victoria inmediata, Galib se permitió pedirle al Dios Uno su derrota y muerte, si es que había pecado al aliarse con las fuerzas de la casa de la guerra, y la victoria, si su vida era más útil que la de Almanzor para

la casa del Islam. Llevaba la cintura ceñida por la faja blanquiverde de general omeya y unas patillas de oso que le alcanzaban hasta la comisura de los labios.

De repente, desapareció su silueta de tartesio y se dejaron de oír su voz de salitre y su canto quebrado. Sus aliados se alarmaron. Ramiro, el vascón, envió a un oficial para que lo buscase y enseguida lo encontró muerto sin herida alguna, sin lesiones ni desgarros, y con los ojos abiertos y desencajados de pánico, como si hubiese visto por un último instante la cólera de Alá.

Nadie dudó de la intervención divina en la muerte del que fuera nuestro general más glorificado. Los oficiales de su extraña coalición de fugitivos se apresuraron a arrancarle la mano derecha, la que llevaba el sello familiar, y se la presentaron con respeto a Almanzor. El canciller, recuperado como por magia, empaquetado de nuevo en su túnica de seda, sonriendo incluso, aceptó la mano, pero les pidió también la cabeza para mayor garantía de la muerte y confirmación del milagro. Se la entregaron y, para que nadie dudara de su aceptación humilde de las señales de la Divina Providencia, tajaron el cuerpo del que había sido su emir y esparcieron por el campo los mil dados de su carne. Se cambiaron de bando, mataron a Ramiro, jefe de los vascones, y pusieron en fuga a todos los montañeses de pieles sin curtir que no entendieran que el dedo de Alá había señalado ya a Almanzor como el vencedor indiscutible de todas las batallas del futuro.

* * *

Los perseguimos sin piedad hasta que los vimos adentrarse en las ruinas de mármol de lo que había sido la ciudad romana de Pamplona. Acampamos para dar tiempo a que nos llegaran las instrucciones del gran canciller y, por la noche, sentimos el inconfundible hedor de la manteca hervida del puerco. A la mañana siguiente, en lugar de dejarnos arrasar aquel campamento pestilente, Almanzor nos contuvo y le mandó emisarios al régulo vascón. Contra el vaticinio de los que aseguraban que decapitarían a los mensajeros y nos atacarían de inmediato, porque los navarros eran gentes de zarpazos más que de palabras, los vimos retornar sanos al campamento. El régulo había aceptado todas las condiciones: la confederación de tribus vasconas, cántabras y astures se convertía en vasalla del califa y en marca fronteriza de Hispania frente a los francos.

Cuando ya habíamos comenzado a celebrar la capitulación de los montañeses y a construir con detalles la narración verdadera de la milagrosa muerte de Galib, vimos llegar al peludo y pequeño Sancho Abarca a nuestro campamento. Solo venía a suplicar de la magnificencia de Almanzor —al que llamó el rey, su señor, dominus Iacobus, el victorioso de Dios— que le entregara intacto el cadáver de su hijo Ramiro, para incinerarlo con leñas y ventearlo con sahumerios de conformidad con ritos anteriores a los siglos en que Roma nos mostró a los dioses. Para complacer la majestad de Almanzor, arrojó junto a la hoguera a una mujer de cabellos de paja, vientre prieto y hombros duros. Era su hija Aurora. Para nuestra sorpresa, Almanzor no solo aceptó el intercambio del cadáver de Ramiro, sino que tomó a la eslava como esposa. Años más tarde, esta mujer, de la misma raza de nuestra señora Subh, sería señalada por generaciones como madre de siglos de infortunio.

* * *

De regreso a Córdoba, colgamos la cabeza de Galib rellena de algodón en la puerta de la Corte, donde se exhibía desde diez años antes la del patriarca africano Ziri Manad. Mientras que hacíamos esto, al otro lado del Estrecho, las tropas cada vez más reforzadas de la confederación de las tribus sinhayas se encontraban ya a las puertas de Ceuta. Insatisfecho a pesar de la abundancia de los botines y la extensión de los territorios conquistados, el virrey Yusuf Buluguin I había empezado a planificar el paso del Estrecho. Sin saberlo ni proponérselo, pensaba en un imperio mediterráneo con los mismos fundamentos que el que muchos años antes había concebido la abuela Urlilit.

Fue por la carga amenazadora de estos movimientos militares en África por lo que el camarlengo Almanzor debió de tomar una extraña determinación de Estado. Una noche de invierno, durante un convite en Al Zahira, el escanciador le presentó una copa.

—Sírvesela —ordenó Almanzor— al que más estimo de los presentes.

El copero quedó suspenso porque no sabía a cuál de los invitados se refería su señor.

—¡Maldito copero! —exclamó entonces Almanzor—. ¡Llévasela al general Yafar, príncipe de Zsar!

Lisonjeado con semejante testimonio público de aprecio, el general Yafar se levantó y bebió la copa de un trago. Cada vez más eufórico, pidió unas botinas altas, se las puso y comenzó a bailar. Jacobo Almanzor parecía complacido, pero se retiró pronto. Los demás continuaron la fiesta de taconeo

con punteo de laúdes. Al amanecer, cuando el general Yafar llegaba a su casa acompañado por dos pajes tan ebrios y felices como él, fue asesinado. Como prueba del cumplimiento del encargo, los esbirros le llevaron a Jacobo Almanzor la cabeza y la mano derecha, con el anillo en forma de estrella de ocho puntas que era el sello de su familia. Con un cinismo que no le pasó desapercibido a sus colaboradores más cercanos, el gran canciller de Al Ándalus ordenó que se abriera una investigación sobre la muerte de Yafar, y decretó tres días de duelo en las dependencias oficiales de Al Zahira.

Después mandó embajadores a África. Yusuf Buluguin I los recibió en Fez. De viva voz, los emisarios le expresaron al virrey el mensaje de concordia del gran camarlengo de Al Ándalus. Quería iniciar negociaciones con los ziríes. De entrada, como primer acuerdo, se les proponía recibir bajo su autoridad todas las ciudades y plazas omeyas del Magreb. A cambio, Jacobo Almanzor solo les pedía que no invadiesen Ceuta. La señal inequívoca de la buena voluntad del gran canciller de Al Ándalus era la cabeza disecada y empaquetada del general Yafar, considerado el asesino del patriarca Ziri Manad.

46

Desembarcaron en Almería. El general Zawi Ziri ignoraba por completo la geografía de Al Ándalus. Sabía que hacia el norte estaba el río de los iberos y al occidente el Guadalquivir, río grande cuyas aguas cruzaban la mayor ciudad del mundo después de Bagdad. Contaban que muy al norte estaban los páramos del Duero y una cordillera que, según viajeros, venía a caerse en unos valles habitados por filisteos: hombres tan antiguos que no conocieron ni el esplendor de Roma, ni la invasión de los godos del oeste. Detrás de los valles había un mar que carecía de límites y en la frontera de la tierra había una tumba celta, en la que según Utman de Borja estaba enterrado un musulmán llamado Prisciliano. Nunca el general Zawi Ziri hubiera sabido mucho más si no fuera por su esposa Kahina, que era depositaria de las informaciones transmitidas por la abuela Urlilit.

Fue Kahina, en efecto, y no Utman, quien le explicó al general el camino que había de seguirse desde Almería hasta Córdoba. Debían atravesar un desfiladero que en cuatro jornadas los dejaría en la ciudad de Guadix, desde allí debían buscar el río Genil, y caminar otras seis jornadas hasta encontrar una tierra mesopotámica donde en épocas pasadas nacieron los descendientes de la primera mujer. De acuerdo con los cálculos de la Kahina, tardarían dos semanas en llegar, porque habría que evitar caminos directos y seguir a la inversa la misma ruta que siguieron los descendientes de Lilith cuando los tartesios los expulsaron del Edén. De modo que se limitaron a pedirle a Jairan, gobernador eslavo de Almería, que enviara mensajeros que informaran del desembarco al canciller Almanzor. Convencido de la clarividencia de su esposa, el general Zawi Ziri renunció a mapas, guías y otros instrumentos de orientación, y ordenó que se pusieran en marcha las acémilas y los carros con las mujeres y los niños, la infantería sudanesa y los guerreros a caballo.

Los primeros días no encontraron un obstáculo apreciable. Ascendieron hasta Pechina y desde allí, por la ribera de un río, hasta una aldea llamada

Fiñana que se parecía en todo a las de las cornisas del Titteri. Al cuarto día comenzaron el descenso hasta Guadix. A la caída de la tarde contemplaron una llanura rodeada de piedras excavadas desde la prehistoria y unas encinas tan verdes que parecían azules y tan irreales que le confirmaron a la Kahina la proximidad del Edén. Al día siguiente acamparon donde ella determinó: era el nacimiento de un río aurífero y, detrás del manantial, en una pared casi vertical de roca se veían unas pequeñas oquedades. Antes de que nadie se ofreciese, la Kahina se empeñó en trepar por la pared y penetrar por ellas. Escaló sin cuerdas, y después se deslizó como una lagartija por una cueva en la que apenas le cabía la cabeza. Enseguida desembocó en una sala grande con una laguna de aguas calientes con borbotones que parecían lágrimas. El general Zawi Ziri no pudo entrar sino cuando ella, a voces desde dentro, mandó que ampliaran la entrada de la cueva. Asegurado por una soga bajó hasta el lugar donde entreveía la silueta de Kahina, y antes de mirar lo que ella le mostraba, se preocupó de asegurarla por la cintura. Algunas de las piedras mayores tenían vetas doradas del tamaño de las rayas de un tigre y el sabor ácido del agua era indicio claro de la presencia del oro. Habús Maksán entró más tarde por el mismo camino y, cuando vio el espectáculo, lo consideró como una burla de sus sentidos. Consultado el maestro Utman, de forma unánime acordaron disimular con rocas la entrada de la cueva para que nadie la encontrase jamás. Muchos años después, el rey Abdalá de Granada volvió a acampar en aquella zona. Por entonces, ya era estación de una ruta regular de comerciantes y militares, paralela a la acequia que llevaba el agua hasta la Alhambra. Lo único que encontró de las piedras con rayas doradas fue un reflejo amarillento en las arenas del manantial. Seguro de que aquella historia no había sido una fantasía de su bisabuelo el rey Habús, se preguntó cómo habrían podido sus antepasados tapar una cueva con tanta diligencia como para no encontrarla en cien años de excavaciones continuas.

Antes del amanecer, el príncipe Zawi ordenó desmontar el campamento y reemprender el viaje. Durante esa jornada pasaron junto a la sinagoga de Garnata, y Kahina se detuvo ante la fuente del patio central. Era un trasunto de la del templo de Salomón en Jerusalén: la pila descansaba sobre doce leones solares de factura persa, que representaban a las tribus de Israel y a las casas del zodiaco, tres miraban al norte, tres al sur, tres al este y tres al oeste, y su borde imitaba el cáliz de un lirio. Aquella noche acamparon en las inmediaciones de la Raja Santa de Elvira, una sima profunda de aguas termales que algunos de los nuestros consideraban la puerta del infierno y

donde, muchos años después, sería bautizada la hija de Zawi. En los días siguientes siguieron el curso del río Genil, y por las llanuras mesopotámicas y feraces del antiguo Edén llegaron a Córdoba.

Al principio, la ciudad le pareció al general Zawi Ziri el centro mismo de un mundo enemigo. Por aquellos años, nuestra capital estaba ya más poblada que Bizancio y, según nos aseguraban los más empedernidos viajeros, alcanzaba el tamaño de una de las dos mitades de Bagdad. Tenía más mezquitas, iglesias y sinagogas que todas las ciudades de Ifriquiya juntas. Escoltados por cincuenta sudaneses a pie, los jefes ziríes llegaron a la capital dos semanas después del desembarco en Almería. Entraron por el camino del sur. Atravesaron un inmenso cementerio, pasaron ante un lazareto y lo primero que les llamó la atención fue que el núcleo urbano estaba circundado por murallas de piedra y no de adobe, ni de tierra apisonada como las de África. El gran río parecía fluir desde el mar hacia las montañas, y el puente de sueño por el que lo cruzaron parecía estar puesto ahí solo para llegar a la basílica mayor de Al Ándalus. Al otro lado, instalados al aire libre con mesas de escribanía y sillas de calígrafo, los esperaban los funcionarios de Almanzor. Vestidos de negro, con sombreros altos, alistando sobre las mesas portátiles o atendiendo de pie a los jinetes, se hacían cargo de interrogar a los mercenarios recién llegados y de anotar en pliegos exhaustivos su número, sus posesiones, sus soldadas y equipamientos. Al verlos, Zawi recordó a los judíos penitentes que rodeaban la mezquita de Qairuán. En realidad, eran eslavos, la mayoría rubios y todos eunucos. Con cortesía pero con celeridad, como llevaban haciendo un buen tiempo con otros destacamentos de mercenarios, los condujeron río arriba. No tuvieron que atravesar ninguna de las siete puertas de la ciudad y fue por esto por lo que Zawi no pudo contemplar entonces la cabeza disecada y olvidada de su padre Ziri, que formaba parte de la decoración del arco de entrada al antiguo alcázar del califa. Pero sí que vieron a los cautivos colgados con la cabeza hacia abajo, los pellejos negros de los ladrones crucificados junto a las tiendas del mercado de extramuros, y a los verdugos desocupados que paseaban con cilicios.

Pasada la bifurcación del camino de Toledo, los funcionarios de negro les mostraron la planicie donde debían acampar. El edecán de mayor rango nos ordenó que les diéramos de comer, que les ayudáramos a montar las tiendas, que los dejáramos descansar esa noche y que, al día siguiente, cincuenta

albañiles se unieran a los ziríes para comenzar la construcción de los cuarteles.

Por la mañana vimos llegar al resto de la expedición: la caballería, las seis carretas de bueyes con las arcas y los utensilios domésticos, los seis sudaneses descalzos que guiaban las carretas y la recua de mulos. Sueltos y ruidosos, llegaron también veinte niños para los que el viaje había sido una experiencia feliz, a pesar de ser demasiado jóvenes para cabalgar solos y demasiado crecidos como para montar en las carretas donde viajaban las mujeres. Zawi instaló a Kahina y a sus hijas en la tienda principal mientras disponía la construcción de una casa, y comenzó a recorrer las calles de Córdoba. Utman, Buluguin, Balidir y Osiris lo acompañaban. Ya para entonces los tres hijos de Zawi habían empezado a recortarse la barba y tenían el pelo acaracolado, los ojos grandes de color castaño claro, y las voces tristes y musicales que habían de caracterizarlos toda la vida.

Solos y desarmados, sin hacer caso de los vendedores ni de los guardias que se dirigían a ellos en la lengua romance que solo Utman comprendía, visitaron un cuartel circular donde se entrenaban las tropas del califa y se admiraron porque jaleábamos y apostábamos como si los militares fuesen gladiadores. Visitaron sinagogas, mezquitas e iglesias, y entraron en las madrasas donde nuestros jóvenes estudiaban el Libro Único en cualquiera de sus versiones. Vieron a nuestros leprosos, ciegos y tullidos que suplicaban limosna en aljamía y que recitaban en árabe aleyas del Corán, o pasajes de la Biblia en latín. Vieron un servicio de esclavos que barrían las calles con grandes escobas de ramas de palmera y tiraban al río los desechos del mercado, los animales muertos por accidente, las mulas militares reventadas y las ratas envenenadas por el alcanfor. Comprendieron que las muchedumbres de las calles no vivían en la ciudad, sino que habían llegado de cualquier parte de Iberia a conocer el poder de un califa oculto a quien nadie había visto en los últimos cuatro años. Vieron las riadas encadenadas de francos y eslavos, empujados a puntapiés por soldados uniformados que parecían idénticos a ellos, salvo en lo harapiento de las ropas y en las pústulas de los pies descalzos. Se extrañaron al comprobar que las formaciones de soldados eran multirraciales y supieron que la mezcla era disposición del hayib Jacobo Almanzor, para que el sentido del deber de las razas eslavas se mezclase con la ferocidad de las beréberes y para que nadie percibiera la ausencia de nuestros rasgos raciales en las formaciones que desfilaban.

A los pocos días de asentarse en el espacio asignado, Zawi Ziri y Habús Maksán recibieron sus correspondientes nombramientos militares. Caligrafiados con tinta sepia, los pergaminos llevaban el sello del califa Hisham II, sancionado con la firma del hayib Almanzor. Venían en una arqueta preciosa de marfil y bronce dorado, que también contenía la comunicación escrita de que el camarlengo tenía a bien concederles una audiencia que no habían solicitado. De manera que la primera mañana de lluvia de aquel otoño, los generales Zawi Ziri y Habús Maksán salieron del campamento antes del alba. Iban acompañados por sus respectivos edecanes Buluguin, Osiris y Hubasa Maksán. Cabalgaron hacia el este, remontando el río, y justo cuando amanecía divisaron las torres y atalayas de la alcazaba de Al Zahira, la ciudad resplandeciente de la que partían los estandartes, a la que llegaban los prisioneros encadenados, cuya mezquita tenía rango de mayor y en la que se tomaban las decisiones de gobierno de Al Ándalus. Construida a lo largo del Guadalquivir, tenía la ubicación que nuestros astrólogos determinaron como más propicia para el ejercicio del poder: en un alarde de geometría política, nuestros aljarifes colocaron al oriente la única puerta, para obligar así a los que llegasen desde Córdoba a circundar la mitad del perímetro de la muralla.

Acostumbrados todavía al adobe y a la cal, los jefes ziríes se quedaron fascinados con las columnas transparentes del palacio, los bancos de mármol blanco y las albercas rodeadas por surtidores de agua en forma de leones. Utman de Borja les iba señalando los cántaros gigantes de agua perfumada, el juego malabar del sol que era en aquel palacio un elemento arquitectónico más, y los estanques profundos donde se vertían a espuertas las sobras del pan para alimentar a unos peces de colores tan puros que parecían imposibles. Sobre las aguas flotaban nenúfares entre cuyos pétalos se escondían perlas y pepitas de oro para que los emisarios de los reinos de pastores transmitiesen a sus régulos la noticia de que a Almanzor le crecía el dinero hasta en los estanques. Bajo los árboles, había setas de piedra traídas por embajadores de Escandinavia y que el canciller Jacobo Almanzor había mandado pintar en dorado para que el enemigo supiese que le crecía la riqueza a la sombra de los sauces gigantes de Babilonia. Vieron la enfermería de los oficiales que paseaban ostentosos sus tulliduras de combate, a los músicos con laúdes que ensayaban las composiciones históricas de Ziryab, y a los negros gigantescos que cruzaban los patios llevando encajes delicados y bandejas con sábanas limpias. Las viejas de los harenes de tres califas anteriores, heredadas por el actual, formaban corros al sol y deliraban de amores con libertad.

* * *

El canciller Almanzor los esperaba en el salón alto de la almunia de la Perla. Sentado en la alfombra del centro, vestido con una simple camisa de mangas muy anchas, ni siquiera se levantó para saludar a sus nuevos generales. No era el califa, pero era mayestático. Ya no tenía nuestro reconocimiento, pero sus mentiras nos parecían verdades porque sus palabras eran las de nuestro poder. Considerábamos que sus palacios de Al Zahira eran un desafío a Medina Azahara y una ruptura del orden querido por Dios, pero sabíamos que era el único de nosotros que conocía el tamaño real de nuestro destino. Nuestros alfaquíes habían emitido dictamen a favor de la condición de ciudad de Al Zahira y habían apoyado la construcción en su recinto de una mezquita con rango de aljama. Tenía un cangrejo en el estómago que le iba royendo las entrañas, pero solo temía morir sin combate. Había adiestrado a su hijo Abdelmalic Amir para que lo sucediese y para que heredara todo su poder, sin mermar la autoridad sin potestad del califa marioneta. Había ganado tantas guerras que ya hacía batallas sin enemigos, como la que había recuperado para los hispanos el sepulcro de Compostela. Los régulos de Asturias, León y Pamplona eran sus vasallos y habían convertido sus montañas sin ciudades ni estatuas en marcas defensivas de Iberia frente a los francos. Sus hijas le habían tejido una mortaja y cuando llegaba a los campamentos o a las alcazabas se sacudía con cuidado el polvo de las batallas sobre una caja de marfil. Estaba persuadido por el Corán de que Dios librará del fuego del infierno a aquellos cuyos pies se hayan cubierto de polvo en los caminos del yihad. Y, en consecuencia, había hecho pública su última voluntad de ser enterrado sin ataúd, con la mortaja tejida por sus hijas y cubierto por el polvo de sus batallas.

* * *

Mientras duró el intercambio de los regalos, Utman de Borja recitó las salutaciones alternando el árabe coránico con el romance aljamiado. El alquimista había accedido a acudir a la reunión con dos condiciones: la primera era que se limitaría a actuar como intérprete sin intervenir jamás en la conversación, y la segunda, que no se inclinaría nunca ante el canciller. Estaba convencido de que el camarlengo era el más inteligente y el más pecador de entre todos los poderosos del mundo.

—La prueba es —argumentaba— que jamás ha querido derrocar a un califa imberbe, cuya madre es su amante, al que tiene recluido en Al Zahira

como si fuese un santo en su hornacina, y cuyo único sostén de mando es él mismo.

A juicio de Utman, solo una inteligencia mística o demoníaca podía saber que el poder verdadero no estaba en el mando, sino en la autoridad sobre el que manda.

—¡Así es el poder de Alá! —decía con escándalo—. Y si Almanzor lo sabe y no es un místico, entonces es que es un demonio.

Fue por estas convicciones por lo que durante la entrevista Utman no dejó de mirar a Jacobo Almanzor ni un solo instante. Años después, explicó a sus discípulos que aquel día no había acertado a discernir si la mirada lunática de Almanzor explicaba su demoníaco sistema de poder, o si era lo demoníaco de su poder lo que le producía aquella mirada de lunático. En su vejez, el alquimista reconstruyó cada uno de los rasgos del rostro de Almanzor, grabó en su mente las entonaciones de su voz y hubiera dado cualquier cosa por haber podido leer las líneas de su mano. De todas formas, años más tarde, cuando comenzó la guerra civil, lo escuchamos preguntarse si las formas del poder eran de la incumbencia de la teología y, a veces, lo veíamos leyendo el testamento político de Jacobo Almanzor por si acaso descubría en él una luz nueva para entender los embrollos de la teología política.

El gran canciller de Al Ándalus ni siquiera reparó en la presencia del intérprete y se dirigió tan solo al general Zawi Ziri. Sabía que aquel bárbaro del desierto tardaría mucho tiempo en poder hablar con él sin intermediarios, pero estaba convencido de que bastaba su mirada de rapaz para explicarle lo que quería de él.

En un momento de la entrevista, el canciller se levantó arrastrando las piernas, con un gesto que le perfilaba la comisura de los labios y que no se sabía si era de rabia, o de dolor, o de rabia por tener dolor. Padecía del estómago. A medida que su cuerpo iba perdiendo peso y que sus hombros de contrahecho iban afilándose, un cangrejo iba creciéndole en la base del esternón, justo allí donde años antes su suegro Galib le había clavado la espada.

Con un gruñido tan malhumorado que no precisó la traducción de Utman, ordenó al jefe de la ceca que le pagara al general Zawi Ziri. Apresurado y nervioso, el alto funcionario le llevó un cofre repleto de monedas. Eran dinares flamantes provenientes del tesoro califal y remuneraban el traslado y los primeros gastos de la instalación del campamento de Córdoba. Después,

con la mirada alta clavada en el entrecejo del general Zawi Ziri, Almanzor explicó que aquellos dinares resplandecían y olían a ajenjo, porque nunca habían circulado y se habían conservado hasta ese momento flotando en cántaros de absenta cubiertos de miel. Cuatro años antes, Subh, la madre del califa, tomó ochenta mil monedas de la cámara del tesoro de Medina Azahara e intentó hacérselas llegar camufladas al virrey de Mauritania para financiarle los costes del derrocamiento de Almanzor. El canciller calculó en voz alta el número de muertos que había costado aquella revuelta y le explicó al nuevo general de su ejército que, incautados los cántaros, desarticulada la rebelión y ajusticiados los responsables, había ordenado el traslado a Al Zahira de todo el tesoro califal.

—Seis millones de dinares —desveló.

Como consecuencia de la sedición de Subh, el canciller Almanzor ordenó por entonces el traslado del califa niño Hisham II desde Medina Azahara a las dependencias de Al Zahira. Y llamó para que compareciera ante él a la navarra Subh, esposa del califa Alhakam y amante suya en otros tiempos. Contó Jacobo Almanzor, como si se lo contase a sí mismo, que Subh llegó en litera, bajo palio de sedas, por el camino de Córdoba y con unas flores descuidadas en el regazo. Permaneció tendida en la litera incluso cuando él la recibió en aquella misma sala. La guardia descorrió las cortinas y Jacobo Almanzor la vio lánguida como siempre y hermosa como antes. Se había puesto una diadema en la frente, se había pulido los dientes con palillos del árbol de Arak, se había refrescado los ojos con polvos de carbón, se había pintado los labios con arcillas de amapola y se había dejado dividir el cabello por una raya exacta. Venía sin miedo a someterse al dictamen de aquel miserable funcionario que había sido su amante, y al que había promocionado desde la escribanía más remota de la corte hasta el puesto más próximo a su marido, el gran califa Alhakam II.

No tardó Almanzor en aclarar que Subh ya no vivía, y se le debía, por tanto, el respeto que merece la memoria de los muertos. No dijo cuándo ni cómo había fallecido, pero dio por sobreentendido que era él quien había dictaminado su muerte.

—El hayib de Al Ándalus —justificó— no puede ser agradecido. Ni siquiera puedo tolerar la sombra de debilidad que me arrojaría la sospecha de que actúo por deudas del corazón.

Interrumpió su relato con el inconfundible gesto dolorido de los ulcerosos. Volvió a mirar al general Zawi Ziri a los ojos, le entregó el paquete

que le alargaba un oficial y, con un leve gesto de excusa, dio por terminada la audiencia.

—La paz sea contigo —dijo en árabe el general Zawi Ziri al salir, pensando que la fórmula del saludo musulmán tenía esta vez un significado estricto y no ritual—. Con todo lo enfermo que está —le dijo a Utman cuando caminaban por la galería— este hombre necesita más la paz de la conciencia que la salud.

Antes de abandonar Al Zahira, toda la comitiva se sentó por los bancos de mármol, en torno a la alberca grande de los nenúfares, para escuchar sin atención las explicaciones organizativas de otro general beréber. Sin saber que Jacobo Almanzor lo miraba desde el torreón, el general Zawi Ziri abrió la caja que le había entregado. Lo hizo de manera distraída porque creía que contendría un presente ritual, pero lo que contenía era la cabeza disecada del patriarca Ziri.

El maestro Utman de Borja superó pronto el estupor que le produjo saber que se había cumplido la profecía que un día le hizo al califa Almúizz. El general Zawi Ziri, por su parte, le quitó trascendencia simbólica a la recuperación de la cabeza almidonada de su padre. La mandó limpiar de las adherencias de treinta años expuesta al aire libre, la envolvió en telas de prestigio y la guardó en el fondo de un arcón con la intención de llevársela un día y enterrarla junto al resto del cuerpo de Ziri en el pequeño cementerio de Achir. Cuando se le forjó esa idea, el general Zawi Ziri vislumbró por primera vez el día de su retorno a África y se dio cuenta de que lo que más añoraba ya de su pasado era el olor de las rosas de la alcazaba de Achir.

* * *

A los ziríes les había halagado la consideración de Jacobo Almanzor, pero todos se quedaron asustados por la inabarcable autoridad con la que los había tratado. Era el mismo sentimiento que por aquella época experimentábamos nosotros. En las balsas de placidez otoñal que seguían a cada una de sus victorias de verano, el gran camarlengo Jacobo Almanzor aprovechaba para desmembrar nuestros antiguos **jund** y los iba sustituyendo por tribus íntegras de eslavos o beréberes convertidas ahora en regimientos bajo mando natural y único. Los antiguos privilegios de nuestras familias sobre el comercio, la acuñación, la tierra, las hierbas y los montes se iban transfiriendo cada otoño a los comandantes rudos venidos del desierto o del fin de la Tierra, con sus extrañas armas y sus lenguas inhumanas. Y así, los generales mercenarios, el

gobierno de escribanos y alfaquíes, y el califa de hornacina y procesión se nos iban convirtiendo en las imágenes ciertas de su poder sin límites.

Conocíamos las fechas exactas de sus determinaciones porque algunos amaneceres de otoño, mientras prendíamos los braseros a las puertas de las casas, oíamos a las turbas que bajaban al galope desde la ciudadela de Al Zahira. Atrancábamos entonces las puertas, recogíamos a los niños y esperábamos a que pasara la euforia del nuevo poder otorgado en las interminables cenas de la ciudad resplandeciente. Después nos enterábamos de que esta vez la beneficiada era una tribu armada llegada de Egipto o de allende las estepas o de las orillas del Duero, con númidas o con camellos, con mujeres rubias o elefantes blancos, con religión o sin ella. Y nos enterábamos de cuál de nuestros jund había sido desmantelado aquella vez: nos contaban que los Banu Qasi de Borja ya servían como infantes en Guadalajara, que los barqueros godos de Denia servían ahora como estibadores en Almería, o que los équites de Jerez eran desde aquel día guerreros cubiertos con pieles de lobo por las serranías de Ronda. Nos contaban cómo, a veces, en aquellas cenas de las determinaciones de estado, el vino le humanizaba la palabra a nuestro canciller, que se daba a hablar del pequeño cangrejo que le habitaba al pie de su esternón, justo donde Galib le clavara la espada. Nos decían que debíamos nuestra paz civil a aquellos dolores, porque cada pinzada de aquel cangrejo en el vientre del hombre más poderoso del mundo servía para recordarle que no era el único dueño de todo su poder.

—*La gâlib ily Allâh* —repetía Almanzor—. Solo Dios es vencedor.

Pero nosotros sabíamos bien que aquella letanía religiosa escondía el destello clarividente de su propia finitud en contraste insoportable con su poder absoluto. Hasta el final de sus días, Almanzor siguió mortificado por aquella certidumbre amarga de que sus huesos se harían polvo bajo la tierra y de que allí reposarían sin poder alguno, como reposaban ya sus incontables tesoros, sus esmeraldas mudas de Guinea y sus anémonas de oro puro. Y nosotros, en cambio, viviríamos a perpetuidad, como las palabras, las lluvias o el sol.

47

En cumplimiento de la directriz del gran canciller, el general Zawi Ziri recibió el mando sobre setenta jinetes andalusíes, obligados a habitar con sus familias en el campamento beréber. También Utman visitó Zaragoza, Toledo y Sevilla y retornó a Córdoba acompañado por doce correligionarios con sus familias. En pocos meses, el primitivo campamento se transformó en un arrabal urbano. El general Zawi Ziri, en persona, se encargó de disponer los solares para las casas de forma que respetasen unas calles amplias y rectas como las romanas de Medea. Mandó construir un puente de barcas que oscilaba con la corriente y que permitía justo el paso de una mula, para que se pudieran trabajar los huertos del otro lado sin que los agricultores tuviesen que vadear el río. Trazó las calles con hileras de palmeras y supervisó su poda leve, pero continua, y siempre de abajo hacia arriba. Lo hizo con tan buen sentido que en poco tiempo ninguna casa recibía sol a la hora inclemente de la siesta de verano. Los sufíes llegados de toda Hispania divulgaron enseguida la frescura del emplazamiento y la posición privilegiada de la calle principal en el camino de Al Zahira, empedrada con cuidado y en paralelo al Guadalquivir.

Fue así como el campamento marcial del primer verano se convirtió muy pronto en un barrio laborioso, con agricultores que labraban la huerta feraz del otro lado del río, con bazares de artesanos y talleres de forja que tanto construían artificios de guerra, como artilugios de cocina. En un callejón lateral, Utman de Borja había instalado un taller de alquimia y espagírica, y pronto circuló por Córdoba el rumor de que allí se curaban los gases del estómago y las cataratas de los ojos, de que se adivinaba el porvenir y se interpretaban las líneas de la mano. Los jarabes de licor del maestro sufí cobraron tal fama que algún viernes, después de la oración, hubo que dispersar por la fuerza la hilera de soldados de permiso que se formaba ante su taller.

El general Zawi no tuvo un instante de reposo. Perdió todo interés por el entrenamiento militar de las tropas que dejó en manos de Habús Maksán y, acompañado siempre por su hijo Osiris, volvió a ser en Córdoba el juez salomónico y el alcalde de paz que resolvía los conflictos de vecinos con normas inventadas. Era él quien decidía el trazado de las nuevas acequias y los turnos de riego, quien perseguía por Córdoba a los deudores de los comerciantes de su barrio y quien lidiaba con los proveedores de los artesanos. Adquirió tanta autoridad que más allá del arrabal de los ziríes, en toda la ciudad empezamos a considerarlo como una suerte de intendente de la policía local. Le pedíamos que vigilase a pillos y pordioseros, le consultábamos sobre la calidad de los terrenos antes de echar cimientos o de ponerlos en cultivo, le confiábamos a los niños más enclenques para que los adiestraran sus sudaneses, o nos dejábamos aconsejar en la cría del caballo.

Kahina no era menos activa que su esposo. En los mediodías del primer verano, recostada en almohadones de lino húmedo, como si de veras fuera una damisela acalorada, tejió una nueva capa para su esposo y la bordó sobre un bastidor, como le habían dicho que debía vestir un general andalusí. Suspiraba y se reía de sí misma porque, después de cuatro partos, su piel oscura, su vientre tenso y sus pechos escasos revelaban que no se le habían pasado las ganas de montar a caballo y refrescarse en los ríos. La nostalgia de Achir transformó en viento de montañas las ráfagas de la calina del Guadalquivir y pronto comenzó a cabalgar por los alrededores con el pretexto de comprar hortalizas al otro lado del río, o especias en el mercado principal. Un día mandó desembalar el espejo de roca que perteneció a Urlilit y, por primera vez en veinte años de matrimonio y maternidad, vio su rostro con la marca de la feminidad y se sorprendió de cuánto se parecía a la imagen mental que tenía de Urlilit en su juventud. Después, sin saberlo, comenzó a comportarse como se comportaba la matriarca en los tiempos de la fundación de Achir.

Con su infatigable ir y venir convirtió la tienda del general en un palacete de fantasía. Plantó rosales trepadores en la entrada, sembró de nenúfares la alberca del patio y lo empedró de manera geométrica con los guijarros más negros y más blancos de los pulidos por el río. Las habitaciones de las mujeres se fueron llenando de cajitas de marfil del Sudán que contenían el mejor khol triturado para azulear el blanco de los ojos y de cuencos cuya propia arcilla se amasaba con amapolas para enrojecer los labios. Había también una reproducción en bronce de la mezquita mayor de Qairuán y

laúdes de todos los tipos que pertenecieron a un comerciante persa atropellado por una carreta de bueyes cuando salía borracho y feliz del taller de Utman. Trabajaba, reía y preparaba para los niños y para las mujeres pócimas de espagírica que le enseñó Urlilit.

Por la época de la última guerra que ganó Almanzor hubo en Córdoba una epidemia de vómitos y diarreas que afectó a casi toda la población juvenil. Kahina preparó un jarabe que contenía extractos de amapola negra, cecinas de mero y mojamas traídas de las almadrabas de Almuñécar, y con él curó a los hijos de los ziríes. Al poco tiempo, empezaron a llegar niños de todos los arrabales de la ciudad, de todas las edades y de varias razas. Solo dos se resistieron al mejunje sanatorio de Kahina: una niña de doce años que le habían traído desde Cástulo, ciudad íbera aguas arriba del Guadalquivir, que usaba botines de hombre y que quería mortificarse, y aseguraba que ella era la culpable de la epidemia por haber contaminado las aguas del río con sus lágrimas negras de desamor; el otro era un noble de Garnata de dieciséis años, demasiado formado para su edad, y que hacía sus primeras prácticas como oficial del ejército califal. Después de beber la pócima y de pagarla, volvió a entrar decidido en el taller de Utman cuando la Kahina reponía los frascos en las estanterías.

—He vuelto para decirte que volvería a beber agua del río para que tú me volvieses a curar.

Antes de que la Kahina tuviera tiempo de decirle que no lo entendía, porque apenas si farfullaba el romance, el joven atrancó la puerta y limpió de un manotazo los vidrios que quedaban sin retirar de la mesa. La puso de espaldas con el pecho sobre el mesón y le rodeó la boca con el brazo para que lo mordiera si tenía que gritar. Kahina, que todavía se reía porque creía estar con un zagal revoltoso y juguetón, se estremeció con una masculinidad de asombro. Cuando logró darse la vuelta solo vio una piel de aceituna y unos ojos de esplendor. Sin querer, apoyó la cabeza en un pecho que le pareció de cuero tersado, oyó las palpitaciones de un corazón grande y central y enredó sus dedos entre unos rizos negros que le parecieron hechos de pétalos. Terminaron amándose sobre un charco de esencias florales.

48

Cumplidos ya los sesenta y atravesado el vientre por un dolor constante e infernal, Jacobo Almanzor sintió prisa por restaurar también el culto emilianense. Aquella sería su última guerra y su última tarea de política exterior. A finales del otoño mandó cartas a caídes y gobernadores anunciando la expedición y ordenándoles que aprestasen las tropas a su mando y se dispusieran a unirse al ejército califal. Después, toda la compleja administración de Al Zahira se concentró en los preparativos. Eran precisas dos mil acémilas solo para cubrir las necesidades del séquito inmediato del canciller, otras cien mulas solo para llevar las muelas de la harina, y seiscientos jinetes para escoltar a los cuatro mil dromedarios que transportaban las cocinas, las lámparas, los yunques y los utensilios de herrería. Hacían falta cientos de cajas llenas de monedas para pagar a los mercenarios y para convertir los botines antes de repartirlos. Había que transportar los cepos para los soldados pendencieros y borrachos, y las cadenas para los prisioneros. Había que reparar miles de tiendas de campaña para las tropas, para las prostitutas que seguían a las tropas y para las mujeres chiíes que, aunque exentas del combate, cumplían con el mandato del yihad. Y había que forjar armaduras y espadas, puñales y lanzas, escudos y adargas, arcos y flechas.

* * *

Terminaba ya el invierno cuando se celebró el alarde. Lo presidió Abdelmalic Amir. Situado en el mimbar, uno a uno los comandantes del ejército le acercaban sus lanzas y él le anudaba a cada uno su bandera. Verdes y blancas para los andalusíes, blanquiazules a los beréberes, y rojas a los eslavos. Buluguin, Balidir y Osiris Zawi formaban delante de Hubasa Maksán que fue quien recibió la bandera azul con el claro de luna en el centro y detrás de Joaquín de Garnata, el capitán de los judíos, del que no podían saber que

también ocupaba un espacio en el corazón de su madre. Con voz sobrenatural, todos los imanes de la mezquita recitaban a la vez la Azora de la Victoria, la número treinta y ocho del Corán, la que invoca la victoria para los ejércitos del yihad, advierte del mal fin que espera a los infieles, exime a los enfermos de participar en el combate, establece el castigo doloroso para los que vuelvan la espalda al enemigo, promete abundante botín y fundamenta el juramento de fidelidad al califa.

En la mañana del equinoccio, los vimos salir por la Puerta de la Victoria de Al Zahira. Primero desfilaban los comandantes, entre los que aquel año vimos por primera vez a Habús y Hubasa, hijos de Maksán, y a Buluguin, Balidir y Osiris, hijos de Zawi. Después galopaba Jacobo Almanzor acompañado por su hijo Abdelmalic Amir, sus visires y sus generales, y entre ellos, Zawi Ziri. Se detuvieron ante el antiguo alcázar del califa, en cuya azotea un actor vestido con las ropas califales de Abderramán III elevó los brazos al cielo para invocar la protección del Altísimo sobre sus ejércitos. Durante toda la jornada, los vimos salir por el camino de Toledo.

Caminaron durante tres meses para alcanzar Medinaceli, la ciudad donde se depositaban las catapultas, y ya entrado el verano asolaron el monasterio cristiano y restauraron el culto primigenio a los restos del santo Emiliano.

A la vuelta, tras enviar las cartas de la victoria al califa, el canciller Jacobo Almanzor supo que se le agravaba la enfermedad, no tanto porque el cangrejo hubiera crecido y le arañara las entrañas con más fuerza, sino porque comenzaron a brotarle por todo el cuerpo unos lunares grisáceos de decrepitud. Había perdido tanto peso que parecía que alguna vez hubiera estado muy gordo. Su piel era un pellejo sucio que colgaba y todo lo que lo cubría resultaba grande. Sus ojos demoníacos, tan temidos en otro tiempo, se habían convertido en dos puntos oscuros en el centro de unas cuencas enormes, y sus piernas estaban tan esqueléticas que los pies menudos parecían ahora pétreos, enormes y cuadrados. Desconfiaba de los médicos judíos que, por su parte, no estaban de acuerdo ni sobre la naturaleza de su enfermedad, ni sobre el taxón anatómico donde debía incluirse su cuerpo, ni sobre el plan de curación que debía seguirse. Rehusó con obstinación los auxilios del arte y solo tomó los remedios de espagírica que le ofreció el general Zawi Ziri y que estaban preparados por Utman, a esas alturas reconocido ya como el mejor alquimista de Al Ándalus. Y no aceptó los fármacos de Utman porque creyese

que lo iban a curar o ni siquiera a aliviar, sino solo porque le producían una ebriedad reparadora que por algún tiempo lo alejaban de sí.

Nosotros sabíamos que se iba a morir, no solo porque cada vez rezaba más, sino sobre todo porque adoraba a los niños y percibía con asombrosa nitidez los efectos en la naturaleza del cambio de las estaciones y del ciclo diario del sol. Siempre que lograba apaciguar su dolor, montaba en un caballo palafrén para que lo viéramos como el adalid de antaño, y cuando ya no pudo tenerse en la montura se hizo llevar en una litera cubierta con velos negros. Los porteadores eran los infantes sudaneses que le brindó el general Zawi Ziri, elegidos por su paso ligero y, al mismo tiempo, suave. Dos esclavas lo lavaban, le ayudaban a cambiarse de ropa y de postura, y perfumaban el habitáculo de la litera para evitar que el fuerte olor de los sudaneses neutralizara el efecto de los fármacos de Utman y le provocara una insoportable sensación de realidad.

—¡Veinte mil soldados —se quejaba— están inscritos en mis banderas, pero ninguno entre ellos es tan miserable como yo!

Pidió a los alfaquíes que le permitieran cumplir con la oración en la misma litera, para que su cuerpo no tuviera que postrarse según el ritual de la plegaria. Contra la opinión de buena parte de sus colegas y con la única condición de que la litera estuviese apoyada en el suelo y no en los hombros mojados de los sudaneses, uno de los alfaquíes le concedió el permiso. Según nos explicó más tarde, emitió este dictamen favorable no tanto porque considerase viable una interpretación generosa del precepto jurídico malakí según el cual era necesario tocar el suelo siempre que se rezaba, sino porque se conmovió al comprobar en Almanzor lo efímero de todo poder terrenal. En otro tiempo, el gran camarlengo de Al Ándalus no solo no hubiese pedido autorización para un asunto de mera liturgia sino que, además, habría convertido en ley su práctica por el simple hecho de que él la ejercía.

Llevándolo así a hombros durante catorce días, llegamos a Medinaceli. Mandó entonces Almanzor que convirtieran en alcoba el salón de embajadores de la alcazaba y que le preparasen un lecho amplio con las mejores sedas del país. Cuando todo estuvo listo, se dejó caer en un mar blanco, en una cama que lo duplicaba en longitud y que tenía ocho veces su anchura. Allí postrado, ordenó que no se le acercasen ni los generales, ni los alfaquíes, ni los imanes, ni los médicos de ninguna nación, ni los cientos de mujeres que formaban cola para ofrecerle sales y pócimas capaces de hacer andar a un paralítico o volar a un pájaro sin alas.

Solo soportaba la presencia de su hijo Abdelmalic Amir. Calculábamos por entonces que el camarlengo Almanzor habría tenido más de sesenta hijos con las incontables mujeres que visitaban su tienda durante las campañas de la guerra. Pero, de entre los varones, solo reconoció la paternidad en tres ocasiones. Renegó de su hijo mayor y hubiera atravesado con la espada a cualquiera que le mencionase su nombre o que le recordase los episodios de su traición. Reconocía como primogénito indiscutible al hijo de Asma y nieto de Galib, Abdelmalic Amir, y lo hacía no solo como heredero de todo su patrimonio, sino también de todo su poder propio y de todo su poder sobre el poder del califa, y lo reconocía hasta el punto de que, apenas Abdelmalic Amir cumplió los dieciocho años, lo hizo nombrar hayib por el califa Hisham. Y de forma sorprendente, Almanzor reconocía también la paternidad sobre Abderramán, hijo de la navarra Aurora, aquella mujer que el régulo vascón le entregara a cambio del cadáver respetado de Ramiro.

Nuestros alfaquíes odiaban a este otro joven. A sus ojos, su origen era ya una mancha imborrable y se lo recordaban llamándolo «el Sanchuelo». Agredido desde su infancia por los infundios de los imanes, Abderramán parecía empeñado en superar su propia leyenda. Era un libertino. Por la época en que murió su padre apenas pasaba de los veinte y ya conocía todos los prostíbulos y tremedales de Córdoba. Se contaba que disponía de esclavas que atendían desnudas a sus invitados. Se decía que en uno de sus aposentos privados de Al Zahira había una bañera de bronce sostenida por cuatro patas de elefante de oro en la que se celebraban baños colectivos con sales terapéuticas traídas de cualquier esquina del mundo y cuyas espumas adquirían colores tan imposibles que provocaban la alucinación. No tenía escrúpulo de beber vino en público y se contaba, con profunda indignación, que se mofaba de los muecines, entonando un canto similar al de ellos, pero que llamaba a la bebida en lugar de a la oración. Era pendenciero, violento y sanguinario. En particular, contra cualquiera de nosotros que se atreviera a pronunciar la palabra Sanchuelo en su presencia, y más aún con los cristianos trinitarios a los que maldecía y humillaba con un furor insólito en Córdoba, la ciudad de las veintiocho iglesias. Ni siquiera los ulemas más íntegros le exigían que tratase así a los trinitarios, pero él creía que la persecución de los cristianos lo insertaría en la comunidad musulmana y lo alejaría de la imagen de pagano politeísta que nadie le construyó: nuestro desprecio a sus orígenes no se debía a la profesión cristiana, sino a la nación de su abuelo Sancho. Por

entonces, las tierras de los eslavos al norte del río Duero eran para nosotros patrias de cabreros sin ciudades ni estatuas.

Abdelmalic Amir, en cambio, era de porte civil y comportamiento sereno. Irreverente como Abderramán Sanchuelo, se distinguía de él porque prefería la administración a la acción militar. Se le gastaba el tiempo ajustando cuentas de patrimonio, adquiriendo casas y vendiendo tierras. Había aprendido de su madre un cierto desdén por la política que escondía, en realidad, un terrible miedo a la guerra civil, porque Asma no había podido evitar transmitirle al niño el espanto vivido en los tiempos del combate incomprensible que mantuvieron su padre Galib y su esposo Almanzor. Tampoco heredó Abdelmalic Amir las dotes del arte político de su padre: no sabía historia, no tenía una teoría del califato, ni miedo a los francos del norte, ni a los beréberes del sur. A su entender, la cancillería del califa y las otras altas magistraturas que ocupaba eran solo casas con cuentas, tierras, rentas, cosechas, herencias y compraventas. Cegado por un gran amor paternal, Almanzor nunca alcanzó a percibir estas limitaciones de su hijo y siempre mantuvo e hizo pública su admiración por él. Nunca vio que su espíritu comercial y administrativo fuera excluyente de su condición militar, sino que entendió que eran virtudes añadidas a las muchas otras que harían de él un gran sucesor.

Fue por esto por lo que en los días finales de su vida, cuando yacía moribundo en la sala de la alcazaba de Medinaceli, solo quiso dictarle su testamento político a Abdelmalic Amir. Era curioso pero no contradictorio, porque Almanzor, que nunca quiso ser califa, pretendía ahora hacer hereditario no el poder delegado de Alá, sino la delegación del poder del califa. Temía con buenas razones que después de su muerte estallara en Córdoba una revolución legitimista que intentara restaurar el poder directo de los califas y abolir la cancillería hereditaria en su familia. Como sostenía Utman de Borja, el arte político de Jacobo Almanzor estaba basado en la sola idea de que el poder auténtico no proviene del mando, sino de la autoridad que se ejerce sobre el que manda. Empeñado en mantener esta idea, la primera instrucción que le dio a su primogénito Abdelmalic Amir fue que jamás destituyera o despreciara al califa marioneta Hisham II. Y no solo Utman, sino también muchos otros teólogos de aquel tiempo, consideraban que el bucle que formaban el poder divino del califa y el terrenal del canciller solo podía triangularse por arriba con el demonio. Siglos más tarde, sin embargo, los discípulos de Utman de Borja no solo no consideraron

demoníaca esta forma de anudar el poder, sino que incorporaron el bucle para siempre a la teología y a la arquitectura política del Islam.

La segunda instrucción para Abdelmalic Amir fue que mantuviera la organización de los veinte mil soldados del califato, sin permitir jamás que se recompusieran los antiguos jund de los andalusíes y renovando con generosidad los contratos con los mercenarios beréberes y eslavos. Lo instruyó para que nombrase a Zawi Ziri jefe de su guardia personal y jefe de la policía de la capital, pero le aconsejó que confiara el mando del ejército a su hermano Abderramán Sanchuelo, del que dijo que estaba acompañado por las estrellas de la suerte y la fortuna. Le recordó que el día en que celebraron la circuncisión de su hermanastro comenzó a llover después de años de sequía. Fue entonces cuando Abdelmalic Amir lloró por primera vez. No lo hizo porque su padre se estuviera muriendo, sino porque se dio cuenta de lo idealizados que tenía a sus hijos, y de hasta qué punto el amor de la sangre podía enturbiar la mirada y errarle el análisis al hombre más poderoso del mundo.

Apenas pudo calcular los días que le sobraban para morir, el canciller Jacobo Almanzor llamó por última vez a Abdelmalic Amir y le ordenó que dejase el grueso del ejército de Medinaceli al mando de Abderramán Sanchuelo. Él, sin discusión alguna, debía marcharse a Córdoba acompañado por el general Zawi Ziri y sus hombres. Pensaba que solo así se evitaría la revuelta civil. Entre lágrimas, Abdelmalic le prometió seguir todos sus consejos, le besó la mano y los labios macilentos que le supieron a madera, y ya iba a salir de la sala cuando Almanzor volvió a llamarlo, porque temía haber olvidado decirle algo. Y así varias veces. Cada vez que Abdelmalic pensaba que su padre había terminado de hablar y comenzaba a retirarse, el moribundo volvía a requerir su presencia, temía siempre haber olvidado algo y siempre hallaba un nuevo consejo que añadir a los que le había dado ya.

49

[av de 4762/noche de San Lorenzo de 1002/25 de ramadán de 392]

Escoltado solo por los hombres del general Zawi Ziri, Abdelmalic Amir llegó a Córdoba a finales de julio. Para entonces, nosotros ya teníamos el sentimiento opresivo de que algo peor que la muerte del gran Almanzor iba a ocurrir. Como siempre, aquella vez también habíamos construido un arco de la victoria, frente al alcázar antiguo, y lo habíamos coloreado con las últimas rosas no fulminadas por el verano. Por la tarde, los edecanes anunciaron que ya llegaba Abdelmalic Amir por el camino de Toledo y nos pidieron que lo aclamásemos como si fuera su padre. Enseguida cundió el rumor de que venía acompañado por un único regimiento de jinetes beréberes pero, a pesar de todo, salimos a la calle y formamos las dos hileras habituales del agasajo y la aclamación. Pronto se nos confirmaron las peores premoniciones porque supimos que había bordeado la ciudad por el norte y que se dirigía directo a Medina Azahara para ver al califa Hisham II.

Aquella fue la primera ocasión en que el general que siete años más tarde había de arrasarla visitó Medina Azahara. A Zawi aquella ciudadela lo impresionó aún más que Al Zahira. Contó las mezquitas, preguntó por el número de los baños públicos, de los talleres, establos, huertos, bazares y esclavos que eran, según le dijeron, tres mil y setecientos y cincuenta de todas las razas conocidas. Vio por primera y única vez en su vida a una mujer de la China, a un indio escuálido y a un teutón formidable cuya piel era más roja que blanca y más granulosa que lisa. Vio el palacio califal y tuvo que disimular el embeleso cuando oyó que estaba construido sobre ciento cuarenta columnas que en su día enviara el emperador Constantino Porfirogéneta. Y solo pudo cambiar su estupor por placidez cuando le enseñaron el jardín de

las fieras enjauladas, la pajarería gigantesca y los acuarios tan grandes que la ración de pan para sus peces era de mil hogazas al día.

La sala del trono, donde los aguardaba Hisham II, estaba revestida por planchas de mármol tan finas que resultaban translúcidas. En el centro había un gran cuenco, poco profundo y lleno de mercurio, que reposaba sobre una base balanceante y que destellaba la luz que recibía. Apartado desde niño del poder, condenado a una especie de simbolización de la autoridad suprema, Hisham II vivía recluido en Al Zahira desde que su madre sustrajera el oro para financiar la rebelión contra Almanzor. Solo cuando el gran canciller salía de campaña se le permitía volver a su exilio dorado de Medina Azahara. Para estos traslados lo vestían de mujer, lo subían a una mula y mandaban a las tropas que cortaran las calles por donde había de pasar. Según contaban los que pudieron verlo tras las celosías de las casas, aparecía como un espectro engordado que primero suscitaba la compasión y después el asombro porque, aun así, camuflado y transportado como un saco de carne, parecía emitir destellos de su poder de origen divino.

Tan poco parecieron preocuparle las noticias que traía Abdelmalic Amir que ni siquiera detuvo su mirada perdida que seguía los destellos del mercurio en las paredes. El hijo del gran camarlengo se dirigió a él con respeto, le advirtió de que podían comenzar los motines en la ciudad y le expuso la conveniencia de que volviese con él a Al Zahira. El califa ni aceptó ni se opuso. Miró a Zawi Ziri, a Buluguin y a Osiris y le preguntó a Abdelmalic que si eran aquellos moros nuevos de los que contrataba su padre Jacobo Almanzor.

Buluguin Zawi, que nunca había estado en presencia de un califa, se sintió ofendido. Zawi Ziri, en cambio, que nunca podría olvidar su charla interminable con el califa Almúizz por los tiempos en que a su padre le cortaron la cabeza, le restó cualquier importancia al comentario despectivo de Hisham. Al contrario, llegó a sentir compasión en presencia de aquel príncipe redondeado. Debía de tener su misma edad, pero estaba tan gordo por la inactividad y tan blanquecino por el encierro que parecía una rotunda abuela de harén a la que le estuvieran brotando pelos sueltos en el rostro. Nunca había visto a un hombre de aquel color, tenía la piel más azul que blanca, el pelo más rojo que rubio, los ojos más tristes que malévolos, los dientes más agudos que resplandecientes, y un vientre colgante más de mujer embarazada que de bebedor de jarabes endulzados. Abdelmalic Amir dio por terminada la entrevista y los instruyó para el traslado del califa Hisham II a Al Zahira. Le

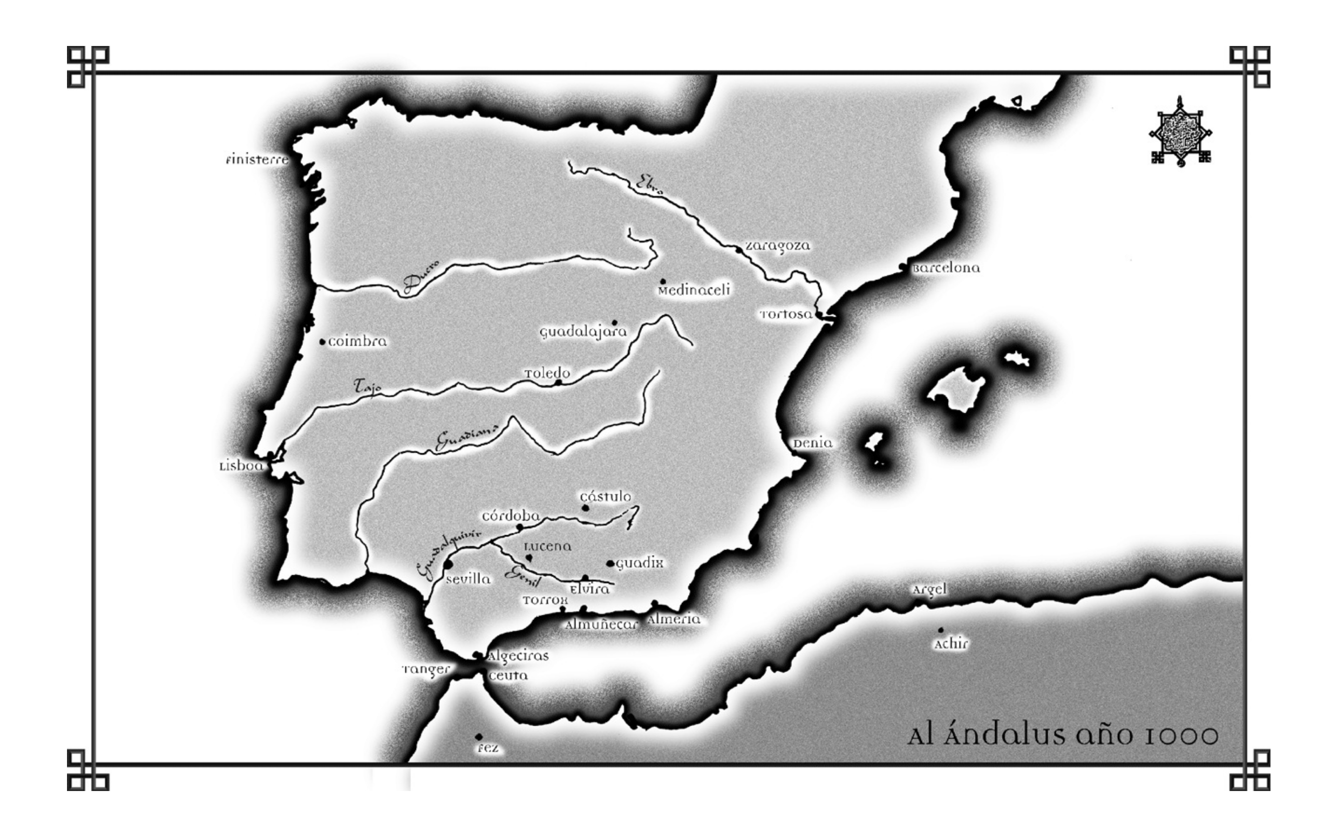
pidió a Buluguin Zawi que marchase delante cerrando al tránsito las calles y los caminos por los que habían de pasar, y le pidió a Zawi Ziri que no se separase del califa. Fue por esto por lo que el general Zawi Ziri entró en la alcoba donde el califa se dejaba vestir por unos edecanes esbeltos y amanerados que parecían acostumbrados a manejar las sedas y los encajes de los vestidos de mujer. Cuando terminaron de vestirlo, lo sentaron de lado en la montura de un caballo palafrén guiado por dos pajes. El general Zawi Ziri cabalgaba detrás de él. Atravesaron la ciudad de Córdoba sin evitar las calles principales. Cien metros por delante de la comitiva, los lanceros beréberes iban cerrando bazares y talleres, espantando niños y callando a codazos a las vendedoras más exaltadas. Se generaba así la atmósfera fúnebre que desde hacía veinticinco años, y por orden del gran camarlengo de Al Ándalus, debía acompañar siempre los desplazamientos del califa por la ciudad de Córdoba, pero aquella vez hasta el calor nos parecía una aguja de premonición.

Mientras tanto, en Medinaceli, Almanzor experimentó la mejoría de la muerte. En los últimos días de su vida sintió el afán de relatarla entera. Con un hilo de voz iba contándole al poeta Yaziri tanto las minucias como las grandes gestas de su vida. Horas después, recitado y versificado, el poeta le devolvía su mismo relato. Por estos versos supimos que quien había llegado a matar a un hombre por negar que descendiera del primer yemení que pisó la península vendía de niño en el mercado las telas que su madre cosía y bordaba hasta la madrugada. Y que quien se hacía denominar con veintidós apellidos de origen árabe que alcanzaban a rozar la genealogía del Profeta había aprendido la lengua del Corán a edad tardía, cuando supo que su destino se centraba en las escribanías de Córdoba. Supimos que su primera esposa estaba llamada por el destino a ser el único amor de su vida y que lo habría sido de no ser por una alucinación instantánea: porque cuando Galib le clavó la espada en el esternón, él vio por un instante el rostro de Asma inserto en el de su padre y no pudo, durante años, apartarse la idea de que era ella quien lo había embestido. Contó que durante la campaña final contra Galib yació en su tienda con más de un centenar de mujeres y que quince de ellas le comunicaron después que habían concebido varón. Conocimos las razones por las que tomó a Aurora como esposa y no como esclava: según nos contó, lo decidió así tras la primera noche que pasó con ella en su tienda. No fue por seducción, ni por razones políticas, sino porque reconoció en ella la imagen verídica de la madre de su madre, en los tiempos en que era joven y lánguida y andaba descalza entre las gallinas del patio de su casa de Torrox.

Cuando las primeras estrellas empezaron a caer del cielo de verano, mandó venir a sus visires y generales, y comenzó a despedirse uno por uno de todos ellos. Habús Maksán fue de los primeros en acercarse a su cama. Lo vio tan delgado y tan pálido que pensó que los guerreros nunca deberían morirse en las camas. Se asustó tanto con el espectro que ni siquiera se esforzó por entender las palabras en lengua andaluza que le dirigió. Se impresionó tanto con el inconfundible aspecto de la grandeza podrida que treinta y seis años después, cuando le llegó a él la hora de la muerte, mandó que sacaran su lecho al patio de armas de la alcazaba real de Granada. Y ordenó que le pusieran las botas de montar y que le apoyaran los pies en el suelo, para intentar expirar de pie y morirse caído boca abajo, con la cabeza apoyada en el brazo que sostenía la espada de rey. Después fueron entrando generales, visires y edecanes. A todos los reconoció, a cada uno le dijo algo y, antes de que las estrellas fugaces parasen de recorrer el cielo, se murió.

Lo enterramos en Medinaceli, porque él detestaba nuestra forma de enterrar a los muertos grandes, entre gritos, desgarros y multitudes urbanas. Lo hicimos en la mañana, antes del calor y al pie de una loma de olivos por la que bajaba una brisa triste. Sin ataúd, con la cabeza orientada hacia La Meca y el embebido cuerpo envuelto solo con la mortaja que habían tejido sus hijas. La primera tierra que cubrió su cuerpo fue la contenida en el cofre de marfil donde se sacudió durante años el polvo de sus cincuenta y siete guerras ganadas. Y sobre la lápida de piedra, grabamos el epitafio que compuso Yaziri, pero que aún nos parece escrito a la vez por todos nuestros poetas, de todos los tiempos desde que llegamos con nuestro cofre de la muerte a las tierras del Edén:

Sus huellas en la tierra
te mostrarán su historia,
y cuando las encuentres
creerás que lo estás viendo con tus mismos ojos.
Mientras tanto, sabe solo
que los tiempos tardarán mucho en traer,
si es que traen,
a un andaluz tan claro,
tan rico de aventura.



Finisterre
Ebro
Zaragoza
Barcelona
Duero
Medinaceli
Tortosa
Coimbra
Guadalajara
Toledo
Tajo
Guadiana
Lisboa
Denia
Cástulo
Córdoba
Guadalquivir
Lucena
Guadix
Sevilla
Genil
Elvira
Torrox
Almuñecar
Almería
Argel
Achir
Algeciras
Tanger
Ceuta
Fez
Al Ándalus año 1000

Cronología histórica

Año calendario judío	Año calendario gregoriano	Año calendario musulmán	Hecho histórico	Capítulos en los que se alude a este hecho
4519	759	142	Carta de amán del emir de Córdoba a los habitantes de Castilia.	35
4520	760	143	Repoblación de Bardulia y reconstrucción de San Miguel de Pedroso por andalusíes trinitarios procedentes de Elvira.	35
4670	909	297	Proclamación en el reino de los Siyilmasa del primer califa fatimí.	13
4690	929	317	Proclamación en Córdoba de Abderramán III como califa.	13
4700	939	327	Algarada de Simancas en la que el conde de Castilla invoca a Santiago Apóstol y a san Millán	42
4701	941±	329	Fundación de Achir por Ziri ben Manad.	13
4704	944	332	El general Ziri ben Manad rescata al califa	13

			fatimí Almúizz sitiado por los jariyitas de Abu Yazid, *el hombre del asno*.	
4705	945±	333	Nace Yusuf Buluguin, primer hijo de Ziri.	13
4706	946	334	Independencia del condado de Castilla.	42
4712	958±	340	Nace Zawi, segundo hijo de Ziri.	13
4714	960±	342	Nace Maksán, tercer hijo de Ziri.	13
4719	965	345	Nace el que sería califa con el nombre de Hisham II.	44
4729 av	969 agosto	358 ramadán	Conquista de Egipto por el general Jawhar, *el Siciliano*.	14
4730	970	359	Fundación de El Cairo.	14
4730	970	360	Alhakam II, califa de Córdoba, manda a Tánger al general Yafar.	15
4731	971	360	Fundación de Argel por Yusuf Buluguin Ziri.	15
4731	971	360	Muerte de Ziri Manad.	16
4733	973	363	El califa fatimí Almúizz se traslada de Mahdia a Egipto.	17
4733	973	363	Investidura de Yusuf Buluguin I como virrey de Ifriquiya.	18
4733	973	363	Victoria del general Yahyá sobre Yusuf Buluguin I.	19
4734	974	364	El que luego sería llamado Almanzor se desempeña como administrador de la sultana Subh, la	43

			navarra, esposa de Alhakam II, madre de Hisham II.	
4735	975	365	El general Yahyá condenado a muerte.	43
4737 tishri	976 septiembre	366 muharram	Muere el califa Alhakam II.	44
4737	977	367	La Tripolitania se incorpora a los dominios del virrey Yusuf Buluguin I.	19
4738	978	368	Almanzor, hayib de Al Ándalus, junto a su suegro Galib.	45
4738	978	368	El general Yafar toma la capital del reino de los Siyilmasa, en nombre del califa Hisham II.	44
4739 av	979 agosto	369 muharram	Fundación de Medea por Yusuf Buluguin I.	20
4740	980	369	Conquista de Fez por Yusuf Buluguin I.	21
4740	980±	369	Nace el primer hijo de Zawi.	21
4740	980	369	Conquista del reino de los Siyilmasa por Yusuf Buluguin I.	22
4740 iyar	980 abril	369 ramadán	En el alcázar de Atienza, Galib clava su espada en el esternón de su yerno Almanzor.	45
4741	981	370	Batalla de San Vicente. Muerte de Galib, suegro de Almanzor.	45
4743	982	372	Nace Buluguin, segundo hijo de Zawi.	23
4743	983	373	Asesinato del general Yafar ben Alí ben	46

			Andalusí, príncipe de Zsar.	
4744 sivan	984 mayo	373 dhul-hijab	Muerte de Yusuf Buluguin ben Ziri.	23
4744	984	374	Zawi, decano de los ziríes, reconoce como emir a Mansur, hijo impúber de Yusuf Buluguin.	24
4748	988	378	Sublevación de los Kutama en Mahdia.	25
4755	995	385	Subh, la vascona, viuda de Alhakam, financia la sublevación del gobernador de Mauritania contra Almanzor.	46
4756 elul	996 septiembre	386 29 de shaban	Muerte del virrey Mansur, hijo de Yusuf Buluguin.	26
4756	996	386	Badis, hijo de Mansur, es nombrado virrey. Por segunda vez Zawi, decano de los ziríes, reconoce a un impúber como emir.	26
4757	997	387	Mueren Maksán Ziri y dos de sus hijos.	27
	997		Expedición a Compostela de Almanzor.	
4757-4760	997-1000	387-390	Guerra civil en Ifriquiya.	27
4758	998	388	Almanzor invita a Zawi y a sus ziríes a incorporarse como mercenarios en el ejército regular de Al Ándalus.	28

4759±	999±	389±	Zawi Ziri abandona Ifriquiya y llega a Al Ándalus como mercenario de Almanzor.	29
4759	999	389	Jacobo Almanzor devuelve a Zawi la cabeza de su padre Ziri.	46
4762	1002	392	Expedición a San Millán de Almanzor.	48
4762 25 de av	1002 12 de agosto	392 25 de ramadán	Tras cincuenta y siete victorias y ninguna derrota, muere en Medinaceli Jacobo Almanzor.	49
4762	1002	392	Abdelmalic Amir, hijo de Almanzor, ocupa el cargo de hayib del califa.	1
4764	1004	394	Primera conjura contra Abdelmalic Amir, ejecutado el poeta Yaziri, autor del epitafio y de la elegía de Almanzor.	2
4766	1006	396	Un príncipe omeya encabeza una conjura contra Abdelmalic. Se suicida al saberse delatado. Era el padre del que luego reinaría con el título de Mahdí.	2
4768	1008	398	Muere Abdelmalic Amir, hijo de Almanzor. Abderramán Sanchuelo se hace proclama hayib y sucesor del califa.	3
4769	1009	399	Expedición de	4

shevat	enero	jumada I	Abderramán Sanchuelo contra el régulo de León.	
4769 adar I	1009 febrero	399 jumada II	Golpe de Muhammad Omeya que se hace proclamar califa con el título de Mahdí.	5
4769 adar I	1009 febrero	399 jumada II	Arrasada Al Zahira, la ciudad resplandeciente, construida por Almanzor.	5
4769 adar II	1009 marzo	399 rajab	Ejecución y escarnio de Abderramán Amir, el Sanchuelo, hijo de Almanzor.	6
4769	1009	399	La primavera del gobierno de Mahdí. Sumisión de Wahdid. Fiesta en el jardín de las calaveras, junto al alcázar antiguo de Córdoba, a la orilla del Guadalquivir.	7
4769 sivan	1009 junio	399 shawal	Comienza la guerra civil. Arrasada la judería de Córdoba.	8
4769 sivan	1009 junio	399 shawal	Sangrienta batalla a la orilla del Guadalmeyato, de andaluces contra beréberes.	8
4769 sivan	1009 junio	399 shawal	Las mujeres ziríes y los judíos de Córdoba se refugian en la ciudad de Garnata al Yahud.	8
4769 sivan	1009 junio	399 shawal	Obligado a abandonar Córdoba, el general Zawi Ziri toma Guadalajara.	9
4769	1009	399	Reunidos en	9

av	julio	dhul-quadah	Guadalajara los generales beréberes proclaman califa a Solimán Omeya.	
4769 elul	1009 agosto	400 muharram	El general Zawi Ziri intenta la alianza con el general eslavo Wahdid, pero este mantiene la lealtad al califa Mahdí y pone cerco a Guadalajara.	9
4770 tishri	1009 setiembre	400 safar	Los hijos de Zawi salen de Guadalajara y se dirigen a las breñas de Amaya donde negocian con el conde de Castilla una alianza militar.	9
4770 kislev	1009 noviembre	400 rabí al-awal	Batalla de Cantich. Beréberes y castellanos toman Córdoba. El califa Mahdí se refugia en Toledo. Solimán Omeya aclamado califa por el pueblo.	10
4770 sivan	1010 junio	400 shawal	Un ejército de treinta mil hombres formado por los generales eslavos Wahdid y Jairan, los partidarios del califa Mahdí y las huestes de Raimundo de Barcelona y Armengol de Urgel, derrotan a Zawi.	11
4770 tammuz	1010 julio	400 dhul-qadá	Donde el Guadaira desemboca en el Guadalquivir, el ejército de Zawi derrota al de Wahdid y los condes catalanes.	11

4770 av	1010 agosto	400 dhul-hijab	Jairan, gobernador de Almería, decapita al califa Mahdí. Hisham II repuesto en el trono.	12
4771	1011	401	Los beréberes de Zawi arrasan Medina Azahara, pero no entran en Córdoba	12
4772 iyar	1012 mayo	402 shawal	Muere en batalla Hubasa Maksán.	12
4773 adar	1013 marzo	403 shaban	Las tropas beréberes toman por fin Córdoba. Solimán Omeya vuelve al trono y convierte en hayib a su amigo Osiris, hijo de Zawi. El resto de los ziríes, con Zawi y Habús a la cabeza, se marchan a la cora de Elvira, donde fundan el reino de Granada.	12
4773 iyar	1013 abril	403 shawal	Zawi Ziri llega a Elvira.	36
4774±	1014±	404±	Fundación de Granada. Abandono de Qastilia o Elvira y traslado de su población a la colina situada frente a Garnata al Yahud.	37
4776	1016	407	Jairan, gobernador eslavo de Almería y Alí Hamud, el beréber, visitan a Zawi y recaban su apoyo para derrocar al califa Solimán Omeya.	38
4776	1016	407	Proclamación del beréber Ali Hamud	38

			como califa de Córdoba.	
4776	1016	407	Muere Badis ben Mansur, virrey de Ifriquiya, lo sucede su hijo de ocho años de edad.	39
4777	1017	408	El califa fatimí arrasa el Santo Sepulcro de Jerusalén. Anuncia que Dios se ha encarnado en él y, con el apoyo doctrinal del turco Darazi, funda la religión hermética de los drusos.	39
4778 nisan	1018 abril	408 dhul-qadá	Asesinato de Alí Hamud, califa de Córdoba.	39
4778 iyar	1018 mayo	408 dhul-hijab	La asamblea de jeques de Al Ándalus declara electivo el califato y proclama a Abderramán IV.	39
4778 sivan	1018 junio	409 muharram	Abderramán IV ataca al rey Zawi de Granada.	39
4779±	1019±	409±	El rey Zawi abandona Granada.	40
4779	1019	410	Habús es proclamado rey de Granada.	40
4779	1019	410	Zawi desembarca en Argel y es aclamado como emir en su viaje a Achir.	31
4779	1019	410	Conjura de los cortesanos de Mahdia para acabar con Zawi.	32
4780	1019	410	Muerte de Zawi Ziri.	34
4780	1019	410	El virrey niño de	30

			Ifriquiya ordena arrasar la alcazaba de Achir.	
4780 tevet	1019 diciembre	410 shaban	Llega a Granada la noticia de la muerte de Zawi. El rey Habús lo proclama Hércules Fundator.	41

Glosario

Al Ándalus: unidad política, heredera, no invasora, del reino godo de Toledo y de la Hispania romana. Los términos Sefarad y Al Ándalus deberían traducirse por España por las mismas razones por las que así traducimos ‘Spain’, ‘Espagne’ o ‘Spanien’. Traducir Al Ándalus con la expresión «España musulmana» es un pleonasmo porque, al menos durante el tiempo en que se desarrolla esta novela, no había otra. Sin embargo, una historiografía nacional-católica o nacionalista, demasiado arraigada en el imaginario colectivo, quiere que los reinos cristianos del norte sean gérmenes de España y que Al Ándalus sea un cuerpo invasor que terminó por ser expulsado, ocho siglos después. Por más que los historiadores se empeñen en desterrar esta idea, permanece anclada en el imaginario actual. La verdad es que a las alturas del siglo X astures, cántabros y vascones llamaban españoles (hispani) a los andalusíes, y estos, a su vez, se consideraban herederos de la Hispania romana y llamaban ‘eslavos’ a los régulos del norte de la península. Así pues, si escribiéramos España, para referirnos al califato y las taifas, y buscásemos otro nombre para los reinos sin ciudades ni estatuas del norte peninsular, seríamos más respetuosos con la historia, pero seguramente nadie nos entendería. En cuanto al origen del nombre hay, al menos, tres hipótesis: según la más extendida provendría del gentilicio ‘vándalo’, que designa a la tribu bárbara que cruzó Hispania y estableció un reino en África. Según esta primera versión, Ándalus sería, para los africanos, la tierra desde la que llegaron los vándalos. Según una segunda hipótesis, el nombre provendría de un término germánico que significaría «tierra por lotes» y, según una tercera hipótesis, no menos fiable que las dos anteriores, la palabra Ándalus provendría del hebreo Edén.

alfaquí: teólogo o jurista, suele designar al maestro de la escuela coránica.

alifato: alfabeto árabe.

aljama: mezquita mayor.

aljamía: lengua hispana derivada del latín, con fuertes influencias del árabe coránico. Se transcribía en los caracteres del alifato. Se hablaba en toda la península con excepción de las comarcas euscaldunas del norte. Según fundamentada hipótesis, los habitantes de Qastilia o Castilia (cora de Elvira) la llevaron en repoblación a la Bardulia (actual provincia de Burgos), donde pudo dar origen al castellano que hoy hablamos.

Almanzor, nacido en Torrox en torno al año 4700/939/327. Muerto en Medinaceli a los sesenta y tres años de edad. Hayib de Al Ándalus. Su nombre completo es el siguiente: Abú Amir Muhammad ibn Abd-Allah, ibn Muhammad, ibn Abd-Allah, ibn Amir, ibn Abú Amir Muhammad, ibn al-Walid, ibn Yazid, ibn Abd al-Malik, al-Ma'afiri. Como se ve, está compuesto por veintiocho entradas sin contar los títulos políticos que les añadió. El patronímico es Amir, pero en el relato hemos preferido reservarlo para su hijo Abdelmalic. Al canciller lo hemos denominado a veces Jacobo Almanzor, lo cual no es un invento nuestro. Solo nos tomamos la licencia de escribir Jacobo en lugar de Iacobus o Yacob. Así se llama en la literatura eclesiástica, barroca y contrarreformista de los siglos XVII y XVIII. En concreto así lo llama Bermúdez de Pedraza en su *Historia eclesiástica de Granada*.

Al-Qahir: nombre del planeta Marte. Este planeta regía los cielos durante la fundación de la nueva capital fatimí, de ahí que recibiese el nombre de El Cairo.

amán: garantía o perdón. He aquí el texto del otorgado por el primero de los Omeya a los habitantes de Castilia o Qastilia en la cora de Elvira el 3 de safar del año 142/5 de junio del año 759: «En el nombre de Dios el Clemente, el Misericordioso, he aquí la carta de amán otorgada por el rey engrandecido Abderramán I a los patricios, monjes, príncipes y demás cristianos de las gentes de Castilia y a sus deudos de las comarcas próximas. Otórgales el emir garantía y paz, obligándose a no quebrantarles este pacto, siempre que ellos le paguen cada año: diez mil onzas de oro, diez mil libras de plata, diez mil cabezas de los mejores

caballos y otros tantos mulos, con más de mil armaduras, mil cascos de hierro y otras lanzas, por espacio de un quinquenio».

amazigh: véase beréber.

andalusí: gentilicio de Al Ándalus. Es galicismo o germanismo traducirlo por 'andaluz'. De acuerdo con lo que dijimos, la traducción correcta sería «español», o mejor «hispano», pero significaría volver a enfrentarnos con la falsa y sin embargo extendida ideología en virtud de la cual España se «refugió» en Covadonga. Así que mejor dejarlo sin traducir.

anfictionía: confederación de las antiguas ciudades helénicas. En el siglo XX y a la vista de la fuerte personalidad identitaria de cada una de nuestras ciudades, Blas Infante propuso la anfictionía como modelo de organización política.

Arak: árbol de Persia del que se extraen unos palillos de color canela, de un palmo de longitud y del grosor de un dedo, que se usan para la higiene bucal por su gran contenido en agentes antisépticos y calmantes de las encías. En su lecho de muerte, el Profeta pidió a su esposa que se lo proporcionara antes de su última oración, convirtiéndose así en un elemento litúrgico que llegó a ser sunna.

beréber: el término remite tanto a una etnia o raza como a una lengua o familia de ellas. Desde el punto de vista lingüístico, la beréber es una rama de la familia afroasiática y su nombre deriva del apelativo latino «barbarus». El autónimo para la principal de las tribus beréberes es amazigh. El guanche de las islas Canarias también retiene elementos de la misma escritura. En cuanto raza, la beréber deja su huella genética por los actuales Estados de Argelia, Egipto, Libia, Mali, Marruecos, Mauritania, Níger, Nigeria y Túnez. Se extiende también al archipiélago canario y disminuye considerablemente al pasar el Estrecho de Gibraltar. Según muestran algunos estudios contemporáneos basados en el análisis del ADN mitocondrial, la huella genética beréber reaparece, sin embargo, en las poblaciones de la cornisa cantábrica: gallegos, astures, cántabros y vascones. En estos casos, el factor geográfico, unido al escaso recambio genético, habría mantenido la distancia con respecto a la población de los actuales estados de España y de Portugal. De confirmarse este dato, se explicaría la percepción antropológica de los

textos andalusíes del siglo X que unificaban, en alguna medida, a los africanos (moros) con los norteños (eslavos).

cadí: juez, quien ejerce la potestad jurisdiccional, de conformidad con la ley islámica (sharía).

caíd: alcaide o alcalde, gobernador militar de las coras o provincias fronterizas.

chiíes: corriente del Islam, a la que pertenecen los fatimíes e ismaelitas que, a diferencia de los sunníes, permite una interpretación no literal del Libro.

Castilia: ciudad de la cora de Elvira, mencionada en el amán de Abderramán I. Según solventes estudios, de ella habrían salido los repobladores de la Bardulia y fundadores del condado de Castilla.

codo piramidal: unidad de medida utilizada por los sacerdotes egipcios en la construcción de las pirámides. Equivaldría a 63,6 centímetros aproximadamente, es decir, la diezmillonésima parte del radio de la Tierra.

comes: (del latín *comes-comitis*, *compañero o también ayuda*, *edecán*) distinción de nobleza de origen bizantino que después da lugar al título de conde. Es utilizado en el reino bizantino del sur de Hispania, en la cora de Elvira, ciudad de Castilia, y después en el condado de Castilla.

conde: véase comes.

cora: provincia.

Edén: según la tradición y según antiguos estudios lingüísticos, las consonantes de esta palabra («d» y «n») invertidas dan lugar al término «and» y de ahí Ándalus y Andalucía. Los autores que sostienen esta etimología ubican el Edén bíblico entre los ríos Genil y Guadalquivir, defienden que el gentilicio «hebreo» proviene de «ibero» y sostienen también que la expulsión del paraíso, narrada en la Biblia, coincidiría en tiempo histórico con una invasión tartesia del territorio mesopotámico andaluz.

emir: en sentido amplio, caudillo o líder, en traducción habitual príncipe o rey. En esta novela, en varias ocasiones, traducimos emir por virrey, conscientes de que puede haber anacronismo: el término virrey es de origen aragonés y designa una peculiar organización política propia de esta Corona. Si bien es también cierto que se ha extendido su uso común como representante del soberano que ejerce en un territorio todas sus potestades regias.

emirato: véase emir.

eslavo: gentilicio que designa en general a todos los pueblos del norte, excluidos godos y romanos. El término no designa tanto un oficio o una condición de esclavo, cuanto a una raza o conjunto de ellas. Para los andalusíes, eslavos eran los vascones, cántabros y astures, ya libres, ya esclavos, ya creyentes, ya infieles (cafres). Los textos andalusíes del siglo X unifican, en alguna medida, a los africanos (moros) con los norteños (eslavos). Esta común percepción antropológica podría deberse al hecho de que moros y eslavos eran los dos principales componentes de los cuerpos mercenarios contratados por Almanzor. Pero, por otra parte y según muestran algunos estudios contemporáneos basados en el análisis del ADN mitocondrial, la huella genética beréber que va desapareciendo al cruzar el Estrecho, reaparece en las poblaciones de la cornisa cantábrica: gallegos, astures, cántabros y vascones. A diferencia de los andalusíes, estos pueblos no fueron romanizados ni dependieron del reino godo de Toledo, lo cual, unido al factor geográfico y al escaso recambio genético, habría mantenido la distancia con respecto a la población de los actuales estados de España y Portugal, es decir, de Al Ándalus.

espagírica: técnicas médicas y cosméticas vinculadas a la alquimia o arte de depurar los metales. Como adjetivo designa también a los fármacos de este género y a quien cultiva estas artes. En la actualidad, se usa a veces el término «espagiria».

espagirista: quien cultiva la espagírica.

Fatiha: es el exordio del Corán. Su primera frase dice: *bismillaahirrahhmaanirrahhiym, Bismilá alrajmán alrajim* (En el nombre de Dios, el Clemente o el Perdonador, el Misericordioso o

Compasivo). La primera letra de esta frase es la Ba (ب), que tiene un punto debajo de ella. A partir de este punto, la tradición intentó construir un sistema cabalístico de lingüística matemática.

fatimíes: nombre de una dinastía califal descendiente de Fátima, hija del profeta Muhammad. Son chiíes, seguidores del califa Alí, esposo de Fátima. He aquí la lista de los ocho reinantes en Mahdia y después en El Cairo.

Abdulá al-Mahdí (909-934)
Muhammad al-Qaim (934-946)
Ismael al-Mansur (946-952)
Maad al-Muizz (nacido 930, califa desde 952-975)
Nizar al-Aziz (975-996)
Huséin al-Hakim (996-1021)
Alí al-Zahir (1021-1035)
Maad al-Mustansir (1035-1094)

hayib: cargo político destacado en las cortes musulmanas. Literalmente significa «el oculto». Puede traducirse por primer ministro o canciller; sin embargo, todos estos nombres remiten a lo público en la mentalidad contemporánea. Es por esto por lo que, puestos a traducir, se prefiere la expresión «camarlengo». Solo la corte vaticana ha conservado esta denominación que remite a lo tapado o íntimo.

Ifriquiya: en la época en que transcurre esta novela, Ifriquiya no es tanto la antigua África bizantina, sino el reino de fronteras difusas donde habitaban las tribus de los amazigh o beréberes, los hombres libres del desierto. Abarcaría buena parte de los territorios de los actuales estados de Marruecos, Argelia, Túnez y Libia.

imán: (o imam) el que dirige a la comunidad en oración y pronuncia la jutba u oración del viernes.

jariyíes: (se transcribe con frecuencia kharijitas) secta islámica para la que todo poder deriva de la rectitud y la pureza y para la que, por lo tanto, todo musulmán con independencia de su estirpe es un rey en la medida en que sea recto. Es por esto por lo que son calificados como «demócratas», en el sentido clásico del término.

jund: tribu según la antigua organización de Damasco.

Kahina: reina legendaria de los beréberes o amazigh que resistió la invasión islámica en el siglo VII. Era de religión judía.

Lilith: la mujer que según una remota leyenda habría precedido a Eva en el orden de la creación, que abandonó a Adán después de negarse a la sumisión y que desde entonces habita por el litoral del mar Muerto. Según la tradición talmúdica, Lilith es también la primera de las cuatro mujeres del diablo, una mujer seductora de largos cabellos, secuestradora de hombres y hostigadora de los recién nacidos. Lilith llegó al mundo bíblico procedente del mesopotámico; así, la diosa babilónica asiria Ishtar se sirve de un demonio en forma de bella prostituta, que es la encarnación de la lascivia y que adopta a veces la forma de la pantera. Pero en algún momento entre los siglos IX y X, Lilith aparece en una obra cabalística llamada *El alifato de Ben Sira*. Es aquí donde se dice de ella que fue creada al mismo tiempo que Adán, que abandonó el Edén en reivindicación de igualdad, que fue sustituida por la sumisa Eva y que se convirtió en madre de los demonios y ladrona de niños. La literatura cabalística nos muestra a Lilith como pareja de Samael (Satán), en algunos pasajes participa en la tentación de Adán y Eva o es la personificación de la tentación. Es por esto por lo que también aparece representada como serpiente con cabeza de mujer en la iconografía cristiana de finales de la Edad Media y en la posterior pintura renacentista.

litham: pañuelo de color índigo que cubre el rostro de los hombres en las tribus beréberes del sur. Era también símbolo iniciático de pubertad y teñía el rostro del guerrero de forma indeleble. De ahí la denominación de «hombres azules» que aún hoy reciben algunas tribus tuareg.

madrasa: en sentido estricto, escuela de altos estudios coránicos. En sentido amplio, universidad.

mawda: aperturas en las bóvedas de los baños. Suele tener la forma de pequeñas estrellas y sirven para regular la iluminación y la temperatura del interior.

mimbar: en las mezquitas, púlpito desde el que el imam se dirige a la comunidad de los musulmanes.

moro: en el siglo XI, gentilicio con el que los andalusíes o hispanos designaban a los beréberes. Proviene del adjetivo latino «maurus» que designa lo oscuro o negro. Mauritania es así la tierra de los moros. A partir del siglo XII, se utilizó por los pueblos del norte como término amplio que designaba, por contraposición a cristiano, no solo a una raza, sino también a la cultura islámica en general, incluida la andalusí. Pero el término moro no fue jamás el autónimo de los andalusíes o hispanos. Es por esto por lo que hablar de la «España mora» o llamar moros a los califas de Córdoba o a los reyes de Granada solo es posible desde un lenguaje impreciso que induce a error cuando no a mentira o patraña.

nagid: príncipe de los judíos, en sentido político y, al mismo tiempo, religioso. Es el título que durante el siglo XI tuvieron Samuel y José Nagrela, visires de los reyes ziríes de Granada.

Omeya: dinastía reinante en Al Ándalus desde mediados del siglo VIII hasta comienzos del XI. He aquí la relación de sus emires y califas.

755-788: Abderramán I
788-796: Hisham I
796-822: Alhakam I
822-852: Abderramán II
852-886: Muhammad I
886-888: Almundir
888-912: Abdalá
912-961: Abderramán III, primer califa, desde 929
961-976: Alhakam II
976-1009 y, de nuevo, 1010-1013: Hisham II
1009 y, de nuevo, 1009-1010: Muhammad II, llamado el Mahdí
1009 y, de nuevo, 1013-1016: Solimán Omeya
1016-1018: Alí Hamud (beréber)
1018: Abderramán IV
1018-1021 y, de nuevo, 1023: Casim (beréber)
1021-1023 y 1025-1027: Yahyá I
1023-1024: Abderramán V

1024-1025: Muhammad III
1025-1031: Hisham III.

quibla: cálculo geométrico de la línea imaginaria que une cualquier punto de la superficie del planeta con la piedra negra de La Meca. Por extensión, muro principal de la mezquita que debe estar «enquiblado» y en cuyo centro se sitúa el mihrab. La quibla de la gran mezquita de Córdoba apunta casi hacia el sur (158°), hacia algún lugar del desierto del Sahara. Esto significa un error de más de medio cuadrante de circunferencia, porque La Meca está a 110°. Diversas explicaciones se han dado para este hecho insólito. Difícil aceptar el simple error de cálculo, si se tiene en cuenta el desarrollo de la trigonometría en la época. Más difícil aún resulta creer que tenga la misma orientación de Damasco por capricho de los Omeya, sería muy atrevido para un musulmán. Puede ser que la quibla quiera indicar no tanto la posición de La Meca, sino la ruta de la peregrinación que, desde Al Ándalus, implicaba dirigirse al sur y, una vez cruzado el Estrecho, al este. Más verosímil parece la hipótesis de que la mezquita está construida sobre la sinagoga de Salomón y sobre la basílica arriana que sustituyó a esta, de manera que sus elementos islámicos básicos no sean nuevos, sino superpuestos.

rauda: cementerio.

romance: véase aljamía.

Sinhaya: confederación de tribus beréberes, también llamada Lamtuma. Sinhaya es también el autónimo étnico con el que se designaron los ziríes y, más tarde, los almorávides.

sudanés: gentilicio que designaba en general a todos los pueblos subsaharianos de raza negra; no debe limitarse a los ciudadanos del actual estado de Sudán.

sunníes: corriente religiosa hegemónica en el Islam actual y a la que pertenecían tanto los omeyas como los ziríes. A diferencia de los chiíes, hacen una interpretación literal del Libro.

Talmud: obra que recoge las discusiones rabínicas sobre leyes judías, tradiciones, costumbres, leyendas e historias. El judaísmo considera al Talmud como perteneciente a la tradición oral, mientras que el Tanaj es

parte de la tradición escrita. Está dividido en dos partes: la Mishná, que consiste en una serie de comentarios de toda la Torah, versículo a versículo, y la Guemara, que son los ejemplos para la mejor comprensión.

Tawhid: palabra que designa el sentido que tiene el musulmán de la Unidad y Unicidad de su Señor. Tiene un trasfondo radical: solo Alá es relevante, y lo que no es Él es una quimera fugaz. Viene de la palabra *wahid*, que significa uno, y así se dice: Alá Wahid, Dios (es) Uno. En la historia del reino godo de Toledo y de Al Ándalus es muy relevante la coincidencia de esta idea de la unidad de Dios con el pensamiento arriano y su consiguiente enfrentamiento con el trinitario (Dios es Uno y Trino).

ulema: doctor de la ley islámica.
Esta entrada del glosario aunque marcada en el libro no existe, la que aquí se recoge es la de diccionario de la RAE (N. del E. digital).

virrey: véase emir.

yihad: la traducción habitual de «guerra santa» no recoge la amplitud del término. El *yihad* es el esfuerzo. Puede significar desde la resistencia contra las pasiones interiores, hasta el deber de los musulmanes de extender el Islam. Puede tener connotación militar y puede considerarse o no, según las corrientes, como uno de los mandamientos del Islam.

zenetes: (con frecuencia se transcribe zanata) tribu beréber de la confederación Sinhaya. Por antonomasia, este gentilicio dio lugar a la palabra jinete.

ziríes: clan de los Sinhaya, que da lugar a tres dinastías en Ifriquiya, en el Magreb central y en Al Ándalus (Granada y Málaga). He aquí la relación de sus príncipes.

Manad (m. 945±)		
Ziri Manad (m. 971)		
Ziríes de Ifriquiya	Ziríes de Granada	
Yusuf Buluguin I (m. 984)	Zawi Ziri (958-1019±)	Maksán Ziri (m. 996)

		Rey de 1013 a 1019±		
Mansur Buluguin (970±-996) Virrey de 984 a 996	Ziríes del Magreb central. Hamud Buluguin	Buluguin (980-1019±)	Habús Maksán (981±-1038) (Rey de 1019± a 1038)	Hubasa Maksán (982±-1012)
Badis (978±-1016) Virrey de 996 a 1016			Badis Habús (1001±-1071) Rey de 1038 a 1071	Yadair Hubasa
Almúizz (1008-1062) Virrey de 1016 a 1062			Buluguin Badis Sayf al Dawla	
Tamin (1031-1108) Virrey de 1062 a 1108		Ziríes de Málaga Tamim Buluguin (1050±-1095). Rey de 1071 a 1090.	Abdalá (1051-1125±) Rey de 1071 a 1090	



JOSÉ LUIS SERRANO MORENO (Granada, España, 1960 – *ibíd.*, 2016) fue un escritor, catedrático de Filosofía del Derecho de la Universidad de Granada y diputado del Parlamento de Andalucía por Granada, presidente del grupo parlamentario de Podemos.

Autor de numerosas monografías y artículos en los campos de la teoría general del derecho y del estado, del derecho ambiental y de la ecología política. Ha sido columnista de La Opinión de Granada bajo el nombre de Caoramas (miradas sobre el caos). Y es autor de novela negra: Al amparo de la ginebra (2000), Febrero todavía (2001) y de novela histórica: Zawi (2006). En 2009 Brooklyn Babilonia y La Alhambra de Salomón (2013).